

J. L. ESTRADA

T. A. SM

D/2645

LOS MISTERIOS DE PARÍS

POA

EUBANNO 1845.

1845 - 1846.



Atalaga.

IMPRESA Y LIBRERIA DE MARTINEZ DE AGUILAR
Calle del Marques.

1845.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



610446238X



LOS MISTERIOS DE PARIS

SESTA PARTE.

CAPITULO I.

Castigo.



Conduciremos de nuevo al lector al despacho del escribano Santiago Ferrand.

Merced á la habitual locuacidad los pasantes casi siempre ocupados en espiar á su principal, espondremos aquí lo que sucedió despues de la desaparicion de Cecilia.

--Un duro contra un ochavo, á que si continua su enajenamiento, antes de un mes hubiera liado los bártulos.

--Lo cierto es, que desde que la criada, que tenia traza de Alsaciana, se marchó, no tiene mas que huesos y pellejos.

--Y qué pellejo!

--No os parece que estaba enamorado de la Alsaciana?

--Enamorado el principal? qué disparate.

--Al contrario, pues si ahora trata mas que nunca con los sacerdotes.

--Y si hubierais oido como es al cura de la parroquia, que es un hombre muy respetable, decidle á otro cura que le aconsejaba. „Santiago Fernand, es el ideal de la caridad y de la generosidad en la tierra,, qué hubierais dicho?

--Eso dijo? de motu proprio?

--Qué fué lo que dijo?

--Que nuestro principal era el ideal de la caridad y de la generosidad en la tierra?

--Sí; yo mismo se lo he oido.

--Pues no lo entiendo; el cura tiene una reputacion muy merecida; es todo lo que se llama un ejemplar sacerdote....

--Verdad es, y es preciso hablar de él con veneracion y respeto; es tan bueno y tan caritativo como el pequeño manto azul.... y cuando él dice eso de un hombre, su razon tiene.

--Ah! cuando el cura afirma una cosa, se puede crear sin escrúpulo porque es incapaz de mentir, pero creer por eso que el patron es caritativo y generoso.... pone á prueba mi credulidad.

--Este Chalamel es el diablo.

--Señores, hablo con toda formalidad, yo quisiera creerlo, pero no puedo.

--M. Ferrand generoso! cuando es capaz de reñir por un céntimo.

-Sin embargo, señores, y los cuarenta sueldos de nuestro almuerzo?

--Vaya una prueba! esa es una casualidad como á quien le sale un grano en la nariz.

--Sí, pero me ha dicho el oficial mayor que hace tres dias que ha realizado el principal una enorme suma en billetes del Tesoro, y que....

--Qué?

--Habla.

--Es que es un secreto.

--Razon de mas para que nos lo digas.

--Me dais palabra de no decir nada?

--Lo juramos por el alma de nuestros hijos.

--Si yo digo tanto así, consiento en que mi tia Messidor.... haga de su cuerpo cuanto le dé gana.

--Ademas, señores, acordémonos de lo que decía magestuosamente el gran rey Luis XIV al Dux de Venecia en presencia de su corte:

Los secretos que sepa un pasante
A sus amigos los dirá al instante.

--Ya salió Chalamel con sus proverbios.

- Pido la cabeza de Chalamel.

--Señores, los proverbios forman la sabiduria de las naciones, y en nombre de ellos exijo nos comuniquen ese secreto.

--No seais tontos; que os he dicho que el prin-

principal me ha exigido palabra de no decirlo á nadie absolutamente.

--Sí, pero no te ha prohibido que se lo digas á todo el mundo.

--Me dais palabra de que no saldrá de aquí? pues vaya.

--Rabiando está por decirlo.

--Vaya, pues allá voy: el principal vende su escribanía, y á la hora de esta el negocio quizás estará corriente.

--Ahl Bah!

--Vaya una noticia graciosa! Es original!

--Tremenda!

--Pero señores, sin carga, quién se encarga, de la carga, de que él se descarga?

--Dios mio, qué Chalamel tan insoportable!

--Pues acaso sé yo á quien se la vende?

--Si la vende es porque querrá tal vez lanzarse á dar fiestas y bailes.

--Dinero tiene si quiere.

--Ya lo creo que tiene! segun dice el oficial mayor pasa de un millon, sin la escribanía.

--La carga que dice Chalamel.

--Si no pasase de un millon, aviado estaba.

--Dicen que ha jugado á la bolsa clandestinamente con el comandante Robert, y que ha ganado mucho dinero.

--Pero no ha de tener dinero si vive como un tacaño.....

--Sí; pero esos tacaños se lo gastan todo en

un dia, como se pongan á despilfarrar.

--Pues yo soy de la opinion de Chalamel, y creo que el principal trata de pasar alegremente los dias que le quedan de vida.

--Haria muy bien en entregarse á la voluptuosidad, sumiéndose en las delicias de Golconda, si tiene medios para ello, porque como dice el famoso Ossian en la gruta de Fingal.

El escribano que gasta gibus.
Hace bien si tiene *conquibus*.

--Yo pido la cabeza de Chalamel.

--Esas son chanzas pesadas.

--Lo cierto es, que el principal podrá divertirse, pero poco le luce.

--Tiene una figura de Satanás, cara de mala intencion.

--Y luego viene el cura á elogiar su desinterés.

--Tomada la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

--Tú no sabes los mandamientos de la ley de Dios, mentecato?... Si el principal necesita la li-mesna de toda clase de placeres, por qué se ha de privar de ellos?

--Lo que á mí mas me admira, es ese amigo íntimo que le sigue venido como llovido y que le sigue á todas partes como una sombra.

--Por cierto que tiene muy mala facha.

-- Satánica y diabólica.

-- Me inclino casi á creer que ese intruso es el fruto de algun mal paso que daría M. Ferrand en la flor de su juventud, porque como decía el águila de Meaux cuando tomó el velo la seductora Mad. la Valliere:

Hombre jóven ó viejo cicatero
Al cabo y al fin es un carnero.

-- Pido la cabeza de Chalamel.

-- Bien dicho, es imposible hablar con formalidad estando él presente.

-- ¡Qué simpleza! decir que el desconocido es hijo del principal, cuando es mas viejo que él.

-- Y eso que..... qué importa?

-- ¡Cómo que no! ¿con que no importa que el hijo tenga mas edad que su padre?

-- Señores, he dicho que en suma eso no importaba nada.....

-- Y cómo explicas ese fenómeno?

-- No hay cosa mas sencilla, señores, *mutatis, mutandis*, lo mas que podría suceder..... y eso cuando mucho, sería que en vez de ser M. Ferrand padre de ese sugeto, fuese su hijo.

-- Señores, esto no se puede aguantar, pido la cabeza de Chalamel.

-- No le escucheis, porque cuando se pone á decir tonterías no acaba nunca.

-- La verdad es que ese intruso tiene muy mala

facha, y que no deja un momento solo á M. Ferrand.

--Siempre está con él en su gabinete, comen juntos, y no pueden dar un paso el uno sin el otro.

--A mí me parece que ha estado aquí ya el intruso.

--Yo creo que no.

--No habeis observado que hace algunos dias que viene á eso de las dos un hombre de bigotazos rubios y con trazas de militar á llamar al intruso á la portería?...

--Verdad es, yo lo he visto, y me ha parecido tambien que al mismo tiempo andan dos hombres rondando la casa....

--Señores, por fuerza ocurren aquí grandes cosas.

--Vivamos para ver.

--El oficial mayor sí que sabe cosas... pero le echa de diplomático.

--Y dónde anda? que hace tanto tiempo no lo hemos visto.

--En casa de la condesa Mac-Gregor, que segun dicen está ya fuera de peligro.

--Esta mañana mandó á llamar al principal con urgencia, pero él envió al oficial mayor.

--Será tal vez para hacer testamento.

--Qué disparate, pues no he dicho que va mejor?

--Y sabeis que el oficial mayor es el que reem

plaza á German como cajero?

--A propósito de German; sabéis que ha sido una cosa chocante la que ha ocurrido con él?

--Cúa?

--Que el principal para ponerle en libertad ha declarado que él era el que habia parecido un error de cuenta, y que habia encontrado el dinero que le reclamaba á German.

--A mi no me parece chocante ese proceder, sino muy justo; acordaos que yo siempre os estaba diciendo: German es incapaz de robar, eso es una equivocacion.

--Pero sin embargo, bien le han fastidiado con haberle puesto como á un ladron.

--Yo en lugar suyo pedía daños y perjuicios contra M. Ferraud.

--Y el escribano, debiera tomarle otra vez por cajero para probar su inocencia.

--Sí, pero German no querrá volver á entrar.

--Sigue en esa casa de campo adonde se fué despues que salió de la cárcel, y desde donde nos escribió para anunciarnos que estaba ya libre?

--Probablemente, porque ayer fui á la casa donde él nos dirigió, y me han dicho que estaba aun en el campo, y que se le podian dirigir las cartas á Bonneval, por Erouen, casa de la señora Paula.

--Un carruaje, señores, dijo Chalam llamándose á la ventana. Y en verdad, que no es tan magnífico, ni con mucho, como el de aquel famoso vizconde de Saint-Remy.

--Y quién baja del coche?

--Aguardad... ropa negra.

--Una mujer!

--Véamola.

--Ese diablo de Cabriola no piensa mas que en las mujeres; es indecentemente carnal. Será preciso que le encadenemos, porque como dice el Cisne de Combrai en su *tratado de educacion para el Deifin*.

Os prevengo que á las Cabriolas

No los dejéis con mugeres á solas.

--Pido la cabeza de Chalamel.

--Pues no decias que eran vestidos negros?... No se puede creer á este Chalamel es el cura, imbécil!

--Así escarmentarás.

--El cura de la parroquia?

--El mismo, y cuidado, señores, que ya abre la mampara.

--Los pasantes se encorvaton sobre los pupitres, y se pusieron á garrapatear con ahinco haciendo con la pluma arañazos sobre el papel.

La pálida figura del sacerdote era á la vez dulce, modesta y venerable, y su mirada, era un tipo exacto de mansedumbre evangélica.

Un solideo negro cubria su tonsura, y sus cabellos grises bastante largos, flotaban sobre el cuello de su holgada levita.

Este buen sacerdote estaba y habia estado sier

pre alucinado por la hábil y profunda hipocresía de Santiago Ferrand.

-- Vuestro digno principal está en su despacho preguntó el señor cura.

-- Sí, señor, dijo Chalamel levantándose respetuosamente, y abriendo la puerta de una estancia inmediata al estudio.

El cura oyó hablar con cierto calor en el despacho de Santiago Ferrand, y se detuvo tocando á la puerta.

-- Adelante, dijo una voz con acento italiano bastante marcado, y el sacerdote se encontró en presencia de Polidori y de Santiago Ferrand.

Los pasantes del escribano no se habian equivocado al señalar un término corto á la vida de su principal. Desde la fuga de Cecilia se habia quedado desconocido.

A pesar de la escualidez de su rostro cadavé-ricamente lívido, un sonrosado febril coloreaba sus salientes mejillas; un temblor nervioso interrum-pido de vez en cuando por convulsiones terribles, le agitaba á menudo: las manos descarnadas es-taban secas, sus enormes anteojos verdes cubrian sus ojos inyectados de sangre, en los cuales bri-llaba el fuego sombrío de una fiebre devoradora y en una palabra, su máscara siniestra revelaba los desastres de una consunción sorda é ince-sante.

La fisonomía de Polidori contrastaba con la del escribano; la expresión de las facciones de aquel

malvado era amarga, fría é irónica: un bosque de cabellos rubios mezclados con algunos mechones canosos, coronaban su frente melancólica y arrugada; sus ojos penetrantes, transparentes y verdes como el agua marina, estaban pegados á su engarbitada nariz; y sus labios plegados y recojidos espresaban el sarcasmo y la bajeza que distinguían á aquel personaje. Polidori vestido completamente de negro, estaba sentado junto al bufete de Santiago Ferrand.

Ambos á dos se levantaron para saludar al sacerdote.

--Cómo os vá, mi dignísimo amigo? dijo el cura con afectuoso cariño, estais algo mas aliviado?

--Sigo lo mismo, señor cura; la fiebre no se me quita, respondió el escribano; los insomnios me asesinan... pero hágame en todo la voluntad de Dios.

--Veis, señor cura, añadió Polidori compungido, qué resignacion tan piadosa? mi pobre amigo, siempre es el mismo; no halla consuelo en sus males sino con el bien que hace...

--No, yo no merezco esas alabanzas, contestó á secas el escribano disimulando trabajosamente un resentimiento de cólera y de furor. Al Señor solo pertenece la apreciacion del bien y del mal... yo no soy mas que un miserable pecador.

-- Todos somos pecadores, contestó dulcemente el cura; pero no todos tenemos la caridad que os distin-

que, respetable amigo. Son muy raros los que como vos se desprenden de los bienes terrenos para emplearlos de una manera tan cristiana... ¿Pensáis aun en deshaceros de vuestra escribanía para entregaros completamente á las prácticas de la religión?

-- Antes de ayer he vendido mi escribanía, y por una casualidad bien extraña por cierto he tomado en dinero contante el precio de ella; y he resuelto que esa suma, junta con otras, sirva para fundar la institucion de que os he hablado, y cuyo plan que voy á someter á vuestra aprobacion está arreglado definitivamente.

-- Ah! digno amigo! dijo el cura con profunda y santa admiracion... es raro que las personas como vos, son muy raras, y que no hay bendiciones bastantes para ellas.

-- Hay pocas personas que reúnan como Santiago, la riqueza á la piedad, y la inteligencia á la caridad, dijo Polidori con una sonrisa irónica, que se escapó á los ojos del cura.

-- A tan extraño y sarcástico elogio se crispó involuntariamente la mano del escribano y lanzó á Polidori una mirada infernal por encima de los anteojos.

-- Veis, señor cura, añadió el *amigo íntimo* de Santiago Ferraud, los ataques nerviosos que sufre y cómo se obstina en no hacer nada para curarse?... Me tiene aburrido.. Es el verdugo de sí mismo..... Sí, me atrevo á decírtelo delante del señor cura, eres tu mismo verdugo, amigo mio.

El escribano se estremeció convulsivamente al oír á Polidori, pero procuró calmarse.

Cualquier hombre menos sencillo que el cura hubiese advertido durante esta conversacion, y otras que seguían despues, el acento reprimido y colérico de Santiago Ferrand; porque es inútil decir, que una voluntad superior á la suya, la voluntad de Rodolfo, en una palabra, imponia á aquel hombre palabras y actos diametralmente opuestos á su carácter.

De vez en cuando, intentaba el escribano desobedecer áaquella autoridad invisible y todo-poderosa; pero una mirada de Polidori ponía término á su indecision. En esos casos sufría Santiago Ferrand un yugo que no podia romper, concentrando con un suspiro furioso sentimientos mas duros.

--Ay, señor cura, añadió Polidori, que parecia querer atormentar á su cómplice leuta pero despiadadamente, mi pobre amigo descuida su salud demasiado.... Decidle por Dios que se cuide, sino por él, por sus amigos, al menos por esos desgraciados de quienes es la esperanza y apoyo.

--Basta!.... basta!.... murmuró el escribano en voz baja.

--No basta, dijo el sacerdote conmovido, es preciso que sepais, que haceis muy mal en descuidar tanto vuestra salud. Hace diez años que os conozco, y nunca os he visto enfermo, pero de un mes á esta parte, estais totalmente desconocido. Tanto mas me asusta la alteracion de vuestras facciones

cuanto que he pasado algunos dias sin veros. Por eso, en nuestra primera entrevista, no he podido disimular mi sorpresa, pues el cambio que advierto en vos hace ya algunos dias, es sin duda muy grave. Vais desapareciendo por momentos, y nos inquietáis seriamente..... Exijo de vuestra amistad que atendais mas á vuestra salud.

--Estoy muy reconocido á vuestro interés, señor cura, pero os aseguro que mi posicion no es tan alarmante como creéis.

--Puesto que te obstinas de esa manera, replicó Polidori, voy á decírselo todo al señor cura, que te ama, te estima y te distingue muy particularmente. Quiero que sepa tus nuevos méritos, la verdadera causa de tus padecimientos.

--Pues qué mas hay? dijo el cura.

--Señor cura, contestó el escribano con impaciencia, yo os he suplicado que viniéseis á visitarme para comunicaros proyectos muy importantes, y no para oír alabanzas ridículas de *mi amigo*.

--Ya sabes, Santiago, que tienes que resignarte á oír todo lo que yo te diga, exclamó Polidori mirando con intencion al escribano que bajó los ojos.

Polidori continuó:

--Habreis notado tal vez, señor cura, que los primeros síntomas de la enfermedad nerviosa de Santiago se han presentado poco tiempo despues del abominable escándalo que Luisa Morel dió en esta casa.

--El coche de la señora duquesa está pronto, dijo un criado.

--Por que no os poneis los diamantes? dijo M. de Lucenay: con ese prendido, os sentarian muy bien.

Saint-Remy se estremeció.

--Para una vez que vamos juntos no habeis querido obsequiarme poniendoos los diamantes.... Y no hay que decir sino que son muy buenos.. . Los habeis visto, Saint-Remy?

--Si... el señor los conoce.... perfectamente.... dijo Clotilde, y añadió: El brazo, Conrad.

M. de Lucenay siguió á la duquesa que no veia de cólera.

--Qué no venis con nosotros á casa de Senneval? le dijo M. de Lucenay.

--No.... es imposible, respondió brúscamente Saint-Remy.

--Mad. de Senneval es otra de las personas que yo sacrificaria gustoso porque viviera de Harville; pero qué digo una?... Cuando de un tiro podria matar dos pájaros: porque al marido de esa señora le tengo tambien en el libro verde.

--Qué libro es ese?

--Un libro donde apunto las personas cuya muerte hubiera preferido á la de Harville.

Mientras M. de Montbrison ayudaba á la duquesa á ponerse un pañuelo de abrigo, Lucenay, dirigiéndose á su primo le dijo:

--Puesto que viene con nosotros, que siga al nues-

tro... á menos que no venga Saint Remy, en cuyo caso, acoto un asiento de este carruaje, para contarle otra historia que vale tanto como la del sastre.

--Os lo agradezco, dijo con sequedad Saint-Remy, mas no puedo acompañaros.

--Estais de malas con mi mujer? Veo que se sube al coche sin deciros una palabra siquiera del suyo....

Con efecto, la duquesa habia entrado ya en él; Conrad y Lucenay estuvieron ofreciéndose mutuamente la preferencia para subir al mismo y Lucenay quedó solo con Saint-Remy, admirándose de la elegancia del que llevaba el vizconde y diciendo:

--Eso es lo que se llama un buen cochero! buenos caballos, y buen modo de manejarlos. Es preciso haceros justicia, no hay nadie que os gane á tener todas las cosas en orden.

--La duquesa y su primo os esperan, querido amigo, dijo M. de Saint-Remy con sentimiento.

--Verdad, es.... soy un grosero; hasta la vista, Saint-Remy. Ah! se me olvidaba, dijo el duque, deteniéndose en los escalones del portal; si no tenéis otra ocupacion mejor, venid mañana á comer con nosotros: Lord Dudley me ha enviado de Escocia unas ostras y.... nada, es un capricho.

Y el duque se unió á su mujer y á Conrad.

Saint-Remy quedó solo sobre la escalera viendo marchar el coche, y subió al suyo lanzando una mirada de cólera, de rabia y de desesperacion sobre aquella casa donde tantas veces habia

entrado como dueño, y de la cual salía ignominiosamente despedido.

--A mi casa, dijo bruscamente el vizconde.

--A palacio, dijo el lacayo á Edwards cerrando la portezuela.

Cuando Saint-Remy llegó á su casa devorado por las mas amargas reflexiones, se encontró á Boyer que le aguardaba á la puerta.

--El señor conde está arriba..... esperando al señor vizconde.

--Está bien.

--Tambien hay aquí un hombre á quien el señor vizconde ha citado para las diez.

--Bien, bien..... Oh! que noche! dijo Florestan subiendo la escalera para buscar á su padre, á quien encontró en la sala del piso principal, donde habia pasado la entrevista de aquella mañana.

--Perdonad, padre mio, que no haya estado aquí antes de vuestra llegada.... pero....

--El hombre que tiene en su poder esa letra falsa, está aquí? dijo el conde interrumpiendo á su hijo.—Si, padre mio, abajo está.

--Hacedle subir.

Florestan tiró de la campanilla y entró Boyer.

---Decid á Pedro Juarez que suba.

--Está bien, señor vizconde, dijo Boyer seliéndose de la estancia.

--Qué bueno sois, padre mio, que os habeis acordado de vuestra promesa!

--Yo no me olvido nunca de lo que prometo.

--Cómo podré pagaros?

--Yo no queria que mi nombre fuese deshonrado... y no lo será.

--No lo será mas.... yo os lo juro padre mio.

--El conde mirò á su hijo con desprecio y repitió.

--No, no lo será mas.

Despues añadió con gesto sardónico:

--Sois adivino?

--No, pero leo una resolucion firme y decidida en mi corazon.

--El padre de Florestan se paseaba de arriba á bajo en la sala sin responder una sola palabra con las manos metidas en los bolsillos de su levita.

--Pedro Juarez, dijo Boyer introduciendo á un hombre de figura ridícula despreciable y maligna.

--Dónde está esa letra? dijo el conde.

--Aqui la teneis, señor, respondió Pedro Juarez (*manequí del escribano Santiago Ferrand.*)

--Es esa preguntó el conde á su hijo.

--Si señor....

El conde sacó del bolsillo de su chaleco veinte y cinco billetes de mil francos y los entregó á su hijo, diciendo:

--Pagad.

Florestan pagó y recogió la letra con un profundo suspiro de satisfaccion.

--Pedro Juarez metió los billetes en una cartera vieja y se marchó.

M. de Saint-Remy salió con él de la sala, mientras Florestan rasgaba la letra.

-- Si no se descubre nada, me quedan los veinte y cinco mil francos de Clotilde que al cabo y al fin siempre es un consuelo... Pero cómo me ha tratado l...

El ruido de una cerradura hizo estremecer al vizconde. Su padre entró en la sala y su palidez se había aumentado considerablemente.

-- Creo, padre mio, haber oído cerrar la puerta de mi gabinete?

-- Sí, la he cerrado yo.

-- Vos, padre mio! Y por qué? preguntó Florestan estupefacto.

-- Os lo voy á decir ahora mismo.

El conde se colocó de manera que su hijo no pudiese escapar por la escalera secreta que conducía al piso bajo.

Florestan inquieto empezó á observar el rostro siniestro del padre, y espía con desconfianza todos sus movimientos sin poderse adivinar la causa del vago terror que sentía.

-- Que teneis, padre mio?

-- Esta mañana cuando me visteis, vuestro único pensamiento fue decir: Mi padre no consentirá la deshonra de su nombre y pagará... Si consigo engañarle con un arrepentimiento fingido, ya no hay miedo.

-- Y habeis podido creer que...

-- No me interrumpais... Yo no me le dejado

engañar, porque ni sois capaz de vergüenza ni de arrepentimiento... Estais viciado hasta el corazón, y no habeis tenido nunca un sentimiento de probidad no habeis robado mientras habeis tenido para satisfacer vuestros caprichos? eso es lo que se llama honradez entre las personas de vuestra clase; en pos de eso ha venido la bajeza, el crimen, la falsificación.... Ese no es mas que el primer periodo de vuestra vida..... que es bella y pura, comparada con la que os espera.

--No he variado de conducta hasta aquí, lo confieso; pero cambiaré, padre mio, yo os lo juro.

--No cambiareis tal.

--Pero....

--No cambiareis os digo.... Arrojado de la sociedad en que habeis vivido hasta ahora, os hareis muy pronto criminal, ladrón positivamente, y si necesario fuese, asesino... Ese es vuestro porvenir.

--Asesino!...

- Sí, porque eres cobarde.

--Yo he probado mi valor en varios desafíos.

--Os digo que sois cobarde! Ahora habeis preferido la infamia á la muerte..... día vendrá en que preferais la impunidad de vuestros nuevos crímenes á la vida de los estraños. Esto no puede quedar asi.... Ya que he llegado á tiempo para salvar mi nombre de la deshonra pública, es preciso acabar de una vez.

En esto llamaron con violencia á la puerta del gabinete; Florestan hizo un movimiento para ir á

abrir, á fin de poner término á una escena que le horrorizaba, pero el conde le tomó de la mano y preguntó:

—Quién es?

—En nombre de la ley, abrid, dijo una voz.

--Conque esa infamia no era la última, exclamó el conde en voz baja mirando á su hijo con aire terrible.

--Sí, padre mio... yo os lo juro, dijo Florestan procurando en vano estudiar la vigorosa opresion de su padre.

--Abrid á la justicia, repitió la voz.

--Y qué quereis? preguntó el conde.

—Soy el comisario de policía de este departamento, y vengo á practicar las diligencias necesarias por un robo de diamantes de que ha sido acusado M. de Saint-Remy.... M. Boudoin el diamantista tiene pruebas. Si no quereis abrir, me veré obligado á mandar abrir por fuerza.

--Ladron!... No me habia engañado, dijo el conde en voz baja. Yo queria mataros, pero ya es tarde.

--Matarme!

--No mas deshonra sobre mi nombre, acaebmos de una vez, aqui tengo unas pistolas.... saltaos la tapa de los sesos con una de ellas.... ó de lo contrario.... os ía salto yo con la otra, diciendo luego qua os habeis suicidado para libraros asi de la deshonra.

Y el conde con la mayor sangre fria, sacó

del bolsillo una pistola y se la presentó á su hijo , diciendo:

--Vaya....acabemos, si es que no sois cobarde.

El vizconde trató de fugarse, pero no pudo escapar de las manos de su padre , que con una mirada terrible é inexorable no le daba esperanza alguna de salvacion.

--Padre mio!

--No hay mas remedio que morir.

--Me arrepiento!..

--Ya es tarde....ois?....Violentan la puerta.

--Yo espíaré mis faltas!

--Van á entrar... Me obligarás á que te mate yo mismo?

---Piedad!

--La puerta cede!... Tú lo has querido así!

El conde apoyó el cañon de la pistola sobre el pecho de Florestan.

El ruido interior anunciaba en efecto que la puerta del gabinete no podia resistir por mas tiempo.

El vizconde se vió perdido y una resolucion repentina y desesperada brilló en su frente. Dejó de forcejear con su padre, y le dijo con resignacion y valentia:

--Teneis razon, padre mio.... venga acá esa pistola. No mas infamia sobre mi nombre: la vida que me resta es tan detestable que no merece disputarse. Venga acá esa pistola. Ahora vereis si soy cobarde..... pero una palabra al menos... una palabra de consuelo.... de despedida, dijo Florestan cogiendo la pistola.

que quede incógnito.... Tal vez abuse de vuestra bondad; pero espero que os dignéis hacer mis veces guardando el mas profundo secreto, para buscar los empleados subalternos del establecimiento, y cumplir los últimos requisitos; yo me reservo únicamente el derecho de nombrar un director y un mayordomo.

—Aun cuando no tuviera un verdadero placer en ayudar á esa caritativa empresa, seria de mi deber aceptar... y acepto.

Ahora, señor cura, si os parece, os leerá mi amigo el plan que tiene definitivamente formado.

—Puesto que sois tan amable, *amigo mio*, dijo Santiago Ferrand con amargura, leedle vos mismo..... y ahorradme ese trabajo..... yo os lo suplico.

--No, no, contestó Polidori lanzando una mirada sardónica sobre el escribano; yo tendré un verdadero placer en oír de tu boca los nobles sentimientos que te han guiado á esa filantrópica fundacion.

--Sea como gustéis; dijo brúscamente el escribano tomando un papel que estaba sobre la mesa.

Polidori cómplice antiguo de Santiago Ferrand, sabia muy bien los crímenes y los pensamientos secretos de aquel miserable, y no pudo contener una sonrisa bien feroz viéndose obligado á leer la nota dictada por Rodolfo.

El príncipe observaba una lógica inexorable para castigar al escribano.

Como lujurioso.... le atormentaba por la lujuria....

Como avaro... por la avaricia...

... Como hipócrita... por la hipocresía...

Rodolfo había escogido al venerable sacerdote de que hablamos, para agente en las restituciones de la espiacion impuesta á Santiago Ferrand, porque queria castigarte doblemente de la detestable hipocresía con que habia sorprendido la estimacion sencilla y el aprecio cándido del buen sacerdote.

¿No era con efecto un gran castigo para aquel inmundo impostor, para aquel obstinado tener que practicar las virtudes cristianas que muchas veces habia finjido, haciéndole merecer, á despecho de su impotente furor, los justos elogios de un sacerdote respetable a quien habia engañado hasta entonces?...

Santiago Ferrand leyó la nota siguiente con el disgusto y rabia que es de inferir.

ESTABLECIMIENTO DE UN BANCO PARA ARTESANOS SIN TRABAJO.

„*Amémonos los unos á los otros*, ha dicho Nuestro Señor Jesucristo.

„*Esas divinas palabras contienen los gérmenes de todas las obligaciones, virtudes y caridades.*

„Ellas son las que han inspirado al humilde fundador de esa institución.

„El bien que de ella resulte, á Dios solo le pertenece.

„El fundador quiere que participe el mayor número posible de sus hermanos, de los socorros que les ofrece.

„Se dirige primero á los trabajadores de buena conducta, laboriosos y cargados de familia á quienes la falta de trabajo lleva muchas veces á crueles extremos.

„No es una limosna degradante que hace á sus hermanos; es un préstamo gratuito cuyo objeto es favorecerles.

„Esta fundación espera que les impida comprometer indefinidamente, como les sucede casi siempre, su porvenir con esos empréstitos tiranos que por necesidad contraen cuando no hallan trabajo y tienen que sostener una larga familia que cifra en ellos sus esperanzas.

„Por garantía de dicho préstamo solo pide á sus hermanos el compromiso del honor y el *insolidum de palabra jurada*.

„El por su parte apronta una suma de doce mil francos el primer año, cuya totalidad se distribuirá *en préstamo-socorros* de veinte á cuarenta francos, sin intereses, en favor de los *journaleros casados y sin trabajo*, empadronados en el séptimo departamento.

„Ha elegido este departamento por haber en é

mayor número de artesanos.

„Estos préstamos no se concederán á los jornaleros de uno y otro sexo sin un certificado de buena conducta dado por el último maestro que hayan tenido, indicando porqué y en que día dejaron de trabajar.

„Estos préstamos serán reintegrables mensualmente, por setenas ó decenas, á eleccion de los que los tomen, á contar desde el día en que hayan encontrado trabajo.

„Firmarán un simple recibo comprometiéndose á devolver el préstamo en plazos determinados, cuyo recibo irá firmado asimismo por otros dos compañeros á fin de que se acostumbren á cumplir por el *insolidum* la promesa jurada. (1).

„El jornalero que no reintegre la suma recibida no podrá, así como sus dos fiadores, pedir un nuevo préstamo, porque faltando á su palabra de honor, priva sucesivamente á muchos de sus hermanos de la ventaja de que él gozó desmembrando esa cantidad del banco de los pobres.

(1) *El lector no sabrá tal vez que la clase jornalera tiene en general tal respeto á lo que debe, que los vampiros que prestan al exorbitante rédito de 3 á 4 por ciento semanal, no exigen ningun compromiso escrito y son religiosamente pagados. En el mercado y en sus alrededores es donde se ejerce principalmente industria tan detestable.*

„Si por el contrario devuelven escrupulosamente lo que recibieron los *préstamo-socorros* aumentarán de año en año en número y cantidad, siendo posible que en adelante lleguen á disfrutar el mismo beneficio los otros departamentos.

„La idea que preside á esta institucion es:

„No degradar al hombre por la limosna.

„No fomentar la pereza con un donativo estéril

„Exaltar los sentimientos de honradez y probidad naturales á las clases laboriosas.

„Ayudar fraternalmente al trabajador que pasando con dificultad el dia, merced á la insuficiencia de los jornales, no puede cuando le falta el trabajo *suspender* sus necesidades ni las de su familia. (1).

„Y el fin principal de esta institucion es el de glorificar al que ha dicho: amémonos los unos á los otros.

--¡Amigo miol exclamò el cura con religioso entusiasmo; qué idea tan caritativa! comprendo

(1) *Este proyecto sobre el cual hemos consultado á muchos jornaleros tan honrados como inteligentes, es sin duda imperfecto, pero le sujetamos al juicio de las personas que se interesan por las clases menesterosas, esperando que el germen de utilidad que encierra (no tememos afirmarlo) puede ser fecundado por un talento mas sublime que el nuestro.*

bien vuestra emocion al leer esas líneas sencillas pero sublimes.

La voz de Santiago Ferrand se habia ido alterando al acabar su lectura; su paciencia y su valor estaban á punto de estallar; pero vigilado por Polidori ni se atrevia, ni podia faltar en lo mas mínimo á los preceptos de Rodolfo.

El lector podrá figurarse cual seria la rabia del escribano obligado á disponer tan liberal y tan caritativamente de su fortuna, en favor de una clase que habia perseguido sin compasion en la persona de Morel el lapidario.

--¿No es verdad, señor cura, que la idea de Santiago es excelente? dijo Polidori.

--Yo que conozco todas las miserias estoy en el caso de comprender de qué importancia puede ser para los pobres trabajadores ese préstamo que parecerá demasiado módico en el gran mundo... Ah! amigo mio, y cuanto bien harian esas gentes si supiesen que con una suma tan pequeña, que apenas alcanza para satisfacer su menor capricho... que con treinta á cuarenta francos que les serian *escrupulosamente devueltos*.... aunque sin interés, podrian salvar muchas veces el porvenir y hasta el honor de una familia que por la falta de trabajo, y obligada por las horribles consecuencias de la miseria y de la necesidad suele cometer los mayores excesos! La indigencia sin trabajo, no halla nunca crédito, y si alguna vez consiente en prestar á esos infelices pequeñas

sumas sin exigirles fianzas es con escandalosas usuras; si les prestan treinta sueldos por ocho días, será preciso que deo cuarenta, y aun esos préstamos módicos son raros y difíciles. Hasta los préstamos del Monte de Piedad cuestan en circunstancias determinadas, casi trescientos por ciento (1). El artesano sin trabajo empeña muchas veces

(1) Tomamos los datos siguientes de un elocuente y apreciable trabajo, publicado por M. Alfonso Esquiros, en la revista de París del 11 de junio de 1843: «El término medio de los artículos empeñados por mil francos en casa de los comisionados del octavo y del duodécimo departamento, es lo menos de quinientos por día. Reducidos los menestrales, á tan débiles recursos solo sacan del monte de piedad cantidades insignificantes en comparación de sus necesidades.—Hoy día los derechos del monte de piedad, llegan en los casos ordinarios al trece por ciento; pero esos derechos aumentan monstruosamente si en vez de ser el préstamo anual se hace por menos tiempo. Como los artículos empeñados por los pobres son en general objetos de primera necesidad, resulta que tienen que andarlos empeñando y desempeñando cada semana. En este caso, supongamos un préstamo de tres francos, y el interés que paga el que empeña, se calculará en un rédito anual de 394 por 100. El dinero que ingresa cada año en el monte de piedad, pasa á los hospicios incontinenti, y es una suma muy considerable. En 1840, año de miseria, los emolumentos han producido 422.213 francos. Es preciso conocer, dice M. Esquiros, con

por cuarenta sueldos la única manta que en las noches de invierno le defiende á él y á su familia del rigor del frío; pero un préstamo de treinta á cuarenta francos sin interés, añadió el cura con entusiasmo, y pagaderos á doce días, cuando no se encuentra trabajo, es la salud..... es la esperanza..... es la vida.

--Los elogios del señor cura te deben ser satisfactorios, Santiago, dijo Polidori; pero muchos mas te espera cuando sepa ese Monte de Piedad gratuito que vas á fundar.

--Que decís?

--Qué Santiago no ha olvidado ese punto, que es por decirlo así, el suplemento del banco de los pobres.

--Será verdad! exclamó el sacerdote alzando las manos al cielo con entusiasmo.

--Continúa, Santiago, dijo Polidori.

El escribano continuó leyendo con rapidez, porque aquella escena le iba siendo insoportable.

mucha razon. que ese dinero no tiene un destino laudable, puesto que procediendo de la miseria, vuelve á la miseria; pero es porque se prescinde de esta grave cuestion: si es bueno que el pobre á quien le pertenece, socorra á otro pobre. Finalmente, M. Esquiros al proponer grandes mejoras en el monte de piedad, hace justicia al director actual M. Delaroche, que ha emprendido ya reformas muy útiles.

„Los préstamos-socorros tienen por objeto remediar uno de los mas graves accidentes de la vida artesana *la interrupcion del trabajo*. No se concederán absolutamente á otras personas que á los artesanos que no hallen donde trabajar.

„Pero es preciso preveer otros inconvenientes no menos crueles, que miran á los que están en activo ejercicio.

„Muchas veces un descanso de dos ó tres dias necesario por la fatiga, el cuidado que esige una esposa, la enfermedad de un niño ó una mudanza precisa, dejan al jornalero sin su ordinario recuento.

„El fundador del Banco, queriendo suavizar en lo posible la desgracia de sus hermanos, destina veinte y cinco mil francos anuales para préstamos sobre prendas, que no podrán exceder de diez francos en cada vez.

„Los que tomen el dinero no pagarán costas ni tampoco intereses, pero deberán probar que ejercen una profesion honrosa, acreditandolo con una informacion de sus amos ó maestros que justifique su moralidad.

„Pasados dos años se venderán sin corretaje los efectos que no hayan sido retirados por sus dueños; y el exceso que resulte de la venta se colocará al cinco por ciento en provecho del que tomó el préstamo.

„Si á los cinco años no ha reclamado esa suma se llevará al Banco de los pobres, donde con-

tribuirá á aumentar sucesivamente el número de los préstamos. (1)

La administracion, y oficina de préstamos del Banco de los pobres, se situarán en la calle del Temple, núm. 17, en una casa comprada al efecto en el centro de un barrio muy populoso. Diez mil francos se depositarán en la administracion del *Banco de los pobres*."

Polidori interrumpió al escribano, y dijo al sacerdote:

--Vais á ver, señor cura, por la eleccion del director, como sabe Santiago reparar el mal que hizo involuntariamente. Sabeis que por un error que siente en el alma acusó falsamente á su cajero de haberle estraido una suma que encontró despues?

--Ya losé.

--Pues bien, á ese honralo muchacho, llamado Francisco German, es á quien nombra Santiago director perpétuo de ese Banco con cuatro mil francos de sueldo. No es verdad que esa idea es admirable, señor cura?

--Nada me admira ya, ni me ha admirado nunca, dijo el sacerdote. La fervorosa piedad y las virtudes de nuestro buen amigo, debian tener tarde ó temprano un resultado semejante. Pero em-

(1) Ya hemos dicho que en algunos estados de Italia existen montes de piedad gratuitos, fundaciones caritativas que tienen mucha analogía con el establecimiento que suponemos.

plear toda su fortuna en tan bella institucion es cosa que pasma.

--Mas de un millon, señor cura, dijo Polidori, mas de un millon ha ahorrado á fuerza de orden, de economias y de prohibid.... y aun hay gente mala capaz de acusar á Santiago de avaro.... Yo he oido decir á muchos; que por qué vivia con tantas privaciones cuando su escribania le debia producir al año cincuenta á sesenta mil francos?

--Yo contestaria á esa jente, replicó el cura con entusiasmo. „Ha vivido quince años como un pobre á fin de poder el dia de mañana socorrer con magnificencia á los pobres.”

--Pero alégrate al menos del bien que haces, exclamó Polidori, dirijiendose á Santiago Ferrand, que cabizbajo, abatido y con la mirada fija parecia estar absorto en una meditacion profunda.

--No es en este mundo, dijo tristemente el cura, donde se recibe la recompensa de tan extraordinarias virtudes... la ambicion debe estar mas alta.

--Santiago, dijo Polidori, dando lijeramente una palmada en el hombro del escribano, sigue leyendo:

El escribano se estremeció, se pasó la mano por la frente, y dirijiéndose al sacerdote le dijo:

—Disimulad, señor cura; pero me he distraido pensando en la inmensa estension que podrá tomar ese Banco con la acumulacion de los réditos, si los préstamos de cada año, reintegrables por

un orden regular, no absorven el capital.... En poco mas de cuatro años podrá tener cincuenta mil escudos de préstamos gratuitos ó sobre albasas.... es una suma enorme... enorme, y yo me felicito por ello, añadió pensando con una rabia reconcentrada en el valor del sacrificio que le habian impuesto. Estáhamos, añadió, en... ..

--En el nombramiento de Francisco German, para director de la sociedad, dijo Polidori.

Santiago Ferrand, continuó:

„Una suma de diez mil francos se destinará para los gastos de administracion del *Banco de trabajadores desocupados*, cuyo director perpétuo será Francisco German, y el conserje, el portero actual de la casa, Alfredo Pipelet.

„El señor cura Dumons, despues de recibir los fondos necesarios para la fundacion nombrará una junta superior de vigilancia, compuesta del alcalde y del juez de paz del departamento, á quienes se agregarán las personas que se tenga por conveniente para que se encarguen del patronato y conservacion del *Banco de los pobres*; porque el fundador se creerá mil veces recompensado de lo poco que hace si algunas personas le ayudan en sus tareas.

„La instalacion de este banco se anunciará por todos los medios de publicidad posibles....”

„El fundador, repite por conclusio. que todo lo hace en beneficio de sus hermanos, que su idea no tiene mérito alguno. Su pensamiento no es

mas que el eco de este pensamiento divino:

„AMEMONOS LOS UNOS A LOS OTROS.”

--Y tendreis un asiento en el cielo junto al trono del que ha pronunciado esas inmortales palabras! exclamó el cura estrechando con efusion las manos de Santiago Ferrand entre las suyas.

El escribano no podia resistir mas; las fuerzas le faltaban de todo punto. Sin contestar á las felicitaciones del señor cura, se apresuró á entregarle en billetes del Tesoro el dinero necesario para la fundacion referida, y para la pension del lapidario Morel.

--Yo creo, señor cura, dijo por último Santiago Ferrand, que no rehusareis esta nueva mision confiada á vuestra caridad. Ademas, un extranjero.... llamado Sir Alberto Murph que me ha dado algunos consejos.... relativos á este proyecto, aligerará un poco vuestro trabajo.... y se presentará hoy mismo á hablar con vos y tratar de este asunto, poniéndose á vuestra disposicion, si puede seros útil en algo. Escusado es repetiros, señor cura, que guardéis el mas profundo silencio sobre mi nombre.

--Teneis razon.... Dios sabe lo que haceis por vuestros hermanos.... y lo demas qué os importa? Lo que yo siento es no poder ofreceros para vuestra institucion otra cosa mas que mi celo; pero será tan ardiente como inmensa vuestra caridad...

qué tenéis, amigo mio?.... estais pálido.... os duele algo?

--Esta larga lectura, la impresion que me causan vuestras palabras.... los dolores que sufro hace algunos dias.... perdonad mi debilidad, dijo Santiago Ferrand sentándose trabajosamente; mi mal no tiene síntomas graves; pero estoy fatigado.

--No hariais mal en meteros en cama, dijo el sacerdote con un vivo interés, y en hacer que llamasen al médico.

--Yo soy médico, señor cura, dijo Polidori, el estado de Santiago exige cuidarle mucho, pero yo le asistiré.

El escribano se estremeció!

--Con un poco de reposo os aliviareis, dijo el cura, yo me retiro, pero antes os daré un recibo de este dinero.

Mientras el sacerdote escribía el recibo, Santiago Ferrand y Polidori se miraron de un modo que no es fácil de describir.

--Vaya, valor y confianza en Dios, dijo el cura entregando el recibo á Santiago Ferrand. Dios prolongará una vida que tan útil y tan religiosamente emplea uno de sus mejores siervos.... Mañana volveré á veros.... Adios, caballero. ... adios amigo mio.... santo y dignísimo amigo, adios.

Santiago Ferrand y Polidori quedaron solos.

CAPITULO III.

Los cómplices.



penas hubo salido el cura, Santiago Ferrand prorrumpió en imprecaciones horribles.

Su desesperacion y su ira, comprimidas por largo tiempo, estallaron de repente. Débil, con el rostro crispado y la mirada inmóvil daba vueltas rápidas por el gabinete, como una fiera furiosa.

Polidori con la mayor calma observaba atentamente al escribano.

-- Ira de Dios! exclamó por fin Santiago Ferrand con voz colérica é irritada. mi fortuna entera invertida en esas estúpidas buenas obras! Yo que desprecio y aborrezco á los hombres.... yo que vivia para cagañarlos y despojarlos.... yo! fundar establecimientos filantrópicos!.... Oblíganme á ello por medios tan infernales!.... es el demonio tu amo? esclamó desesperado, parándose bruscamente ante Polidori.

-- Yo no tengo amo, respondió friamente Polidori. Tengo.... un juez como tú....

- Obedecer como un niño á las menores insi-

nuaciones de ese hombre replicó Santiago Ferrand enfurecido. Y ese sacerdote de quien me he burlado tantas veces; por que creia como muchos otros en mi hipocresía... Cada una de las alabanzas que me daba sinceramente era una puñalada... y contenerme!... verme obligado á callar!

--Y de lo contrario el cadalso...

--Oh! no poderse librar de esa esclavitud repugnante. Perder mas de un millon... y si me quedan, inclusa esta casa, cien mil francos será lo sumo.... que mas quieren de mí?

--Algo mas.... el príncipe sabe por Badinot que tu pelele Pedro Juarez, no era mas que un testaferró para los préstamos que has hecho al vizconde de Saint-Remy. Las sumas que ha satisfecho el vizconde, se las habia prestado una dama del gran tono... Probablemente espera esa nueva restitution... pero dicen que es una señora muy delicada.

--Encadenado... encadenado aquí!

--Tan sólidamente come con un grillete de hierro.

--Y tú... eres mi carcelero, ¡miserable!

--Qué quieres?... Segun el sistema del príncipe, nada mas lógico: castiga el crimen con el crimen, y el cómplice con el cómplice.

--¡Oh rabia!

--Sí; pero desgraciadamente rabia inútil é insensata... porque hasta que el príncipe diga: Santiago Ferrand es libre de dejar su casa cuando le pa-

satos; sería terrible un desengaño.

--Sueños insensatos!.... Creéis que cuando Rodolfo sepa que esa jóven, presa hoy en San Lázaro (1), y confiada en otro tiempo al escribano que la hizo pasar por muerta, es nuestra hija.... creéis?.....

--Creo, replicó Seyton con amargura, que los principes anteponen las razones de estado y conveniencias políticas, á los deberes naturales.

--Tan poco esperais de mí?

--El principe no es ya el jóven cándido y apasionado á quien seducisteis en otro tiempo; esa época ya pasó para él.... y para vos, hermana mia.

--Sabeis por que he querido adornar mis cabellos con esta diadema de coral, y por qué me he puesto este vestido blanco? Pues es porque la primera vez que me vió Rodolfo.. .. en la corte de Gerolstein.... llevaba puesto este mismo traje.

--Qué estais diciendo? dijo Seyton mirando á su hermana con sorpresa; quereis evocar esos recuerdos sin temer por el contrario su influencia?

--Yo conozco á Rodolfo mejor que vos..... indudablemente mis facciones, alteradas por la edad y los padecimientos, no son ya las de la jóven de diez y seis años á quien amó con delirio.... la úni-

(1) Ya sabe el lector que la Mochuelo, creia y habia dicho á la condesa antes de herirla, que le Guillabaora permanecía en S. Lázaro; ignorando que Santiago Ferrand la habia hecho conducir á la isla del Devastador.

ca á quien amó, porque yo he sido su primer amor. . y ese amor único en la vida del hombre, deja siempre marcas indelebles en su corazon.... Creedme, hermano mio, la vista de este prendido despertará en Rodolfo, no solo los recuerdos de su amor, sino hasta los de su juventud.... y para los hombres, esos últimos recuerdos siempre son dulces.

- Pero á esos dulces recuerdos se unen otros bastante amargos: y la intencion siniestra de vuestro amor? y la odiosa conducta del padre para con vos? y vuestro silencio obstinado cuando Rodolfo, despues de vuestro matrimonio con el conde MacGregor os pedia vuestra hija, cuya muerte le hicierais saber en una carta indiferente è insulsa hace diez años? Olvidais que desde esa época el principe no ha sentido hácia vos mas que aversion y desprecio.

-- La piedad ha reemplazado al desprecio. Desde que ha sabido mi desgracia ha enviado diariamente al baron de Graün á que pregunte por mi salud.

-- Por humanidad.

-- Lo cierto es que ahora va á venir aquí.... y esa concesion es inmensa, hermano mio

-- Os cree agonizando... se figura que le llamais para darle el último adios, y por eso viene... Habeis hecho mal en no escribirle la revelacion que le vais á hacer.

-- Yo bien sé lo que me hago. Esa revelacion le colmará de sorpresa, de alegría.... y yo quiero

porque ni el mio es todo-poderoso, ni imponente. Es un buen muchacho, muy alegre, y nadie se arro-
dilla delante de él.... por el contrario, ha prometido ayudarme á limpiar los ladrillos de mi cuarto, y llevarme á paseo los domingos.... Ya ves que esto no es cosa de grandes personajes.... Pero qué es lo que estoy diciendo? El corazon se me ha ido á pájaros!.... Y Luisa, y mi pobre German!.... Mientras ellos estén en la cárcel podré yo tener un momento de felicidad siquiera?

Flor-Celestial estuvo reflexionando un rato, y acordándose del lenguaje y de las maneras de Rodolfo, cuando le conoció por primera vez en el Conejo-blanco, se decia á si misma: No podrá ser muy bien que mi protector se disfrace de hortera á los ojos de Rigolette?... Pero qué fin se llevará con esa nueva transformacion?

La griseta observó la distraccion de Flor-Celestial, y exclamó:

--No te andes rompiendo la cabeza por eso; cuando tú veas al tuyo háblale de mi; cuando yo vea al mio le hablaré de tí, y asi sabremos si hay dos Rodolfos, ó si es uno mismo.

--Y dónde vives, Rigolette?

--Calle del Temple, número 17.

--Bueno es saberlo, dijo para si la señora Serafina. Ese M. Rodolfo, personaje misterioso, que todo lo puede, que se hace pasar por corredor de lienzos es vecino de esta modistuela que tiene trazas de saber callar algo mas de lo que revela; el defensor de los

desgraciados vive en la misma casa que Morel y Bradamante.... No es malo saberle, si la griseta y el supuesto corredor, continúan mezclándose en lo que no les importa, ya sabemos dónde se les ha de echar el guante.

--Después que hable á M. Rodolfo, te escribiré, dijo la Guilabaora, y te daré las señas para que puedas contestarme, pero repíteme las tuyas.... no sea que se me olviden.

--Galla, justamente tengo aquí una tarjeta de las que doy á mis parroquianos, dijo Rigolette dando una á Flor-Celestial, en la cual se leía lo siguiente: *Rigolette, costurera, calle del Temple, número 17. Parecen impresas, no es verdad? añadió la griseta; pues mira tú German me las escribió... Y quecrás creer que á pesar de todo no me he enamorado de él hasta ahora?*

--Pues qué, le amas?

--Es claro.... es preciso tener un pretexto para venirle á ver á la cárcel.

--Eres tan buena y tan generosa como siempre, dijo Flor-Celestial estrechando las manos de su amiga.

La señora Serafina tenía ya bastante por lo visto con lo que había sorprendido de la conversacion de las jóvenes, y dijo bruscamente á Flor-Celestial.

--Vamos, señorita, vamos que ya es tarde.... Hemos perdido aquí un cuarto de hora tontamente.

--¡Huy! Qué poco me gusta esa vieja!.. dijo Ri-

golette en voz baja á Flor-Celestial, y añadió en voz alta: Cuando vengas á Paris, no te olvides de hacerme una visita... Yo tendré mucho gusto en estar todo un dia contigo, y enseñarte mi casa, mi ajuar, mis pajaros.... porque figúrate tú si tendré lujo que tengo hasta pájaros!

--Haré lo posible por verte á ver, pero puedes estar segura de que te escribo; á Dios Rigolette.... á Dios.... No puedes figurarte cuánto me alegro de haberte encontrado.

--Y yo tambien.... pero creo que no será esta la última vez, y estoy muy impaciente de saber si ese M. Rodolfo de que me hablas es el mismo que el mio... Escribeme pronto lo que haya en ese asunto. te lo suplico.

--Si, si, á Dios Rigolette.

--A Dios, querida mia.

--Y las dos se abrazaron tiernamente disimulando su emocion.

Rigolette entró en la reclusion á ver á Luisa, merced al permiso que la habia obtenido Rodolfo.

Flor-Celestial subió al coche con la señora Serafina, que mandó al cochero dirigirse á Batignolles, con orden de pararse á la puerta.

Un camino de travesia muy corto conducia desde ese sitio casi directamente al borde del Sena, no lejos de la isla del Devastador.

Flor-Celestial, conocia poco á Paris, y no se apercibió de que el carruaje seguia otro camino bien distinto que el de San Diómisio. hasta que se

paró en las Batignolles, y la señora Serafina la dijo que se bajara.

--Me parece, señora, que no es este el camino de Bouqueval... cómo hemos de ir á pié desde aquí hasta la quinta?

--Lo único que puedo deciros, contestó con amabilidad el ama de gobierno, es que ejecuto las órdenes de vuestros bienhechores, y que les daríais un disgusto si no quisierais seguirme.

--Oh! No haré tal, exclamó Flor-Celestial; ellos os mandan aquí y yo no tengo nada que replicar... Os sigo á ojos cerrados, pero decidme únicamente cómo sigue la señora Paula.

--Muy bien.

--Y M. Rodolfo?

--Perfectamente.

--Le conocéis? Pues cómo no habeis dicho nada, cuando Rigolette y yo hemos hablado de él?

--Ahí vereis... Yo tenia que cumplir las órdenes que me habian dado.

--El mismo os las ha dado?...

--Curiosa es la niña, dijo sonriendo el ama de gobierno.

--Perdonad mi curiosidad, señora.

El ama de gobierno habiendo dejado á la espalda las últimas casas de Batignolles, siguió con Flor-Celestial un camino cubierto de céspedes y de nogales.

El día estaba templado y hermoso; el cielo estaba medio velado por nubes purpúreas y el sol lanzaba

da... ha hecho nunca latir este corazón de mármol.... que no palpará hasta el día en que descaense sobre mi frente la Corona Real.... Pero ya oigo á Rodolfo, dejadme....

--Pero....

--Dejadme.... exclamó Sarah con un acento tan imperioso y resuelto que su hermano salió de la habitación minutos antes de que introdujeran al príncipe.

Cuando Rodolfo entró en el gabinete, su mirada era lastimera y compasiva.... pero al ver á Sarah sentada en un sillón, casi buena.... retrocedió sorprendido, y su rostro se tornó receloso y sombrío.

La condesa adivinó la admiración del príncipe, y le dijo con voz dulce y débil.

--Creiais encontrarne agonizante.... y veniais á recibirme último adiós?

--Yo he mirado siempre como agradecidos los últimos votos de los moribundos.... pero aquí se trata de un engaño sacrilego.

--Tranquilizaos, dijo Sarah, interrumpiendo á Rodolfo, tranquilizaos... no os he engañado... creo que me quedan muy pocas horas de vida.... Perdonadme esta última coquetería... he querido evitaros el lúgubre aspecto que acompaña ordinariamente á la agonía.... he querido morir vestida como estaba la primera vez que os ví... Al fin os vuelvo á ver, despues de diez y siete años de separacion... Gracias!... oh! gracias.... pero dádselas á Dios de que os haya inspirado la idea de escuchar mis últimas

palabras..... Si os hubiéscis negado à venir, yo llevaria conmigo un secreto que va á hacer la delicia, la felicidad de vuestra vida..... alegria mezclada con alguna tristeza..... dicha mezclada con lágrimas..... como toda felicidad humana; pero aun esa felicidad la comprariais á precio de la mitad de los dias que os quedan de vida!

--Qué quereis decir? la preguntú el príncipe con sorpresa.

--Sí, Rodolfo, si no hubiéscis venido, este secreto hubiera bajado conmigo á la tumba..... mi única venganza consistiria en eso, pero me ha faltado el valor para tan terrible golpe..... Por mucho que me hayais hecho sufrir, yo queria hacer os participe de esa incomparable felicidad que vos, mas afortunado que yo, podreis gazar largo tiempo.,. Sí, largo tiempo.

--Pero de qué se trata, señora?

--Hasta que lo sepais..... no podreis comprender la lentitud con que os lo refiero, porque mirareis esta revelacion como un milagro del cielo.. Pero yo que con una palabra puedo causaros le mayor de las felicidades que habeis experimentado en vuestra vida..... experimento, aunque son contados los minutos que durará mi existencia... una satisfaccion indefinible en prolongar vuestra curiosidad.... Yo conozco vuestro corazon, y á pesar de la firmeza de vuestro carácter temeria anunciaros, sin preveniros anticipadamente un descubrimiento tan increíble..... Las emociones de una inesperada

Recostada en su silla, trémula, y sin apartar sus ojos del príncipe, la condesa esperaba á que hablase Rodolfo.

Conociendo su impetuoso carácter, temia que al doloroso martirio, que tantas lágrimas costaba á aquel hombre tan resuelto como inflexible, sucedería algun iracundo ímpetu.

Rodolfo levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas, y acercándose á Sarah con los brazos cruzados... la contempló en silencio algunos instantes, y la dijo con voz sorda y gesto amenazador...

--No podia menos de suceder asi.. Yo he desenvainado el acero contra mi padre... y me veo herido en la persona de mi hija... Justo castigo del parricida... escuchadme, señora.....

--Parricida? Dios mio! Oh! día funesto!

--Es preciso que sepais en este momento supremo, todos los males causados por vuestra implacable ambicion, y vuestro feroz egoismo..... Lo ois, muger sin corazon y sin fé? lo ois, madre desnaturalizada?

--Piedad! Rodolfo.....

--Piedad para vos?... que esplotásteis friamente un amor sincero por el interés de vuestro execrable orgullo, aprovechándoos de una pasion generosa y franca que fingiais corresponderl... No hay piedad para vos que habeis armado al hijo contra su padre!... No hay piedad para vos, que en vez de cuidar de vuestro hijo le habeis abandonado á manos mercenarias, por satisfacer vuestra avaricia con un

matrimonio espléndido... como desplegasteis vuestra ambicion desenfrenada.. para casaros conmigo... No hay piedad para vos, que despues de haberme negado la posesion de mi hijo, sois la causa de su prematura muerte con vuestros sacrilegos fraudes.... Maldicion sobre voz!.. Vos... que os habeis propuesto ser el genio del mal para mí, y para mi familia.

—Oh! Dios miol.. Dejadme... dejadme.

—Me habeis de oir.... Os acordais del último dia.... en que os vi, hace diez y siete años.... Vos no podiais ocultar las consecuencias de nuestra secreta union, que ambos criamos indisoluble; yo conocia el carácter inflexible de mi padre.... sabia que me preparaba un matrimonio político.... y desafiando su indignacion, le declaré que erais mi muger ante Dios y los hombres; y que antes de poco, dariais al mundo un niño fruto de nuestro amor.... La cólera de mi padre fué terrible... no queria creer en mi matrimonio, porque tanta audacia le parecia imposible... Me amenazó fuertemente, si me atrevia á hablarle de semejante locura... Yo os amaba como un insensato... engañado por vuestras seducciones creia haber hecho nella cu vuestro corazon de hierro, y contesté á mi padre que jamas tendria otra muger que vos... Cediendo á mi loca pasion, y á la violencia de mi carácter... osé prohibir á mi padre, á mi suegro... que hablase así de mi esposa... llegué á amenazarle... Mi padre exasperado con aquel insulto me lev. ntó la mano; pero la rabia me cegó ..

desenvainé la espada... y me arrojé sobre él... A no haber sido por Alberto, que se interpuso y evitó el golpe, sería parricida de hecho... como lo fué de intencion ... lo oís?... parricida, y todo por defenderos.... á vos!

--Dios mio, yo ignoraba esa desgracia!

--En vano he creído hasta aquí haber espiado mi crimen..... el golpe de hoy castiga mi atrevimiento.

--Y yo, no he sufrido mucho tambien con la crueldad de vuestro padre que anuló nuestro matrimonio? Por qué acusarme de que no os amaba cuando...

--Por qué? exclamó Rodolfo interrumpiendo á Sarah, y lanzándola una mirada despreciativa y asoladora; sabedlo todo, para que no os sorprenda el horror que me inspirais. Despues de aquella escena funesta, en que amenacé á mi padre... entregué mi espada. Polidori, por cuya diligeneia nos habíamos casado, fue preso, y probó que la union era nula, porque el sacerdote que nos habia dado las bendiciones era un ministro supuesto, y que vos, vuestro hermano y yo habíamos sido engañados. Pero aun hizo mas Polidori para desarmar la ira de mi padre, y fue entregarle una carta interceptada en un viaje que hizo Seyton, de las que vos le escribiais.

—Cielos!. Será posible?

—Comprendeis ahora la causa de mis desprecios?

—Obl basta!.. basta!

--En aquella carta descubriais vuestros ambi-

ciosos proyectos con insolente cinismo... me tratábais en ella con el mayor desaire.... me sacrificabais á vuestro infernal orgullo; yo no era otra cosa mas que el instrumento de la corona real, que os habian pronosticado.... Os parecia.... que mi padre vivia demasiado...

--Todo lo comprendo.. qué desgraciada soy!

--Y por defenderos.... amenacé la vida de mi buen padre!... Cuando á la mañana siguiente sin hacerme la menor reconvenccion, me enseñó aquella carta.. aquella carta, que en cada línea revelaba la perversidad de vuestra alma, caí de rodillas pidiendo me perdonase. Desde ese dia he sido perseguido por un remordimiento que no cesa de atormentarme. Dejé la Alemania, y empecé la expiacion que me he impuesto... y que acabará con la última respiracion de mi vida.... Recompensar el bien... perseguir el mal, consolar á los desgraciados, y sondear todas las llagas de la humanidad, para arrancar algunas almas de la perdicion.... ese es el deber que me he impuesto.

--Es noble y santo... es digno de vos.

--No os hablo yo de ese voto, replicó Rodolfo con tanto desden como amargura; de ese voto cumplido con la exactitud posible, para que me alabéis... Escuchadme: últimamente llegué á Francia, y mi estancia en esta, no podia ser estéril para la expiacion. Tratando de socorrer á los infelices honrados quise conocer esas clases que la miseria oprime y envilece, porque sabia que un

socorro á tiempo, y algunas palabras consoladoras bastan muchas veces para salvar á un desgraciado del abismo... A fin de juzgar por mi propio, tomé el exterior y el lenguaje de las gentes á quienes deseaba observar.... y en una de esas investigaciones.... que por primera vez..... yo..... yo.....

--Y como si hubiese retrocedido ante aquella horrible revelacion, añadió despues de una breve pausa:

--No, no; me falta el valor.

--Pues qué mas teneis que decirme, Dios mio!

--No podeis saberlo tan pronto.... pero puesto que os tomais un interés tan vivo per las cosas pasadas, añadió con sarcástica ironía, os hablaré de los sucesos que precedieron á mi segundo viaje á Francia.. Despues de haber viajado mucho volví á Alemania, y decidido á obedecer en un todo las órdenes de mi padre, me casé con una princesa rusa... Durante mi ausencia os echaton del gran ducado, y sabiendo poco tiempo despues que estabais casada con el conde Mac-Gregor, os pedí mi hija con repetidas instancias; pero no me respondisteis, y á pesar de todas mis averiguaciones no pude saber donde habiais enviado aquella desgraciada niña, de cuya suerte mi padre se habia generosamente ocupado... Hace diez años que recibí una carta en que me avisábais la muerte de nuestra hija.... Ojalá hubiera muerto entonces!...

y hubiese yo ignorado el incurable dolor, que será la desesperacion de mi vida!

--Ahora, dijo Sarah con voz lánguida, no me sorprende la aversion que os he inspirado desde que leísteis aquella carta... Yo no podré sobrevivir á este último golpe... el orgullo y la ambicion me han perdidol.. bajo una apariencia apasionada, ocultaba un corazon de hielo... afectaba franqueza y generosidad, sin tener mas que hipocresia y egoismo. No sabia hasta donde llegaba vuestro derecho de despreciarme y de aborrecerme... Mis descabelladas esperanzas iban siendo cada vez mas ardientes... Desde que una doble viudez nos hizo libres á ambos, yo volví á dar cierto crédito á aquella prediccion, que me prometia una corona... Y cuando la casualidad me hizo hallar á mi hija... me pareció ver en esa fortuna inesperada una voluntad providencial... Sí, llegué á creer que el odio que me teniais, cederia ante el amor que os inspiraria vuestra hija... y que me dariais vuestra mano, á fin de darla á ella el rango debido.

--Pues bien! que vuestra execrable ambicion quede satisfecha y castigada!... Sí, á pesar del horror que me inspirais... por respeto á las desgracias de mi hija... hubiera... aunque decidido á vivir siempre separado de vos... por un matrimonio que hubiese legitimado el nacimiento de vuestra hija, hubiera dado á esa pobre criatura una posicion tan elevada y tan deslumbradora, como

baja y miserable la había tenido en sus primeros años.

--Ahl no me había engañadol.. Maldicion!.. Maldicion!.. Ya es tarde!

--Ya lo sé! No es la muerte de vuestra hija la que sentís, sino la pérdida de ese rango que habeis anhelado con inflexible obstinacion.. Pues bien, que esos pesares indignos sean vuestro último castigo!

--El último, sí... porque no le sobreviviré.

--Pero antes de morir, habeis de saber que vida ha tenido vuestra hija, desde que la abandonásteis.

--Muy miserable, tal vez... pobre niña.

--Os acordais, replicó Rodolfo con una calma terrible, os acordais de aquella noche en que me seguisteis á un bodegon de la Cité?

--Sí que me acuerdo; pero á que viene esa pregunta? Me estremece vuestra mirada.

--No visteis en las callejuelas innobles de aquel barrio... criaturas desgraciadas.. que... Pero, no, no, no me atrevo, dijo Rodolfo ocultándose el rostro con ambas manos, no me atrevo: me horrorizan mis palabras

--A mí tambien me aterran.. Qué me quezeis decir? Dios mio!

--Las habeis visto no es cierto? replicó Rodolfo haciendo un esfuerzo para contenerse. Habeis visto á esas mugeres que deshonran su sexo?.. Habeis visto entre ellas una jóven de diez y seis años, her-

mosa é inocente como los ánjeles... Una pobre niña que en medio de la degradacion en que la habian sumido desde algun tiempo, conservaba una fisonomía tan cándida, tan virginal y tan pura?... Los ladrones y los asesinos la tuteaban... la tuteaban, señora... la habian puesto por mote *Flor-Celestial*... Habeis visto á esa jóven? decid.... decid, madre sensible?

--No... no la he visto, dijo Sarah casi maquinalmente, sintiéndose oprimida por un terror vago.

--¡De veras! exclamó Rodolfo con risa sardónica. Pues es extraño: yo si la he visto... y os diré cuando. En una de esas expediciones de que os he hablado, y que tenia para mi un doble objeto (1) me encontré en la Cité no lejos del Fonducho adonde me habiais seguido. Un hombre queria maltratar á una de esas desgraciadas criaturas, la defendí contra la brutalidad de aquel bárbaro.... y no adivináis quien era aquella criatura.... decid, madre santa y previsora, no lo adivináis?

--No.... no lo adivino.... Pero dejadme... dejadme...

--Aquella desgraciada era *Flor-Celestial*.

--Dios mio!

--Y no adivináis.... quién era *Flor-Celestial*... madre irrepreensible?

(1) *La de saber el paradero de Francisco German, hijo de la señora Paula.*

no pude menos de hablarla, pero qué traza tan mala tiene!..... La pregunté por subijo Marcial, á quien hacia dos dias que no habia visto, y me miró con unos ojos.... con unos ojos, que parecia quererme tragar.

--Me haceis temblar..... y qué sucedió despues?

El señor Ferot guardó un momento de silencio, sacudió sus blancos cabellos, y continuó:

--Yo os tengo por una buena muchacha, si me prometeis guardar el secreto os lo contaré todo.... conforme lo sé....

--Hablais de mi amante?

--Si, porque Marcial es un buen muchacho, aunque mala cabeza, y si le sucediera alguna desgracia por la vieja malvada que tiene por madre, ó por su cobarde hermano, seria un dolor....

--Pero qué sucede?... Qué tratan de hacerle su madre y su hermano? Dónde está Marcial?..... Qué quiere decir todo esto? vamos hablad....

--Pues dejad en paz mi blusa, porque si me interrumpis á todas horas, no podré concluir nunca de contaros lo que quereis saber.

--Oh! Qué calma! exclamó la Loba pateando de cólera.

--No repetireis á nadie lo que os voy á decir?

--Nó, no, nol.

--Palabra de honor?

--Qué sangre teneis! Qué sangre, señor Ferot!

--Vaya, no os incomodeis mala cabeza. Pues es el

aso, que Marcial está cada día mas indispuesto con u familia, y que á mi no me extrañaria de que le ugasen alguna mala partida ... Así es que siento mucho no tener aqui mi bote porque si contais con los de la isla para ir allá... buen chasco os lleva is.... No será Nicolás mi el *esqueteto* de Calabaza, que cada día está mas seca, los que os conduzcan

-- Ya lo sé, pero qué os ha dicho la madre de Marcial? Ha caido malo en la isla?

--No me embrolleis, y dejadme seguir: Cuando yo pregunté á la viuda por su hijo, me dijo; *Está enfermo en la isla, tan enfermo, que no le volveréis á ver.* Yo dije para mi: Cómo ha sido esto?... Hace tres días que.... pero dónde vais? dijo el señor Ferrot, interrumpiéndose.... A dónde diablos va esa chica corriendo?

La Loba creyó amenazada la vida de Marcia por los habitantes de la isla, y sin escuchar las últimas palabras del pescador echó á correr por las orillas del Sena.

Para la mejor inteligencia de la escena siguiente son indispensables algunos detalles *topograficos*:

La isla del Devastador está mas cerca de la orilla izquierda del río, que de la derecha, por la cual se habian embarcado Flor-Celestial y la señora Serafina.

--La Loba marchaba por la orilla izquierda.

La elevacion de las tierras de la isla, que no eran muy escarpadas, cubria todo á lo largo la vista de una orilla, desde la otra; por eso la querida de Mar-

cial no había podido ver el embarque de la Guilla-baora, ni la familia del Devastador á la Loba que corría al mismo tiempo por la orilla opuesta:

Ya sabe el lector que la casa de campo del doctor Griffon, donde vivía por temporada el conde de Saint-Remy, se elevaba junto á la playa donde llegó la Loba desolada y afligida. Pasó esta criatura sin ver dos personas que admiradas de su aspecto brúscó, se volvieron para seguirla de lejos.... Esas dos personas eran el conde de Saint-Remy y el doctor Griffon.

La primera intencion de la Loba, al saber el peligro de su amante, había sido correr impetuosamente hácia el sitio donde ella sabía que le había de encontrar; pero á medida que se acercaba á la isla, le parecia mayor la dificultad de dar cima á su empresa. No tenia esperanza de hallar ningun bote como le había dicho el viejo pescador, y estaba segura de que la familia de su amante no la prestaria ese servicio tampoco.

Azorada, inquieta y con una mirada audaz y penetrante, se detuvo frente á un extremo de la isla que formando una curva se acercaba bastante á la orilla.

A través de los desnudos brazos de los s'uces y de los álamos, descubrió la Loba el tejado de la casa donde Marcial esperaba tal vez.

Verlo, lanzar un gemido sordo, quitarse el pañuelo y la papalina, escurrir su vestido hasta los pies no conservar mas que el jubon, y arrojarse intré-

pidamente al agua todo fue obra de un momento. Hasta que perdió el terreno caminaba á pie por el río, despues se puso á nadar vigorosamente hácia la isla.

El espectáculo de esta energia salvaje, era digno de verse.....

A cada movimiento que hacia nadando en medio del agua, su espesa cabellera suelta y tendida sobre la superficie, se agitaba en derredor de su cabeza, como la crin de un alazan tendido á la carrera.

Cualquiera que no hubiese observado el ardor febril con que fijaba sus ojos sobre la casa de Marcial ni la contraccion de sus facciones, crispadas por desoladoras angustias, hubiera creido que la querida del cazador se mecía en el agua, pues tal era la ligereza y la seguridad con que nadaba. Sus blancos y nervudos brazos, cortaban el agua sacudiendo una lluvia de perlas húmedas sobre sus anchas espaldas, y sobre su robusto pecho, que brillaba como un mármol labrado.

De pronto, al otro lado de la isla.... se oyó un grito agonizante... terrible... desesperado....

La Loba se estremeció... y sosteniéndose sobre el agua con una mano, echó atrás con la otra su espesa cabellera, y escuchó....

Se oyó un noevo grito.... pero mas débil.... suplicante, convulsivo, moribundo....

Y todo cayó en un profundo silencio....

-- Bien mió!!! exclamó la Loba, nadando de nuevo con desesperacion.

con amarga sonrisa; cuando la naturaleza quiere ser cruel.... y trata de atormentar, desafia á las mejores combinaciones que ejecutan los hombres. Esa enfermedad, ocasionada por un erótico frenesí, somete cada sentido á tormentos inusitados, y sobrehumanos... desenvuelve la sensibilidad de cada órgano, hasta el idealismo, para que la atrocidad de los dolores sea tambien ideal.

Despues de observar por algunos momentos las facciones de su cómplice, retrocedió sobresaltado diciendo:

--Ah! ese rostro es horrible.... Esos sacudimientos rápidos que le aquejan, le hacen aun mas horrible.

El huracan bramaba con violencia.

--Qué aire! exclamó Polidori cayendo sobre una silla, y sosteniendo su frente con las manos. Qué noche! qué noche! seria imposible buscar un tiempo mas funesto para el estado en que se encuentra Santiago.

Despues de un largo silencio, añadió:

--Yo no sé si el príncipe, instruido de la fuerza infernal de las seducciones de Cecilia, y de la sensualidad de Santiago, habrá previsto que un hombre tan enérgico y de una organizacion vigorosa, la violencia de una pasion ardiente y desenvuelta, complicada con una especie de avaricia extrema, desarrollaria la horrible *neurosis* de que es víctima Santiago..... pero esa consecuencia era indispensable... por el... Oh! sí, dijo levantán-

dose bruscamente y como si hubiese acertado en sus sospechas. Sí; el príncipe había sin duda adivinado todo esto. . Sus vastos conocimientos abarcan todas las ciencias. . Su mirada profunda investiga la causa y efecto de cada cosa... Implacable es su justicia; ha debido calcular con aplomo el castigo de Santiago, midiendo los trámites lógicos y sucesivos de cierta pasión brutal exasperada hasta el frenesí.

Polidori calló por algunos momentos y añadió después:

--Cuando pienso en lo pasado! Cuando pienso en los proyectos ambiciosos que de acuerdo con Sarah formé en algun tiempo sobre la juventud del príncipe!..... Qué sucesos tan raros han ocurrido después! Cuántas degradaciones he pasado para caer en la abyección criminal en que vivo! Yo que había creído afeminar al príncipe para hacerle instrumento dócil del poder que ambicionaba en mis sueños... Yo que quería pasar de preceptor á ministro... y sin embargo de mi saber, y de mi suspicacia, he venido á parar de villanía en villanía, á los últimos grados de la infamia. Héme aquí ya reducido á ser el carcelero de mi cómplice.

Polidori se abismó en las siniestras reflexiones que le traían á la memoria á Rodolfo.

--Yo aborrezco al príncipe, exclamó; pero estoy obligado á inclinarme sin replicar ante esa voluntad todo poderosa, que se lanza siempre con

un solo objeto en todas las vias conocidas... Qué contraste tan extraño el de ese hombre... tan tiernamente caritativo que imagino un banco para los trabajadores, y tan feroz... para arrancar de la muerte á este desventurado Santiago entregándole á todas las furias vengadoras de la lujuria! Pero nada mas ortodoxo, añadió Polidori con amarga ironía. Entre las pinturas que Miguel-Angelo ha hecho de los siete pecados capitales en su *Juicio final* de la capilla Sixtina, he visto el formidable castigo que da á la lujuria (1); pero los rostros inmundos y convulsivos de esos condenados por la concupiscencia, que sufren bajo la mordedura venenosa de las serpientes, era menos horrible que el rostro de Santiago durante el último acceso. . ¡Me ha dado miedo!

Polidori se estremeció como si tuviera aun delante de sí aquella espantosa vision, y añadió con abatimiento desesperado:

¡Oh! sí, el príncipe es implacable... Seria mil

(1) «Aquejado de tales ideas, y con ocho años de meditaciones continuas sobre un dia tan terrible para un creyente, Miguel-Angelo elevado á la dignidad de predicador, y no pensando mas que en la salvacion de su alma, ha querido castigar de la manera mas fuerte el vicio que estaba entonces de moda. El horror de ese suplicio me parece que llegó al verdadero sublime del género.» (Stendall, hist. de la pintura en Italia, 22, pág. 354.)

veces mejor para Santiago haber entregado su cabeza al verdugo; valdria mas el fuego, la rueda, y el plomo fundido que quema y destroza los miembros, que el suplicio que está sufriendo ese miserable. A fuerza de verle padecer, tiemblo por mi propia suerte... ¿quién decidirá de mí? qué me reservan á mí, cómplice de Santiago?... Ser su carcelero no puede saciar la venganza del príncipe... me ha perdonado la vida... y tal vez me espere una prision perpetua en Alemania.. algo mas valdria eso que la muerte... y yo no he podido hacer otra cosa que someterme ciegamente al capricho del príncipe... esa era mi única esperanza de vida... Pero sin embargo de su promesa tengo acá mis recelos... Si Santiago sucumbe... mi cabeza irá tal vez á manos del verdugo. Yo bien conozco que para el príncipe es sagrada la palabra de honor... Pero yo que he violado tantas veces las leyes divinas y humanas...? Podré invocar la promesa jurada?... Necesito prolongar á toda costa los dias de Santiago.. pero los síntomas de su enfermedad se agravan por momentos... ¿qué he de hacer?... ¿qué he de hacer?... cuando casi se necesita un milagro para salvarle?

La tempestad que habia ido creciendo por momentos, estaba en toda su fuerza, y una antigua chimenea arrancada por la violencia del viento cayó del tejado al patio con un ruido igual al de la estrepitosa explosion de la pólvora.

Santiago Ferrand salió bruscamente de su soñolienta torpeza, y se incorporó sobre la cama.

Polidori estaba cada vez más dominado por el vago terror que le aquejaba.

--Es una sandez creer en los presentimientos, dijo con voz turbada; pero me parece que esta noche debe ser siniestra.

Un sordo gemido del escribano llamó la atención de Polidori.

--Sale de su letargo.... dijo acercándose lentamente á la cama.... Tal vez irá á caer en una nueva crisis.

--Polidori, murmuró Santiago Ferrand tendido sobre su cama, y con los ojos cerrados, Polidori ¿qué ruido es ese?

--Una chimenea que se ha hundido.... respondió Polidori en voz baja, temiendo herir el oído de su cómplice; un horrible huracán estremece la casa hasta en sus cimientos... la noche es horrible.... horrible.

El escribano no le oyó, y añadió volviendo la cabeza.

--Polidori, no estás ahí?

--Sí..... aquí estoy, dijo Polidori levantando la voz, pero te he respondido dulcemente temiendo ocasionarte nuevos dolores.

--No... no temas, te oigo sin sufrir, los atroces dolores que antes; porque al menor ruido me parecía que la pólvora estallaba en mi cráneo... y sin embargo... en medio de ese fracaso, de esos

sufrimientos inexplicables distinguia la voz apasionada de Cecilia que me llamaba....

--Siempre esa diabólica mujer... Siempre... borra esas ideas... que te asesinarán...

--Esas ideas son mi vida... y como mi vida resisten á mis tormentos.

Insensato! te he dicho ya que esas ideas son la única causa de tus tormentos! La enfermedad no es otra cosa que tu frenesí sensual, llevado á su última exasperacion... Por última vez te suplico que borres de tu mente esas imágenes mortales y lascivas, ó perecerás con ellas.

--¡Borrar esas imágenes! exclamó Santiago Ferrand con exaltacion, ¡oh! nunca, nunca... lo único que temo es que me faltan fuerzas para evocarlas... Pero gracias al diablo... aun me sobran... aun se me aparece ese espejo ardiente, con todo el brillo de la realidad... Desde que el dolor me deja un momento de reposo, desde que puedo coordinar algunas ideas... Cecilia... ese demonio que quieto y que maldigo, se presenta á mis ojos.

--Qué furor indomable! me horrorizas.

--Pero, cállate, dijo el escribano con voz terrible y los ojos fijos sobre un punto de su alcoba. Allí la veo... como una forma indecisa y blanca se dibuja... allí... allí...

Y tendia su dedo velludo y descarnado hácia el sitio de su vision.

--Cállate, desgraciado.

-- Ah! béla allí... kéta allí...

-- Santiago, es la muerte.

-- ¡Oh! Ya lo veo, añadió Ferrand rechinando los dientes y sin contestar á Palidori... ¡Mírala! ¡qué hermosa es... qué hermosa es!... mira cómo flotan sus cabellos negros esparcidos sobre su espalda... mira sus dientes que asoman á sus delicados lábios... ¡Sus lábios frescos y de cármin ¡oh! qué perlas... Mira cómo brillan sus hermosos ojos, apogándose despues... ¡Cecilia!... añadió con un entusiasmo inesplicable.. Cecilia, yo te adoro.

-- Santiago!... escucha escucha, no escites tu vista con esas fantasmas.

-- No es un fantasma...

-- Mira lo que haces... Ya sabes que poco ha... creias oír los cantos voluptuosos de esa mujer, y tu oído ha sufrido un dolor terrible... mira lo que haces.

-- Déjame, exclamó el escribano con una impaciencia iracunda! Déjamel.. ¿para qué sirve el oído, sino para oír.... y la vista para ver?

-- Pero y los tormentos que vienen detrás? miserable loco.

-- Yo puedo desafiar los tormentos ante un espejo, cuando he desafiado la muerte ante una realidad.... Oh! Cecilia!... qué hermosa eres... bien sabes tú, monstruo, que eres seductora... á qué viene esa coquetaría infernal que abrasa?... Oh! furia execrable... quieres que muera... cesa... cesa.. ó te ahogo, exclamó el escribano delirando.

--Tu delirio me mata, exclamó Polidori mecien-
do al escribano para sacarle de su éstasis.

Pero aquellos esfuerzos eran inútiles; y Santiago Ferrand continuó con una nueva exaltacion..

--Obl reina querida... demonio voluptuoso... ja-
más te he visto...

El escribano no pudo continuar, Lanzó un gri-
to brúsco de dolor, retirándose hácia atrás.

--Qué tienes? le preguntó Polidori con admira-
cion.

--Apaga esa luz, su resplandor es demasiado vi-
vo, no puedo soportarle, me ofende mucho.

--Qué estás hablando? dijo Polidori cada vez mas
sorprendido; aquí no hay mas que una lámpara cu-
bierta con la pantalla, y su luz es demasiado debil.

--Te digo que el resplandor aumenta.... aquí...
aun... aun... Obl ya es demasiado... es insufrible...
intolerable... añadió Santiago Ferrand cerrando los
ojos con una espresion de sufrimiento progresivo.

--Tú estás loco, pues si apenas hay luz en el
cnarto? acabo ahora de mitigar la lámpara.... abre
los ojos, y verás.

--Abrir los ojos!... Pero no conoces que me ce-
garán los torrentes de luz que innndan esta pieza...
aquí... allá... por todas partes..... por todas partes
germina el fuego.... millares de luces deslumbra-
doras, exclamó el escribano incorporándose; y lan-
zando un nuevo grito de profundo dolor, se tapó los
ojos con las manos. Pero estoy ciego... esa luz atra-
viesa mis párpados cerrados... me quemaa... me devo-

ra... ah! mis manos me alivian un poco pero apaga esa lámpara, que despide una luz infernal.

--No hay duda, dijo Polidori, su vista tiene la sensibilidad de su oído..... Se muere.... Sin remedio.... sangrarle de nuevo, en ese estado sería matarle sin remedio, se muere.

Un nuevo grito terrible y agudo de Santiago Ferrand, se oyó en el aposento.

—Verdugol apaga esa lámpara... su abrasadora luz penetra por entre de mis manos, que trasparente.. veo circular la sangre en mis venas..... Cierro mis párpados con toda fuerza... y à pesar de toda esa lava ardiente se infiltra... Oh! qué tormento!.. me parece que en el fondo de mis órbitas sepultan un hierro ardiendo... Socorro!.. Dios mio! Socorro!.. esclamó cayendo en su lecho entre las mas horribles convulsiones.

Polidori horrorizado de la violencia de aquel acceso apagó la luz.

Los dos quedaron en una oscuridad profunda, y al mismo tiempo sonó un carruaje que paraba á la puerta de la casa.

CAPITULO VII.

Las visiones.



uando las tinieblas cubrieron la alcoba de Santiago Ferrand, sus dolores fueron calmándose poco á poco. --Cómo has tardado tanto en apagar esa luz? dijo Santiago Ferrand. Querias hacerme sufrir los tormentos del infierno? Oh! cuanto he sufrido!... Dios mio... cuanto he sufrido!

-- Y ahora estás mejor.

--Tengo una irritacion violenta... pero no es nada para lo que tenia antes.

--Ya te dije que cuando el recuerdo de esa mujer escitara uno cualquiera de tus sentidos... se presentarian al instante esos terribles fenómenos que desconciertan la ciencia, y que los crédulos podrian tomar por un terrible castigo de Dios.

--No me hables de Dios!... exclamó el monstruo rechinando los dientes.

--Te hablaba... por tradicion... Pero puesto que aprecias tanto la vida, á pesar de lo mucho que sufres en ella... piensa bien, te lo repito, en que cerrarás el ojo en una de esas crisis furiosas,

que desafías á cada momento.

--Yo amo la vida... porque el recuerdo de Cecilia forma mi encanto.

--Pero ese recuerdo te mata, te debilita, te consume.

--Yo no puedo ni quiero sustraerme á él.... Yo estoy unido á Cecilia como la sangre al cuerpo... Ese hombre se ha apoderado de toda mi fortuna; pero no ha podido arrancarme la ardiente imagen de esa encantadora mujer; esa imagen es mía; á todas horas está allí como mi esclava... dice cuanto yo quiero... me mira como se me antoja.... me adora á mi modo.... exclamó el escribano en un nuevo acceso de pasión frenética.

--Santiago, no te exaltes, acuérdate de la crisis que acabas de sufrir.

El escribano no oyó á su cómplice, que prevenía un nuevo trastorno.

--Con efecto, Santiago Ferrand, añadió con una carcajada convulsiva y sárdonica.

--Robarme á Cecilia!... pues no conocen que eso es imposible, cuando se concentran todas las fuerzas en un objeto? ahora mismo... voy á subir á la alcoba de Cecilia, donde no me he atrevido á entrar desde que se marchó... Oh! ver y tocar sus vestidos... el espejo ante el cual se vestía... Oh! eso será verla á ella misma... Sí, fijando enérgicamente los ojos sobre ese espejo... pronto aparecerá Cecilia.. no será una ilusión; será

ella... Yo la encontraré allí, como el estatuario encuentra la estatua en el trozo de mármol en bruto....

--Adónde vas? dijo Polidori oyendo á Santiago Ferrand que saltaba de la cama, porque la oscuridad mas profunda reinaba en aquel aposento.

--Voy á buscar á Cecilia.

--No irás.... el aspecto de| su alcoba te mataria.

--Cecilia me espera allá arriba.

--Te digo que no irás, dijo Polidori cogiendo al escribano del brazo.

Santiago Ferrand débil y enfermizo no podia luchar contra Polidori que le aprisionaba con mano vigorosa.

--No quieres que vaya á ver á Cecilia?

--No, hay una lámpara en la pieza inmediata, y ya sabes la impresion que te ha causado la luz hace poco.

--Cecilia está allá arriba... me está esperando, y yo atravesaria la hoguera de un volcan por ir á verla... Déjame... ella me aseguró que yo era un viejo tigre... guárdate pues de mis sangrientas garras.

--No saldrás de aquí... Yo te ataré á la cama como un loco furioso.

--Polidori, yo no estoy loco, estoy en mi sano juicio; demasiado sé que Cecilia no está materialmente allá arriba... pero los fantasmas de mi imaginacion valen tanto como las realidades.

--Silencio! exclamó Polidori escuchando... me parece haber oído hace poco parar un carruaje á la puerta... no me he engañado, porque ahora oigo hablar en el patio.

--Tú quieres distraerme de mi intencion, y el pretesto es ridículo.

--Que oigo hablar te digo..... y creo conocer.....

--Tú quieres abusar de mí, dijo Santiago Ferrand interrumpiendo á Polidori.

--Escucha, miserrable; escucha... no oyes esa voz?

--Déjame, Cecilia me está llamando desde allá arriba... no me irrites, ó de lo contrario pobre de tí, lo oyes? pobre de tí.

--No saldrás de dicho.

—Mira lo que haces.

—No saldrás de aquí..... tengo empeño en que te quedes.

--Pues yo tengo en que mueras, ya que me impides ver á Cecilia..... Toma, dijo el escribano con voz sorda.

Polidori lanzó un grito.

--¡Infame me has herido en el brazo; pero tu mano está débil, y el golpe será ligero.

--Tu herida es mortal..... te la he hecho con el puñal envenenado de Cecilia..... aguarda los efectos del veneno..... Ves como ahora mesuelas? vas á morir, y yo me voy allá arriba en busca de Cecilia.... añadió Santiago Ferrand buscando á tientas la puerta.

--Oh! murmuró Polidori, mi brazo se hincha, un frío mortal me hiela... flaquean mis rodillas... la sangre se me ha parado en las venas... el vértigo me devora... socorro! exclamó el cómplice de Santiago Ferrand reuniendo todas sus fuerzas para un grito postrero..... socorro! yo muero.

El ruido de una puerta-vidriera abierta con tanta violencia que muchos vidrios cayeron al suelo hechos pedazos, la voz terrible de Rodolfo, y un eco de pasos precipitados, contestaron al grito de agonía de Polidori.

Santiago Ferrand; habiendo atinado por fin con la cerradura, abrió bruscamente la puerta de la pieza inmediata y se lanzó fuera con su terrible puñal en la mano.

Al mismo tiempo.... amenazador y formidable como el genio de la venganza, entró el príncipe en aquella sala por el lado opuesto.

--Mónstruo! exclamó Rodolfo aproximándose á Santiago Ferrand, es mi hija la que has asesinado... ahora verás..... el príncipe no pudo concluir y retrahió horrorizado.

Cualquiera hubiera dicho que sus palabras habían anonadado á Santiago Ferrand, que arrojando el puñal y tapándose los ojos con ambas manos, cayó cuan largo era en el suelo, lanzando un grito que nada tenía de humano.

A causa del fenómeno de que ya hemos hablado, y cuya acción se había suspendido por una oscuridad profunda, cuando Santiago Ferrand en-

tró en aquella pieza vivamente iluminada, fué horido por deslumbramientos mas vertiginosos y mas intolerables, que si hubiese sido arrojado en medio de un torrente de luz, tan brillante como la del sol.

La agonía de aquel hombre, que se revolvió entre horribles convulsiones arañando el pavimento con sus uñas, como si hubiese querido abrir un agujero para librarse de los tormentos atroces que le causaba aquel flamígero resplandor, ofrecia un espectáculo horrible.

Rodolfo, uno de sus criados, y el portero de la casa que á la fuerza habia conducido al príncipe hasta la puerta de aquel gabinete, quedaron atónitos.

Rodolfo á pesar de su justa indignacion se apiadó de los sufrimientos inusitados de Santiago Ferrand, y ordenó que le pusieran sobre un canapé.

El escribano luchaba con violencia, y cuando el rostro se le inundó de luz, lanzó un grito, que llenó de terror á Rodolfo.

Despues de nuevos y prolongados tormentos, el fenómeno cesó por su misma violencia.

Habiendo corrido los últimos límites de lo posible, menos la muerte, cesó el dolor visual... pero siguiendo su curso la enfermedad, un trastorno completo sucedió á aquella crisis.

Santiago Ferrand se estremeció de pronto como un *catiléptico*, sus párpados hasta entonces

herméticamente cerrados se abrieron, y sus ojos en vez de evitar la luz, se fijaron en ella. Sus pupilas dilatadas y fijas, parecían estar relumbrantes, é interiormente iluminadas.

Santiago Ferrand estaba abismado en una especie de contemplacion estática; su cuerpo y sus miembros quedaron en una inaccion completa, y sus facciones eran incesantemente agitadas por sacudimientos nerviosos.

Su rostro asqueroso, contraído, y horrible, no tenia nada de humano; cualquiera hubiera dicho que los apetitos del animal, ahogando la inteligencia del hombre, imprimian á la fisonomía de aquel enfermo un carácter enteramente de bruto.

En el periodo mortal de su delirio, y á través de aquel supremo alucinamiento, se acordaba aun de las palabras de Cecilia que le habia llamado su tigre, poco á poco fuè perdiendo el juicio, y creyó convertirse en aquella fiera. Sus palabras entrecortadas pintaban el desórden de su cabeza, y la estraña aberracion de que estaba poseído. Sus miembros inflexibles é inmóviles se dilataron poco á poco, y un movimiento brusco le hizo incorporarse en el canapé. Quiso levantarse y andar, pero las fuerzas le faltaban; y quedó reducido á arrastrarse como un reptil, á gatas por el suelo.... yendo y viniendo de aquí para allá á la merced de sus visiones.

Acurrucado en uno de los ángulos de la ha-

bitación creía ser un tigre: sus gritos roncós y furiosos, el rechinar de sus dientes, la contracción convulsiva de su frente y de su rostro, su mirada flamejara le daban de vez en cuando alguna semejanza vaga y horrible con esa fiera.

--Tigre.... tigre.... yo soy un tigre, decía con voz lánguida y revolcándose por el suelo... cuánta sangre.... en mi caverna!... Cadáveres... destrozados! La Guillabaora... ¡El hermano de la viuda... la niña pequeña.... el hijo de Luisa.... Cuántos cadáveres.... Cecilia tendrá una parte en los despojos que le ofrece su tigre.

Después mirando sus descarnados dedos cuyas uñas habían crecido desmesuradamente durante su enfermedad, añadió estas palabras entrecortadas.

--¡Oh! mis uñas punzantes.. punzantes y agudas... soy un viejo tigre... pero valiente y atrevido y no habrá quien me dispute la posesión de mi Cecilia... ¡Ah! me llama... me llama! dijo adelantando su monstruoso semblante y parándose á escuchar.

Después de un momento de silencio se arrastró de nuevo á lo largo de la pared diciendo:

--Había creído oír .. pero no... no está aquí... y la veo... me llama... y ruge... ruge allá abajo... aquí estoy... aquí estoy...

Santiago Ferrand llegó á gatas hasta el medio del gabinete, y aunque sus fuerzas se iban agotando, avanzaba de vez en cuando con un so-

Bresalio convulsivo, y de pronto se paraba como si escuchase con atencion.

--Dónde está?... dónde está?... Cuando yo me acerco, ella se retira.. allá abajo.. Oh! me espera allá abajo... y muerde la arena lanzando rugidos lastimeros... ahl ya veo sus hermosos ojos, feroces... que se tornan lánguidos y me llaman... Cecilio exclamó, aquí está tu viejo tigre... lláname... llámale.

Y de pronto se incorporó quedando de rodillas, pero un nuevo impetu le hizo retroceder con el pelo erizado, la mirada distraida, las manos tendidas hacia adelante, como si luchase desesperado contra un objeto invisible; y sentado sobre sus talones, pronunciando palabras sueltas, exclamó:

--Qué mordedura!... socorro.... nudos helados... mis brazos rotos... no puedo separarme... dientes afilados... no... no... en los ojos... no... socorro.... una serpiente negra... ¡ohl! su cabeza plana... sus ojos de fuego... me mira... es el demonio... ¡ohl!... me ha conocido... Santiago Ferrand... en la iglesia... beato... siempre en la iglesia... vete... retrocede... á la señal de la cruz.

El escribano se apoyó con una mano sobre el suelo y trató de santiguarse con la otra.

Su frente lívida estaba inundada de sudor, y sus ojos comenzaban á perder sus trasparencia....

Todos los síntomas de una muerte próxima se presentaban en aquel miserable.

Rodolfo y los demas testigos de aquella escena quedaron inmóviles y en silencio, como si hubiesen estado bajo la opresion de un sueño abominable.

--¡Ah!... el demonio ha desaparecido.... voy á la iglesia... soy un hombre santo... suplico... he... crees, que nadie lo sabrá?... lo crees, demonio tentador?... estás seguro?... pues bien... que vengan... esas mugeres... todas... sí, todas... si nadie lo ha de saber.

En el inmundo semblante de aquel mártir de la lujuria, se veian las últimas convulsiones de la agonía sensual... Con los dos pies en el sepulcro que su pasión frenética le habia abierto, y perseguido por su fogoso delirio, evocaba aun las imágenes de una voluptuosidad mortal.

--Ah! añadió con voz trémula, esas mugeres... esas mugeres... pero chiton!... soy un hombre santo... silencio... hélas ahí... tres... son tres... qué dice esa primeta? «Yo soy Luisa Morel...», Ah! sí... Luisa Morel.... ya lo sé..... «No soy mas que una muehacha del pueblo... Ved, Santiago, que hermoso pelo cae sobre mi espalda... Te parezco bonita? . Calla.... toma.... guárdalo.,» Qué es lo que me dá?... Su cabeza... cortada.... por el verdugo.... una cabeza muerta.... que me habla.... Sus lábios lívidos se mueven.... *ven!*... *ven!*... *ven!*... Como Cecilia.... no.... no, no quiero.... déjame.... Demonio.... vete.... vete.... Otra muger.... qué linda!... qué linda!... «Santiago soy

la duquesa de.... Lucenay.... ves mitalle de diosa, mi sonrisa, mis ojos atrevidos?... ven.... ven.,, Si, voy.... pero.... espera.... quién es esta otra que vuelve la espalda? Oh! .. Cecilia.... Cecilia.... Sí, Santiago, soy Cecilia.... ves lastres gracias.... Luisa, la duquesa y yo.... escoge.... Belleza del pueblo.... belleza aristocrática, belleza salvaje de los trópicos.... ven.... ven.... el infierno estará con nosotros.,, El infierno contigo!... sí, exclamó Santiago Ferrand, incorporándose sobre sus rodillas y alargando sus brazos para coger aquellas fantasmas.

A este último ímpetu convulsivo, siguió una emoción mortal.

El escribano cayó inanimado, sus ojos parecían salirse de sus órbitas, sus facciones se alteraban con convulsiones atroces y sobrenaturales, parecidas á las que la pila voltaica imprime á los cadáveres. Una espuma sanguínea bañaba sus labios, y su voz era aguda y estrangulada, como la de un hidrofóbico, porque en su último parasismo, aquella enfermedad horrible.... castigo tremendo de la lujuria, ofrecia los mismos síntomas que la hidrofobia.

La vida del mónstrno se estinguió con una horrible y última vision, porque balhució estas palabras.

-- Noche oscura.... lóbrega... espectros.... esqueletos de hierro candente.... que me estrujan.... que me aprisionan entre sus dedos ardientes... mi carne

humea.... mi médula se calcina.... espectro encarnizado.... no... no.... Cecilia.... fuego, Cecilia fuego....

Tales fueron las últimas palabras de Santiago Ferrand....

Rodolfo salió horrorizado.

CAPITULO VIII.

El Hospicio (1).



Se acordará el lector que Flor-Celestial, salvada por la Loba, habia sido conducida no lejos de la isla del Devastador, á la casa de campo del doctor Griffon, uno de los médicos del hospicio civil, donde introduciremos al lector.

(1) *El apellido con que me honro, y que mi padre, mi tío, y mi abuelo (uno de los hombres mas eruditos del siglo XII), han hecho célebre con sus excelentes trabajos prácticos y teóricos en todos los ramos del arte de curar, me pondrá á salvo del menor ataque ó alusion irreflexiva sobre los médicos, aun cuando la gravedad del suceso de que trato, y la inmensa celebridad de la escuela médico francesa, no se opusieran igualmente. En la*

El doctor, que habia obtenido por la recomendacion de personas elevadas una plaza en este hospital miraba sus salas como una especie de lugar de ensayo, donde experimentaba en los pobres los medicamentos que aplicaba despues á sus ricos parroquianos, no ensayando nunca sobre estos un nuevo método curativo, sin haberle probado y repetido muchas veces *in anima vili*, como decia el doctor con esa especie de barbaridad sencilla á que puede conducir la pasion ciega del arte, y sobre todo la costumbre de ejercer sin temor, y sin oposicion sobre una criatura de Dios, todas las caprichosas tentativas, y todas las sábias fantasias de un genio inventor.

Así, por ejemplo, cuando el doctor queria cerciorarse del efecto comparativo de un medicamento nuevo, algo aventurado, á fin de poder deducir consecuencias favorables á tal ó cual sistema, hacia lo siguiente.

Tomaba un cierto número de enfermos....

Trataba á los unos por el método moderno. ... y á los otros por el antiguo.... Algunas veces abandonaba unos cuantos á los esfuerzos de la natu-

persona del doctor Griffon he querido únicamente representar uno de esos hombres, que, aunque respetables, pueden dejarse arrastrar alguna vez! por amor del arte á esperiencias y á graves abusos del poder médico, si es permitido expresorse así, olvidando que hay alguna cosa mas sagrada que la ciencia, la humanidad.

zaleza... y despues de todo contaba los que sobrevivian.

Esas terribles experiencias eran, considerándolo detenidamente, un sacrificio humano hecho sobre el altar de la ciencia (a).

El doctor Griffon no pensaba de este modo.

A los ojos de aquel *principe de la ciencia*, como se dice hoy dia, los enfermos de su hospital, no eran otra cosa que la materia para estudiar y hacer experimentos; y cuando de esos ensayos *in anima vili* le resultaba un hecho útil, ó una adquisicion para la ciencia, el doctor se mostraba tan ingenuamente satisfecho y triunfante, como un general despues de una victoria muy *cara* para los soldados.

La homeopatía no habia tenido desde su aparicion un enemigo mas encarnizado que el doctor Griffon. Trataba ese método de absurdo, de funesto, de homicida; y encastillado en su conviccion y queriendo *echar por el suelo*, como se suele decir, á los homeópatas, les ofreció, con una lealtad caballeresca, dejarles un cierto número de enfermos, para que la homeopatía se entendiese con ellos. Pero afirmó de autemano, seguro de no ser desmentido por la experiencia, que de veinte enfermos sometidos á ese método, sobrevivirian cinco á lo mas.

Los homeópatas no aceptaron la proposicion con grave pesar del doctor Griffon, que sentia no poder probar con *cifras* la inutilidad del trata-

miento homeopático.

Cualquiera hubiese dejado estupefacto al doctor Griffon, diciéndole sobre aquel libre y autocrático plan, estas ó semejantes palabras:

«Semejante ensayo sería superar la barbarie de aquellos tiempos en que los condenados á muerte estaban espuestos á sufrir las operaciones quirúrgicas recientemente descubiertas.... Si la operación triunfaba, el condenado quedaba libre.

«Comparad, caballero, esa barbarie con lo que estais haciendo, y la encontrareis caritativa.

«Entonces jugaban un albur con la vida del miserable á quien esperaba la cuchilla del verdugo; y hacian posible una esperiencia útil tal vez á la salud de todos.

«Pero probar vuestros aventurados experimentos sobre los infelices artesanos, cuyo único refugio es el hospital cuando la enfermedad los devora.... *ensayar* un tratamiento funesto quizá sobre personas que la miseria os entrega á discrecion y desarmados..... A vos, su única esperanza, á vos que solo respondeis á Dios de la vida de esos infelices.... Sabeis que eso sería llevar el amor de la ciencia hasta la inhumanidad, caballero?

«Es posible que cuando las clases pobres discriminadas por los talleres, los campos y el ejército, caen estenuadas á fuerza de fatigas y de sufrimientos... medio muertas... no les ha de preservar su enfermedad de tan sacrílega explotacion?

„Yo apelo á vuestro corazon, caballero, para que digais si semejante conducta no sería injusta; cruel.”

El doctor Griffon se conmoviera tal vez oyendo tales palabras, pero no se convencería.

El hombre se forma al capricho de la suerte; el capitán se acostumbra á considerar á sus soldados, como los peones de ese juego sanguinario que llaman batalla.

En vista de que el hombre es de tal naturaleza; la sociedad debe proteger á los que la suerte espone á sufrir la reaccion de esas *necesidades* humanas.

Una vez admitido (y se puede admitir sin gran hipérbole) el carácter del doctor Griffon, los enfermos de su hospicio no tienen ninguna garantía, ningun auxilio contra la barbarie científica de sus experimentos, porque existe una enfadosa laguna en la organizacion de todos los hospitales civiles.

Nosotros la señalamos aquí, y ojalá se tomen en consideracion nuestras palabras.

Los hospitales militares se visitan todos los dias por un oficial superior, que tiene la obligacion de oír las quejas de los soldados enfermos, y darlas curso, si las juzga razonables. Esta vigilancia contradictoria, independiente de la administracion y del servicio de sanidad, es excelente y ha producido siempre los mejores resultados. Por otra parte es imposible ver establecimientos mejor asis-

idos que los hospitales militares; cuidan á los soldados con una dulzura estremada, y estamos por decir, que los tratan casi con una consideracion respetuosa.

Y por qué no se ha de ejercer en los hospitales civiles una vigilancia análoga, á la que los oficiales superiores ejercen en los hospitales militares, por hombres del todo independientes del servicio de sanidad? por qué no se han de hacer esas visitas por una comision elegida entre los alcaldes, los suplentes, y todos aquellos que ejercen diferentes cargos en la edilidad parisiense? Las reclamaciones del pobre (si eran fundadas) hallarian un órgano imparcial, mientras que ahora, repetimos, falta completamente; no existe ninguna *comision contradictoria* al servicio de los hospitales.

Asi que, una vez cerradas las salas del doctor Griffon, el enfermo que acaba de pasar el diatel, pertenece en cuerpo y alma, á la ciencia... ningun oido amigo y desinteresado podrá escuchar sus dolencias.

Era cosa sabida que entrando en el hospicio por caridad, se estaba debajo del dominio del doctor, y enfermo y enfermedad servian de estudio, de observacion, de análisis y de modelo á los discípulos que asistian con frecuencia á la visita de M. Griffon.

El enfermo sufría bien pronto un interrogatorio terrible, y doloroso las mas veces, y no á

solas con el médico, que como el Cura llena un sacerdocio, y tiene derecho para saberlo todo, no; debía contestar en voz alta ante una muchedumbre ávida y curiosa.

Viejos, jóvenes, casadas y doncellas, todos estaban obligados á abjurar en ese pandemonium de la ciencia de los sentimientos de pudor y de vergüenza, y hacer las revelaciones mas secretas, sometiéndose á las investigaciones materiales ante un público numeroso, formalidades crueles que casi siempre agraban la enfermedad.

Y eso no es humano, ni justo, pues por lo mismo que el pobre entra en el hospicio, bajo el sagrado nombre de caridad, se le debe tratar con compasion y respeto, por que el desgraciado tiene tambien sus derechos.

.....

Leidas las siguientes líneas se comprenderá, por qué las han precedido las reflexiones anteriores.

.....

Pocas cosas habrá mas tristes que el aspecto nocturno de la vasta sala del hospital, donde introduciremos al lector.

A lo largo de sus sombrías paredes, llenas de rejas como las de la cárcel, se extienden dos filas de camas paralelas, débilmente iluminadas por la luz sepulcral de una lámpara que cuelga del techo.

La atmósfera es tan nauseabunda, tan pestilen-

te, que pocas veces se *aclimatan* los nuevos enfermos sin peligro. Este cúmulo de sufrimientos es una especie de subsidio que todo enfermo paga inevitablemente en el siniestro día de su entrada en el hospicio.

A poco tiempo de estar en él, una cierta lividez mórbida anuncia que el enfermo se halla bajo la influencia de ese fluido deletéreo y que está ya como hemos dicho aclimatado (1).

El ambiente de esa sala inmensa es pesado y fétido.

Gemidos lastimeros, ó suspiros profundos arrancados por el insomnio febril, interumpen de vez en cuando el silencio de la noche.... y cuando todo calla, no se oye otra cosa que el movimiento monótono y acompasado de la péndola de un gran reloj que señala esas horas tan largas... tan largas para el dolor que vela.

Una de las estremidades de esa sala, está casi sumida en la oscuridad.

De pronto se oyó en ese rincón una especie de tumulto y ruido de pasos precipitados; una puerta se abrió muchas veces, y se cerró otras tantas; una hermana de caridad con su toca blanca y su vestido negro, se acercó á una de las camas que hay

(1) *Al menos que las circunstancias no sean muy urgentes, no se hacen operaciones quirúrgicas hasta que el enfermo se aclimata.*

al extremo de la hilera derecha.

Algunas de las enfermas se despiertan sobresaltadas, se incorporan y prestan atención á lo que sucede.

Las dos hojas de la puerta se abren de par en par..... Un sacerdote entra con un crucifijo, y las dos hermanas se arrodillan. Al resplandor de la luz, que inunda la cama de una pálida aureola, y mientras las otras partes de la sala estan cubiertas de sombras, se ve al limosnero del hospicio pronunciando algunas palabras, cuyo débil sonido se pierde en el silencio de la noche.

Aun no habia pasado un cuarto de hora cuando el sacerdote levantó la estremidad de una colcha con la cual cubrió completamente la almohada y salió de la sala.

Una de las hermanas que estaban arrodilladas, se levantó, corrió las cortinas y se puso á hacer oración junto á su compañera.

Todo volvió á quedar en silencio.

Una de las enfermas acababa de morir.

Entre las mujeres que no dormian y que habian asistido á esa escena muda, se hallaban tres personas cuyo nombre se ha pronunciado ya en esta historia.

La señorita de Fermont, hija de la infeliz viuda, arruinada por la avaricia de Santiago Ferrand, la Pascuala, pobre lavandera á quien Flor-Celeste dió en otro tiempo el poco dinero que la

quedaba, y Juana Dupont, hermana de Vinagrillo el narrador de *la Fuerza*.

Nosotros conocemos ya á la señorita Fermont y á la hermana de Vinagrillo.... En cuanto á la Pascuala bastará decir que era una mujer de veinte años escasos, de una presencia agradable y regular; pero de una palidez y una flaqueza estremadas. Estaba en el último grado de tisis, y no quedaba ninguna esperanza de salvarla; así lo sabía la infeliz y se iba consumiendo lentamente.

La distancia que separaba las camas de estas dos mujeres, era tan corta, que podían hablar quedito sin que las oyesen las hermanas.

--Ésa ha dejado ya de pensar, dijo en voz baja la Pascuala, pensando en la muerte y hablando consigo misma; dichosa ella!

--Dichosa ella... si no tiene hijos, contestó Juana.

--Calla.... no dormís, vecina? la dijo Pascuala. ¿Cómo es ha ido en vuestra primera noche? ayer tarde cuando entrásteis os hicieron acostar, y yo no me atreví á hablaros porque estábais sollozando.

--Sí... Sí... he llorado mucho...

--Éstais muy mala?

--Sí.. pero soy muy valiente; mi lloro es de pesar... me acababa de dormir y estaba soñando, cuando me ha despertado el ruido de la puerta.. he visto entrar al sacerdote y arrodillarse las hermanas de la caridad junto á la cama de una que

se moría.... y he dicho para mí: recemos un *Padre nuestro* y un *Ave Maria* por ella.

--Yo también; y como tengo la misma enfermedad que la mujer que acaba de fallecer, no he podido menos de esclamar: dichosa ella que ha dejado de sufrir!

--Sí.... dichosa ella.... si no tiene hijos.

--Vos teneis hijos?

--Tres, dijo la hermana de Vinagrillo suspirando, y vos?

—Tengo una niña; pero ha estado conmigo poco tiempo... la pobre vino al mundo en muy mala hora; yo habia pasado mucha miseria durante mi embarazo... soy lavandera, y mientras he podido tenerme de pie continué trabajando... pero todo tiene su término, y al faltarme las fuerzas para trabajar, me faltó asimismo el pan para comer... No sé lo que hubiera sido de mí sin una pobre mujer que me llevó consigo á un escondite donde se ocultaba de un hombre que la queria matar... Allí estaba tendida sobre unas pajas, pero esa muger conocia por fortuna á una jóven caritativa y hermosa como un ángel, que empleó el poco dinero que tenia en pagarme un mes adelantado en una fonda.. dándome además una cuna para mi niña, y cuarenta francos, con unas un poco de lienzo., merced á ella pude ponerme on pie y volver á trabajar.

--Escelente muchacha... pero yo también encontré por casualidad una jóven costurera digna

pareja de vuestra bienhechora. Habia yo ido á ver á mi pobre hermano que se halla preso... dijo Juana conmovida, y encontré en la reja á esa costurera de que os hablo. Me oyó decir hablando con mi hermano, que no me tenia por venturosa y la pobre jóven se llegó á mí medio cortada ofreciéndome sus servicios... acepté, me dió las señas de su habitacion, y dos dias despues la señorita Rigolette, que así se llama, me hizo un encargo.

--Rigolette! exclamó Pascuala.

--La conocéis?

--No; pero la jóven que fue tan generosa conmigo pronunció muchas veces delante de mí ese nombre, añadiéndome eran muy amigas.

--Pues bien, dijo Juana sonriendo, puesto que somos vecinas de hospital, deberíamos ser amigas como nuestras bienhechoras.

--Con mucho gusto; yo me llamo Pascuala Gerbier, lavandera.

--Yo Juana Duport, pasamanera.... Es un consuelo, cuando una viene por primera vez á un hospicio, encontrar una persona con quien distraer sus penas... pero no quiero pensar en eso; decidme, Pascuala, como se llamaba la jóven que os socorrió?

--Guillabaora; y lo único que siento es no haberla visto hace mucho tiempo... era bonita como una imágen, con hermosos cabellos rubios, y unos ojos tan tiernos y tan espresivos... Desgraciadamente

á pesar de sus socorros murió mi pobre hija... á los dos meses. Era tan delgada y estaba tan enfermiza. .

--Y vuestro marido?

--Yo no soy casada... Iba á lavar algunos dias a casa de una ricacha de mi pais.... Yo habia sido siempre muy mirada en mis cosas pero me dejé embaucar por el hijo de la casa, y...

--Sí, ya comprendo.

--Cuando ví el estado en que me hallaba no me atreví á quedarme en el pueblo: M. Jules que era el hijo de la casa, me entregó cincuenta francos para venir á París, diciendo que me daría veinte todos los meses para mis gastos; pero desde que salí de su casa no he recibido nada, ni aun noticias; porque aunque le he escrito una vez no me ha contestado... no me he atrevido á volverle á escribir conociendo que no quería oír hablar de mí.

--A pesar de haberos deshonrado y ser rico!

--Su madre ha hecho mucho bien á mi familia, pero qué queréis! yo no estaba allí... y me ha olvidado.

--Pero él no debiera olvidaros á causa de su hijo.

--Al contrario, eso es lo que lo hizo incomodarse conmigo.

--Pobre mujer!

--Yo lo siento por mi hija... aunque la infeliz hubiera sido muy miserable y hubiera que-

dado huérfana muy pronto, porque yo no puedo vivir mucho.

--A vuestra edad no se debe pensar así.... ¿hace mucho tiempo que estais mala?

--Pronto hará tres meses... Cuando yo tenia que ganar para mí y para mi hija, redoblé el trabajo, y como el invierno era muy frio enfermé del pecho, y entonces se me murió mi hija... Estoy tísica... condenada á muerte como la actriz que acaba de morir.

--A vuestra edad siempre hay esperanzas.

--La actriz tenia solo dos años mas que yo, y ya habeis visto.

--Con que la difunta que están velando las hermanas de la caridad era una actriz?

--Sí, amiga mia, y habia sido hermosa como la primavera. Habia tenido mucho dinero, galas y brillantes; pero la desfiguraron las viruelas, y poco á poco se fue quedando miserable, hasta que ha muerto como habeis visto en el hospicio. Era amable, generosa y honrada, nadie venia á visitarla; y hace tres ó cuatro dias nos dijo que habia escrito á un caballero que la habia amado mucho en sus buenos tiempos, suplicándole que viniese á recoger su cadáver, porque se entristecia de pensar que habia de ser disecada y hecha pedazos.

--Y vino ese caballero.

--No.

--Qué lástima.

--A cada instante estaba hablando de élla pobre mujer, y decia: «vendrá; vendrá; estoy segura de que va á venir,» pero se murió sin que viniera.

--Si le hubiera visto, hubiese sufrido ménos tal vez.

--Oh! Yo lo creo, porque temia mucho lo que habian de hacer despues de muerta con su pobre cuerpo.

--Despues de haber sido rica y feliz, morir aquí es muy triste. Al menos nosotras cambiamos miseria por miseria.

—A propósito dijo la Pascuala despues de un momento de reflexion, quisiera que me hiciéreis un favor.

—Hablad.

—Si muero como es probable antes que vos salgais de aquí, reclamad mi cadáver; tengo el mismo miedo que la actriz, y he depositado aquí el poco dinero que me quedaba para que me entierren.

—No penseis eu esas cosas.

—Me lo prometeis? sí, ó no.

—No quiera Dios que suceda semejante cosa.

—Pero es decir que si aconteciera no permitirias pue yo tuviese la desgracia de la actriz; no es esto?

—Pobre señora, acabar así su vida despues de haber sido tan rica!

--Algunas otras hay en la sala que han sido

ricas tambien, señora Juana.

--Llamadme Juana á secas, como yo os llamo Pascuala.

--Qué buena seís?

--Quién mas hay aquí que haya sido rica

--Una jóven de quince años á lo mas, que trajeron aquí ayer tarde, poco antes de que vos entráseis. Estaba tan débil que la traian entre dos... la hermana dice que esa jóven y su madre son personas muy pudientes que han quedado arruinadas

--Su madre está tambien aquí?

--No; la madre estaba tan mala, que no han podido traerla; la pobre jóven no queria abandonarla, pero se han aprovechado de su atolondramiento y de su debilidad para traerla aquí... El dueño de la miserable fonda donde vivian, ha tenido miedo de que muriesen en su casa y ha dado parte al comisario.

--Y adónde está esa jóven?

--Allí... en aquella cama frente á la vuestra.

--Y decís que tiene quince años.

--Todo lo mas.

--La edad de mi hija la mayor, dijo Juana sin poder contener sus lágrimas.

CAPITULO IX.

La visita.



Juana Duport se echó á llorar amargamente al pensar en su hija.

--Perdonad, la dijo Pascuala con tristada, perdonad que involuntariamente os haya recordado cosas tristes..... vuestros hijos están enfermos tambien?

--Ay de mí.... quién sabe lo que será de ellos si permanezco aquí mas de ocho dias.

--Y vuestro marido?

Pasado un momento de silencio, enjugó Juana sus lágrimas, y añadió.

--Puesto que somos amigas puedo contaros mis penas, como vos me habeis referido las vuestras..... así me consolaré algo... Mi marido era muy laborioso, pero se fue maleando hasta que me abandonó, despues de haber vendido cuanto poseíamos. Yo no tuve mas remedio que ganar la vida con mi trabajo, y ya empezaba á reponerme un poco, educando á mi familia como mejor podia cuando mi marido volvió á casa con una mala mujer, que era su querida, y me quitó lo poco

que tenia, volviendo de nuevo á las andadas.

--Pobre Juana.... pero no podiais impedir esa infamia.

--Para eso hubiera sido preciso divorciarme ante la ley; pero la ley es demasiado cara, como dice mi hermano, para los pobres... y ahora vereis los daños que causa esa carestia... Hace algunos dias fui á ver á mi hermano, y me dió tres francos que habia recogido contando cuentos en la cárcel.

--Veo que en vuestra familia todos tienen buen corazon, dijo la Pascuala, que por una rara delicadeza de instinto no habia querido preguntar á Juana el motivo de hallarse preso su hermano.

--Yo me animé, creyendo que mi marido no volvería en mucho tiempo, porque se habia llevado de casa todo cuanto teníamos... pero... me engañé... añadió la desgraciada temblando... le faltaba llevarse á mi hija... á mi pobre Catalina.

--A vuestra hija?

--Ahora vereis, amiga, ahora vereis. Hace tres dias, estaba yo trabajando entre mis hijos, y se presentó mi marido... A la legua conocí que estaba borracho.

--"Vengo á buscar á Catalina," me dijo.

--A pesar mio cojí del brazo á mi hija, y contesté á Dupórt.

--"A dónde te la quieres llevar?"

--"Donde á tí no te importa; es mi hija, que haga su lio, y andando."

Al oír estas palabras se me encendió la sangre; porque, figuraos que esa mala mujer que está con mi marido... andaba hace mucho tiempo tras de sacar partido de nuestra hija, que es jóven y honita... ah! esa mujer es un mónstruo.

--Sí, un verdadero mónstruo.

--«Llevarse á Catalinal respondí á Dupont: no lo conseguirás, yo sé lo que esa mujer querrá hacer con ella.

--«Calla, me dijo mi marido con los lábios blancos de cólera, no me exasperes, ó te confundo de un golpe; y tomándola á mi hija del brazo añadió: «Vamos Catalina.»

La pobre niña se me coigó al cuello deshecha en lágrimas, gritando:

--«Quiero quedarme con mamá.»

Dupont se puso furioso, arrancó á Catalina de mi lado, y me dió una puñada en el estómago, que me tiró al suelo... y cuando me vió en tierra se subió sobre mí llenándome de picardías.

--Preciso es que sea un málvado, para hacer todo eso.

--Mis pobres hijos se arrodillaron pidiendo compasión, y Catalina también; pero su padre la dijo jurando como un endemoniado.

--«Si no te vienes conmigo, doy fin de tu madre.»

--Yo echaba sangre por la boca, me sentía medio muerta... y no me era posible hacer ningun movimiento. pero dije á Catalina:

--"Déjame asesinar... y no sigas á tu padre."

--"Quieres callar?" me dijo Duport dándome una patada que me dejó sin sentido.

--Qué infamia... qué infamia.

--Cuando volví en mí, encontré á los dos niños llorando.

--Y vuestra hija?

--Se la habían llevado!... exclamó la infeliz madre con acento desgarrador... se la habían llevado... los niños me dijeron que su padre la había pegado, amenazándola con dejarme en el sitio... y ya se vé... la pobre niña asustada se arrojó sobre mí para abrazarme, abrazó á sus hermanos también llorando, y mi marido la arrancó de allí... Estoy segura... de que su infame querida le esperaba en la escalera.

--Y no pudísteis quejaros al comisario?

--Al principio yo no tenía mas que el sentimiento de haberme quedado sin mi Catalina... Pero pronto empecé á sentir dolores por todo el cuerpo... y no podía dar un paso... me sucedió lo que tanto había temido! Yo le había dicho á mi hermano que llegaría día en que mi marido me pegase tan fuerte que tuviese necesidad de venir al hospicio, en cuyo caso temía por los pobres niños... y héme aquí ya en el hospicio; qué será de mis pobres hijos...

--Pero no hay justicia para los pobres, Dios mío?

--Cuesta muy cara, como dice mi hermano,

replicó Juana con amargura. Los vecinos fueron á buscar al comisario, y vino el sustituto. „A mi me repugnaba denunciar á Dupont, pero mi hija era primero que nada.... le dije únicamente que en una quimera que habíamos tenido, porque se había querido llevar á mi hija, me había *empujado*..... que aquello no sería nada.... pero que yo quería ver á Catalina, porque temía que una mala muger con quien vivía mi marido, la prostituyera.

-- Y qué os dijo el sustituto?

-- Que mi marido estaba en su derecho llevándose á mi hija, no estando divorciado; que sería una desgracia si mi hija hacía caso de los malos consejos; pero que esas suposiciones no eran suficientes para pedir en justicia contra mi marido.

-- „Un medio tenéis, me dijo; Pedir el divorcio y los golpe que os ha dado vuestro marido, y su conducta con esa mujer serán pruebas en favor vuestro, y le obligarán á que os entregue vuestra hija. Sin eso está en su derecho teniéndola consigo.

-- „Pero si no tengo dinero, ni aun para alimentar á mis hijos!

-- „Y qué quereis que yo haga? dijo el sustituto y me volvió la espalda.,,

-- Y tenía razon, añadió Juana sollozando..... dentro de tres meses, mi hija será tal vez una muchacha perdida, mientras que si yo tuviera, ó

hubiera tenido para pedir el divorcio otra cosa seria.

--Pero no penseis tan tristemente.... Vuestra hija que os ama tanto!...

--Es muy jóven; y á esa edad no hay defensa; además, el miedo, el mal trato, los malos ejemplos y el empeño que pondrán para hacerla mala... mi pobre hermano lo había previsto todo cuando me decía: «Crees tú que si esa mala mujer y tu marido se empeñan en perder á Catalina, no lo conseguirán?», (1).

--Dios mío! Dios mío! y yo me quejaba, dijo Pascuala enjugando sus lágrimas.

--Yo que había pensado que comulgase este año por segunda vez mi pobre Catalina.

--Y los otros niños?

--Por ellos me resistia á venir al hospital; pero cómo ha de ser... Echo sangre tres ó cuatro veces al día... tengo una calentura que me quema los huesos, y no puedo trabajar. Al menos cuando esté buena podré volver al lado de mis hijos, si antes no se han muerto de hambre, ó los han llevado presos como pordioseros. Quién se ha de interesar por ellos estando yo aquí? Quién les dará de comer?

--Oh! es terrible. . pero no teneis buenos vecinos?

(1) Recordamos al lector que los padres pueden inscribir á sus hijos en el libro de prostitucion del tribunal de costumbres.

--Son tan pobres como yo, y tienen cinco hijos. Ya veis que dos mas es carga pesada; y aunque me han dicho que los darian algo de comer por ocho dias lo mas, y eso con trabajo... yo sé bien que les será muy difícil hacer esa obra de caridad. En fin de todos modos buena ó mala, salgo de aquí dentro de ocho dias.

--Pero cómo no se os ha ocurrido buscar á Rigolette, aquella costurera que encontrásteis en la cárcel?... Ella se los hubiera llevado consigo tal vez.

--Ya me ocurrió, y aunque la pobre niña tendrá sus trabajos como cada hijo de vecino, la di parte de mi desgracia por medio de mi vecina. Pero desgraciadamente se ha ido á casar á el campo, segun ha dicho el portero de su casa.

--Es decir que si pasan ocho dias, los pobres niños..... Pero no, vuestros vecinos no tendrán razon para dejarlos así.

--Y qué quereis que hagan, cuando para dar un poco de pan á mis hijos tienen que cercenarle á los suyos?... Oh! es preciso que yo me ponga buena antes de ocho dias; y así se lo he pedido á todos los medicos que me vieron desde ayer, pero me contestaban riendo: „Para eso hay que dirigirse al primer médico.,, Sabéis cuándo vendrá ese médico, Pascuala?

--Silencio..... creo que está ahí, y es preciso no hablar, mientras hace la visita; respondió por bajo Pascuala.

Con efecto, durante la conversacion de las dos mujeres, habia amanecido.

Un movimiento tumultuoso anunció la llegada del doctor Griffon, que entró en la sala acompañado de su amigo el conde de Saint Remy, que interesado vivamente, como sabe el lector, por la suerte de Mad. de Fermont y de su hija, estaba lejos de imaginar que habia de encontrar á la desgraciada jóven en el hospital.

Al entrar en la sala, las facciones frías y severas del doctor Griffon se dilataron y se animaron, arrojando en derredor suyo una mirada de satisfaccion y de curiosidad, respondió con un movimiento de cabeza y cierto aire de proteccion al respetuoso saludo de las hermanas de caridad.

La ruda y austérea fisonomía del viejo conde de Saint-Remy, estaba bañada de una profunda tristeza. La inutilidad de sus tentativas, para saber el paradero de Mad. Fermont, y la ignominiosa baja del vizconde que habia preferido una vida infame á la muerte, le desgarraban de dolor.

-- Y bien, dijo el doctor Griffon con aire de triunfo, que os parece de mi hospital?

-- En verdad, respondió M. de Saint-Remy, que no sé por qué he accedido á vuestro deseo, porque desde que he entrado el corazon se me ha oprimido notablemente; y poco tiene que ver por cierto el aspecto de esas salas llenas de enfermos.

—Bahl bahl antes de un cuarto de hora pensareis de otro modo; vos que sois tan filósofo encontrareis aquí materia larga para la observacion. Además, era una vergüenza, que siendo uno de mis mejores amigos, no conociéseis el teatro de mis glorias y de mis trabajos, y que no me hubiéseis visto maniohrar aun? Yo tengo todo mi orgullo en mi profesion; creéis que hago mal?

—No ciertamente, y despues del cuidado que habeis puesto con Flor-Celeste salvándola de la muerte, es quiero mucho mas aun..... pobre niña..... qué fisonomia tan seductora tiene á pesar de su enfermedad.

-- Me ha suministrado un caso médico muy curioso, estoy contento con ella. Y á propósito, cómo ha pasado la noche? la habeis visto antes de salir de Ansieres.

--No, pero la Loba que la cuida con mucho interés, me ha dicho que dormia perfectamente. Se la podrá dejar hoy que escriba?

--Sí, dijo el doctor, despues de un momento de reflexion. Mientras el individuo no está completamente restablecido, temo la menor impresion..... pero no veo ningun inconveniente en que escriba una carta.

--Cuatro letras para que pueda avisar á las personas que se interesen por ella.

--Eso es..... y no habeis sabido nada de Mad Fermont y de su hija?

--Nada, dijo M. de Saint-Remy suspirando.

Mis constantes pesquisas no han tenido ningun resultado. No tengo mas esperanza que en la marquesa de Harville, que segun me han dicho se interesa vivamente por esas infelices. Hace tres dias que he estado en su casa, y me han dicho que vendria de un momento á otro, y la he escrito suplicándola que me conteste lo mas pronto posible.

Mientras M. de Saint-Remy hablaba con el doctor Griffon, se habian formado varios grupos en derredor de una gran mesa puesta en medio de la sala; sobre aquella mesa habia un libro en blanco, donde los practicantes del hospital, conocidos por sus anchos delantales blancos, iban á firmar *la hoja de asistencia*. Un gran número de jóvenes estudiosos y aprovechados, llegaban sucesivamente para acompañar el cortejo científico del doctor Griffon, que habiendo llegado algunos minutos antes de la hora acostumbrada para su visita, esperaba oír el reloj.

—Ya veis, mi querido Saint-Remy, que mi estado mayor es muy considerable, dijo el doctor Griffon con orgullo, señalando al enjambre de estudiantes que asistian á sus lecciones prácticas.

--Y esos jóvenes os acompañan á la cama de los enfermos?

--Como que no vienen á otra cosa.

--Pues, todas esas camas no están llenas de mujeres?

--Y qué?

--La presencia de tantos hombres debe avergonzarlos.

--En los enfermos no hay sexos....

--A vuestros ojos tal vez... pero á los suyos, el pudor, la vergüenza...

--Aquí todas esas cosas se dejan á la puerta, mi querido Alceste; aquí cuando acabamos con los cadáveres en el anfiteatro, empezamos el estudio y los experimentos con los vivos.

--Confieso, doctor, que sois el hombre mas donado y mejor del mundo, yo os debo la vida, y conozco vuestras excelentes cualidades; pero la costumbre, y el amor que tenéis al arte, os hacen considerar ciertas cuestiones de una manera que me asusta... Quedaos con con Dios... dijo Mr. de Saint-Remy adelantándose hacia la puerta.

--Que niñadal exclamó el doctor Griffon deteniéndole.

--No, no, hay cosas que me exasperan; yo preveo que sera un suplicio para mí concurrir á vuestra vista... asistiré si os empeñais pero desde aquí junto á esta mesa.

--Qué rarezas y qué escrúpulos tenéis! pero no quiero contrarrestaros.... conozco que os incomodasia ir de cama en cama, y lo que haré será llamaros para dos ó tres casos curiosos.

--Como gustéis.

Las siete y media dieron en el reloj del hospital.

--Vamos, señores, dijo el doctor Griffon, y empezó su visita, seguido de un numeroso auditorio. Al llegar á la primera cama de la derecha, cuyas cortinas estaban corridas, la hermana dijo al doctor.

--El número 1 ha muerto esta noche á las cuatro y media de la madrugada.

--Tan tarde! me estraña; ayer mañana no hubiera creído que salía del día. Hay quien reclame el cuerpo.

--No, señor.

--Tante mejor; es cosa buena, y no harán autopsia sobre él; querido Dunoyer, añadió dirigiéndose á uno de sus discípulos: hace mucho tiempo que deseábais un individuo, estábais inscrito el primero, y ese es vuestro.

--Tanta bondad!

--Quisiera recompensar mas á menudo vuestro celo, querido amigo, pero marcad al individuo y tomad posesion, que hay muchos golosos y podrian dejaros sin él.

--El discípulo sacó el escalpelo, y grabó con delicadeza en el brazo de la difunta actriz una F y una D. (Francisco Dunoyer) para tomar posesion como decia el doctor (1).

(1) Nadie mas convencidos que nosotros del aprovechamiento y de la humanidad de la juventud estudiosa é ilustrada que se dedica al aprendizaje del arte de curar; nosotros querriamos únicamente que algunos de los maestros les diesen con mas

La visita siguió adelante; y Juana Dupont dijo por lo bajo á su vecina.

--Pascuala, ¿que gente es esa que va detrás del médico?

--Son los discípulos, los estudiantes.

--Pero estarán aquí todos cuando el médico me pregunte y me registre?

--Sí.

--Pero si mi enfermedad es el pecho me han de examinar delante de todos esos hombres?

--Sí, sí, es preciso, lo quieren así... la primera vez lloré mucho y me moría de vergüenza... me resistí, y me amenazaron con echarme fuera, hasta que me resigné; pero me hizo tal efecto, que estuve muy mala de resultas... Figuraos... Casi desnuda... delante de tanta gente... es muy terrible...

--Ante el médico solo, pase.... si es preciso; y aun así cuesta trabajo vencerse: pero delante de tanto jóven, es atroz.

--Qué quereis, lo hacen para que aprendan, para que se ensayen con vosotras, y con esa condicion nos admiten en el hospicio.

--Ah! dijo Juana con amargura, ya se vé... á

frecuencia ejemplos de esa reserva compasiva, y de esa caritativa dulzura que puede tener una influencia tan saludable en la parte moral de los enfermos.

nosotros no nos dan nada de valde.... pero hay ocasiones en que eso es imposible... por ejemplo, si mi pobre Catalina, que tiene quince años, viniese al hospital, ¿quién se atrevería á pedir que delante de toda esa gente.... ¡Oh! no, quisiera mejor verla morir en mi casa.

--Si venía aquí, tendría que resignarse como los demás, como vos, y como yo. Pero callémonos, porque si esa pobre jóven os oyese.... como ha sido tan rica, y no se ha separado nunca de su madre.... pobre niña, se va á resistir.

--Verdad es Dios mio, verdad es.... Me estremezco al pensar en ella.... ¡pobre niña.

--Silencio, Juana, que está aquí el médico, dijo Pascuala.

CAPITULO X.

Clara De Armont.



Después de haber visitado con rapidez varios enfermos que no ofrecían cosa particular, el doctor Griffon llegó por fin á la cama de Juana Dupont.

A la vista de aquella multitud

solicita, que ávida de ver, de saber, de conocer, y de aprender se acercaba á la cama, la desgraciada mujer se estremeci6, y se cubri6 con la colcha.

El rostro severo del doctor Griffon, su mirada penetrante, sus cejas fruncidas por su costumbre de reflexionar, su palabra brúscas y las c6micas, aumentaban mas aun el sobresalto de Juana.

-- *Un nuevo individuo!* dijo el doctor recorriendo una lista donde estaba inscrita la clase de enfermedad del nuevo enfermo.

Después de dirigir una mirada sobre Juana, guard6 un profundo silencio, mientras los asistentes, á imitacion del *principe de la ciencia*, miraban con curiosidad á la enferma.

Después de mucha atencion, el doctor advirtiendo alguna cosa de anormal en la tinta rojiza del globo del ojo de la enferma, se acerc6 á ella, y alzándola el párpado con el dedo la examin6 minuciosamente.

Los discípulos, como contestando á una especie de invitacion muda de su profesor, fueron llegando uno á uno á observar el ojo de Juana.

El doctor procedió en seguida el siguiente interrogatorio.

--Cómo os llamais?

--Juana Dupont, murmur6 la enferma cada vez mas horrorizada.

--Qué edad teneis?

—Treinta y seis años y medio.

—Mal alto!... De dónde sois?

-- De París.

-- Que oficio teneis?

—Pasamanera.

—Sois casada?

—Sí señor! respondió Juana con un profundo suspiro.

—Hace mucho tiempo?

—Diez y ocho años.

-- Habéis tenido hijos?

La pobre madre en vez de contestar dió rienda suelta á sus lágrimas, contenidas hacia mucho tiempo.

-- Aquí no se trata de llorar..... sino de responder. ¿Teneis hijos?

-- Sí, señor, dos muchachos pequeños, y una chica de diez y seis años.

El doctor hizo infinidad de preguntas que no podemos repetir, y la desgraciada mujer, obligada á responder en voz alta y delante de tanta gente, se moría de vergüenza:

El doctor totalmente distraído por su preocupacion científica, no pensó ni remotamente en el padecimiento de Juana y añadió.

-- ¿Desde cuando estais mala?

-- Hace cuatro dias, dijo Juana enjugándose las lágrimas.

-- Decidnos, cual es la causa de vuestra enfermedad?

-- Como hay tanta gente no me atrevo.

-- Pues de donde salís, querida amiga? dijo con impaciencia el doctor, queréis que haga traer aquí un confesonario?... vaya, despachaos.

-- Pero.... Dios mio, si son cosas de familia....

-- No importa, aquí estamos como en familia, en numerosa familia, ya lo veis, añadió el príncipe de la ciencia, que estaba de buen humor aquel día: vaya acabemos.

Juana intimidada, dijo, aunque con voz trémula, estas palabras:

-- Yo había tenido una disputa con mi marido sobre los chicos.... es decir, sobre mi hija la mayor, á quien quería llevarse, y yo me oponía, porque mi marido vivía con una mujer que podía pervertir á mi hija; mi marido que estaba á media vela... de otro modo no lo hubiera hecho.... me empujó muy fuerte, caí.... y poco tiempo después empecé á vomitar sangre.

-- No lo creo así; vuestro marido hizo algo más que empujaros.... apostaría á que os dió muchos golpes en el estómago, y acaso acaso os haya pisoteado, decid la verdad.

-- Os aseguro que estaba algo privado.... pues á no ser así, no me hubiera hecho nada.

-- Estuviera algo privado ó privado del todo eso no es del caso, aquí no estais ante los tribunales; el caso es que os ha pisoteado fuertemente ¿no es verdad?

- Sí, señor, dijo Juana desecha en lágrimas; y sin embargo, no le he dado el menor motivo de queja... trabajaba cuando podía, y....

-- El epigastrio debe estar dolorido, debeis sentir mucho calor, dijo el doctor interrumpiendo á Juana, ¿no sentis dejadez y náuseas?

-- Sí, señor.... yo he venido aquí cuando no podía ya mas, cuando me faltaron las fuerzas; porque de no ser así no hubiera desamparado á mis hijos, que no tienen mas que á mí en el mundo... y luego Catalina,.... ah! Catalina sobre todo es la que mas me inquieta, si supiéseis....

-- A ver la lengua, dijo el doctor interrumpiendo de nuevo á la enferma.

Juana se quedó admirada, y no contestó ni una sola palabra.

-- Veamos esa lengua, que tan espedita se muestra, dijo el doctor sonriendo; y con la punta del dedo bajó la quijada inferior de Juana.

Después de haber hecho que sus discípulos examinasen detenidamente la lengua del individuo, á fin de observar el color y la sequedad, el doctor se quedó un momento reflexionando, y Juana, dominando su inquietud, exclamó con voz temblorosa.

-- Los vecinos; aunque tan pobres como yo, han tenido la bondad de encargarse de dos de mis hijos; pero por ocho dias solamente.... pasado este tiempo, es preciso que yo vuelva á mi casa; y así os suplico por el amor de Dios que me

curéis lo mas pronto posible para que pueda levantarme y trabajar.

--Rostro descolorido, estado de potracien completa; sin embargo, pulso bastante fuerte, duro y frecuente, dijo con imperturbabilidad el doctor señalando á Juana, miradlo bien, señores: opresion, calor en el epigastrio, todos esos síntomas anuncian indudablemente una *hematémesis*, probablemente complicada con una hepátitis ocasionada por los disgustos domésticos, segun indica la tinta rojiza del glóbulo del ojo. El individuo ha recibido golpes violentos en el epigastrio y el abdómen; el vómito de sangre es ocasionado sin duda por alguna lesion orgánica de ciertas vísceras. Con este motivo llamo vuestra atencion sobre un punto muy curioso, muy curioso..... Las anatomías de los que mueren de la enfermedad que se observa en este individuo ofrecen resultados extraordinariamente diversos; y unas veces la enfermedad muy aguda y muy grave da fin del enfermo en pocos dias, sin que se encuentre signo alguno de existencia, y otras el páncreas ofrece lesiones mas ó menos profundas... Es probable que el individuo de que nos ocupamos haya sufrido alguna de esas lesiones; trataremos de asegurarnos bien, con un exámen detenido del enfermo.....

Decir esto el doctor Griffon, y echar la ropa á los pies de la cama, descubriendo casi del todo á Juana, fue obra de un momento.

Nos repugna pintar la lucha dolorosa de aque-

Ha infeliz, que muerta de vergüenza lloraba suplicando al doctor y á sus discípulos.

Pero á la amenaza de..... *si no os sometéis á las prácticas establecidas, se os echará del hospicio*, amenaza tan horrible para los que tienen el hospital como único refugio, Juana se sometió á una investigación general, que duró mucho tiempo, mucho tiempo..... Porque el doctor Griffon analizaba y explicaba cada síntoma á los mas estudiosos de sus discípulos que querian unir la práctica á la teórica, asegurándose por sí mismos del estado del individuo.

Despues de tan cruel escena, sufrió Juana una emocion tan violenta, que cayó en una crisis nerviosa, para la cual el doctor Griffon prescribió como suplemento un remedio particular.

La visita pasó adelante, y el doctor Griffon llegó á la cama de la señorita Clara Fermont, víctima como su madre de la avaricia de Santiago Ferrand. Ejemplo nuevo y terrible de las consecuencias siniestras que lleva consigo el abuso de confianza; ese delito que la ley castiga tan débilmente.

La señorita Fermont con una papalina de tul apoyaba lánguidamente su cabeza sobre la almohada; y al través del estrago de la enfermedad se observaba en aquel rostro cándido y amable, señales de una distinguida belleza.

Tras una noche de dolores agudos habia caído la pobre niña en una especie de debilidad

febril, antes que el doctor y su cortejo científico entrasen en la sala: aunque el ruido de la visita no la había despertado.

--Nuevo individuo, señores, dijo el príncipe de la ciencia recorriendo la lista que le presentó un discípulo. Enfermedad.... *Fiebre lenta y nerviosa*.... Dios quiera que el colegial interno que estaba de servicio no se haya engañado en su diagnóstico, exclamó el doctor con profunda satisfacción Es un gran hallazgo, hace mucho tiempo que descaba yo una fiebre lenta y nerviosa.... porque esa enfermedad no es general en los pobres.... Esas afecciones nacen casi siempre á consecuencia de graves perturbaciones en la posición social del individuo.... y sabido es, que cuanto mas elevada es la posición, mas profundo es el cambio. Oh! es una de las afecciones mas notables, por sus síntomas especiales, data de la mas remota antigüedad: los escritos de Hipócrates no dejan duda alguna sobre este particular; y es cosa muy sencilla, esas fiebres ocasionan muchas veces los mas violentos pesares.... Oh! los pesares son tan antiguos como el mundo.... no obstante esa enfermedad, cosa muy estraña, por cierto, antes del siglo XVIII, esa enfermedad no habia sido exactamente descrita por ningun autor; Huxham que tanto ha hecho por la medicina de aquella época, fue el primero que dió una monografía de la fiebre nerviosa, monografía que se ha hecho clásica.... y sin embargo ya era una en-

fermedad de roca vieja, añadió el doctor sonriendo. Vaya..... como que pertenece á la grande é ilustre familia *febris*, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos..... Pero no nos regocijemos demasiado, y veamos antes si en efecto tenemos la fortuna de hallar aqui algo de esa curiosa afeccion; yo me alegraría doblemente porque hace tiempo que tengo muchas ganas de ensayar el uso interno del fósforo... Sí, señores, añadió el doctor viendo que su auditorio se estremecía, si señores, del fósforo, es una experiencia muy curiosa que quiero probar..... Verdad es que es atrevida, pero *audaces fortuna juvat*... y la ocasion la pintan calva.

Vamos á examinar en primer lugar si el individuo ofrece en todas las partes de su cuerpo; y especialmente en el pecho, esa erupcion miliaria, tan sintomática segun Huxham..... y así os asegurareis, palpando al individuo, de la especie de rugosidad que esa erupcion lleva consigo..... Pero vendamos la piel del oso antes de haberle dado caza, añadió el príncipe de la ciencia, que indudablemente estaba muy alegre.

Tocó ligeramente en el hombro á la señorita de Fermont, para despertarla, y la jóven se estremeció, abriendo sus hermosos ojos, cerrados por la enfermedad..... Figúrese el lector, cuál sería su asombro y terror, al ver tantos hombres al rededor de su cama y sentir la mano del doctor que se deslizaba por entre las sábanas, á fin de tomar el pulso á

la enferma.

Clara se esforzó cuanto pudo, y exclamó:

-- Socorro!.... madre mía.... socorro....

Por una casualidad casi providencial, en el momento mismo en que los gritos de Clara hacían voar al viejo conde de Saint-Remy sobre su silla, porque recordaba a aquella voz, se abrió la puerta de la sala, y una señora jóven enlutada entró precipitadamente acompañada del director del hospicio.

Aquella señora era la marquesa de Harville.

—Hacedme el gusto, caballero, dijo con la mayor ansiedad, de conducirme á donde está la señorita de Fermont.

—Tened la bondad de seguirme, señora marquesa, respondió respetuosamente el director. Esa señorita está en el número 17 de esta sala.

-- Aquí, aquí, dijo Mad. de Harville enjugando sus lágrimas; ¡pobre niña!

La marquesa precedida del director se acercó rápidamente al grupo de colegiales cuando se oyeron estas palabras, pronunciadas con indignación.

-- Os digo que es un asesinato infame; dareis fin de ella, señor mio.

-- Pero mi querido Saint-Remy, escuchad.

-- Os repito señor doctor, que vuestra conducta es atroz.

Yo miro á la señorita de Fermont como á una hija mía; y os prohibo que os acerqueis, porque inmediatamente voy á hacerla trasportar fuera de aquí.

-- Pero, es un caso de fiebre nerviosa violenta, muy raro.... Yo queria ensayar el fósforo....era una gran ocasion. Prometedme al menos que yo la asistiré vaya donde vaya, puesto que privais á mi clínica de tan precioso individuo.

-- Sino estuviéseis loco.... Seriais un mónstruo, replicó el conde de Saint-Remy.

Clementina escuchaba aquellas palabras con angustia, pero el grupo que cercaba la cama de Clara era tan numeroso que fué preciso que dijera el director:

Con licencia señores: tengan ustedes la bondad de dejar paso á la señora marquesa de Harville, que viene á ver el número 17.

Los discípulos hicieron paso con tanta solicitud como respetuosa admiracion, al ver el rostro seductor de Clementina, que la emocion teñia con los mas vivos colores.

-- Mad. de Harville! exclamó el conde de Saint Remy, llevándose á Clementina. Ah! Dios envia aquí uno de sus ángeles.... Señora, ya sabia yo que os interesabais por estas infelices.... y habeis sido mas afortunada que yo en dar con ellas.... La casualidad... me ha conducido aquí... para asistir á una escena de barbaridad inusitada.... Desgraciada niña... Señores, en nombre de vuestras hijas, ó de vuestras hermanas, compadeceos de una jóven de diez y seis años, yo os lo suplico dejadla sola con esta señora, y las hermanas de la caridad, que cuando vuelva en sí yo la haré llevar á otra parte.

-- Como querais, exclamó el doctor, yo firmaré el alta, pero iré con ella, y nos veremos. Es un individuo que me pertenece... y quiero encargarme de su curacion... No ensayaré el fosforo, pero pasaré las noches en vela si es preciso... como las pasé á vuestro lado, ingrato Saint-Remy... Porque esta fiebre es tan rara como lo era la vuestra... Son dos hermanas que tienen igual derecho á mi interés.

-- Maldito hombre! por qué sabeis tanto? dijo el conde convencido de que no podria confiar á la señorita Fermont á manos mas hábiles.

-- No hay cosa mas sencilla, le dijo el doctor al oído, sé mucho, porque estudio, porque ensayo, porque arriesgo, y porque practico mucho sobre mis individuos... Con que será mia esa fiebre lenta?

-- Sí, pero está esta jóven en estado de que la trasportemos?

-- Indudablemente.

-- Pues en ese caso, retiraos...

-- Vamos, señores, dijo el príncipe de la ciencia, nuestra clínica se priva de un precioso estudio, pero yo os pondré al corriente de todo.

El doctor Griffon, acompañado de su auditorio, continuó su visita dejando á Mad de Harville y á M. de Saint-Remy con la señorita de Fermont.

CAPITULO XI

Glor-Celestial.



mientras pasaba la escena que acabamos de referir, la señorita de Fermont desmayada estaba asistida por Clementina y dos religiosas; una de ellas sostenía la cabeza pálida y pesada de la jóven, mientras Mad. de Harville enjugaba con su pañuelo el sudor frío que inundaba la frente de la enferma.

M. de Saint-Remy profundamente conmovido, contemplaba aquel cuadro elocuente, cuando un súbito pensamiento cruzó su imaginacion, y acercándose á Clementina la dijo en voz baja.

-- Y la madre de esta infeliz, señora?

-- Esta niña no tiene madre, le dijo la marquesa en voz baja y triste.

-- Gran Dios! ha muerto.

-- Ayer supe únicamente, apenas llegué de mi viaje, las señas de Mad. de Fermont, y el estado triste en que se encontraba... A la una de la mañana fuí á su casa con mi médico... pero qué cuadro, señor Conde... la miseria en todo su horror... y no habia esperanza de salvar á aquella pobre madre moribunda.

-- Su agonía ha debido ser horrible, si ha conservado hasta el fin el recuerdo de su hija!

-- Su última palabra ha sido: hija mía!

-- Qué muerte.. Dios mío! Una madre tan tierna y tan sensible!... qué horror.

Una de las religiosas interrumpió la conversación de M. de Saint-Remy y de Mad. de Harville, diciendo:

-- La jóven está muy débil; pero tal vez vuelva en sí... Si no teneis inconveniente en quedaros aquí... hasta que la enferma vuelva en sí, os ofrezco mi silla.

-- Dádmela... dádmela, dijo Clementina sentándose á la cabecera de la cama; no me separaré de la señorita de Fermont, y quiero que vea al menos un rostro amigo cuando abra los ojos... Despues la llevaré conmigo, puesto que el médico cree que se la puede trasladar de aquí sin peligro.

-- Dios bendiga el bien que haceis, señora, dijo M. de Saint-Remy, pero perdonad que no os haya dicho aun mi nombre; soy el conde de Saint-Remy... el marido de la señora de Fermont era mi mas íntimo amigo... Yo vivia en Augers, y salí de allí inquieto por no saber nada de esas dos nobles y dignas mujeres; habian hasta entonces vivido en aquella villa, y se decia que estaban completamente arruinadas, su posicion era tanto mas terrible, cuanto que hasta entonces habian vivido en la opulencia.

-- Ah! Caballero... no sabéis la mitad de lo que ha ocurrido... Mad. de Fermont ha sido indigna-

mente despojada.

--Por su escribano tal vez? Ya tuve yo sospechas de esto mismo.

--Ese hombre era un mónstruo.... Ayl ese crimen no era el último que habia cometido... pero afortunadamente, dijo Clementina con exaltacion pensando en Rodolfo, un genio benéfico ha hecho justicia, y he podido cerrar los ojos á Mad. de Fermont, tranquilizándola sobre el porvenir de su hija... De ese modo la ha sido menos cruel su muerte.

--Ya lo comprendo; sabiendo que su hija merecia vuestra proteccion, mi pobre amiga ha debido morir algo mas tranquila.

--No consiste solo en que yo haga cuanto pueda por la señorita Fermont, sino en que se la devolvérán sus bienes....

--Es posible? El escribano***

--Ha sido obligado á restituir la suma que se habia apropiado por un crimen horrible.

--Un crimen?

--Ese hombre habia asesinado al hermano de Mad. de Fermont para hacer creer que aquel infeliz se habia suicidado.

--Jesus!!!... Eso no es creible ... y sin embargo yo siempre he sospechado del escribano, porque Renneville era el honor y la lealtad personificada. Y la suma que el escribano ha restituido, dõnde está?

--En casa de un sacerdote venerable que se la entregará á la señorita de Fermont.

--Esa restitucion no satisface la justicia de los

—Qué idea tan siniestra.... A vuestra edad siempre hay recursos.

—Oh! no, señora. Ya sé mi suerte, y no me quejo.... Esta noche misma he visto morir una tísica en la sala..... es una muerte muy dulce..... pero de todos modos os doy gracias por vuestras bondades.

--Exagerais vuestro estado.

--No tal..... sé bien el estado en que me encuentro; pero puesto que sois tan bondadosa..... una señora de vuestra clase todo lo puede.....

--Hablad, qué quereis?

—Había pedido un favor á Juana, pero puesto que gracias á Dios y á vuestra caridad se marcha.....

—Puedo yo hacer os ese favor?

—Quién lo duda, señora? una palabra vuestra á las hermanas de la caridad ó al médico lo compone todo.

—Pues, bien, lo haré.... y de qué se trata?

—Desde que he visto á la actriz que ha muerto tan atormentada por el temor de que la hiciesen cuartos despues de su muerte, tengo el mismo miedo, y Juana me habia prometido reclamar mi cadáver, para darle sepultura.

—Ah! eso es horrible, dijo Clementina estremeciéndose, es preciso venir aquí para saber que á los pobres les persiguen las miserias y los horrores mas allá de la tumba.

—Perdonad, señora, dijo Pascuala con timidez para una gran señora, rica y feliz como vos mereceis ser, es una peticion muy triste. Yo no de-

biera haberla hecho.

—Al contrario, hija mía, así sé una miseria que ignoraba, y no será inútil esa noticia..... No tengais cuidado que aunque ese momento fatal esté muy remoto.... cuando llegue, podeis estar segura de reposar en campo santo.....

—Gracias, señora, y perdonad si me atrevo á pedir permiso para besaros la mano....

--Clementina presentó la mano á los labios secos de Pascuala.

--Gracias, señora..... Yo tendré de ese modo alguna persona á quien amar y bendecir, en los pocos dias que me quedan de vida.... y con vuestro recuerdo y el de la Guillaubaora seré feliz hasta que muera.

Ese desprendimiento de la vida, y esos temores de quedar insepulta habian afectado terriblemente á Mad. de Harville, que acercándose al oido de la religiosa, que venia á avisarla haber vuelto ya en sí la señorita de Fermont, la dijo señalando la cama de Pascuala:

--Es realmente tan grave el estado de esa jóven?

--Sí señora..... acaso no viva ocho dias.

Media hora despues Mad. de Harville acompañada de M. de Saint-Remy, se llevaba consigo a la jóven huérfana á quien habia ocultado la muerte de su madre.

Aquel mismo dia un hombre de la confianza de

(163)

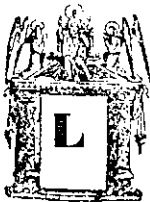
Mad. de Harville despues de haber ido á visitar á la calle de la Barillerie la miserable habitacion de Juana Dupont y haber adquirido los mejores informes sobre aquella apreciable mujer, amuebló en el barrio de la Escuela dos habitaciones, y un gabinete muy ventilado, á donde fué llevada Juana Dupont aquella tarde misma con sus hijos y una excelente enfermera.

El mismo hombre quedó encargado de reclamar y hacer enterrar el cuerpo de Pascuala, cuando sucumbiera á su enfermedad.

Despues de haber conducido é instalado en su casa á la señorita de Fermont, salió Mad. de Harville con direccion á Asnieres acompañada de M. de Saint-Remy para traer á Flor-Celestial á casa de Rodolfo.

CAPITULO XII.

Esperanza.



Los primeros dias de la primavera se acercaban, el sol empezaba á tomar algo de fuerza, el cielo estaba sereno, y el aire era cálido.... Flor-Celestial ensayaba sus fuerzas paseándose por el jardin del doctor Griffon.

El calor del sol, y la agitacion

del paseo teñian de un color rosado las pálidas facciones de Flor-Celestial; su traje de aldeana se habia rasgado con la precipitacion de los primeros socorros que la suministraron, y llevaba un vestido de merino azul en forma de blusa, y ceñido á su delgado talle con un cordón de lana.

--Qué sol tan hermoso! dijo á la Loba parándose al pie de un plantel de árboles verdes que crecian en derredor de un banco de piedra. Queréis que nos sentemos un momento aquí, Loba?

--Acaso teneis necesidad de preguntarme si quiero? respondió brúncamente la mujer de Marcial encogiéndose de hombros.

Despues quitándose un chal de seda que llevaba al cuello le hizo cuatro dobleces, se arrodilló, le puso sobre la arena algo húmeda del pascó, y dijo á Flor-Celestial:

--Poned aquí los pies.

--Pero Loba, dijo Flor-Celestial que habia notado demasiado tarde la intencion de su compañera para impedir su ejecucion. Pero Loba, vais á estropear el chal?

--Dejaos de tonterias.... la tierra está fria, dijo la Loba.... y tomando por sí y ante sí los pies de Flor-Celestial los puso sobre el chal.

--Cuánto me obsequiais, Loba!

--Y eso que no lo merecéis, porque siempre os estais resistiendo á cuanto quiero hacer por vos... Pero no estais cansada? hace media hora que estamos andando... acaba de dar la una en Asnières.

-- Me siento un poco débil.... pero me ha hecho mucho provecho el paseo.

-- Eso es, estabais débil y no queriais decirme que nos sentásemos!

-- No me tñbais, yo no advertia mi flojedad... Es tan bueno andar cuando se ha estado mucho tiempo en la cama... ver el sol, los árboles y el campo... cuando se creia no volverlos á ver!

-- Lo cierto es que habeis estado dos dias de mucho peligro.... ahora que ya ha pasado, se os puede decir que estabais desahuciada.

-- Figuraos Loba, que al verme bajo el agua, me acordé bien á pesar mio, que una malvada mujer, que me habia atormentado cuando era pequeña, me amenazaba siempre con arrojarme á los peces... y luego quiso ahogarme (1).... Ah! no pude menos de creer que aquella fatalidad me perseguía y que no me libraba de la muerte.

-- Pobre Guillabaoral... con que en eso pensabais cuando os creiais perdida?

-- Oh! no, dijo Flor-Celestial con exaltacion, cuando creí morir no pensaba mas que en la persona á quien miro como á mi angel tutelar; ni mas ni menos que al sentirme mejor volví á acordarme de él.

-- Es un placer haceros algun bien.... porque no os olvidais nunca.

(1) *En uno de los subterráneos del Zurdillo, en los Campos Eliseos.*

--Oh!... es tan bueno dormirse con esa gratitud, y despertar del mismo modo.

--Cualquiera se arrojaría al fuego por vos.

--Escelente Loba..... os aseguro que uno de los motivos que tengo para ser feliz, es la esperanza de haceros dichosa, de cumplir mi promesa.. Os acordais de los castillos en el aire que hicimos en San Lázaro?

--Sí que me acuerdo, y ya estamos en camino de ponerlos por obra.

--El conde de Saint-Remy me ha dicho que el médico me permite escribir á la señora Paula, y en ese caso algo podremos hacer... Qué inquieta debe estar esa pobre señora!... y M. Rodolfo tal vez, añadió Flor-Celestial bajandolos ojos, y avergonzándose de nuevo al pensar en su protector. Tal vez me crean muerta!

--Como lo creen tambien los que han procurado haceros abogar, infames!

--Creeis aun que no fué casual?

--Casual?... Para los Marciales..... todo es casual, y cuando digo Marciales, no incluyo á mi amante, porque ese no es de la familia, como no lo serán tampoco Francisco y Carolina.

--Pero qué ventajas les traia mi muerte?... Yo no he hecho mal á nadie..... nadie me conoce.

--Y eso, qué importa?... esa canalla asesina sin saber á quien ni como..... Por ciertas palabras que la viuda ha dicho á mi amante en la cárcel, lo sé todo.

--Ha estado á ver á su madre? á esa terrible mujer?

--Sí, y no hay esperanzas para ella, para Calabaza, ni para Nicolás. Se han descubierto muchas cosas; pero el infame de Nicolás por salvar la vida, ha delatado á su madre y á su hermana por otro asesinato, con cuyo motivo todos lo pasarán mal... el abogado no tiene esperanzas, y los jueces dicen que es preciso hacer un escarmiento.

--Qué horror! Casi toda una familia!

--A menos que Nicolás no se escape, porque está en la misma cárcel que un mónstruo llamado el Esqueleto, que maquina un complot para salvarse con otros varios; Nicolás se lo ha confesado á Marcial, porque mi amante ha tenido la debilidad de ir á ver al bribon de su hermano á la Fuerza. Ese miserable ha tenido valor, alentado por esa visita, de decir á mi amante que de un momento á otro podría escaparse, y que Marcial le tenga dispuesto en casa del señor Micou, dinero y ropa para disfrazarse.

--Marcial tiene tan buen corazón...

--Tendrá todo lo que quiera, pero lléveme el diablo si le dejo ayudar á un apestoo que quiso matarle. Marcial no delatará el complot de fuga... eso no, pero contribuir á que se escapen tampoco, pues no faltaba mas... Ahora ya que estais algo mejor nos marcharemos Marcial y yo con los chicos, y no volvamos á poner los pies



en París, que no es cosa de que todos los días de Dios estén llamando á Marcial, hijo de guillotinado... hijo de guillotinado... Si esto es ahora, qué será cuando salgan á la plaza la madre, la hermana y el hermano?

--Siempre os esperaréis á que yo hable por vos á M. Rodolfo... Yo ofrecí recompensaros si os haciais mujer de bien, y quiero cumplir mi palabra. Me habeis salvado la vida.... y me habeis cuidado mucho durante mi enfermedad.

--Justamente por eso no puedo dejaros que pidais por mí á vuestros protectores; porque pareceria que yo era interesada... os habeis salvado... y...

--Tranquilizaes.... no sois vos la que sois interesada, soy yo la que será reconocida.

--Oid, dijo la Loba levantándose, parece que ha sonado un carruaje. Sí, sí, le habeis visto pasar por la reja? va una mujer dentro.

--Dios mío! exclamó Flor-Celestial conmovida, me ha parecido conocer....

--A quién?

A una señora jóven y hermosa á quien ví en San Lázaro y que ha sido muy amable conmigo.

--Sabo que estais aquí?

--Lo ignoro, pero conoce á la persona de quien os he hablado, y como ella quiera, que sí querrá, puede realizar los castillos en el aire que hicimos en la cárcel.

Por la abertura de la puerta un gentil-hombre del príncipe, dijo al Squire algunas palabras en voz baja. Este contestó con un movimiento de cabeza, y volviéndose á Rodolfo dijo:

--Me permitís, Monseñor, ausentarme un momento? Hay uno que quiere hablarme ahora mismo, para cosas del servicio de vuestra Alteza Real.

--Anda.... contestó el príncipe.

Apenas salió Alberto, Rodolfo cubriendo su rostro con ambas manos, dió un profundo suspiro, y exclamó:

--Oh! me horroriza lo que estoy sintiendo... mi alma se desborda, la presencia de mi mejor amigo me es insoportable... el recuerdo de un amor noble y puro me trastorna... y ayer... Sí, por mas que parezca bajo y mezquino... ayer tuve una alegría bárbara al enterarme de la muerte de Sarah... de esa madre desnaturalizada, que ha causado la muerte de mi hija... tengo un placer en recordar la horrible agonía del monstruo que hizo asesinar á mi hija... Oh furor! llegué demasiado tarde... sin embargo, ayer no sufría... y ayer como hoy juzgaba que mi hija era muerta... Oh! Sí... pero no podia decirme estas palabras que envenenarán para siempre mi vida: „He visto á mi hija... la he hablado... y he advertido cuanto habia de adorable en ella,„ Cuanto tiempo desperdiicé en esa quinta.. Cuando reflexiono que apresuré por verla mas que tres veces!.

veces nada mas... y podia ir todos los dias... ver á mi hija todos los dias... Pero qué digo? Podia haberla tenido siempre en mi compañía... Oh! qué suplicio será para mí repetir siempre eso mismo!

El desgraciado padre encontraba una satisfacción cruel en recordar aquel pensamiento melancólico é irremediable... porque el mayor de los dolores, es avivar incesantemente los que se sufren con terribles recuerdos.

La puerta del gabinete se abrió de nuevo, y Alberto entró muy pálido, tan pálido, que el príncipe se levantó de su asiento y exclamó: Qué tienes Alberto?

--Nada Monseñor.

--Pues estás muy pálido.

--Es la sorpresa.

--Qué sorpresa?

--Mad. d' Harville...

--Mad. d' Harville! Dios mio! otra nueva desgracia.

--No, no, Monseñor, tranquilizaos, está aquí en el salon de recibo.

--Aquí?... Aquí... en mi casa?... es imposible....

--Por eso os decia yo, Monseñor, que la sorpresa...

--Pero que le ocurre á Madama?... habla por Dios, cuanto antes.

--Yo no sé... pero no puedo explicarme lo que concibo.

--Tu me ocultas alguna cosa.

--No, monseñor, á fe mía... No comprendo lo que la marquesa me ha dicho.

--Pero qué te ha dicho?

--„Sir Alberto (y su voz era trémula, pero su mirada alegre) mi presencia aquí debe maravillaros... pero hay ciertas circunstancias tan imperiosas que no dan lugar para andarse con miramientos. Decid á su Alteza que me conceda una breve entrevista en vuestra presencia... porque yo sé que el príncipe no tiene en el mundo mejor amigo que vos. Yo hubiera podido pedirle que me hiciese el favor de venir á mi casa; pero en eso hubiérase pasado quizás una hora y el príncipe sentiria despues haber retardado un minuto nuestra entrevista.,,

--Pero... dijo Rodolfo con voz alterada, y palideciendo á pesar suyo mas todavia que Alberto, no adivino la causa de tu turbacion... de tu palidez..... en esa entrevista..... hay alguna cosa.....

--La habrá, Monseñor; pero yo no sé mas que lo dicho... Ignoro porque me han trastornado las palabras de la marquesa... sin embargo veo que vos tambien estais pálido.

--Yol dijo Rodolfo, apoyándose en una silla, porque sentia que le flaqueaban las rodillas.

--Vos, Monseñor; os digo que estais tan demudado como yo; qué teneis?

--Aunque debiera morir en esta entrevista...

Di á Mad. d' Harville que tenga la bondad de entrar al momento.

(180)

Por una simpatía extraordinaria la visita tan inesperada y tan sorprendente de Madama d' Harville, habia despertado en Alberto y Rodolfo una vaga y loca esperanza; pero esa esperanza les habia parecido tan insensata, que ni el uno ni el otro se habian atrevido á confesarla.

Mad. d' Harville entró en el gabinete del príncipe, seguida de Alberto.

CAPITULO XIII.

El padre y la hija.



Ignorando como hemos dicho que Flor-Celestial fuese la hija del príncipe, Madama d' Harville satisfecha de haber encontrado á su protegida, habia creído poderla presentar casi sin preámbulos, y se habia contentado con dejarla en su carruaje, por no saber si Rodolfo querria darse á conocer de aquella jóven, y recibirla en su casa.

Pero notando la profunda alteracion de las facciones de Rodolfo, que revelaban una sombría desesperacion, y advirtiendo en sus ojos las marcas recientes de algunas lágrimas, reconoció Clementina que le habria ocurrido alguna desgracia

mucha mas cruel que la muerte de la Guillabarra; así que sin hacer caso del objeto de su visita exclamó:

--Gran Dios! Monseñor, qué teneis?

--Lo ignorais, señora?... He perdido toda esperanza, la entrevista que solicitabais con tanta instancia... me hizo creer...

--Yo os suplico que no hablemos de la causa que aquí me conduce... Monseñor, en nombre de mi padre á quien habeis salvado la vida, tengo derecho para preguntaros la causa de la afliccion en que os hallo.... vuestra palidez y abatimiento me asustan... Oh! hablad, y sed generoso; apiádaos de mi agonía.

--Y para qué, señora? mi herida es incurable...

--Esas palabras redoblan mi ansiedad... Monseñor, explicaos..... Sir Alberto, qué pasa aquí?...

--Pues bien dijo Rodolfo con voz trémula y haciendo un violento esfuerzo para dominarse: despues que os avisé la muerte de Flor-Celestial, he sabido que era mi hija.

--Flor-Celestial, vuestra hija! exclamó Clementina con un acento imposible de retratar.

--Sí... y ahora cuando me habeis dicho que queriais verme al instante... para darme una noticia que me colmaria de gozo... tened compasion de mi debilidad... pero un padre loco de dolor por haber perdido á su hija es capaz de las mas locas esperanzas. He creido por un momento que...

pero no, no, ya lo veo, me he engañado... perdonadme, no soy mas que un miserable insensato...

Rodolfo debilitado por el desengaño de su fugitiva esperanza, cayó sobre su silla cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mad. d' Harville atónita, inmóvil, muda y sin respirar apenas, se quedó extática por un religioso reconocimiento hácia la Providencia que la encargaba... de anunciar á Rodolfo, que su hija vivía... y que ella misma la conducía á su casa.

Clementina agitada por impresiones tan violentas no sabia que decir.

Alberto despues de haber participado por un momento de la loca esperanza del príncipe, parecia estar igualmente fuera de sí.

La marquesa cediendo de pronto á un movimiento súbito, involuntario, y olvidándose que estaba en presencia de Rodolfo y de Alberto, se arrodilló, cruzó las manos, y exclamó con una expresion piadosa, ferviente, é inefable.

-- Gracias, Dios mio... Yo reconozco vuestra suprema voluntad... y os doy gracias por haberme elegido... para decirle que se ha salvado su hija...

Estas palabras dichas en voz baja, pero pronunciadas con un tono de verdad y de santo entusiasmo llegaron á los oidos de Rodolfo y de Alberto.

El príncipe se levantó y volvió la cabeza hácia Clementina.

Es imposible describir la mirada, el gesto y la expresion de su rostro, al contemplar á Mad. d^e Harville, cuyas facciones, animadas por una alegría sin límites, ostentaban en aquel momento una peregrina belleza.

Apoyada con una mano en el mármol de una cónsola, y comprimiendo con otra los precipitados latidos de su corazon, respondió con un movimiento afirmativo de cabeza á una mirada de Rodolfo que tampoco podemos explicar.

--Y... dónde está? dijo el príncipe temblando como la hoja en el árbol.

--Abajo... en mi carruaje.

A no ser por Alberto, que pronto como el relámpago se puso delante de Rodolfo, este hubiera salido precipitado

--Ved, Monseñor, que la asesinariais exclamó el Squire deteniendo al príncipe.

--Sí, Monseñor... por la vida de vuestra hija no hagais semejante locura, añadió Clementina... ayer entró en la convalecencia.

--Decís bien, exclamó Rodolfo, conteniéndose con trabajo... aguardaré á que pase mi primera impresion no la veré aun.. esperaré.. es demasiado todo en un dia, añadió con voz alterada.

Despues dirigiéndose á Mad. d^e Harville, y dándole cariñosamente la mano exclamó con una efusion de reconocimiento indecible:

--Sois un ángel de redencion.

--Yo no olvidaré nunca que me habeis devuel-

to á mi padre!.. Yo os devuelvo vuestra hija, pidiéndoos perdon de mi debilidad... confieso que una revelacion tan súbita y tan inesperada, me ha trastornado... os aseguro que no tendria valor para ir en busca de Flor-Celestial... la emocion me perturbaria.

--Y cómo se ha salvado?... Quiéno la ha salvado? exclamó Rodolfo. Para que veais mi ingratitud, que aun no me habia ocurrido haceros esa pregunta.

--En el momento en que se ahogaba la sacó del agua una valerosa mujer.

--La conoceis?

--Mañana irá á mi casa.

--La deuda es inmensa, dijo el príncipe, pero yo la sabré pagar.

--Qué acierto he tenido en hacer que Flor Celestial se quedase en el coche! dijo la marquesa: semejante escea la hubiera sido demasiado funesta.

--Verdad es, señora, dijo Alberto, es una cosa providencial que no se halle aquí.

--Yo ignoraba si Monseñor querria darse á conocer á esa jóven, y no he querido presentársela sin consultarle.

--Sin embargo, dijo el príncipe, que habia pasado, por decirlo así, algunos momentos en combatir y vencer su agitacion, y cuyas facciones parecian tranquilas... Sin embargo, soy dueño de mí mismo, os lo aseguro... Alberto, vé á busear á mi hija.

--Una plaza de guarda bosque para mi mismo, con una cabaña para la familia.... dijo la Loba suspirando. Eso es demasiado bueno para que se pueda conseguir.... Es un sueño.

Un ruido de pasos precipitados se oyó al otro lado de la arboleda; Francisco y Carolina, que gracias á las bondades del conde de Saint-Remy no se habian separado de la Loba, llegaron sofocados gritando:

--Loba, aquí hay una señora de mucho lujo con M. de Saint Remy que quiere ver al instante á Flor-Celestial.

--No me habia engañado, dijo la Guilla-baora.

M. de Saint Remy acompañado de Mad. d, Harville llegó al poco tiempo, y la marquesa apenas divisó á Flor Celestial, corrió hácia ella y estrechándola tiernamente entre los brazos, la dijo:

--Pobre niña.... os habeis salvado!..... os habeis librado milagrosamente de una muerte horrible..... Con qué gusto os hallo, yo que como todos vuestros amigos, os creia maerta!

--Yo soy muy feliz en volveros á ver, señora; porque no he olvidado nunca vuestras bondades, dijo Flor-Celestial respondiendo á las caricias de Mad. d' Harville, con una gracia y una modestia seductoras.

--Ahl vos no sabeis cuál será la sorpresa, la alegría de vuestros amigos que á estas horas lle-

ran amargamente vuestra desgracia.

Flor-Celestial cogiendo la mano de la Loba que se había retirado algunos pasos, dijo presentándosela á Mad. d' Harville:

--Puesto que mi vida es tan apreciada de mis bienhechores, permítidme, señora, que solicite su bondad para mi compañera que me ha salvado á riesgo de su vida.

--Tranquilizaos, hija mia.... vuestros amigos probarán á la Loba que saben á quién deben la felicidad de volveros á ver.

La Loba avergonzada y confusa sin atreverse á contestar ni á levantar los ojos del suelo por lo mucho que la imponía la presencia de la marquesa, no había podido ocultar su admiración al oír á Clementina pronunciar su nombre.

--No hay que perder tiempo, dijo la marquesa. Yo estoy impaciente por llevaros conmigo, Flor-Celestial; en un carruaje he traído un chal y un pañuelo de abrigo; vamos hija mía, vamos.

Y dirigiéndose al conde, añadió:

-- Espero de vuestra bondad, señor conde, que deis las señas de mi casa á esa valerosa mujer, á fin de que pueda mañana saludar á Flor-Celestial. Con que no dejéis de irnos á ver, añadió Mad. d' Harville dirigiéndose á la Loba.

--No faltaré, señora, puesto que allí he de ver á la Guillabaere; sentiría infinito no poderla abrazar otra vez.

.....
 Pocos momentos despues Mad. d^e Harville y la Gullabaoga iban caminando para Paris.

Rodolfo despues de haber asistido à la muerte de Santiago Ferrand, tan terriblemente castigado de sus crímenes, habia vuelto á su casa enteramente trastornado.

Despues de una larga y terrible noche de insomnio habia hecho llamar á Alberto Murph para confiarle el horrible secreto de Flor-Celestial.

El digno Squire llegó aterrado; como amigo antiguo é íntimo en la confianza del príncipe, era el único que podia comprender y compensar la inmensidad de aquel dolor.

Rodolfo pálido, abatido, y con los ojos hinchados de lágrimas, acababa de hacer á Alberto aquella dolorosa revelacion.

Valor, dijo el Squire enjugandosus ojos; porque á pesar de su flemma, tambien habia llorado. Valor, Monseñor, mucho valor! Inútiles serian los consuelos, ese dolor debe ser incurable..

--Tienes razon... Lo que yo sentia ayer no es nada comparado con lo que siento hoy..

--Ayer, Monseñor.. sufriais el aturdimiento de ese golpe; pero su reaccion os será cada dia mas dolorosa... Valor, pues, valor... el porvenir es triste... muy triste.

--Ademas, ayer... el desprecio y el horror que

me inspiraba aquella mujer... pero Dios tenga piedad de ella... que á estas horas está en su presencia... ayer en fin... la sorpresa, el rencor, el odio, tantas pasiones violentas rechazaban en mí los elementos de ternura desesperada... que ahora no puedo contener... ayer apenas podía llorar... hoy á su lado... puedo hacerlo.. no tengo fuerzas... soy un miserable, perdonadme... lágrimas... siempre lágrimas... Oh! hija mía.... pobre hija mía.

--Llorad, Monseñor, llorad... la pérdida es irreparable.

--Hacerla olvidar tan atroces miserias! exclamó Rodolfo con acento desgarrador. Compara tú la suerte que lo esperaba con lo mucho que ha sufrido.

--Tal vez esa transición hubiese sido demasiado brusca para esa pobre niña.

--No lo creas... Ya hubieras visto con qué cuidado, con qué reserva la hubiera yo anunciado su nacimiento... Cómo hubiese reparado semejante revelación... Era tan fácil y tan sencillo... Oh! todo el mal fuera ese, añadió el príncipe con una sonrisa sencilla, que no me daría cuidado. Me pondría de rodillas ante esa hija idolatrada y la diría «Tú que has sido hasta aquí tan desgraciada... sé dichosa... dichosa para siempre... eres mi hija...» Pero no, dijo Rodolfo, eso sería demasiado repentino, demasiado imprevisto... Yo me hubiera sabido contener y la hubiese dicho con cal-

ma: „Hija mia, es preciso que es diga una cosa que os va á sorprender... Se trata nada menos de que vuestro padre existe... y vuestro padre soy yo.”

El príncipe se interrumpió de nuevo y añadió:

--No, no, así también es demasiado brusco, demasiado pronto... pero no es culpa mía... esa revelación me viene sin querer á los labios... es preciso tener mucho dominio sobre sí... lo entiendes? amigo mio... lo entiendes?... estar delante de su hija y contenerse... Oh! eso es imposible.

Después, dejándose llevar de un nuevo acceso de desesperación, exclamó:

--Pero á que vienen estas ilusiones, á que conducen estas palabras, si yo jamás hubiera podido decirle nada? Pensar que he tenido á mi hijito... un día á mi lado... Sí, todo un día, el día en que la conduje á la quinta, y conocí los tesoros de su alma angelical. Asistí á la revelación de esa naturaleza adorable... y nada me dijo el corazón: nada... nada... Oh! ciego, bárbaro y estúpido... que no adiviné nada... Oh! yo era indigno de ser padre.

--Pero, Monseñor...

--Pero en fin, exclamó el príncipe, ha dependido de mí, sí, ó no, el no abandonarlo? Por qué no la adopté por hija mia, puesto que tanto lloraba la legítima? Por qué en vez de enviar esa desgraciada niña á casa de la señora Paula, no

¿la tuve á mi lado?... Ahora no tendria mas que estrecharla en mis brazos... por qué no lo habié hecho así?... Por qué?... Ah! porque siempre se hace el bien á medias, porque no se aprecian las bellezas hasta que han desaparecido para siempre... Porque en vez de elevar á su verdadera altura á esa admirable jóven, que á pesar de la miseria y del abandono, era por su corazon y por su alma mas grande, y mas noble tal vez, que lo hubiese sido nunca por las ventajas del nacimiento y de la educacion... creia hacer mucho por ella colocándola en una quinta... entre gentes honradas... como hubiera hecho con la primera pordiosera interesante que hubiese encontrado... Es culpa mia?... es culpa mia? Si lo hubiese hecho así, no hubiera muerto? estoy bien castigado... lo he merecido... por mal hijo, y mal padre.

Alberto sabia que semejantes dolores eran incurables y calló. Despues de un largo silencio, añadió Rodolfo con voz alterada.

- No me quedaré aquí, París me es odioso... mañana me marcho.

- Tenéis razon, Monseñor.

-- Daremos un rodeo, y me detendré en la quinta de Bouqueval... me encerraré algunos dias en el aposento donde mi hija ha pasado algunos dias felices de su triste vida... Allí recogeremos todo lo que haya quedado de ella... los libros donde principiaba á leer... el cartapacio donde es-

cribia... los vestidos que ha llevado... todo... basta los papeles de su habitación... de la cual sacaré un dibujo exacto... y en Gerolstein... en el parque reservado donde he hecho elevar un monumento á la memoria de mi ultrajado padre, haré construir una casa en la que pondremos una pieza igual á la de Bonqueval... donde lloraré á mi hija... Uno de esos dos fúnebres monumentos, me recordará mi crimen de parricidio, y el otro el castigo que ha descargado sobre mi hija...

Después de un nuevo silencio, añadió Rodolfo:

-- Haz que todo esté listo para mañana por la mañana.

Murph tratando de distraer los tétricos pensamientos del príncipe, le dijo:

-- Todo estará pronto, Monseñor; pero habeis olvidado que mañana debe celebrarse en Bonqueval el matrimonio del hijo de la señora Paula con Rigelette... acordaos que no solamente habeis asegurado el porvenir de German, y dotado espléndidamente á la novia, sino que habeis prometido asistir á su matrimonio como testigo...

-- Verdad es que lo he prometido así...

No puedo ir á la quinta mañana sin asistir á esa fiesta, y confieso que me falta el gusto para concurrir á la boda.

-- Viendo la alegría de esas gentes, se os calmará tal vez vuestro dolor.

-- No, no, el dolor es solitario y egoísta... ma-

hana irás á escusarme y á representar mi persona en la ceremonia nupcial, encargando á la señora Paula que recoja cuanto ha pertenecido á mi hija. Que saquen una copia de su habitacion, y me la manden á Alemania.

--Os marchareis sin ver á la marquesa d' Harville, Monseñor?

Rodolfo se estremeció al recuerdo de Clementina... aquel amor sincero vivia siempre en su corazon, ardiente y profundo... Pero en aquel momento estaba, por decirlo así, ahogado con la amargura que inundaba su alma. El príncipe creia que la afectuosa ternura de Mad. d' Harville, hubiera sido lo único que le ayudaria á soportar la desgracia que le aquejaba, y se reprendia aquel pensamiento, como indigno de la rigidez de su paternal amargura.

--Partiré sin ver á Mad. d' Harville, respondió Rodolfo. Hace pocos dias le escribí la pena que me causaba la muerte de Flor-Celestial... Cuando sepa que Flor-Celestial era mi hija, comprenderá que hay dolores, ó mas bien castigos fatales, que es preciso arrostrar solos... Sí, solos... porque son espiatorios... y es terrible la espiacion que me impone la fatalidad... Porque empieza justamente, cuando empieza tambien la declinacion de mi vida.

Llamaron suavemente á la puerta del gabinete de Rodolfo, que hizo un movimiento de impaciencia dolorosa, y Alberto se levantó á abrir.

--Monseñor, exclamó Alberto entrando precipitadamente, vuestra hija ha vuelto en sí; su primera palabra ha sido „Padre mío!”, y desea veros.

Pocos instantes despues Mad. de Harville habia dejado el palacio del príncipe; mientras este marchaba á casa de la condesa de Mac-Gregor, en compañía de Alberto, del baron de Greaün y de un gentil hombre.

CAPITULO XV.

El matrimonio.



Desde que la condesa Sarah Mac-Gregor supo por Rodolfo la muerte de Flor-Celestial, habia sufrido violentas crisis nerviosas, y un horrible delirio; su herida medio cicatrizada se habia abierto, y un síncope prolongado la habia hecho pasar momentáneamente por muerta. Sin embargo, gracias á su constitucion física, no sucumbió á tan rudo ataque, y una nueva ráfaga de vida la reanimaba aun.

Sentada en un sillón á fin de sustraerse de las

ideas que la atormentaban, Sarah sumerjida en reflexiones devoradoras, casi apetecía la muerte á que estuvo tan prósima.

Tomás Seyton entró en el cuarto de la condesa conteniendo difícilmente su profundo asombro y con una seña alejó á las dos criadas de Sarah, que parecia no haber notado la presencia de su hermano.

--Cómo es vá? la dijo.

--Lo mismo... Estoy muy débil, y de vez en cuando sufro muchos dolores... por qué no me habrá Dios sacado de este mundo en mi última crisis?

--Sarah, añadió Tomas Seyton, despues de un intervalo de silencio, estais mala, y una impresion violenta podria terminar vuestra vida... ó salvaros.

—Yo, ya no conozco impresiones.

—Quién sabe!

—La muerte de Rodolfo, me seria indiferente... el espectro de mi hija abogada por culpa mia... está aquí... siempre aquí... delante de mí... esta no es una impresion pasajera, es un remordimiento incesante; soy realmente madre, desde que no tengo hija.

—Mejor quisiera notar en vos aquella fria ambicion que os hacia mirar á vuestra hija, como el medio de realizar el sueño de vuestra vida...

—Las terribles reconvencciones del príncipe han estinguído esa ambicion, y se ha despertado en

mi el sentimiento natural, ante las atroces miserias de mi hija.

—Y supongamos... dijo Seyton, pensando por decirlo así, cada palabra, supongamos un imposible... un milagro... que por casualidad supiéseis que vuestra hija vivía aun; soportaríais un descubrimiento como ese?

--Me moriría de vergüenza y de desesperación al verla.

--No lo creais... el triunfo de vuestra ambición os embriagaría... porque si vuestra hija viviese... el príncipe os daba la mano de esposo, y...

--Aun admitiendo esa quimérica suposición, me parece que no tendría derecho para vivir... después de haber recibido la mano del príncipe... mi deber sería librarle de una esposa indigna... y á mi hija de una madre desnaturalizada.

La posición de Tomas Seyton era cada vez mas crítica. Encargado por Rodolfo, que estaba en una pieza inmediata de notificar á Sarah que Flor-Celestial vivía, no sabía que resolver. La vida de la condesa corría tanto peligro, que podía extinguirse de un momento á otro, y no había que descuidarse en contraer un matrimonio *in extremis* que legitimase el nacimiento de Flor-Celestial. Para tan lúgubre ceremonia se había hecho acompañar el príncipe de un sacerdote, de Alberto y del baron de Graun como testigos. El duque de Lucenay, y Lord Duglás, avisados de pronto por Seyton debían servir de testigos á la condesa, y

acababan de presentarse.

Los instantes eran preciosos, pero los remordimientos de la ternura maternal, que reemplazaba, á la implacable ambicion de Sarah, hacian mas] difícil el encargo de Seyton. Toda su esperanza era que su hermana le engañase, ó se engañara á sí misma, y que su orgullo se despertaria cuando tocase de cerca la suspirada corona.

--Hermana mia... dijo Seyton con voz grave y solemne, estoy en una terrible posicion... una palabra mia vá tal vez á daros la vida... tal vez á privaros de ella.

--Os he dicho que no tengo ya motivo para temer.

--Uno hay sin embargo que...

--Cuál?

--Si se tratase de vuestra... hija.

--Mi hija ha muerto...

--Y si no fuese verdad..?

--Hace poco que rechazamos esa suposicion; basta, hermano mio... tengo bastante con mis remordimientos.

--Y si no fuese una suposicion..? y si por una casualidad increíble... imprevista... vuestra hija hubiese sido arrancada de las garras de la muerte..? y si viviese?

--Me haceis mal... no me hableis así.

--Pues bien, sabed que vive.

--Mi hija?

--Os digo que vive... el príncipe está aquí con un sacerdote... Yo he avisado á dos de vuestros amigos para que sirvan de testigos... el sueño de vuestra vida se ha realizado... la prediccion se ha cumplido.. sois soberana.

Tomás Seyton, pronunció estas palabras, mirando á su hermana con inquietud para ver si su rostro daba señales de alteracion.

Las facciones de Sarah permanecieron casi impasibles con estraña sorpresa suya. No hizo mas que ponerse las manos sobre el corazon, y reclinándose sobre su silla, dar un grito ligero que parecia arrancado por un dolor súbito y profundo.

--Que teneis, hermana mia?

--Nada... el sobresalto... una incalculable alegria... al fin se han realizado mis votos.

--No me habia engañado yo, se dijo á sí mismo Seyton. La ambicion la domina... Se ha salvado. Y dirijiéndose á Sarah añadió: no os lo decia yo, hermana mia?

--Teniais razon... replicó Sarah con una sonrisa amarga adivinando el pensamiento de su hermano, la ambicion ha abogado en mí el amor maternal.

--Vivireis y amareis á vuestra hija...

--No lo dudo... viviré sí... ya veis que estoy tranquila.

--Y esa tranquilidad es real y verdadera?

--Creeis que en el estado en que me hallo tendria fuerza para fingir?

--Ya conoceréis de que proviene mi agitación.

--Sí, lo conozco; porque sabéis á que punto llega mi ambición... Dónde está el príncipe?

--Aquí.

--Quisiera verle antes de la ceremonia... Después añadió con una indiferencia afectada: mi hija... estará aquí tal vez?

--No, la vereis mas tarde.

--Con efecto... tiempo hay... Haced que entre el príncipe.

--Hermana mía... yo no sé... pero vuestro aspecto es extraño, siniestro.

--Queréis qué me esté riendo? Pues qué la ambición se espresa acaso con suavidad y ternura? Haced que entre el príncipe.

Seyton estaba inquieto con la calma de Sarah. Creía ver en sus ojos lágrimas contenidas; y después de una nueva convulsión, abrió una puerta que dejó abierta y desapareció.

--Con tal que yo la vea... que yo la abrace dijo Sarah, estaré satisfecha... esto me será difícil de conseguir.... Porque Rodolfo me castigará rehusándome que vea á mi hija.... Pero yo lo conseguiré.... Oh! yo conseguiré.... héleaquí.

--Rodolfo entró y cerró la puerta.

--Vuestro hermano, os ha dicho todo lo que hay? preguntó friamente el príncipe á Sarah.

--Todo.

--Vuestra... ambición está satisfecha?

--Está... satisfecha.

--El sacerdote y los testigos están ya aquí...

--Lo sé...

--Creo que pueden entrar.

--Una palabra, Monseñor.

--Hablad, señora...

--Quisiera ver á mi hija.

---Es imposible.

--Os digo Monseñor, que quiero ver á mi hija.

--Está convaleciente... y despues de la violenta impresion que ha tenido esta mañana, la seria fatal semejante entrevista.

--Pero al menos.... abrazará á su madre.

--Pará qué...? ya sois princesa soberana.

---No lo soy aun... y no lo seré sin haber abrazado primero á mi hija.

Rodolfo miró á la condesa profundamente admirado y la dijo:

--Qué decís? someteréis la satisfaccion de vuestro orgullo...

--A la de mi ternura maternal... eso os sorprende, Monseñor?

--Sí por cierto.

--Veré yo á mi hija?

--Pero...

--Advertid, Monseñor.., que tengo los momentos contados... esta crisis como ha dicho mi hermano puede asesinarme.. y puede acabar conmigo... En este momento reúno todas mis fuerzas..

toda mi energía, y aun me falta mucho para poder luchar... contra la impresión de tan impen-sada noticia... quiero ver á mi hija... ó de lo contrario... rehúso vuestra mano... y en caso que yo muera... su nacimiento no podrá legiti-marse.

--Flor-Celestial... no está aquí... será preciso en-viarla á buscar á mi casa.

--Pues que vayan al instante... no hay que per-der tiempo... si os parece se efectuará el matri-monio mientras que viene.

--Aunque ese sentimiento... me estraña bas-tante... es demasiado laudable para que yo no le atien-da... veréis á Flor-Celestial... voy á escribirla.

--Aquí.... sobre ese bufete.... donde me hirie-ron.....

Mientras Rodolfo escribía cuatro letras de prisa, la condesa enjugó el sudor glacial que corría por su frente, y sus facciones tranquilas hasta enton-ces revelaron un sufrimiento violento y oculto; cual-quiera diría que Sarah disimulaba grandes dolo-res.

Rodolfo se levantó; apenas concluyó de escribir su cartadijo á la condesa:

--Voy á enviarla con uno de mis gentiles hom-bres... antes de media hora estará aquí Flor-Ce-lestial... os parece que puedo ya entrar con el sa-cerdote y los testigos?

---Sí que podeis... ó mas bien hacedme el fa-vor de llamar... no me dejéis sola... encargada á

Sir Alberto esa comision... y que reuna á los testigos y al sacerdote.

Rodolfo tocó la campanilla, y entró una de las doncellas de Sarah.

—Decid á mi hermano que mande aquí á Sir Alberto Murph, dijo la condesa.

La doncella se retiró.

—Este enlace es triste... Rodolfo, dijo amargamente la condesa, triste para mí; para vos será muy dichoso.

El príncipe manifestó su impaciencia.

—Será dichoso para vos, Rodolfo, porque yo no he de sobrevivir.

A este tiempo entró Alberto, y Rodolfo le dijo:

-- Manda al instante esa carta á mi hija con el coronel.. que la traerá en mi coche... y dí al sacerdote y á los testigos, que entren en la sala inmediata.

—Dios mío! exclamó Sarah con tono lastimero, cuando salió el Squire... Dadme fuerzas hasta que venga mi hija... que no me muera yo sin verla.

-- Ah! por qué no habeis sido siempre tan buena madre?

-- Gracias á vos conozco ya el arrepentimiento.... el desinterés... la abnegacion... ahora poco... cuando mi hermano me dijo que nuestra hija vivia.... dejadme decir nuestra hija... que no lo diré mucho tiempo, sentí en el corazon una cosa terrible... sentí que estaba herida de muerte, pero era dichosa.... sé que el nacimiento de nuestra hija será legitimado, y ya no me importa morir.

--No habéis así.

--Oh! esta vez... no os engaño... ya lo vereis.

--Y no os queda ningún vestigio de aquella ambición implacable que os ha perdido? Porque funesta fatalidad vuestro arrepentimiento es tardío!

--Tardío, sí, pero profundo, sincero, yo os lo afirmo. En este momento solemne.... doy gracias á Dios... que dispone de mis días... porque mi vida os hubiera sido una horrible carga.

--Sarah... por piedad...

--Rodolfo... hacedme este último favor... dadme vuestra mano.

--El príncipe volviendo la vista alargó la mano á la condesa, que la estrechó vivamente entre las suyas.

--Ah! las vuestras están heladas, exclamó Rodolfo horrorizado.

--Sí... me siento morir... tal vez por último castigo... no querrá Dios que yo abrace á mi hija.

--Oh! Sí... sí... se apiadará de vuestros remordimientos.

--Y vos, amigo mio, estais muy enternecido... me perdonais?... oh! decídmelo por piedad... Cuando nuestra hija esté aquí, si llega á tiempo de ver á su madre viva, no podreis perdonarme delante de ella... eso seria decirlo... cuán culpable habia yo sido... y eso... no lo permitireis .. despues... despues que yo haya muerto, que os importa que me ame esa niña?

--Tranquilizaos... no sabrá nada.

--Rodolfo.... perdon.... oh! perdon... seréis implacable? no soy ya bastante desgraciada?

--Pues bien... Dios os perdone el mal que habeis ocasionado á vuestra hija... como yo os perdono el que me habeis hecho... desventurada mujer.

--Me perdonais de todo corazon?

--De todo corazon, dijo el príncipe conmovido.

La condesa estrechó vivamente la mano de Rodolfo contra sus moribundos labios, y dijo con acento reconocido:

--Haced entrar al sacerdote... amigo mio... y decidle que no se separe mucho despues, porque me siento muy débil. Aquella escena era desgarradora; Rodolfo abrió de par en par la puerta del fondo, y el sacerdote entró seguido de Alberto y del baron de Graün, testigos por parte suya, y del duque de Lucenay y Douglas, testigos por la de la condesa; Tomás Seyton venia el último.

Todos los actores de aquella dolorosa escena estaban graves, tristes y reflexivos; hasta el mismo M. de Lucenay habia olvidado su habitual petulancia.

El contrato de matrimonio entre el muy alto y muy poderoso príncipe S. A. R. Gustavo Rodolfo V, gran-duque reinante de Gerolstein, y Sarah Seyton de Halsbury, condesa Mac-Gregor (contrato que legitimaba el nacimiento de Flor-Celestial) se estendió bajo la inspeccion del baron de Graün, y fué leído por él, y firmado por los esposos y los testigos.

A pesar del arrepentimiento de la condesa, cuando el sacerdote dijo con voz solemne: „Consiente vuestra alteza real en tomar por esposa á Mad. Sarah Seyton condesa de Mac-Gregor?„ y el príncipe

contestó; «Sí,, con voz firme y fuerte, se animó la mirada moribunda de Sarah, y una rápida y fugitiva expresión de orgullo brilló en sus lívidas facciones: era la ambición que moría con ella.

Durante aquella triste é imponente ceremonia guardaron los circunstantes el mas profundo silencio. Cuando terminó el acto, los testigos de Sarah, Lucenay y Douglás, saludaron en silencio y con el mayor respeto á Rodolfo, y á una seña suya salieron seguidos de Alberto y del baron de Graun.

-- Hermano mio... dijo Sarah en voz baja, decid al sacerdote que os acompañe á la pieza inmediata... y que tengan la bondad de esperar allí un momento

--Cómo os encontráis, hermana mia...? estais muy pálida ...

-- Sin embargo, espero vivir... como que soy gran duquesa de Gerolstein, añadió con amarga sonrisa.

Apenas quedó sola con Rodolfo, murmuró con voz débil, y á tiempo que sus facciones se desfiguraban de una manera horrible:

-- Las fuerzas me abandonan... me siento... morir.. ya no la veré.

-- Sí... sí... tranquilizaos, Sarah.... La vereis.

-- No lo creo... Es necesario una fuerza sobrehumana... mi vista se turba...

-- Sarah...! dijo el príncipe acercándose á la condesa y estrechando sus manos entre las suyas, va á venir... ya no puede tardar.

-- Dios no quiere concederme... este último consuelo.

-- Sarah... oíd... me parece que suena un coche... sí... es ella... ahí está vuestra hija!

-- Rodolfo... no la direis... que yo era... una mala madre, articuló lentamente la condesa; que ya no oía nada.

El ruido de un coche estremeció el edificio al rodar sobre las piedras que tenía el portal.

-- La condesa no se apercibió del ruido. Sus palabras eran cada vez más incoherentes; Rodolfo la observaba con ansiedad y la vió poner los ojos en blanco...

-- Perdon... hija mía... hija mía... perdon al menos... después de mi muerte... los honores... de mi rango...

Tales fueron las últimas palabras inteligibles de Sarah... La idea fija, dominante de toda su vida, la perseguía aun á pesar de su arrepentimiento sincero.

A este tiempo entró Alberto en la habitación.

-- Monseñor... la princesa María.

-- No... exclamó vivamente Rodolfo... que no entre... di á Seyton que haga venir al sacerdote.

Después señalando á Sarah cuya vida acababa con una lenta agonía, añadió:

-- Dios la niega el consuelo supremo de abrazar á su hija...

Media hora después la condesa Sarah Mac-Gregor, no existía.

CAPITULO XVI.

Bicetre.



uince días habian pasado desde que Rodolfo al casarse con Sarah *in extremis* habia legitimado el nacimiento de Flor-Celestial.

Era el miércoles de ceniza. Señalada esta fecha, conduciremos al lector á Bicetre. Este inmenso establecimiento destinado como sabe el lector, para los locos, sirve tambien de asilo á setecientos ú ochocientos ancianos pobres, que son admitidos en esa especie de casa de inválidos civiles (1) cuando cumplen setenta años, ó enferman gravemente.

La entrada de Bicetre es un vasto patio lleno de árboles robustos, con cuadros de boj, adornados en

(1) *No nos cansariamos de repetir que en la sesion última ha sido recibida con estrepitosa rechilla y entre las burlas generales de la Cámara una peticion apoyada en los sentimientos, y en los votos mas respetables, cuyo objeto era la fundacion de casas de inválidos civiles para los trabajadores, (véase el Moniteur.)*

verano con flores y plantas olorosas. No hay cosa mas risueña, mas tranquila, ni mas sana que ese paseo destinado especialmente á los viejos mendigos de que hemos hablado. Dormitorios muy ventilados forman el piso principal que rodea el jardín, y en el piso bajo está el comedor sumamente limpio donde los pensionistas de Bicetre asisten para tomar un alimento sano, abundante, agradable y preparado con todo esmero, merced á la paternal solicitud de los administradores de un establecimiento tan útil.

Semejante asilo seria el sueño del artesano, viudo ó celibato que despues de una larga vida de privacion, de trabajo y de probidad hallaria el reposo y el bienestar que le son desconocidos.

Desgraciadamente el favoritismo que en nuestros dias se estiende á todo y lo invade todo, se ha apoderado de los fondos de Bicetre, y la mayor parte de los que disfrutan de este asilo son criados antiguos de particulares, y deben á la influencia de sus amos la entrada en el mismo.

Esto nos parece un abuso escandaloso. Nada mas meritorio que los largos y honrados servicios domésticos; nada mas digno de recompensa que esos criados que despues de servir muchos años con desinterés y con probidad acaban muchas veces por formar casi parte de la familia; pero por laudables que sean semejantes antecedentes, el dueño es el que se aprovecha de ellos y el Estado no debe pagarlos.

No seria justo, moral y humano que las plazas de

Bicetre, y las de otros establecimientos semejantes perteneciesen de derecho á los artesanos escogidos entre los que tuviesen mejor conducta y fuesen mas desgraciados?

De este modo por corto que fuese el número de esos infelices, tal asilo seria al menos una esperanza lejana que alentaria algo su fatiga... esperanza saludable que los obligaria á obrar bien, mostrándoles un porvenir remoto sin duda, pero seguro, tranquilo... y feliz. Pudiendo pretender este asilo, ya que no tuvieran una conducta irrepreensible, se moralizarian á la fuerza, por decirlo asi.

Y es demasiado pedir que el número reducido de trabajadores que llegan á una edad avanzada á través de privaciones de toda especie, tengan probabilidad de obtener en Bicetre, pan, reposo, y un abrigo para su cansada vejez?

Verdad es, que semejante medida escluiria de ese establecimiento á los literatos, á los sabios, y á los artistas viejos que no tienen otro refugio.

En nuestros dias los hombres que por su talento, su ciencia y su juicio han sido apreciados del público, obtienen á fuerza de empeños una plaza entre esos criados viejos que van á Bicetre por una simple indicacion de su amo.

En nombre de los que han contribuido al renombre y á los placeres de la Francia, de aquellos cuya reputacion propala la voz del pueblo, es demasiado pedir, querer para su estremada modestia, un retiro humilde, pero digno?

Sin duda que es demasiado.... Y sin embargo, citemos un ejemplo entre mil: con los ocho ó diez millones que se han gastado en el monumento de la Magdalena, que ni es templo ni iglesia, con esa enorme suma cuánto bien no se podría hacer. Fundar, por ejemplo una casa de asilo, donde doscientas cincuenta ó trescientas personas notables, como sábios, poetas, músicos, médicos, abogados, &c., &c. (porque casi todas esas profesiones tienen siempre representante en Bicetre), hubieran encontrado un retiro honroso.

Indudablemente esa era una cuestión de filantropía, de pudor, y de dignidad nacional para un país que pretende marchar á la cabeza de las artes, del talento y de la civilización; pero nadie ha pensado en ello...

Hegesippe Moreau, y tantos otros raros ingenios, han muerto en el hospicio en la indigencia...

Nobles talentos que en otras épocas brillaron arrastran hoy en Bicetre las hopalandas de los pobres honrados. Aquí no hay como en Lóndres un establecimiento caritativo (d) en el que un extranjero sin recursos halle al menos por una noche, hospitalidad, lecho y cena. Porque los jornaleros que quieren buscar trabajo y esperan ocasión, no tienen para guarecerse de la intemperie de las estaciones un cobertizo semejante al que en las marchas defiende al ganado vacuno (e). Sin embargo, la plaza del Sena es la bolsa de los jor-

maleros que no tienen trabajo... y en esa bolsa es donde se hacen transacciones honradas que no tienen otro fin que encontrar un trabajo penoso, y una paga mezquina, con la que el artesano compra un pan bien amargo...

Porque... pero sería interminable si se quisieran contar todas las fundaciones útiles que se han sacrificado á esa grotesca imaginación del templo griego, destinado por fin al culto católico.

.....

Pero venganos á Bicetre, y digamos para enumerar completamente los diferentes destinos de aquel establecimiento, que en la época de que hablamos los condenados á muerte eran conducidos allí después que los sentenciaban. En uno de los departamentos de dicha casa esperaban la viuda del ajusticiado y su hija Calabaza, el instante de su ejecución, señalado para la mañana siguiente. Ni la madre ni la hija habían querido implorar favor, ni retractarse. Nicolas, el Esqueleto, y varios otros bandidos, habían sido trasladados á Bicetre, la noche que pensaban escaparse de la Fuerza.

Hemos dicho que nada más risueño que la fachada de aquel edificio, viniendo desde París, y entrando por el patio de los pobres.

Merced á una temprana primavera, los olmos y los tilos se iban cubriendo de hojas; los dibujos del bog tenían una estremada frescura, y las plantas esmaltaban los cuadros con diferentes matices; el sol doraba la arena con sus vivos resplandores.

dores, y los viejos hospicianos, con sus hopalandas grises se paseaban de un lado à otro, ó se sentaban en los bancos: su fisonomía serena anunciaba generalmente la calma, la quietud, y una especie de alegría tranquila.

Las once acababan de dar cuando dos coches se pararon ante la reja esterior; del primero bajaron la señora Paula y Rigolette, del segundo, Luisa Morel y su madre.

Quince dias hacia que se habian casado German y Rigolette. Imagílese el lector cual sería la petulante satisfaccion, y la turbulenta felicidad que brillaban en el rostro candoroso de la griseta, cuyos rosados labios solo se abrían para reir, sonreír ó abrazar á la señora Paula, á quien llamaba su madre.

Las facciones de German espresaban un júbilo mas tranquilo, mas reflexivo, y mas grave... habia en ellas un sentimiento de gratitud indecible, y casi de respeto hácia aquella jóven, que le habia dado en la cárcel consuelos tan oportunos y tan encantadores... pero Rigolette no pensaba ni remotamente en semejante cosa; así que cuando su *Germancillo* se ponía à hablar sobre ello, mataba de conversacion, pretestando que aquellos recuerdos la entristecian. A pesar de ser ya *Mad. German*, y de que Rodolfo la habia dotado en cuarenta mil francos, Rigolette no habia querido cambiar su papalina de griseta por un sombrero; y su marido pensaba del mismo modo. Pero

nunca la humildad sirvió mejor para una inocente coquetería; porque nada más gracioso ni más elegante que su papalina pegada á la cara, medio á la payesa, adornada á los lados con dos grandes lazos de color de naranja, que hacían resaltar el negro subido de sus cabellos, que llevaba en largos bucles, desde que tenía *tiempo* para cogerse *papillotes*. Una cinta primorosamente bordada, adornaba el cuello seductor de la joven esposa; un chal de casimir francés, del mismo color que los lazos de la papalina, cubría á medias su tallo esbelto y gracioso, aunque no llevaba corsé, según su costumbre (si bien entonces tenía *tiempo* para abrochársele), y su vestido de tafeta no hacía el más ligero pliegue en su cuerpo, perfectamente contorneado, como el de la Galatea de mármol.

La señora Paula contemplaba á su hijo y á Niçolette con una satisfacción profunda, y cada vez más grande.

Luisa Morel después de un prolijo interrogatorio, y hecha la autopsia de su hijo, había sido puesta en libertad por el tribunal de acusación; las hermosas facciones de la hija del lapidario, marchitas por el dolor, anunciaban una especie de resignación dulce y melancólica. Gracias á la generosidad de Rodolfo, y á los cuidados que la había prodigado, la mujer de Morel libre de su enfermedad, acompañaba á su hija.

El portero de la puerta principal preguntó á

la señora Paula, qué se la ofrecia, y ella le respondió que uno de los médicos de la sala de locos la habia citado á las once y media, asi como á las personas que la acompañaban; con esto fue dueña la señora Paula de esperar al doctor donde gustara: ó en el cuarto que la señalaron, ó en el gran patio de árboles de que hemos hablado. Tomó este último partido, y apoyándose en el brazo de su hijo, sin dejar de hablar con el lapidario, recorrió las calles del jardin; Luisa y Rigolette la seguian á poca distancia.

-- Qué contenta esto y de veros, querida Luisa! dijo la griseta. Ahora cuando hemos ido á buscaros á la calle del Temple, quise subir á vuestra casa, pero mi marido, no lo consintió diciendo que habia mucha escalera, y esperé en el coche que nos trajo de Bouqueval. Luego, como vuestro coche ha seguido al nuestro no he podido veros hasta ahora, desde que...

-- Desde que ibais á consolarme á la cárcel... ah! señorita Rigolette, exclamó Luisa enternecida, qué buen corazón... qué...

-- Amiga Luisa, dijo la griseta á fin de interrumpir los cumplidos de la hija del lapidario, yo no soy la señorita Rigolette, soy *Madama German*. Ignoro si lo sabiais, pero tenedlo entendido.

-- Sí; sabia que os habiais casado... pero dejadme que os dé gracias por...

-- Lo que no sabeis de fijo, añadió *Madama*

German, interrumpiendo de nuevo á la hija de Morel, á fin de cambiar la conversacion; lo que no sabeis es que me he casado, por la generosidad del que ha sido el protector de todos nosotros; el de vuestra familia, el mio, el de *German* y el de su madre.

--*M. Rodolfo* Oh! nosotros le bendecimos todos los días; cuando yo salí de la cárcel, el abogado que vino á verme, á acompañarme .. á alentarme de su parte, me dijo, que gracias á *M. Rodolfo* que tanto interés se tomaba por nosotros, *M. Ferrand* (y la desgraciada no pudo pronunciar aquel nombre) *M. Ferrand* para reparar aquellas crueldades, había asegurado una renta para mí, y otra para mi pobre padre .. que sigue aquí; pero que gracias á Dios se va mejorando de día en día...

--Y que volverá; y que se volverá hoy mismo con vos á Paris, si la esperanza de ese digno médico se realiza.

.. Pluguiera al cielo!

--Eso debe agradar al cielo de fijo.. Vuestro padre es tan bueno y tan honrado que estoy segura de que podrá venir con nosotros. El médico cree que solo se necesita una impresion fuerte para que acabe de cobrar la razon, y espera que la presencia imprevista de las personas á quienes vuestro padre solia ver casi diariamente, podrán ponerle bueno del todo.. Yo no entiendo eso, pero me parece mas que seguro.

-- Yo no me atrevo á creerlo, señorita.

-- Madama German... Madama German, si no venéis inconveniente en llamarme así, querida Luisa... pero volviendo á M. Rodolfo, no sabeis lo que es.

-- Es el que consuela á los desgraciados.

-- Y algo mas... Lo ignorais? pues yo os lo diré.

Despues, dirigiéndose á su marido que iba delante dando el brazo á la señora Paula, y hablando con la mujer del lapidario, escramó:

-- No andes tau aprisa... que fatigas á madre... y ademas, yo tengo gusto de verte mas cerca de mí.

German acotó sus pasos y se sonrió, por lo cual Rigolette le envió furtivamente un beso.

-- Qué hermoso es mi Germancillo! no es verdad Luisa? con ese aire tan elegante... y un talle tan bonito... no en valde me parecia mejor que mis otros vecinos, M. Girandean y M. Cabrien... A proposito de Cabrien... qué se ha hecho de Pipelet y de su mujer? El médico decia que debia venir á parar aquí porque vuestro padre los nombraba muchas veces.

-- Pues no tardarán, porque cuando yo salí de casa, hacia tiempo que habian salido de la suya.

-- En ese caso no faltaria á la cita; M. Pipelet siempre ha sido exacto como un reloj de torreo... Pero volvamos á mi matrimonio y á M. Ro-

dolfo. Figuraos Luisa que ese hombre me mandó para que llevase á German la órden para que le pusiesen en libertad, Figuraos cual seria nuestro contento al salir de aquella maldita prision. Llegamos a mi casa... y allí con la ayuda de German hice una comidilla... pero una comidilla de... de campaña verdaderamente. Cuando acabamos de comer, ó mas bien, de estar á la mesa, porque ninguno de los dos comimos, de alegres que estábamos, dieron las once, y German se marchó despidiéndose hasta el dia siguiente por la mañana temprano. A las cinco ya estaba en pie cosiendo porque tenia dos dias de trabajo atrasado. A las ocho llamaron á la puerta, abrí, y quién direis que entró? M. Rodolfo... Yo empecé á darle gracias de todo corazon por lo que habia hecho por German, y no me dejé acabar.

--«Vecina, me dijo, cuando venga German le entregareis esta carta. Tomareis un coche y os dirigireis en seguida á un caserío pequeño, llamado Bouqueval, cerca de Ecouen, camino de san Dionisio. En cuanto llegueis allí, preguntareis por la señora Paula, y punto concluido.

--„M. Rodolfo, le dije, eso es imposible, porque ya llevo dos dias sin trabajar y si pierdo este serán tres.

--«Tranquilizaos, vecina, porque en esa casa donde vais os darán trabajo; la señora Paula es una gran parroquiana que os proporciono.

--«Siendo así, no hay inconveniente, M. Rodolfo.

--«A Dios, vecina.

--«A Dios, y gracias, vecino.»

A poco tiempo de haberse marchado M. Rodolfo, vino German, le conté lo que había; subimos al coche locos de regocijo... llegamos y... ay amiga mía! las lágrimas se me saltan sin querer... esa señora Paula que veis delante de nosotros es la madre de M. German.

--Su madre?

--Sí, su madre... que le había criado de niño y no esperaba volverle á ver. Figúraos cual sería nuestra alegría, cuando la señora Paula abrazó á su hijo llorando. M. Rodolfo la había escrito indudablemente, hablándola bien de mí, porque estrechándome en sus brazos me dijo que sabía cuanto había hecho por su hijo.

--Y si quereis, madre mía, dijo German, Rigolotte será también vuestra hija.

--«Qué si quiero, hijos míos? con todo mi corazón. Yo sé que no podías haber encontrado una mujer mejor, por todos estilos.

Así tomamos posesion de una linda granja German, su madre y yo con mis pájaros que había hecho llevar allí, para que fuesen también de la partida. Aunque no me gusta el campo, los días se pasan en él tan pronto, que todo me pareció un sueño. Yo no trabajaba sino por divertirme, ayudaba á la señora Paula, cantaba, saltaba y me

paseaba con German como una loca... en fin, nuestro matrimonio quedó aplazado para... ayer ha hecho quince días... y quién direis que llegó en un gran coche la víspera? Un caballero calvo, grueso, de buena facha, que me trajo de parte de M. Rodolfo un regalo de boda. Figuraos, Luisa, un gran cofre de palo de rosa, con estas palabras escritas en letras de oro sobre una tarjeta de porcelana azul; *trabajo y economía, amor y felicidad*. Abrí el cofre, y hallé dentro lindas papalinas como la que ahora llevo, vestidos en pieza, alhajas, guantes, este chal, y varias manteletas; en fin, como un cuento de hadas.

--Verdad es; pero eso logran las que son trabajadoras y buenas.

--En cuanto á ser trabajadora y buena, querida Luisa, yo no lo he hecho con esa intencion... han venido las cosas así... y tanto mejor para mí; pero no es eso solo, sino que en el fondo del cofre descubrí una linda cartera con estas palabras: *el vecino á su vecina*. La abrí y había dos sobres, uno para German y otro para mí; en el de German me encontré un nombramiento de director del banco de los pobres, con cuatro mil francos de sueldo; y en el que venia para mí me hallé un billete de cuarente mil francos contra el tesoro... y ese era mi dote... quise rehusarlo, y la señora Paula que había estado hablando con el caballero portador del regalo, y con German me dijo:

--«Hija mia, podeis y debeis aceptar ese regalo, recompensa de vuestra economía y de vuestro trabajo... y vuestra generosidad para con los que sufren... porque pasando malas noches y á riesgo de enfermar, y de perder vuestros únicos medios de subsistencia, habeis ido á consolar á vuestros infelices amigos.,»

--Teneis razon, exclamó Luisa. No hay en el mundo otra señoría.... otra Madama German.

--Gracias, amiga. Yo contesté al caballero de la calva, que lo que yo habia hecho habia sido por mi gusto, y me respondió:

--Es igual, M. Rodolfo es inmensamente rico, y vuestro dote, es por su parte una prueba de aprecio y de amistad; vuestro desaire le disgustaria; y ademas él ha de asistir á vuestro matrimonio, y tendriais que aceptar su regalo.,»

--Qué gusto, que tanta felicidad recaiga en una persona tan caritativa como M. Rodolfo!

--No hay duda en que es poderoso, pero sino hubiera mas que eso.. Si supiéseis lo que es M. Rodolfo!.. Y yo que le he hecho llevar mis paquetes! pero paciencia... que ahora lo sabreis... La víspera del matrimonio llegó un posta, y ya muy tarde el caballero de la calva. M. Rodolfo no podia venir, y el caballero de la calva iba á reemplazarle... Entonces supimos que vuestro bienhechor, que el nuestro era... qué diréis que era?... era... pues era... un príncipe!

--Un príncipe!

--Qué estoy diciendo?... un príncipe...! era un Alteza Real... un rey en pequeño... German me lo ha explicado todo.

--Con que M. Rodolfo...

--Sí, amada Luisa.... y yo que le supliqué que me ayudase á encerrar los ladrillos!

--Un príncipe... casi un rey!

--Figuraos cual sería mi sorpresa; pero cuando supe que era casi un rey, no pensé en despreciar su dote y nos casamos... Hace ocho días que M. Rodolfo nos envió á decir que tendría mucho gusto en que le hiciésemos una visita de boda, y fuimos allá... Llegamos á la calle de Plumet, entramos en un palacio magnífico, atravesamos muchos salones llenos de guardias galoneados, de caballeros de negro con cadenas de plata al cuello y la espada ceñida; de oficiales con uniforme, y que sé yo cuanto mas. Muchos dorados que deslumbraban y... por fin encontramos al caballero de la calva en un salon con otros señores, todos llenos de casacones bordados y nos introdujo en una gran sala donde vimos á M. Rodolfo... es decir, al príncipe vestido muy sencillamente, y con un aspecto tan placentero, tan franco, y tan poco orgulloso... en fin, era el *Rodolfo de siempre*, y me parecía que me estaba prendiendo el chal, ó dándome el brazo para ir al Temple.

--Y no tuvisteis miedo? Oh! yo hubiera temblado mucho.

--Pues yo no. Despues de haber recibido á la señora Paula con escesiva bondad, y dado la mano á German, el príncipe me dijo sonriendo.

--"Qué tal, vecina, como sigue papá postizo y Ramoncita? (son los nombres de mis pájaros; figuraos si será amable para acordarse de eso) estoy seguro añadió, de que German, y vos competis diariamente en cantar con los pájaros.

--"Sí, Monseñor (la señora Paula nos habia enseñado la leccion por el camino, diciéndonos, que era menester llamaros Monseñor) Sí, Monseñor, nuestra felicidad es muy grande, y nos parece todavia mayor, porque os la debemos.

--"A mí nada me debeis, nada, hija mia, sino á vuestras excelentes cualidades y las de German."

--Y et cetera, et cetera, omito el resto de sus cumplimientos. Finalmente nos separamos de aquel buen señor con no poca pena porque ya no le veremos mas... Nos dijo que volvia á Alemania dentro de pocos dias, y tal vez se haya marchado ya; pero esté donde esté, siempre le recordaremos. En esa misma granja en que yo estaba, habia vivido una chica honrada, antigua compañera mia de cárcel, pero la señora Paula me encargó que no hablase de ella al príncipe, yo no sé porqué... acaso sea que no le gusta que le hablen del bien que hace... Lo cierto es, que la pobre Guillabara ha encontrado á sus pa-

dres, y se va con ellos bien lejos de aquí; lo que yo siento es no haberla abrazado antes.

-- Tanto mejor, dijo amargamente Luisa, también esa jòven es feliz.

-- Perdonad, querida Luisa... soy muy egoísta; no os hablo mas que de felicidad.... á vos que teneis tantos motivos para estar triste aun.

-- Si me viviera mi hijo, dijo tristemente Luisa interrumpiendo á Rigolette, eso me consolara, porque ahora, quién es el hombre honrado que me querrá por mas acaudalada que sea?

-- Al contrario Luisa, yo creo que solo un hombre honrado es capaz de comprender vuestra posición; sí, y cuando lo sepa todo, cuando os conozca, no podrá menos de estimaros, de compadeceros... y estará seguro de hallar en vos una mujer honrada y de habilidad.

-- Eso lo decis por consolarme.

-- No, que lo digo porque es verdad.

-- En fin, sea verdad ó no, á mí me hace bien oírlo decir, y os doy las gracias. Pero quién viene allí? Calla, es Pipelet y su mujer... Dios mio qué contento vienen!... cuando hace tiempo que estaba todos los días gimoteando por las chanzas de Cabrion.

Con efecto, la señora Francisca y su marido venían alegremente hácia donde estaban nuestros interlocutores. Alfredo con su inamovible é

impermeable sombrero de campana, lucia un magnífico frac verde botella con todo el lustre de nuevo; una corbata con las puntas bordadas, y unos picos formidables en el cuello de la camisa que le cubria hasta la mitad de la mejilla; un gran chaleco, amatillo subido con listas azules, y un pantalón negro algo corto, medias sumamente blancas y zapatos muy lustrosos completaban su traje. Francisca traia puesto un vestido de merino, color de amaranto, del cual se destacaba un chaqué azul subido... hacia alarde de su peluca caprichosamente peinada, y llevaba la marmota colgada del brazo por las cintas de raso verde à manera de ridículo. La fisonomía de Alfredo ordinariamente grave y abatida desde la persecucion del pintor, era alegre, y parecia que el portero estaba lleno de regocijo; desde que percibió à Luisa y à Rigolette echó à correr gritando con su voz de bajo profundo:

--Ya se fué... ya se fué...

--Señor Pipelet, qué teneis? dijo Rigolette, cómo es que estais tan alegre?

--Se ha marchado.... señorita, ó mas bien señora, puesto que ya sois exactamente como mi Francisca, gracias al *cónyugo*, asi como vuestro marido M. German está ya exactamente como yo.

--Pero quién se ha marchado? decid

--Cabrión! exclamó Pipelet respirando y aspirando el aire con una indecible satisfaccion co-

no si le hubieran descargado de un peso enorme. deja la Francia para siempre.... para *in eternum*.... Ya se ha marchado.

--Estais seguro?

--Con estos ojos... que se ha de comer la tierra, le he visto yo subir ayer en la diligencia... camino de Strasburgo va echando diablos con todos sus bagajes y sus efectos: es decir, una sombrerera, un baston y unas vejijas de colores.

--Qué os está solfeando mi querido viejo? dijo Francisca llegando sin poder respirar, porque habia seguido sin dificultad la carrera precipitada de Alfredo. Creo que os habla de la marcha de Gabrion... No ha hablado de otra cosa en el camino.

--Ya se vé, como que antes me parecia que estaba el sombrero lleno de plomo, y ahora... parece que el aire me lo lleva al firmamento... se ha ido... y ya no volverá.

--Gracias á Dios... pícaro pintor!

--Francisca... respeta la ausencia, la felicidad me hace ser clemente: yo no diré mas sino que era un indigno polizonte.

--Y cómo habeis sabido que salia para Alemania? preguntó Rigolette.

--Por un amigo del rey de mis inquilinos... pero no sabeis lo que hay con ese hombre... no sabeis que gracias á los buenos informes que dió de nosotros, Alfredo ha sido nombrado conserje

de un monte de piedad y de un banco caritativo que se ha establecido en nuestra casa por una buena alma, que apostaría cualquier cosa á que era aquella de quien M. Rodolfo era agente.

--Cuánto me alegro! exclamó Rigolette, porque mi marido es el director de ese banco, gracias tambien á M. Rodolfo

--Pues que nos pinchen ratas!.. exclamó con alegría la portera. Tanto mejor, tanto mejor; mas valen los conocimientos que los intrusos; mas vale malo conocido que bueno por conocer, aun cuando aquí el refran, como dijo el otro, para nada sirve. Pero volviendo á Cabrion, figuraos que vino un caballero grueso, calvo, y al noticiarnos el nombramiento de Pipelet para conserje, nos preguntó si habia vivido en nuestra casa un pintor de mucha destreza, llamado Cabrion. Al nombre de Cabrion mi pobre viejo tiró al aire la bota que estaba cosiendo, y se desmayó, pero afortunadamente el caballero añadió:

--„Ese jóven pintor va á marchar á Alemania, porque una persona muy rica se le lleva, para ocuparle en trabajos, que le tendrán alli muchos años, y aun tal vez el pintor fijó allí su residencia.,,

En fé de lo cual el caballero dió à mi querido viejo noticia detallada del viaje de Cabrion, y las señas de la mensajería.

—Y he tenido la inesperada felicidad de leer

en la lista de los pasajeros. *M. Cabrion profesor de dibujo, marcha á Strasburgo y al extranjero.*

—El viaje estaba aplazado para hoy por la mañana.

--Yo me fuí al patio de las diligencias con mi esposa.

—Y vimos á ese canalla subir á la imperial al lado del conductor.

—Y en el momento de echar á andar el carruaje, me atisbó Cabrion, se volvió hácia mí, y me gritó:

--*„Me marchó para siempre... Pero siempre contigo, Pipelet.,,*

Afortunadamente la trompeta del conductor no dejó oír aquellas últimas palabras, y aquella impolítica despedida que desprecio, porque al fin, Dios sea loado, ya no volverá mas.

--No volverá, yo os lo prometo, dijo Rigolette conteniendo difícilmente sus deseos de reír. Pero lo que vos no sabeis, y os va á llamar mucho la atención es, que M. Rodolfo era...

—Qué era?

--Un príncipe disfrazado, un Alteza Real.

—Tengo yo ya el colmillo retorcido, señorita Rigolette, dijo Francisca, y no me las trago así como quiera.

--Os lo juro por el nombre de mi marido, dijo Rigolette con gravedad.

—El rey de mis inquilinos una Alteza Real!

esclamó Francisca. Arre allá!... y yo que le hice que se quedara guardando mi portería... Perdon... perdon... perdon.

Y se puso maquinalmente su marmota como si aquel adorno hubiese sido mas á propósito para hablar de un príncipe.

Pipelet, por una manifestacion contraria en cuanto á la forma, se descubrió completamente contra su costumbre, y saludó con la mayor cortesía diciendo.

--Un príncipe, un alteza en nuestra habitacion, en nuestra portería!... y me vió entre sábanas cuando estaba yo en la cama á causa de las maldades de Cabriou.

A este tiempo se volvió la señora Paula, para decir á su hijo y á Rigolette.

--Aquí está el doctor, hijos míos.

CAPITULO XVII.

El Dómine.



El doctor Herbin, hombre de alguna edad, tenia un aspecto agradable, una mirada profunda, sagaz y escudriñadora, y una sonrisa llena de atractivo. Su voz naturalmente dulce era casi cariñosa cuando se dirigia á los locos; la suavidad de su acento, y la mansedumbre de sus palabras, calmaban muchas veces la irritabilidad de aquellos desgraciados.

Era uno de los primeros que habian sustituido en el tratamiento de la locura, la compasion y la bondad, á los terribles medios coercitivos empleados antiguamente; nada de cadenas, nada de golpes, nada de aislamientos sobre todo (salvo algunos casos escepcionales).

Su gran talento le habia hecho comprender que la monomanía, que la locura, que el furor, se exaltaban por la secuestacion y por las brutalidades; y que sometiendo por el contrario los locos á la vida comun, mil distracciones y mil incidentes variados, les impiden absorberse en una idea fija, tanto mas funesta quanto que es mas con-

centrada por la soledad y por la amenaza.

La experiencia prueba que el *aislamiento* es tan perjudicial para los enajenados como saludable para los presos criminales... La perturbacion mental de los primeros crece en la soledad, como la perturbacion, ó mas bien la subversion moral de los segundos, se aumenta y llega á ser incurable con el trato frecuente de sus corrompidos semejantes.

Es seguro de que, dentro de algunos años el sistema penitenciario actual, con sus cárceles generales, verdaderas escuelas de infamia, con sus presidios, sus cadenas, sus esposiciones á la vergüenza pública, y sus cadalsos, parecerá tan vicioso, é ineficaz, como el antiguo trato que se daba á los locos, parece ahora absurdo é inútil....

--Caballero, dijo la señora Paula (1) á M. Herwin, he creido poder acompañar á mi hijo y á mi nuera, aunque no conozco á Morel. El estado de este buen hombre me ha parecido tan interesante que he resuelto asistir con mis hijos á la curacion completa de este infeliz, que segun nos han dicho os prometeis de la nueva prueba á que vais á someterle.

(1) Sabemos que las mujeres son admitidas rara vez en las casas de locos: pero pedimos perdón al lector de esta irregularidad necesaria á nuestra historia.

--Yo confío mucho, señora, en la impresión favorable que debe causarle la presencia de su hija y de las personas á quienes veia diariamente.

--Cuando fueron á prender á mi marido, dijo la mujer de Morel con emocion presentando á Rigolette al doctor, nuestra vecinita nos estaba socorriendo á mi y á mis hijos.

--Mi padre conocia mucho tambien á M. German, que ha sido siempre muy amable con nosotros, dijo Luisa.

Y señalando despues á Pipelet y á su mujer añadió:

--Los señores son los porteros de nuestra casa, y muchas veces socorrieron á nuestra familia en sus infortunios con cuanto les permitian sus fuerzas.

--Os agradezco, dijo el doctor á Pipelet, que os hayais dignado venir aqui; aunque segun veo no debeis violentaros mucho con esta visita.

--Caballero, dijo M. Pipelet inclinándose gravemente, los amigos son para las ocasiones.. todos somos hermanos, y los hombres deben ayudarse mutuamente en la tierra... Además que el señor Morel era la nata de los hombres honrados.. antes de perder el juicio á causa de su prision, y de la de su querida Luisita.

--Y yo tambien, añadió Francisca, á pesar de que tengo la pena de que aquella cazuela dese-

pa hirviendo, que tiré á los corchetes, no hubiera sido hierro hecho ascuas... no es verdad, viejo mio, que debia haber sido plomo fundido?

--Verdad es; debo hacer esta justicia al afecto que mi esposa profesaba á la familia Morel.

--Sino os incomoda la presencia de los locos, dijo el doctor Hervin á la madre de German, atravesaremos algunos patios para ir á la parte exterior del edificio, donde me ha parecido mas oportuno colocar á Morel; porque he dado orden esta mañana de que no le llevasen á la granja como de costumbre.

--A la granja, caballero? dijo la señora Paula, con que es decir que hay granja aquí tambien.

- Eso os aturde, señora, segun estoy viendo; pero tenemos aquí una granja, cuyos productos son de un grande alivio para la casa, y trabajan en ella los locos. (1)

--Trabajan?.. y en libertad, caballero?

--Pues nol y el trabajo, la tranquilidad del campo, el aire libre y los encantos de la naturaleza es uno de nuestros mejores medios curativos... Un loquero los lleva y no ha habido nun-

(1) Esta granja, admirable institucion curativa, está situada á corta distancia de Bice-tre.

ca ejemplo de que se haya escapado ninguno; trabajan con mucho gusto, y el reducido salario que ganan sirve para mejorar su suerte y para proporcionarles algunas pequeñas comodidades. Pero héuoa aquí ya á la puerta de uno de los patios.

El doctor advirtió un gesto de repugnancia en las facciones de la señora Paula, y añadió:

--No temais nada, señora.. en cuanto los veais estareis tan tranquila como yo.

--Ya os sigo, caballero, venid, hijos míos.

--Francisca, dijo por lo bajo Pipelet que se habia quedado atrás con su muger, cuando pienso que si la infernal persecucion de Cabrion hubiese durado, tu Alfredo se hubiera vuelto loco! Como tal estaria ahora entre estos infelices á quienes vamos á ver con sus trajes caprichosos, encadenados por mitad del cuerpo ó metidos en jaulas como las fieras del jardín de plantas.

--No me hables de eso, viejo mio... dicen que los locos de amor, son como unos verdaderos micos cuando miran á una mujer... que se arrojan á los hierros de sus jaulas dando espantosos rujidos... y es preciso que los loqueros les apacigüen á latigazos, y aun á pesar del agua helada que desde cien pies de altura les echan sobre la cabeza, no se refrescan lo bastante.

--Francisca, no te acerques mucho á las jaulas de esos insensatos, dijo gravemente Pipelet, que

después de sucedida una desgracia ya no hay remedio.

--Además, que no sería generoso por mi parte que tratase de exasperarlos; porque lo que más vuelve á los hombres locos, añadió Francisca con melancolía, es nuestro atractivo. Mira, me estremezco, Alfredo mío, cuando pienso en que si hubiese rehusado tus obsequios, estarías probablemente á estas horas loco de amor como uno de esos furiosos!... y te irritarías contra los hierros de tu jaula, apenas vieras una mujer... y rugirías, viejo mío... Tú que por el contrario te pones en salvo, cuando ellas tratan de seducirte.

--Verdad es que mi pudor es espantadizo, pero la puerta se abre y yo me estremezco... vamos á ver rostros abominables, á oír ruido de cadenas, y rechinchamientos de dientes.

El portero y la portera que no se habían enterado en la conversación del doctor Hervin estaban imbuidos en las preocupaciones vulgares que existen aun sobre las casas de los locos; preocupaciones que hace cuarenta años eran realidades horribles.

La puerta del patio se abrió: este patio formaba un paralelogramo, y estaba plantado de árboles, y embellecido con bancos; á los lados había galerías de elegante construcción divididas en celdas ventiladas, y como cincuenta hombres todos con traje de paño gris, se paseaban, charlaban ó tomaban el sol sentados en los bancos,

silenciosos y contemplativos.

Nada había allí de la idea que se forma en el vulgo ordinariamente, sobre la escentricidad de los trajes, y la singularidad fisiocomónica de los locos. Era necesario un genio profundamente observador, para descubrir en aquellos rostros los indicios de la locura.

A la llegada del doctor Hervin un gran número de locos alegres y satisfechos, le rodearon dándole la mano con espresion de confianza y de gratitud, que el doctor recibia cordialmente diciéndoles:

-- Buenos dias, hijos míos, buenos dias... varios de aquellos infelices, demasiado distantes del doctor para poderle dar la mano, se la ofrecieron con alguna desconfianza á las personas que le acompañaban.

-- Buenos dias, amigos míos, les dijo German estrechándoles las manos con una extraordinaria bondad.

-- Caballero, dijo la señora Paula al doctor, estos son los locos?

-- Casi de los mas frenéticos de la casa. Se les deja juntos todo el dia, y únicamente de noche los encierran en esas celdas, cuyas puertas veis abiertas.

-- Qué decís, están completamente locos?.. pero cuando les dá la vena?

-- Antes... al principio de su enfermedad cuando los trajeron aqui; despues poco á poco, la compa-

ña los tranquiliza, y los distrae, la dulzura los apacigua, y sus crisis violentas, frecuentes en un principio son cada vez mas raras... aquí teneis uno de los mas rematados.

Era un hombre robusto y nervudo: de cuarenta años escasos, cabellos largos y negros, frente grande, aspecto violento, mirada profunda, y fisonomía de las mas despejadas. Se acercó gravemente al doctor, y le dijo con suma política; aunque retrayéndose un poco, lo siguiente:

-- Señor doctor, yo reclamo el derecho de pasar y entretener al ciego cuando llegue mi turno; yo tendré el honor de haceros observar que hay una injusticia notoria en privar á ese desgraciado de mi conversacion, para entregarle... (y el loco se sonrió con desdeñosa amargura) á las estúpidas divagaciones de un idiota completamente extraño y creo no aventurar nada al decir que es completamente extraño á las menores nociones de toda ciencia, mientras que mi conversacion divertiria mas al ciego. Yo le hubiera dicho, añadió con estremada volubilidad, mi opinion sobre las superficies octogonales, haciéndole notar que las ecuaciones de las diferencias parciales cuando la interpretacion geométrica se resume en dos lados ortogonales, no pueden ser integras generalmente á causa de su complicacion... Yo le hubiera demostrado que las superficies conjugadas son indispensablemente isotérmicas, y hubiéramos buscado juntos cuáles son las superficies capaces de componer un

sistema triplemente isotérmico... Si el orgullo no me ciega, caballero... comparad ese recreo con las necedades con que entretienen al ciego, añadió el loco tomando aliento, y decidme si no es un asesinato privarle de mi conversacion.

--Señora, no tomeis lo que acabais de oir por desvarios de un loco, dijo en voz baja el doctor, porque así aborda muchas veces las cuestiones mas elevadas de astronomía ó de geometría, con una sagacidad que honraria á los sábios mas ilustrados... su saber es inmenso. Habla todas las lenguas vivas, pero es mártir del deseo y del orgullo de saber; se figura absorbe todos los conocimientos humanos él solo, y que detenerle aquí es sumir á la humanidad en las tinieblas de la mas profunda ignorancia.

El doctor añadió con voz alta dirigiéndose al loco, que esperaba la contestacion con respetuosa ansiedad.

--Querido Carlos, vuestra pretension me parece muy justa, y ese pobre ciego que creo que es mudo, afortunadamente no es sordo, y se divertiria mucho con la conversacion de un hombre tan erudito como vos... voy á ocuparme en haceros justicia.

--De aquello estamos lo mismo?.. seguís en la manía de tenerme aquí encerrado y privar al universo de todos los conocimientos humanos que yo me he apropiado identificándome con ellos? dijo el loco animándose poco a poco, y jesticulan-

do con estremada agitacion.

--Vaya, vaya, tranquilizaos, M. Cárlos; afortunadamente el mundo no sabe lo que le falta; cuando reclame nos apresuraremos á satisfacer su reclamacion; un hombre de vuestra capacidad y de vuestro saber puede hacer grandes servicios.

--Es que yo soy en la ciencia, lo que el arca de Noé en la naturaleza física, exclamó rechinando los dientes y poniendo los ojos en blanco.

--Ah! M. Cárlos, respondió el doctor dirigiendo al loco una mirada fija, penetrante y dulce, y dando á su voz un acento cariñoso y lisonjero. Yo me figuraba que erais el hombre mas sábio del mundo de los tiempos modernos.

--Y pasados... exclamó el loco olvidando de pronto su cólera por su orgullo.

--Si no me dejais acabar.. Decia que erais el mas sábio de los tiempos pasados.. presentes...

--Y futuros, añadió el loco incomodado.

--Vaya, que os ha dado por interrumpirme, dijo el doctor sonriendo, y le tocó amistosamente en el hombro. Cualquiera diría que yo no conozco toda la admiracion que inspirais y que merecis... Vamos á ver al ciego.

--Doctor, doctor, sois un grande hombre; venid, venid, vereis quiénes son los que se hacen escuchar de ese pobre ciego, cuando yo podia decirle unas cosas tan interesantes, replicó el loco completamente tranquilo, y guiando al doctor con aire satisfecho.

--Os confieso, caballero, dijo German que se habia acercado á su madre y á su mujer, al ver el terror de ambas, cuando el loco habló y gesticuló tan violentamente; os confieso que temí una crisis.

--En otros tiempos á la primera palabra de exaltacion, al primer gesto de amenaza de ese desgraciado, los loqueros se hubieran arrojado sobre él, y le hubiesen atado, pegado y chapuzado, que es uno de los tormentos mas atroces que se pueden imaginar... Figuraos qué efecto produciria semejante trato en una organizacion enérgica é irritable, cuya fuerza de expansion es tanto mas violenta, cuanto que está mas comprimida. Asi caian en uno de esos accesos de furor tan terribles que se burlan de los remedios mas poderosos, se exasperan con la frecuencia, y se hacen casi incurables, mientras que ahora ya veis, que no comprimiendo de pronto esa efervescencia momentánea, y guiándola por el contrario con la ayuda de la excesiva movilidad que se advierte en muchos locos, esos ímpetus efímeros se cambian con la misma facilidad que se producen.

--Y qué ciego es ese de que hablan, caballero? Es ilusion que se hace ese infeliz? preguntó la señora Paula.

--No, señora, es una historia muy estraña, respondió el doctor. Ese ciego fué hallado en un fonducho de los campos Elíseos, donde prendieron una bandada de ladrones y asesinos; allí en-

contraron á ese hombre encadenado en medio de un subterráneo, al lado de una mujer tan horriblemente mutilada, que no han podido saber quién era.

--Qué horror, dijo la señora Paula estremecida (1).

--Ese hombre es feo de veras, y todo su rostro está corroído por el vitriolo. Yo no sé si es en efecto mudo, ó si se finge serlo., por una singular casualidad las únicas crisis que ha tenido han ocurrido estando yo ausente de noche. Por desgracia todas las preguntas que se le dirigen quedan sin respuesta, y es imposible tener la menor noticia sobre su posición; sus accesos parecen ocasionados por un furor cuya causa es impenetrable, porque no pronuncia una sola palabra. Los demás locos le guardan muchas atenciones, le guían y le divierten dándole conversacion... Pero ahí le teneis...

Todas las personas que acompañaban al médico, retrocedieron horrorizadas á la vista del Dómine.

Estaba en su sano juicio, pero se fingia mudo y loco.

Habia asesinado á la Mochuelo, no en un acceso de locura, si no en un acceso de fiebre, igual

(1) Rodolfo no habia querido decir nunca á la señora Paula la suerte del Dómine, desde que este se habia escapado del presidio de Rocheford.

al que había sufrido cuando su terrible vision en la Granja de Bouqueval.

Después de ponerle preso en la taberna de los campos Elíseos, el Dómine había despertado en uno de los cuartos de la alcaldía, donde encierran provisionalmente á los maniáticos. Oyó decir á su alrededor. „Es un loco furioso,„ y se resolvió continuar representando aquel papel, pensando enmudecer completamente, á fin de no comprometerse con sus respuestas, caso que se dudára, de su pretendida locura. Aquella estratagema le salió á pedir de boca en Bicetre. Fugia de vez en cuando accesos de furor, teniendo siempre cuidado de hacerlo de noche, á fin de evadirse de la penetrante observacion del médico en jefe. El cirujano de guardia que acudía corriendo, llegaba casi siempre cuando la crisis iba pasando.

El reducido número de cómplices del Dómine que sabían su fuga de Rocheford, ignoraban lo que le había sucedido, y no tenían ningun interés en delatarle; además era difícil probar su identidad. tenía esperanzas de quedarse para siempre en Bicetre, continuando su papel de loco y de mudo.

Para siempre..... sí, tal era entonces el único deseo de aquel hombre, gracias á la impotencia de hacer daño, que paralizaba sus infames instintos. Gracias al aislamiento profundo que había sufrido en la cueva del Zurdillo, los remordimientos

como el lector sabe, se habia apoderado de aquella alma de hierro.

A fuerza de concentrar su talento hacia una incesante meditacion (en el recuerdo de sus crímenes pasados) privado de otro trato con el mundo exterior, sus ideas tomaban muchas veces cuerpo para atormentar su cabeza, como habia dicho á la Mochuelo; en ese caso se le aparecian sus víctimas; pero esa no era la locura, sino el gusano de su conciencia que le roía continuamente.

Así aquel hombre en la fuerza de la juventud y de una constitucion atlética; aquel hombre que debia vivir aun muchos años, aquel hombre que estaba en su sano juicio, debia pasar su vida entre locos... ó de lo contrario era descubierta, y le llevarian al cadalso por sus crímenes, ó le condenarian á un presidio perpétuo entre los malvados hácia quienes sentia un horror, que se aumentaba en razon de su arrepentimiento.

El Dómine estaba sentado en un banco con el codo sobre una de sus rodillas, y apoyando su barba en la mano. Un bosque de cabellos erizados y grises cubrian su asquerosa cabeza, y aunque aquella horrible máscara no tenia ojos, y dos agujeros reemplazaban su nariz, y su boca era disforme, una desesperacion terrible é incurable, se asomaba á su rostro.

Un loco triste y de juvenil aspecto arrodillado delante del Dómine, tenia su robusta mano entre las suyas, le miraba con amabilidad, y con

voz dulce repetía incesantemente estas palabras:
Fresas... fresas... fresas...

--Abí teneis, dijo con mucha ffeema el loco sabio, la única conversacion que ese idiota sabe tener con el ciego. Pues no advierten esos salvajes que si los ojos del cuerpo estau cerrados, los del ente moral... los del talento debeu estar abiertosl..

--Quién lo duda? dijo el doctor, mientras que el pobre loco, de rostro melancólico, contemplaba la abominable figura del Dómine con compasion y repetía con voz dulce: *Fresas... fresas... fresas.*

--Desde que ha entrado aquí ese pobre loco no ha pronunciado mas palabras que esas, dijo el doctor á la señora Paula, que miraba al Dómine con horror: no me ha sido dable penetrar aun qué misterios encierran esas palabras, únicas que ha pronunciado.

--Dios mio, madre mia, dijo German á la señora Paula, qué maltratado parece estar ese pobre ciego!

--Verdad es, hijo mio, respondió la señora Paula, y á pesar mio se me comprime el corazon, la presencia de ese hombre me hace daño... Oh! que triste es ver á la humanidad bajo tan horrible aspecto!

Apenas la señora Paula hubo pronunciado aquellas palabras, el Dómine se estremeció, su acostoronado semblante paldecio ese puso en pie

y volvió tan vivamente la cabeza hácia donde estaba la madre de German, que esta no pudo reprimir un grito de horror, aunque ignoraba quién fuese aquel miserable.

El Dómine habia reconocido la voz de su muger, y las palabras de la señora Paula le hicieron conocer que hablaba con su hijo.

--Qué teneis, madre mia? exclamó German.

--Nada hijo mio... Pero el movimiento de ese hombre, la espresion de su rostro, todo me horroriza.. Caballero, perdonad mi debilidad, añadió dirigiéndose el doctor, casi me pesa haber cedido á mi curiosidad acompañando á mi hijo.

--Por una vez, madre mía... no hay por qué arrepentirse.

--Hará bien, madre de no volver aquí, ni yo tampoco, no es verdad, Germancito? dijo Rigollette; y es cosa muy triste que aflige el corazón.

--Vaya que sois una miedosa... no es verdad, señor doctor, dijo German sonriendo, no es verdad que mi muger es una miedosa?

--Yo confieso, respondió el médico, que la vista de ese desgraciado, ciego y mudo, me impresionaba también... á pesar de haber visto muchas miserias.

--A mí viejo querido, dijo Francisca por lo bajo, en tratándose de ti, todos los hombres me parecen tan feos como ese mascarón que tenemos

delante... por eso nadie se ha podido vanagloriar de... me entiendes Alfredo?

--Francisca esta noche voy á soñar con ese hombre...

—Amigo mio, dijo el doctor al Dómine, cómo os vá?..

--El Dómine guardó silencio.

--No me ois? añadió el doctor tocándole ligeramente en el hombro.

El Dómine no contestó, bajó sus ojos y rodó una lágrima por sus mejillas.

—Llora... dijo el doctor.

—Pobre hombre, añadió German compadecido.

El Dómine se estremeció al oír de nuevo la voz de su hijo... su hijo que sentia hácia él un sentimiento de compasion.

--Qué teneis? qué pesar os aflige? le preguntó el doctor.

El Dómine guardó silencio, y se cubrió el rostro con las manos.

--Tiempo perdido, dijo el doctor.

--Dejadme obrar á mí, voy á consolarle, dijo el loco sabio con aire grave y presuntuoso. Voy á demostrarle que todos los géneros de superficies octogonales que tienen los tres términos isotérmicos son: 1.^o los de la superficie del segundo orden: 2.^o los elipsoides de revolucion alrededor del eje pequeño, y del eje grande: 3.^o los que..... Pero, no, no, añadió el loco parándose á re-

flexionar, le entretendré con el sistema planetario.

Despues dirigiéndose al jóven loco que estaba arrodillado delante del Dómine, le dijo:

--Quítate de ahí con tus fresas...

--Amigo mio, dijo el doctor al jóven loco, es preciso que cada uno de vosotros conduzca y distraiga un rato á ese pobre hombre, pero dejad que vuestro camarada tome vez.

El jóven obedeció, se levantó, miró tímidamente al doctor con sus ojos azules, hizo un gesto de despedida al Dómine, y se alejó repitiendo con voz lastimera:

--Fresas... fresas... fresas...

El doctor advirtió la sensible impresion que aquella escena causaba á la señora Paula y la dijo:

--Afortunadamente, señora, vamos á encontrar á Morel, y si mi esperanza se realiza, os alegraréis de ver á ese buen hombre cariñoso con su digna muger y su hija.

Y el médico se alejó seguido de las personas que le acompañaban.

El Dómine quedó solo con el loco científico que empezó á explicarle con mucha elocuencia y sabiduría la marcha imponente de los astros, que describen silenciosamente su curva inmensa en el cielo, cuyo estado normal es la noche.

Pero el Dómine no oía nada.

Pensaba con profunda desesperacion que no vol-

vería á oír la voz de su hijo ni la de su mujer... estaba convencido del justo horror que los inspiraba, de la desgracia, de la vergüenza y de la deshonra en que los hubiera sumido, y hubiese arrojado mil muertes antes de descubrirse á ellos... Un solo consuelo le quedaba, el de haber inspirado piedad por un momento á su hijo.

A pesar suyo se acordaba de aquellas palabras que Rodolfo le habia dicho antes de condenarle al terrible castigo de la ceguera:

«Cada una de tus palabras es una blasfemia, cada una de ellas será despues una súplica; eres atrevido y cruel porque eres fuerte, cuando seas débil serás compasivo y humilde; tu corazon cerrado ahora al arrepentimiento, llorará algun dia las víctimas de tu barbarie. Has degradado al alma de que Dios te habia dotado reduciéndola á los instintos de la rapiña y del asesinato. No has respetado, ni lo que veneran hasta los animales... la hembra y los hijuelos. Despues de una larga vida consagrada á la expiacion de tus crímenes, tu última plegaria será suplicando á Dios que te conceda la inesperada felicidad de morir entre tu esposa y tu hijo.»

.....

--Vamos á pasar por el patio de los idiotas, y llegaremos á las tapias del jardín donde está Morrel, dijo el doctor saliendo del patio en que quedaba el Dómine.

CAPITULO XVIII.

Morel el Lapidario.



La señora Paula á pesar de la tristeza que la había inspirado la vista de los locos, no pudo menos de pararse un momento al pasar por un patio enrejado, donde estaban los idiotas incurables.

Pobres seres! que ni aun tienen muchas veces el instinto del animal de quien se ignora casi el origen: desconocidos de todos y hasta de sí mismos... Atraviesan la vida enteramente extraños á los sentimientos y á la facultad de pensar; sienten únicamente las necesidades animales mas imitadas.

El repugnante cuadro de la miseria y de la crápula en lo mas profundo de las chozas infectadas y reducidas, bastardea horriblemente la especie en las casas pobres.

La locura no se muestra generalmente al observador superficial con solo inspeccionar la fisonomía del loco; pero es demasiado fácil conocer los síntomas físicos del idiotismo.

El doctor Hervin no tuvo necesidad de hacer

observar á la señora Paula la expresion de embrutecimiento salvaje, de sensibilidad estúpida, ó el baño de imbecilidad que dá á las facciones de esos desgraciados, un aspecto inmundo y doloroso á la vez. Casi todos estaban vestidos de largos ropones llenos de remiendos; pues por mas vijilancia que se tenga con esos seres absolutamente privados de instinto y de razon, no se puede impedir que rasguen y manchen su ropa, arrastrándose como animales en el fango de los patios donde están de día.

Los unos acurrucados en los rincones mas oscuros de una choza, apiñados y revueltos unos con otros, como los animales en sus cuevas, gruñen con un rumor sordo y continuo.

Otros de pie recostados en la pared, inmóviles y mudos tienen la vista fija en el sol.

Un anciano de una obesidad disforme, sentado sobre una silla de madera, devoraba su pitanza con una voracidad animal, lanzando en derredor suyo miradas oblicuas y miedosas.

Unos paseaban circularmente y de prisa en el reducido espacio que se trazaban; cuyo extraño ejercicio duraba horas enteras sin interrupcion.

Otros sentados en el suelo se balanceaban incesantemente echando el cuerpo hácia adelante con pausado compas, é interrumpiendo ese movimiento de vertiginosa monotonía, con fuertes carcajadas de esa risa estúpida y gutural del idiotismo.

Otros, finalmente, sumidos en un completo abatimiento, solo abrian los ojos á las horas de comer, quedando inertes, mudos, sordos y ciegos despues, sin que un grito, sin que un gesto anunciase su vitalidad.

La carencia completa de sentido comun, y de comunicacion verbal, es uno de los caractères mas siniestros de los idiotas; los locos al menos, à pesar de la incoherencia de sus palabras y de su razon, se comunican entre sí; pero los idiotas guardan unos con otros una indiferencia estúpida y un aislamiento brutal.. Jamás se les oye pronunciar una palabra articulada; de vez en cuando se ojen algunas risas salvajes, ó gemidos y gritos que nada tienen de humano..... y apenas un número pequeño de ellos conoce á los enfermeros.....

Sin embargo, lo repetimos con admiracion; esos desgraciados, que parecen no pertenecer á nuestra especie, ni aun á la de los irracionales, por faltarles el uso de sus facultades intelectuales; esos séres incurablemente enfermos, que tienen mas de moluscos que de séres animados, y que atraviesan muchas veces de ese modo todas las edades de una larga carrera, son atendidos con un esmero que no alcanzan á comprender.

Bello es respetar el principio de la dignidad humana hasta en estos desgraciados que no tienen mas de hombres que la forma..... pero repetimos que se debería pensar tambien en dar dignidad á los que dotados de razon, celosos y activos son la

fuerza viva de la naci6n; hacerles conocer esa dignidad alentándolos, y recompensándola cuando se manifiesta por el amor el trabajo, por la resignacion, y por la honradez; no decir en fin, con un egoismo semi-ortodoxo: castiguelos en la tierra, que Dios recompensará en el cielo.

.....

--Pobres gentes. dijo la señora Paula siguiendo al doctor despues de haber mirado por última vez al patio de los idiotas, triste es pensar que no hay ningun remedio para sus males!

--Ninguno, señora, ninguno, respondió el doctor, sobre todo cuando llegan á esa edad; porque gracias á los progresos de la ciencia, los niños idiotas reciben una especie de educacion que desenvuelve al menos el átomo de razon incompleta de que algunas veces están dotados. Aquí tenemos una escuela (1), dirigida con tanto acierto como paciencia, que ofrece ya ventajas muy satisfactorias por medios muy ingeniosos, y exclusivamente apropiados á su situacion, donde se ejercita á veces el físico y el moral de esos pobres niños, llegando algunos á conocer letras, cifras, y distinguir los colores; llegan tambien á cantar en coro, y os aseguro, señora, que hay una especie de encanto extraño, triste y elocuente á la

(1) *Esta escuela es una de las instituciones mas curiosas y mas interesantes.*

vez, oyendo esas voces lastimeras y á veces dolorosas, elevarse al cielo con un cántico, que aunque casi todas las palabras son francesas no entienden nada..... Pero ya hemos llegado á donde está Morel..... He encargado que le dejasen solo hoy por la mañana, á fin de que el efecto que puede producir en él tenga mas accion.

--Y qué clase de locura es la suya, caballero? dijo la señora Paula en voz baja al doctor, á fin de que no la oyera Luisa.

--Se figura que sino gana mil trescientos francos en un dia para pagar una deuda contraida con un escribano llamado Ferrard, Luisa debe morir en el codalzo por crimen de infanticidio.

--Caballero! ese escribano era un mónstruo, exclamò la señora Paula que tenia noticias del odio de aquel hombre contra German; Luisa Morel... y su padre no son las únicas víctimas de ese hombre... ha perseguido á mi hijo con un implacable encarnizamiento.

--Luisa me lo ha dicho todo, respondió el doctor; á Dios gracias, ese miserable ha muerto; pero si me queréis esperar aquí un momento... voy á ver cómo está Morel.

Despues, dirigiéndose á la hija del lapidario, añadió:

--Yo os suplico, Luisa, que esteis con cuidado. En cuanto yo os llame presentaos corriendo, pere

sola... Cuando yo diga por segunda vez, venga... todos estos señores entrarán con vos...

--Aúl caballero, me falta valor, dijo Luisa enjugando las lágrimas, si esta prueba fuese inútil para mi pobre padre...

--Yo espero que le salvará. Hace mucho tiempo que la estoy preparando, y creo que no perderemos el tiempo.

El doctor se separó de las personas que le acompañaban, y entró en un cuarto cuyas rejas daban al jardín.

Merced al sosiego, á un régimen saludable, y á los cuidados que le prodigaban, las facciones de Morel el lapidario no estaban pálidas, ni indicaban enfermedad; su rostro ligeramente colorado y grueso, anunciaba una buena salud; pero una sonrisa melancólica, y una cierta distracción que tenía muchas veces inmóviles sus pestañas, indicaban que no había recobrado aun completamente el juicio.

Cuando entró el doctor, Morel sentado y encorvado sobre una mesa, imitaba el ejercicio de su oficio de lapidario diciendo:

--Mil trescientos francos... mil trescientos francos.... ó de lo contrario vá Luisa al cadalso.... mil trescientos francos.... trabajemos.... trabajemos...

Aquella aberración cuyo acceso iba siendo menos frecuente, había sido siempre el slotoma primordial de su locura. El médico contrariado en su

plan por hallar á Morel en aquel momento bajo la influencia de su monomanía, trató de sacar partido de aquella circunstancia, y tomó un bolsillo con sesenta y cinco luises que había colocado de antemano, tiró el oro sobre la mesa, y dijo bruscamente á Morel, que profundamente absorto en su simulacro de trabajo, no había advertido la llegada del doctor.

--No os afaneis, amigo Morel.... Ya habeis ganado los mil trescientos francos que os hacian falta para salvar á Luisa... aquí los teneis.

--Luisa se ha salvado! exclamó el lapidario recogiendo el oro con avidez... Voy corriendo á casa del escribano.

Y levantándose precipitadamente corrió hácia la puerta.

--*Venga*, exclamó el doctor con afán, porque la cura instantánea del lapidario, podia consistir en aprovechar la primera impresion.

Apenas hubo dicho, venid, cuando se presentó Luisa á la puerta, en el momento mismo en que su padre queria salir por ella.

Por algunos minutos contempló Morel á Luisa con profunda distraccion y sin conocerla... Sin embargo, parecia que trataba de coordinar sus ideas..... hasta que acercándose á ella poco á poco la miró con una curiosidad inquieta y recelosa.

Luisa, trémula de emocion, reprimia difícilmente las lágrimas, mientras el doctor recomendán-

dola por un momento que continuase muda, espía-
ba con sagacidad y silencio y en los menores mo-
vimientos de la fisonomía del lapidario.

Este sin separarse de su hija empezó á pali-
decir; se pasó las manos por su frente bañada
de sudor, y dando un paso hácia ella, quiso ha-
blarla, pero la voz espiró en sus labios, su pali-
dez aumentó, y estuvo mirando en derredor suyo
con sorpresa, como si saliese poco á poco de un
profundo letargo.

-- Bien, bien, dijo por lo bajo el doctor á Lui-
sa, buena señal, cuando yo diga *venga*, arrojaos
en sus brazos llamándole padre.

El lapidario se puso las manos sobre el pe-
cho, mirándose de pie á cabeza, digámoslo así,
como para convencerse bien de su identidad.
Sus facciones espresaban una incertidumbre dolo-
rosa. Hasta que por fin, dijo en voz baja:

-- No!.. No... es un sueño... dónde estoy? es im-
posible... un sueño... no es ella.

Despues, viendo las monedas esparcidas sobre
la mesa añadió:

-- Y ese oro... no me acuerdo... ya voy ca-
yendo. . pero la cabeza se me pierde... tengo ver-
güenza .. esta no es Luisa.

-- *Venga*, dijo el doctor en voz alta.

-- Padre mio... soy yo, reconocedme... soy Lui-
sa... vuestra hija... exclamó la jóven deshecha en
lágrimas y arrojándose en los brazos del lapida-
rio; al mismo tiempo que entraban la muger de

Morel, Rigolette, la señora Paula, German y los porteros

--Dios mio, decia Morel, á quien Luisa colmaba de caricias, dónde estais?.. que me quieren?.. qué ha ocurrido?.. no puedo creerlo...

Despues de algunos momentos de silencio, agarró brúscamente entre sus dos manos la cabeza de Luisa, la miró con atencion y exclamó conmovido:

--Luisa!..

--Se ha salvado, dijo el doctor...

--Esposo mio... mi pobre Morel, exclamó la muger del lapidario, uniéndose á Luisa.

--Mi muger! añadió Morel, mi muger y mi hija!

--Y yo tambien, señor Morel.. dijo Rigolette; todos vuestros amigos, que nos hemos citado aqui.

--Todos vuestros amigos... ya lo veis, señor Morel, añadió German.

--Rigolette!.. M. German!.. dijo el lapidario reconociendo á cada personaje de por sí.

--Y los antiguos amigos de la porteria? dijo Francisca acercándose con Alfredo; y el matrimonio Pipelet?.. el antiquísimo Pipelet... amigos hasta la muerte del señor Morel... no le decís nada.

--Ah! señor Pipelet... señora Francisca cuánta gente á mi alrededor... creo que hace mucho tiempo... si, mucho tiempo... pero en fin... eres tú, Luisa, no es cierto, exclamó estrechando á su

hija contra su pecho. Eres tú, Luisa, ¿de veras?

--Sí, padre mio... yo soy... mi madre, y todos vuestros amigos... vos no nos abandonareis mas, seremos felices...

--Todos felices... pero... espérate que recuerde... todos felices... me parece, sin embargo, que han venido á buscarte para llevarte presa...

--Sí, padre mio!.. pero he salido libre... ya lo veis... héme aquí á vuestro lado.

--Espera... espera... ya recuerdo... dijo el lapidario, y añadió horrorizado: y el escribano?

--Ha muerto... ha muerto, padre mio, murmuró Luisa.

--Ha muerto?... Ha muerto?... Ahora yate creo .. podemos ser felices... pero dónde estoy?... cómo estoy aquí?... y desde cuando?... y por qué?... no me acuerdo bien.

--Habeis estado tao malo, le dijo el doctor que os han trasportado aquí, al campo... habeis tenido una fiebre muy violenta... el delirio...

--Sí... sí... me acuerdo de la última cosa que hice antes de la enfermedad... yo estaba hablando con mi hija... y quién mas... quién mas estaba con nosotros?... Ah! un hombre generoso... M. Rodolfo, que impidió que me llevasen preso... No me acuerdo de nada mas.

--Vuestra enfermedad se ha complicado con la falta de memoria, dijo el médico, la vista de vuestra hija, de vuestra muger, y de vuestros amigos os la ha devuelto.

--Y en casa de quién estoy?

--En casa de un amigo... de M. Rodolfo, se adelantó á decir German; creyeron que el cambio de aire os seria útil.

--Bravo, dijo el doctor por lo bajo, y dirigiéndose á un criado, añadió: poned el coche á la puerta del jardín, á fin de que no tenga necesidad de atravesar los patios.

Morel, como sucede algunas veces en los casos de locura, no tenia el menor recuerdo, ni la menor idea de la enajenacion que habia sufrido.

Pero á qué hemos de cansar mas á los lectores? Pocos momentos despues, apoyado en los brazos de de su muger y de su hija, y acompañado de un practicante, que para mayor seguridad mandó ir el doctor hasta París, subió Morel al coche y abandonó á Bicetre, sin sospechar que habia estado encerrado como loco.

.....

--Creéis que este pobre hombre está completamente curado? preguntaba la señora Paula al doctor que la acompañó hasta la salida de Bicetre.

--Yo lo creo, señora, y espresamente he querido ponerle bajo la influencia de esa entrevista con su familia, y ademas uno de mis discípulos estará siempre á su lado indicándole el régimen que ha de seguir. Todos los dias iré yo á visitarle hasta que se restablezca completamente; porque ademas de lo mucho que me interesa, me ha sido recomen-

dado por el encargado de negocios del gran ducado de Gerolstein.

German y su madre se miraron con disimulo.

--Os doy gracias, caballero, dijo la señora Paula, por la bondad con que me habéis permitido visitar este hermoso establecimiento, y me felicito de haber asistido á la escena que vuestro saber habia tan hábilmente previsto y anunciado.

--Y yo, señora, me felicito doblemente de ese suceso, que devuelve tu excelente sugeto á la ternura de su familia.

Pocos momentos despues la señora Paula, Rigolette y German, seguidos del señor Alfredo y de la señora Francisca salieron de Bicetre.

El doctor Hervin se encontró al entrar en los patios un criado superior de la casa que le dijo:

--Ah! Hervin, no podiais imagináros que escena acabo de presenciar... para un observador como vos, hubiese sido una cosa grande.

--Pues qué escena habeis presenciado?

--Ya sabeis que tenemos aquí dos mugeres sentenciadas á muerte... la madre y la hija... que serán ejecutadas mañana.

--Sí ya lo sé.

--Pues bien, en mi vida he visto una audacia y una indiferencia igual á la de la madre....

es una mujer infernal.

--No es esa viuda de Marcial que ha mostrado tanto ánimo en la vista de la causa?

- La misma.

--Y qué ha hecho ahora de nuevo?

--Había pedido que la encerrasen en el mismo calabozo que á su hija... hasta el momento de su ejecución... y accedieron á su demanda. Su hija mucho menos endurecida que ella, parece ceder á medida que el momento fatal se acerca, mientras que el valor diabólico de la viuda se redobra cada vez mas.. El venerable sacerdote de la cárcel ha entrado en el calabozo para ofrecerles los consuelos de la religion, y cuando la hija se preparaba á aceptarles, la madre sin perder un momento su serenidad ha llenado al venerable sacerdote de tan horribles sarcasmos, que ha salido del calabozo; despues de esforzarse en vano á que esa indómita muger oyese algunas palabras de religion.

--Semejante audacia estando en vísperas de salir al cadalso es verdaderamente infernal, dijo el doctor.

--Cualquiera diria que era una de esas familias perseguidas por la fatalidad antigua... El padre murió en el cadalso... un hijo está en presidio... y otro sentenciado á muerte, se fugó no hace mucho... el hijo primogénito es el único que se ha librado de tan horrible contagio con dos hermanitos pequeños... Sin embargo, esa muger ha he-

cho llamar á un primogénito... á la única persona honrada de tan execrable raza... para que venga mañana por la mañana á recibir sus últimos mandatos.

--Qué entrevista!

--No teneis curiosidad de asistir á ella?

--Francamente no... Ya conoceis mis principios sobre la pena de muerte, y no tengo necesidad de un espectáculo tan horrible para asegurarme mas en mis juicios..... Si era horrible muger conserva su carácter indómito hasta el cadalso que deplorable ejemplo no se le dá al pueblo?

--Hay algo mas en esa doble ejecucion, que me parece muy singular, y es el dia que han elegido para hacerla.

--Pues cómo?

--Porque hoy es martes de Carnaval.

--Y qué?

--Mañana..... se ejecuta la justicia á las siete de la mañana..... y los grupos de personas disfrazadas que han pasado la noche en los bailes de las barreras..... se cruzarán necesariamente con el cortejo lúnebre al entrar en París.

--Teneis razon, será un contraste terrible...

--Sin contar con que desde la plaza de la ejecucion, barrera de *San Joaquin*, se oirá á lo lejos la música de las tabernillas de los alrededores, porque ya se sabe que para despedir al carnaval, se baila en esas tabernas hasta las diez y

las once de la mañana.

A la mañana siguiente... apareció el sol destumbrador y radiante.

A las cuatro de la mañana se tomaron los alrededores de Bicetre con piquetes de infantería y de caballería.

Conduciremos al lector al calabozo donde estaban reunidas la viuda del ajusticiado y su hija Calabaza.

CAPITULO XIX.

El tocado.



Un lúgubre corredor con algunas rejas á manera de respiraderos, abiertos junto al techo que sirve de pavimento al piso superior, conduce al calabozo de los sentenciados á muerte en Bicetre.

Este calabozo recibe la luz por una ancha reja practicada en la parte superior de la puerta que dá al pasadizo oscuro de que ya hemos hablado.

En este encierro de paredes húmedas y verdosas, y de techo cuarteado, con un pavimento

de piedras frías, como las del sepulcro, están la viuda del ajusticiado y su hija Calabaza.

El rostro anguloso de la viuda del ajusticiado se desprende duro, impenetrable y pálido como una máscara de mármol de la oscuridad que reina en aquel encierro.

Maniatada la viuda, porque sobre su vestido negro lleva la túnica de la prisión, especie de casaca larga de tela gris; atada á la espalda y con las mangas cerradas á manera de saco, pide que le quiten su gorro quejándose de mucho calor en la cabeza. Sus cabellos grises caen esparcidos sobre sus espaldas. Sentada al lado de su cama, y con los pies en el suelo, mira atentamente á su hija Calabaza separada de ella por la estension del calabozo.

La jóven medio acostada y con un saco igual al de su madre se estrecha hácia la pared. Tiene la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos fijos y la respiracion seca. Salvo un ligero temblor convulsivo que de vez en cuando agita su quijada inferior, y á pesar de su lívida palidez, sus facciones parecen bastante tranquilas.

En el interior y á un extremo del calabozo junto á la puerta hay un veterano de aspecto rudo, calvo, de largos vigotes grises y sentado en una silla. Es el centinela de vista de las sentencias.

--Aquí hace un frío glacial... y sin embargo se me abrasan los ojos... y tengo sed... mucha

sed... dijo Calabaza, y dirigiéndose al veterano añadió: --Hacedme el favor de un poco de agua.

El veterano se levantó, agarró una jarra de estaño llena de agua, se acercó á Calabaza, y la hizo beber lentamente; la túnica le impedía valerse de sus manos.

Después de haber bebido con avidéz le dijo:

--Gracias, amigo.

--¿Queceis beber? preguntó el soldado á la viuda.

Esta le contestó con un signo negativo: el veterano se sentó y volvieron á quedar en silencio.

--¿Qué hora es, amigo? preguntó Calabaza.

--Las cuatro y media van á dar... dijo el soldado.

--Dentro de tres horas...! dijo Calabaza con una sonrisa siniestra, aludiendo al momento señalado para ajusticiarlas, dentro de tres horas!...

Calabaza no se atrevió á concluir su pensamiento.

La viuda se encogió de hombros... su hija comprendió su intencion, y añadió:

--Teneis mas valor que yo... madre mia... no temblais nunca... no...

--Nunca,!

--Ya lo sé... demasiado lo estoy mirando, vuestro rostro está tranquilo como si estuviéseis cosiendo al fuego de nuestra cocina... aquellos tiempos se

pasaron... aquellos tiempos....!

--Tonta!

--Verdad es... pero yo quiero mejor hablar... en vez de estar callada.

--Quieres distraerte, cobarde?

--Aun cuando así fuese, madre mía, todos no tienen vuestro valor... Yo he hecho todo lo que he podido para imitaros, y no he escuchado al sacerdote, porque vos no habeis querido... Eso no quita de que yo haya hecho mal tal vez... porque al fin... añadió la joven temblando... despues quién sabe?..... y ese despues..... es muy pronto..... es.....

--De aquí á tres horas.

--Con qué frialdad lo decís madre mía....! Dios mio..! Dios mio..! pensar que estamos aquí las dos... que no estamos enfermas, que no quisiéramos morir... que sin embargo dentro de tres horas...

--Dentro de tres horas habrás acabado, como hija legítima de Marcial... *Te se presentará todo negro... y nada mas...* con que ánimo, hija mía.

--No está bien que habléis así á vuestra hija, dijo el soldado con voz grave; mejor sería que la dejaseis oír los santos consuelos del sacerdote.

La viuda se encogió de hombros con insolente desden; y dirigiéndose á Calabaza sin fijar la vista en el veterano, replicó:

--Valor, hija mía..... nosotros probaremos que hay mugeres con mas corazon que esos hombres

con sus sacerdotes y todo. . Cobardes..!

--El comandante Leblond era el oficial mas valiente del tercero de cazadores de infantería, y yo le he visto acribillado de heridas en la brecha de Zaragoza... morir haciendo la señal de la cruz.. dijo el veterano.

--Vos érais su sacristan? le preguntó la viuda con una carcajada salvaje.

--Yo era soldado... respondió con amabilidad el veterano... He dicho eso únicamente para probaros que se puede orar sin ser cobarde á la hora de la muerte.

Calabaza miró con atención á aquel hombre de rostro rugoso, tipo perfecto y popular del soldado del imperio; una profunda cicatriz cruzaba su mejilla izquierda, y se perdía en su poblado bigote gris. Las sencillas palabras de aquel veterano, cuyas facciones y heridas anunciaban la bravura tranquila y experimentada por las batallas, hicieron mucha impresion en la hija de la viuda.

Calabaza habia rebusado los consuelos del sacerdote, mas bien por una falsa vergüenza, y por miedo á los sarcasmos de su madre, que por endurecimiento. Incierta y moribunda opuso á los sarcasmos sacrílegos de su madre, el asentimiento del soldado. Fortalecida con aquel testimonio creyó escuchar sin bajeza los instintos relijiosos, á los cuales habian obedecido los hombres mas intrépidos.

--Por qué no habré querido escuchar al sa-

cerdote? dijo Calabaza con angustia... pues no ha sido por debilidad... tal vez así me hubiera distraído... y luego... *despues.....* quién sabe?

--Aun estamos ahí? dijo la viuda con tono despreciativo... pero te falta tiempo... y es una lástima... porque sino te habías religiosa. Cuando venga tu hermano Marcial te acabarás de convertir... pero no vendrá.. el hombre honrado, el buen hijo...

En el momento en que la viuda pronunciaba aquellas palabras, sonó el enorme cerrojo de la cárcel, y se abrió la puerta.

--Tan pronto! exclamó Calabaza dando un salto convulsivo. Oh! Dios mio... era mas tarde de lo que nos decian... nos engañaban!

Y sus facciones empezaron á descomponerse de una manera horrible.

--Tanto mejor... si el reloj del verdugo se ha adelantado... así no me deshonrará tu cobardía.

--Señora, dijo el empleado de la cárcel con esa especie de lástima que *inspira la muerte*, vuestro hijo está aquí; quereis verle?

--Sí, respondió la viuda sin volver la cabeza.

--Entrad, amigo, dijo el carcelero.

Marcial entró. El veterano quedó en el calabozo dejando abierta la puerta, para mas precaucion. Al otro lado del corredor medio iluminado por el nuevo dia y por un reverbero, se veian muchos soldados y carceleros, los unos sentados en

un banco y los otros de pie.

Marcial estaba tan lívido como su madre; sus facciones expresaban un horror profundo; le flaqueaban las rodillas. A pesar de los crímenes de aquella mujer, á pesar de la aversion que ella le habia tenido siempre, se creyó obligado á obedecer la voluntad última de su madre.

Apenas entró en el calabozo, la viuda lanzó sobre él una mirada penetrante, y le dijo con voz colérica, y como tratando de despetar en el alma de su hijo un horror profundo:

-- Ves... lo que van á hacer... con tu madre y con tu hermana!

-- Ah! madre mia... eso es horrible... pero ya os lo dije muchas veces... ya os lo dije.

La viuda cerró sus lábios blancos de cólera; su hijo no la comprendia y la dijo:

-- Nos van á asesinar... como asesinaron á tu padre.

-- Dios miol.. Dios miol.. ese no tiene remedio... que queréis que yo haga?... pero si me hubiéseis escuchado no estariáis aqui ninguna de las dos.

-- Es decir... añadió la viuda con su acostumbrada ironía, que esto te parece bien?

-- Madre mia!

-- Ya estás contento, ya podrás decir sin mentir que tu madre ha muerto... no te avergonzarás de ser hijo suyo.

-- Si yo fuera mal hijo, respondió brúscamente Marcial; incomodado de la injusticia de su madre... no estaria aquí.

--Tú vienes... aquí... por curiosidad.

--Yo vengo por obedeceros.

—Ah! Marcial, si yo te hubiera escuchado, en vez de escuchar á madre... no estaria ahora aquí, exclamó Calabaza cediendo por fin á sus angustias, y á su terror contenido hasta entonces por la influencia de la viuda. Madre tiene la culpa de todo... maldita sea mi madre!

—Ya ves cómo se arrepiente... y me acusa... alégrate, dijo la viuda á su hijo con una carcajada diabólica.

Marcial sin hacerla caso se acercó á Calabaza, que empezaba á agonizar, y la dijo compadecido:

—Pobre hermana mia...! ya es demasiado tarde.

—Nunca es tarde... para ser cobarde! dijo la madre con un furor frio y horrible... Oh! que raza... qué raza!.. Afortunadamente Nicolás se ha escapado... afortunadamente Francisco y Carolina se escaparán... la miseria... los conducirá al vicio que ya conocen.

—Marcial... cuida mucho de los niños... ó acabarán como nosotras dos... tambien les cortarán la cabeza, exclamó Calabaza lanzando sordos gemidos.

—Bastante hará con cuidar de ellos!.. exclamó la viuda con una exaltacion feroz: el vicio y la miseria serán mas poderosos que todo eso, y llegará dia... en que venguen á su padre, á su madre y á su hermana.

—Vuestra horrible esperanza saldrá fallida, ma-

dre mia; respondió Marcial indignado. Ni ella ni yo tendremos que temer nunca la miseria. La Loba ha salvado á la jóven que Nicolás quiso abogar... los parientes de esa joven nos han propuesto ó mucho dinero ó tierras en Argel... al lado de una granja que han regalado á un hombre que les habia hecho muchos favores. Nosotros hemos preferido las tierras, porque aunque se corre algun peligro, eso nos gusta á la Loba y á mí... mañana nos llevaremos los niños y en nuestra vida volveremos á Europa.

—Es verdad lo que dices? preguntó á Marcial la sorprendida viuda.

--Yo no miento nunca.

--Tú mientes ahora para irritarme.

--Irritaros... porque la suerte de los niños está asegurada?

--Sí... porque de lobatillos hareis corderos... nadie vengará la sangre de tu padre, la de tu hermana, ni la mia...

--Esta no es ocasion de hablar así.

--Yo he asesinado..... me asesinan..... estoy en paz...

--Madre mia... el arrepentimiento...

La viuda lanzó una nueva carcajada y añadió:

--Treinta años he vivido en el crimen... y para arrepentirme de esos treinta años... me dan tres dias con la muerte al final de ellos... Crees tú que tengo tiempo suficiente? no... no... cuando mi ca-

beza caiga en el saco del verdugo... respirará odio y furor.

—Hermano mio.... socórreme.... sácame de aqu.... ya vienen.... murmuró Calabaza con voz débil porque la miserable empezaba à delirar.

--Quieres callar?.. dijo la viuda exasperada con la debilidad de Calabaza... quieres callar?.. Oh! es ta infame muger... no es hija mia...

--Madre mia, madre mia, exclamó Marcial desgarrado con aquella horrible escena; por qué me habeis hecho venir aqui?

--Porque creia poder despertar tu corazon y tu brio... pero no tienes... ni lo uno ni lo otro.... cobarde

--Madre mia!

--Cobarde... cobarde... cobarde.

A ese tiempo se oyò un gran ruido de pasos en el corredor.

El veterano sacó su reloj, miró la hora y se puso en pié.

El sol deslumbrador y radiante vertia la claridad dorada de sus naciescentes rayos por el tragaluz practicado en el corredor, frente á la puerta del calabozo.

Abrióse la puerta, y la entrada del calabozo se iluminó vivamente. En medio de aquella zona luminosa trajeron dos sillas, y el escribano dijo á la viuda con voz trémula:

--Ya es hora..

La viuda del ajusticiado se puso en pie, er-

guida é impávida; Calabaza lanzó aguijones quejidos.

Cuatro hombres entraron, de los cuales tres, bastante mal vestidos, tenían en la mano pequeños lios de cuerda muy delgada, pero muy fuerte.

El principal de aquellos cuatro hombres todo vestido de negro, con sombrero del mismo color y una corbata blanca entregó un papel al escribano.

Aquel hombre era el verdugo.

Aquel papel era el recibo de dos mugeres para la guillotina... El verdugo tomaba posesion de aquellas criaturas de Dios, y ya era el único responsable de ellas.

A la desesperacion de Calabaza, había sucedido un estupor completo. Dos ayudantes del verdugo la sentaron en la cama sosteniéndola trabajosamente. Sus quijadas, cerradas con una convulsion tetánica, apenas la permitian pronunciar algunas palabras sueltas.... movia en derredor suyo los ojos parados, y su barba descansando sobre el pecho sin el apoyo de las manos, hacia que su cuerpo fuera una masa inerte.

Marcial despues de abrazar por última vez á aquella desgraciada, permaneció inmóvil y lleno de horror sin atreverse á dar un paso, y como fascinado por tan horrible escena.

La viuda no había perdido su audacia, con la cabeza erguida, ayudaba ella misma á quitarse el saco que la maniataba, y quedó con un vestido viejo de lana negra.

--Dónde me meto? preguntó muy serena.

--Tened la bondad de sentaros en una de estas sillas, la dijo el verdugo, indicándola uno de los dos asientos colocados á la entrada del calabozo.

La puerta estaba abierta y se veian en el corredor muchos carceleros, el alcaide y algunos curiosos privilegiados.

La viuda se dirigia con resolucion al sitio que se la habia indicado, pero se detuvo al pasar por delante de su hija... se acercó á ella, y la dijo ligeramente conmovida:

--Hija mia... abrázame.

A la voz de su madre, Calabaza salió de su apatía, se incorporó, y con un gesto de maldicion esclamó: Si hay un infierno en el otro mundo, yo os mando allá muger maldita.

--Hija mia!... abrázame, dijo la viuda adelantándose hacia su hija.

--No os acerqueis... me habeis perdido, murmuró la desgraciada rechazando á su madre con las manos.

--Perdóname!

--No...! Nol.... dijo Calabaza con voz convulsiva, y aquel esfuerzo la debilitó, haciéndola caer casi sin sentido en los brazos de los ayudantes.

Una nube pasó por la frente indómita de la viuda; sus ojos secos y ardientes se humedecieron un punto, y se encontró con la mirada de su hijo.

Despues de un momento de temblor y como si

hubiese cedido á los esfuerzos de una lucha interna, le dijo:

-- Y tú?

-- Marcial se precipitó llorando en los brazos de su madre.

-- Basta, dijo la viuda, dominando su emocion, y separándose de su hijo; el señor me espera, añadió señalando al verdugo.

Despues marchó rápidamente hácia la silla donde se sentó con resolucion.

La luz de sensibilidad maternal que un punto iluminára las tinieblas profundas de aquella alma abominable, se apagó de pronto.

-- Amigo, dijo el veterano acercándose á Marcial, venid, venid conmigo.

Marcial horrorizado siguió maquinalmente al soldado.

Dos ayudantes del verdugo llevaron hasta la silla á la moribunda Calabaza; el uno sostenia su cuerpo casi falto de vida, mientras que el otro por medio de cuerdas casi excesivamente delgadas, pero muy largas, la ataba las manos á la espalda con nudos muy apretados, enlazándola en los tobillos una cuerda bastante larga, para que pudiera marchar á paso corto.

Aquella operacion era estraña y horrible á la vez; cualquiera hubiese dicho que las cuerdas delgadas que apenas se distinguian en la oscuridad, y con las que aquellos hombres silenciosos sujetaban al reo con tanta rapidez como destre-

za, salían de sus manos como los hilos ténues con que las arañas envuelven á su víctima antes de devorarla.

El verdugo y un ayudante ataron á la viuda con la misma agilidad, sin que las facciones de aquella muger ofreciesen la menor alteracion.

Lo único que hacia era toser de vez en cuando.

Cuando la viuda del ajusticiado no estuvo en disposicion de moverse, el verdugo sacando de su bolsillo un gran par de tijeras, la dijo con suma política.

--Tened la bondad de bajar la cabeza.

La viuda lo hizo, diciendo:

--Nosotros somos buenos parroquianos; primero tuvísteis al marido... y ahora teneis aquí á su muger y á su hija.

El verdugo sin contestar una sola palabra, agarró con la mano izquierda los cabellos, y se puso á cortarlos muy á raiz sobre todo hácia la nuca.

--Con eso puedo decir que me han peinado tres veces en mi vida, dijo la viuda con una sonrisa sinistra: el dia de mi primera comunión... cuando me pusieron el velo... el dia de matrimonio, cuando me pusieron la flor de naranja... y hoy, no es verdad, señor peluquero de muerte?

El verdugo permaneció mudo.

Los cabellos de la madre de Marcial eran espesos y ásperos, tanto, que ya había caído la cabellera de Calabaza enteramente al suelo, cuando no había cortado ni la mitad de la de su madre.

--A que no acertais lo que estoy pensando? dijo la viuda al verdugo despues de haber contemplado de nuevo á su hija.

El verdugo guardó silencio.

No se oía otra cosa que el chirrido sonoro de las tijeras, y la especie de hipo y aliento que de vez en cuando levantaba el pecho de Calabaza.

A ese tiempo se vió en el corredor un sacerdote de aspecto venerable, que se acercaba al director de la cárcel y hablaba con él en voz baja. Aquel santo ministro iba á probar por última vez si podría arrancar el alma de la viuda á su obcecacion.

--Pues estoy pensando; añadió la viuda despues de algunos momentos de silencio, y viendo que el verdugo no la decia nada, estoy pensando en que hace cinco años... mi hija, á la que vais á cortar la cabeza... era la chica mas bonita que yo he visto.. Tenia cabellos rubios, y un color rosado hermosísimo... Quién la habia de decir entonces que... la suerte de las criaturas es una comedia diabólica, añadió con una carcajada imposible de describir.

A este tiempo cayeron sobre sus hombre

los últimos mechones de su cabellera gris.

--He concluido, señora, dijo con política el verdugo.

--Gracias; os recomiendo á mi hijo Nicolas, á quien pescareis un dia de estos.

Despues respondió brúscamente á un carcelero que le dijo algunas palabras al oido.

--No... no... os he dicho ya que no.

El sacerdote oyó aquellas palabras, cruzó las manos, alzó los ojos al cielo y desapareció.

--Señora... vamos á echar á andar; no quereis nada? dijo obsequiosamente el verdugo.

--Gracias... esta tarde me daté un atracon de tierra.

La viuda despues de aquel nuevo sarcasmo, se puso en pié; llevaba sus manos atadas á la espalda, y un lazo bastante flojo para que pudiese andar, la sujetaba las piernas. Aunque su paso era firme y seguro, el verdugo y uno de los ayudantes quisieron sostenerla, pero ella hizo un gesto de impaciencia, y les dijo con voz imperiosa y áspera:

--Dejadme sola..... tengo buen pie, ¡y buen ojo..... ya verán si tengo buena voz en el caldoso, y si digo palabras de arrepentimiento.

La viuda marchando en medio del verdugo y de un ayudante salió del calabozo, y entró en el corredor.

Los otros ayudantes tuvieron que sacar á Ca-

labaza en la silla, porque estaba medio muerta.

Después de haber atravesado el largo corredor, el cortejo fúnebre ganó una escalera de piedra que conducía á un patio exterior.

El sol bañaba con su dorada luz el tejado de las altas paredes blancas que rodeaban el patio y se dibujaban en el cielo sobre un espléndido manto azul... el aire era dulce y cálido... jamás hubo día de primavera mas risueño, ni mas magnífico.

En aquel patio se veía un piquete de gendarmería departamental; una berlina y un coche largo, estrecho, de caja amarilla, tirado por tres caballos que relinchaban alegremente.

Se sabía á aquel carruaje como un ómnibus, por una puerta trasera, y aquella semejanza inspiró un nuevo sarcasmo á la viuda.

--El conductor no dirá: *Esta completo!* dijo la viuda, y siguió marchando tan pausadamente como lo permitían sus grilletes de cuero.

Calabaza exámine y sostenida por un ayudante se sentó, ó la sentaron mas bien, en el carruaje, frente á su madre... y cerraron después la portezuela.

El cochero se habia dormido, y el verdugo le despertó de un golpe.

--Perdonad, dijo el cochero despertándose y bajando de su asiento; pero una noche de carnaval es terrible... Yo venia justamente de llevar á las vendimias de Borgoña á unos vendi

miadores y vendimiadoras que han ido cantando todo el camino... cuando me habeis avisado estaba yo...

--Basta... seguid este carruaje y... á la *rambla de Santiago*.

--Perdonad... pero hace una hora á las vendimias... ahora á la guillotina... bien dijo el otro, que todas las carreras se siguen, pero que no se parecen unas á otras.

Los dos carruajes precedidos y seguidos de un piquete de gendarmería, pasaron la puerta exterior de Bicetra, y tomaron al trote el camino de París.

CAPITULO XX.

Marcial y el Terrible.



emos prestado el cuadro *del tocado* de los sentenciados á muerte en toda su horrible verdad, porque nos parece que de esa pintura salen poderosos argumentos;

Contra la pena de muerte.

Contra la manera de aplicar esa pena.

Contra el considerarla como un ejemplo para un pueblo.

El tocado, aunque desnudo de ese aparato, á la vez formidable y religioso, que debiera presidir á todos los actos del supremo castigo que la ley impone en nombre de la vindicta pública, es lo mas terrible que hay en la ejecucion de la pena capital, y eso es lo que se oculta á la multitud.

En España sucede todo lo contrario; el reo está tres días en una capilla con el ataúd siempre á la vista; los sacerdotes agonizándole, y las campanas de la iglesia doblando dia y noche con su tañido funeral. Esa especie de iniciativa y de recuerdo hácia la muerte que les espera, puede amedrentar á los criminales mas endurecidos, é inspirar un terror saludable á la multitud que se agolpa á las rejas de la capilla mortuoria.

El dia del suplicio es tambien un dia de luto público; las campanas de todas las parroquias *doblan á muerto*, y el reo es conducido lentamente al cadalso con una pompa imponente y lúgubre; lleva el ataúd delante de sí todo el camino; los sacerdotes cantando las oraciones de la agonía van á su lado; siguen tambien las cofradías religiosas y por fin los limosneros van pidiendo para hacer bien y decir misas por el alma del ajusticiado..... El pueblo no permanece sordo á esa escitacion.

Ese aparato es sin duda horroroso, pero indica que no se arrebatara de este mundo á una criatura de Dios llena de vida y de fuerza, como se deguella un carnero.... y da en que pensar á la multitud

que juzga siempre del crimen por la magnitud del castigo. Así conoce que el homicidio es un abominable, delito, puesto que la pena que se le impone aterra y conmueve á toda una poblacion.

Ese terrible espectáculo puede dar lugar á graves reflexiones, inspirar un terror provechoso.... y la parte bárbara de ese sacrificio humano está velada al menos con la magestad solemne de su ejecucion.

Pero cuándo las cosas pasan exactamente como las hemos referido (y con *menos gravedad* algunas veces) qué ejemplo pueden dar?

Llevan al reo al amanecer le ligan, le arrojan en un carruaje cerrado, el postillon aprieta los caballos, llegan al cadalso, se alza la cuchilla y una cabeza cae en un cesto.... entre los sarcasmos horribles del populacho mas corrompido.

Donde está el ejemplo, repetimos de esa ejecucion rápida y clandestina? Además, la ejecucion se hace, por decirlo así, á cencerros tapados, en un rincón cualquiera, con una precipitacion maliciosa, y todo el pueblo ignora ese acto sangriento y solemne; nada le anuncia que ese día *han asesinado á un hombre....* En los teatros se ríe y se canta.... la muchedumbre se agita alegre y satisfecha....

Y sin embargo, ese homicidio jurídico cometido en nombre del interés general, debe interesar á todos bajo el punto de vista de la sociedad, de la religion y de la humanidad.

Finalmente, decimos y no nos cansaremos nunca,

profunda y concentrada, que quiere decir cariño... Dormir por los suelos, comer pan negro... ser su perro mastiu... pero estar donde él estuviera, con eso me contentaba... Ah! eso era demasiado... y no me lo ha permitido.

--Cómo, ha sido muy generoso con vos...

--No es esa la causa de que yo le ame tanto... sino el haberme dicho que tenia corazon y honor... Hubo un tiempo en que yo era violento como una bestia... en que me despreciaba á mi misma creyéndome un canalla... y ese hombre me hizo comprender que habia algo bueno en mí... puesto que cumplida mi condena, me habia enmendado, y que despues de sufrir toda clase de miserias sin robar, trabajaba con alma para adquirir mi sustento sin querer mal á nadie, aunque todo el mundo me habia mirado como un presidiario, cosa que en vez de alentar, desanima.

--Verdad es; muchas veces bastan algunas palabras que alienten y animen, para ponerle á uno en camino de ser hombre de bien.

--Me alegro de que penseis como yo, Marcial; cuando M. Rodolfo me dijo esas palabras, el corazon me empezó á latir fuertemente, y desde esa época me lanzaria al fuego por ser hombre de bien... si no... que se presente una ocasion y veremos... Y á quien debo yo todo esto? á quién?.. á M. Rodolfo.

--Pues justamente porque sois mil veces mejor

de lo que érais, no debéis tener esos malos sentimientos... el sueño de esta noche no quiere decir nada.

--Allá veremos.. no hay necesidad de que yo busque adrede una desgracia... porque no la hay para mí mayor que la que tengo encima... la de no verle mas... cuando yo creía no separarme nunca de él.. En cuerpo y alma quisiera yo estar siempre á sus órdenes... Diosquiera que no se haya engañado en su obstinacion .. Yo no soy mas que un miserable gusano en comparacion suya.. pero muchas veces sucede que los mas pequeños pueden ser útiles á los mas poderosos... Si eso fuera así, en mi vida le perdonaria haberse privado de mí.

--Quién sabe... algun dia tal vez le volvais á ver.

--Obl no: me ha dicho: „mira, es preciso que me prometas no tratar nunca de volverme á ver; me harás en ello un favor..” Yo lo he prometido... á fé de hombre valiente... y por mas dura que sea la palabra sabré cumplirla.

--Cuando esteis allá, olvidareis poco á poco los pesares. Trabajaremos juntos, viviremos tranquilos como buenos labradores, salvo alguna vez que andemos á escopetazos con los árabes... eso nos gustará mucho á mi muger y á mí... porque la Loba tiene el alma bien puesta.

--Si se trata de andar á balazos, aquí estoy yo, Marcial, dijo el Terrible algo mas consola-

do. Soy jóven y he sido militar...

--Y ¿o cazador furtivo!

--Pero vos... teneis muger y esos dos niños, con quienes haceis las veces de padre... Yo no tengo mas que mi pelleja... y puesto que no sirve para hacer un pararrayos à M. Rodolfo, para nada la quiero. Si se presenta una ocasion de andar á leñazos, la tomo por mia.

--La tomaremos los dos.

--No, yo solo... A mí los beduinos... á mí.

--Me gusta oiros hablar así... nos llevaremos como verdaderos hermanos, y nuestras penas se distraerán juntas, porque el dia de hoy no se borrará nunca de mi memoria... ver una madre y una hermana como yo las he visto... es cosa que desgarrá el corazon, y no se olvida tan fácilmente. Nos parecemos en muchas cosas, y nos conviene estar juntos. Ninguno de los dos teme los peligros; pues bien, seremos mitad labradores y mitad soldados... cazaremos juntos... labraremos juntos... y guerrearémos juntos. Si quereis vivir solo en vuestra casa, seremos vecinos... Sino, viviremos juntos. Cuidaremos los niños con el mayor esmero, y vos sereis su tio... puesto que somos hermanos. Os accommoda? dijo Marcial tendiendo la mano al Terrible.

--Mucho que sí... y... ó la pena acaba conmigo, ó yo acabo con ella.

--Vos con ella... Velaremos juntos en nuestro destierro, y todas las noches diremos: hermano...

(3co)

demos gracias á M. Rodolfo. Esa será nuestra plegaria.

--Marcial... vuestras palabras son un bálsamo consolador.

--Me alegro mucho... y espero que no penseis mas en ese sueño.

--Haré lo posible.

--Y vendreis á buscarnos á las cuatro, porque la diligencia sale á las cinco.

--A las cuatro... pero ya estamos cerca de París, y voy á dejar el coche para ir á pié hasta la barrera de Charenton; y esperaré allí á M. Rodolfo para verlo pasar...

El carruaje se detuvo, y el Terrible se apeó.

--No olvidéis la hora que es á las cuatro, dijo Marcial.

--A las cuatro.

El Terrible no tenia presente que era la madrugada del miércoles de Ceniza, y quedó sorprendido con el espectáculo extraordinario y repugnante á la vez que se presentó á sus ojos, cuando hubo corrido una parte de la rambla exterior que tomó para dirigirse á la barrera de Charenton.

CAPITULO XXI.

La mano de Dios.



ien á pesar suyo se encontró el Terrible frente á frente con una muchedumbre compacta, torrente popular que saliendo de las tabernas del arrabal de la Nevera se amontonaba á los bordes de aquella barrera para diseminarse despues por la rambla de Santiago sitio destinado para la ejecucion.

A pesar de ser de dia, se oia á lo lejos la música de la orquesta de las tabernillas, resaltando sobre todo las vibraciones sonoras de los cornetines de piston.

Seria preciso el pincel de Callot, de Rembrandt ó de Goya para pintar el aspecto extraño, inmundado y casi fantástico de aquella multitud. Casi todos los hombres, las mugeres y los niños iban vestidos de máscara; los que no habian podido llevar trajes de lujo se adornaban con papeles de colores; algunos jóvenes iban disfrazados de mugeres con basquiñas medio rasgadas y salpicadas de lodo, y todos aquellos semblantes hollados por la

crápula y el vicio, y pálidos con la embriaguez espresaban una alegría brutal al pensar que tras una noche de orgía, iban á ver ajusticiar dos mugeres para quienes se habia levantado el caldoso (1).

Aquella inmensa cohorte, espuma fangosa y fétida de París, se componia de handidos y de mugeres perdidas que ganaban el pan á fuerza de crímenes, y que volvian de noche á sus madri-gueras anchamente satisfechos (2).

La rambla exterior estaba contigua á este sitio, y la muchedumbre apiñada refluía impidiendo enteramente la circulacion. El Terrible á pesar de su fuerza atlética, se vió obligado á permanecer inmóvil en medio de aquella masa compacta... pero se resignó á esperar allí sin embargo de que eran las siete, y de que saliendo el príncipe como le habian dicho á las diez de la calle Plumet, no debia pasar por Charenton hasta las once, poco mas ó menos.

No obstante el haber frecuentado por precision las clases degradadas de las que formaba par-

(1) *La ejecucion de Norbert y de Dur-près se hizo este año el miércoles de Ceniza por la mañana.*

(2) *Segun M. Figier, escelente historiador de las clases temibles de la sociedad, existen en Paris cerca de tres mil personas que solo viven del robo.*

te aquel populacho, sintió el Terrible una repugnancia inmensa al encontrarse en medio de aquella gente. Llevado por el reflujo de las masas, hasta la pared de una de las tabernillas que hormigueaban en aquellas ramblas, asistió el Terrible muy á pesar suyo á un espectáculo extraordinario que se veía por las entreabiertas ventanas que daban salida asimismo á los atronadores sonidos de una orquesta de instrumentos de aire.

En una estensa sala de un piso bajo ocupada en uno de sus extremos por los músicos, llena de bancos y de mesas con restos de comida, platos rotos y botellas desocupadas, una docena de personas entre hombres y mugeres disfrazados y medio borrachos, se entregaban con frenesí á ese baile loco y obsceno llamado el *Cancon*, al cual se entregan algunos parroquianos de esos sitios al fin del baile, cuando los municipales se han retirado. Entre las malas fachtas que figuraban en aquella bacanal, el Terrible vió dos que se hacían aplaudir particularmente, por el asqueroso cinismo de sus gestos y de sus palabras. El primer máscara era un hombre vestido de oso con una chaqueta y un pantalón de piel de carnero negro. La cabeza del animal había sido reemplazada por una especie de capucha de pelo largo que cubría enteramente su rostro, y tenía dos agujeros delante de los ojos, y un rasgón á la altura de la boca que permitían ver, hablar y respirar... Aquel enmascarado, era uno de los presos que se esca-

paron de la Fuerza (entre los cuales se hallaban Barbillon y los dos asesinos que prendieron en la tasca de la Hostalera, al principio de esta novela); aquel enmascarado era Nicolás Marcial, el hijo, el hermano de aquellas dos mujeres á quienes aguardaba el cadalso á dos pasos de allí... arrastrado á tan atroz insensibilidad y á tan horroroso alarde de cinismo, por uno de sus compañeros, bandido temible, escapado... y disfrazado tambien... se atrevia aquel miserable á entregarse á la alegría en los últimos momentos del carnaval, lleno de seguridad en su protectora careta.

La muger que bailaba con él vestida de vivandera, llevaba un sombrero de cuero abollado, lleno de cintas pingajosas, y una especie de justillo viejo encarnado, que tenia por adornos tres filas de botones de cobre á lo búsar; un tonelete verde y unos pantalones de lienzo blanco. Sus cabellos negros cian desordenados sobre su frente y sus facciones macilentas y plumizas, respiraban no menor descaro que desvergüenza.

No menos despreciable que esos dos personajes era su pareja que estaba frente de ellos.

El hombre alto vestido de máscara á lo Robert-Macaire, habia tiznado de tal manera su huesosa figura, que estaba desconocida. Una ancha cinta cubria su ojo izquierdo, y el blanco mate del derecho destacándose sobre aquel negruzco semblante, le hacia mas asqueroso aun. La barba del Esqueleto (pues ya le habrá conocido el lector) se

ocultaba en una gran corbata formada de un chal encarnado y viejo. Con un sombrero gris raído, según tradición, y sin copa, no frac verde remendado, y un pantalón de color de tabaco pingajoso, y sujeto á las espinillas, hacía el asesino las posturas más groseras y más cínicas del Cancán, lanzando á derecha é izquierda, atrás y adelante sus largos remos, duros como el hierro, desplegándolos y replegándolos con tanta elasticidad, que cualquiera hubiese dicho que los ponía en movimiento con resortes de acero.

Digna corifea de aquella inmunda bacanal era su pareja, mujer alta y seca, de rostro impúdico, vestida de batelero, con un gerro de polisonte, ladeado sobre una peluca empolvada, y con una blusa y un pantalón de terciopelo verde rabioso; ancho el segundo, y sujeta la primera con una chalina colorada, cuyas largas puntas caían hasta las corvas.

Una muger gruesa, fea y hombruna, la hostalera de la Tasca, sentada sobre uno de los bancos, tenía sobre las rodillas, los mantones de las dos bailarinas, mientras rivalizaban saltando y haciendo figuras á cual más cínicas, con el Esqueleto y Nicolás Marcial.

Entre los demás bailarines se distinguía un chico informe y patiestevado, vestido de diablillo con un saco negro grande y largo por demás para él, unos calzoncillos encarnados, y una careta imponente y horrible. A pesar de sus imper-

fecciones, tenia aquel chicuelo una agilidad sorprendente; su depravacion precoz, igualaba ó escedia mas bien á las de sus compañeros inmundos, y hacia reir con mas desvergüenza que una mujer embarazada, vestida de pastora, que escitaba con su descarro las carcajadas de cuantos estaban en tan inmundada cloaca.

No habiendo resultado nada contra Jorobeta (pues tambien le habrá conocido el lector), y habiendo quedado Zurdillo preso provisionalmente, fué reclamado el chico á petición de su padre por Micou el encubridor de la travesía de la Cerveza, á quien sus cómplices no habian denunciado.

Como figuras secundarias del cuadro, cuya pintura hemos ensayado, imagínese el lector lo mas bajo, lo mas inmundo y lo mas monstruoso de una crápula viciosa, atrevida, sanguinaria y atea, que cada vez se muestra mas enemiga á la sociedad, y sobre la cual hemos querido llamar la atención de nuestros lectores al terminar esta novela.

Esta horrible escena final puede simbolizar el peligro inminente que amenazará de continuo á la sociedad.

La cohesion y el aumento de esa raza de ladrones y asesinos, es una especie de protesta palpitante contra los defectos de las leyes de represion, y contra la falta sobre todo de *medidas preventivas de una legislacion previsoras* y

de instituciones preservativas, destinadas á vigilar y á moralizar desde la infancia esa multitud de infelices, abandonados ó pervertidos por tan horribles ejemplos. Esos seres abandonados, repetimos por última vez, á quienes Dios uo ha hecho ni más malos, ni mejores que á las demas criaturas, solo se vician y gangrenan incurablemente en el fango de la miseria, de la ignorancia y del embrutecimiento en que se sepultan desde que nacen.

.....

Escitados los actores de la abominable orgía que hemos referido, por las risas y los aplausos del pueblo que se agolpaba á verlos por las ventanas, gritan á la orquesta para que tocase la galop de la despedida.

Los músicos satisfechos de que se acabase una sesion tan terrible para sus pulmones, accedieron al voto general, y tocaron con energía una galop de compás demasiado vivo.

A los vibrantes sonidos de los instrumentos de aire, se redobló el entusiasmo, y siguiendo al Esqueleto y su pareja todas las máscaras se pusieron á bailar, y lanzando aullidos salvajes empezaron una vuelta infernal.

Una polvareda espesa se levantó del pavimento de la sala, y cubrió con una especie de nube rojiza y siniestra aquel torbellino de hombres y mujeres que daban vueltas y mas vueltas con vertiginosa rapidéz.

Aquellas cabezas exasperadas por el vino, por la agitacion, y por sus propios chillidos, no estaban ya horiachos, estaban delirantes, frenéticos, les faltaba espacio para bailar, y el Esqueleto ronco de tanto charlar, gritó con voz fuerte:

--Pásol.. pasol.. que abran la puerta... nos saldremos á la Rambla.

--Sí!.. sí!.. exclamó la muchedumbre colgada de las ventanas, una galop hasta la barrera de Santiago.

--Pronto será hora de que acogoten á las dos hembras.

--El *Buchi*, se luce hoy.

--Como que tiene racion doble.

--Y con acompañamiento de cornetin de llaves.

--Bailaremos la contradanza de la guillotina.

--*Adelante dos.....* exclamó Jorobeta.

--Eso es, que se diviertan por última vez.

--Yo saco á la viuda.

--Yo á la muchacha.

--Tambien el verdugo se divertirá.

--Como que baila el *cancan* con pateja doble.

--Mueran los *cabritos*, vivan los *choros*,(1) exclamó el Esqueleto con voz horrible.

El sarcasmo y las amenazas de aquellos bui-

(1) *Los hombres de bien y los bandidos.*

tres, acompañados de cantos obscenos, de gritos y de ahullidos, aumentaron mucho mas, cuando la banda del Esqueleto hizo una invasion violenta é impetuosa entre aquella muchedumbre compacta é inmundada.

Horrible mezcla hacian los rugidos, las imprecaciones y las carcajadas salvajes de la multitud que llevó á su colmo tan horrible cinismo, cuando el carruaje en que iban las sentenciadas, escoltado por tropa de caballería, asomó á lo lejos de la rambla. El populacho siguió la dirección del coche, lanzando ahullidos de feroz alegría.

A este tiempo pasó un correo que viniendo de la rambla de los Inválidos, se dirigia á galope hácia la barrera de Charenton. Llevaba un frac azul claro con cuello amarillo, y todas las costuras galoneadas de plata; pero en señal del luto rigoroso los pantalones eran negros, y en su sombrero bordado de plata, se veia tambien un crespon.

Finalmente, en las orejeras se veian en relieve las armas reales de Gerolstein.

El correo refrenó el caballo al llegar á los grupos de gente, y á pesar de ir al paso, tuvo que pararse mas de una vez al internarse entre el oleaje del populacho... Sin embargo de que manejaba la brida con mucha precaucion, y de que iba avisando que se apartasen, gritos, injurias y amenazas se oyeron de todas partes contra él.

--Vaya una gracia de avestruz que quiere atropellarnos con el camello.

--Si nos atropellan... hagámosle que se apee por las orejas.

--Y cuánta plata lleva el buen señor, exclamó Jorobeta con su máscara verde y su lengua encarnada.

--Se le descoserán los galones de la casaca, y haremos un *judío* con ellos..... dijo Nicolás.

--Y si no estás contento, lacayuelo imbécil, añadió el Esqueleto dirigiéndose al correo, y agarrando el caballo por la brida, te descoseremos el vientre.

El correo, hombre vigoroso é intrépido, dijo al Esqueleto alzando el mango de su fusta:

--Sino sueltas la brida te rompo la crisma.

--Tú á mí canalla.

--Yo á tí.... voy al paso y avisando para que os separeis, y no tienes derecho para detenerme. El carruaje de monseñor viene detrás de mí, oigo los látigos... y déjame pasar.

--Tu señor! dijo el Esqueleto, y qué me importa á mí de tu señor?.. Si se me pone en la cabeza lo mato; así como así tengo gana de pillar un señor por mi cuenta.

--Ya no hay señores que valgan... *Viva la carta*, exclamó Jorobeta. Y tarareando estos versos.

„Marchemos batallones
 „Contra sus cañones,,

se asió brúscamente á una de las botas del correo, y con el peso de su cuerpo le hizo que bambolease sobre la silla.

Un latigazo castigó la audacia de Jorobeta, pero el populacho enfurecido se precipitó sobre el correo, y aunque este quiso avanzar espolcando al caballo, no pudo hacer otra cosa que sacar su cuchillo de monte. Desmontado y atropellado por los gritos y los ahullidos del rabioso populacho hubiera perecido á sus manos, á no llegaren el mismo instante el coche en que iba Rodolfo, que distrajo la infamia de aquellos miserables, despertando su estúpida admiracion.

El coche del príncipe, iba tirado por cuatro caballos de posta, y uno de los lacayos (entutado por la muerte de Sarah) se bajó de la traserá acercándose á la portezuela, porque la carretela era muy baja. Les postillones gritaban: hé, hé, y avanzaban con precaucion.

Rodolfo de luto rigoroso con su hija, cuyas manos estrechaba entre las suyas, miraba á Flor-Celestial con alegría y ternura; el rostro encantador de la pobre niña estaba adornado con una pequeña capota de crespon negro que hac a resaltar la blancura deslumbradora de su fino cútis, y los brillantes reflejos de sus hermosos cabellos rubios; parecia que el azul del cielo reflejaba en sus hermosos ojos que jamás habian sido de un azul mas limpio ni mas soave... Aunque su rostro tan candoroso y alegre, espresaba la calma y la feli-

cidad de su corazón, una tinta melancólica de indefinible tristeza, apagaba las gracias sencillas de Flor-Celestial, cuando los ojos de su padre no estaban fijos sobre los suyos.

--No te gusta de que te haya hecho levantar tan temprano, adelantando un momento nuestra marcha, no es verdad? la dijo Rodolfo sonriendo.

--Oh! no, padre mio, está muy hermosa la mañana.

--Es que me ha parecido que aprovecharíamos mejor el día saliendo temprano... y que podrías descansar en la primera parada, donde encontraremos á Alberto, á mis gentiles-hombres, y el coche en donde van tus doncellas.

--Siempre estais pensando en mí.... padre mio... Siempre preocupado conmigo.

--Sí, sí, hija mia., me es imposible pensar en otra cosa, dijo el príncipe sonriendo. Y añadió con extraordinaria ternura... te amo tanto... te amo tanto... dame la frente... pronto.

Flor-Celestial se acercó á su padre y Rodolfo descansó sus labios sobre la frente encantadora de su hija.

A este tiempo el coche se acercaba á la muchedumbre, y habia empezado á caminar muy despacio.

Rodolfo atónito bajó el cristal y dijo en alemán al criado que estaba junto á la portezuela.

- Qué ocurre Frantz.... qué tumulto es ese?
- Monseñor, hay tanta gente que los caballos no pueden andar mas de prisa.
- Y qué quiere esa gente?
- Monseñor...
- Habla.
- Es que vuestra alteza...
- Vamos, di.
- Monseñor... he oido decir que estan esperando un ajusticiado.
- Qué horror! exclamó Rodolfo retirándose al fondo del carruaje.
- Qué teneis, padre mio? dijo Flor-Celestial llena de sobresalto.
- Nada, nada, hija mia.
- Pero esos gritos amenazadores.. no oís... se acercan... qué será, Dios mio?
- Frantz, di á los postillones que deo la vuelta, y nos lleven á Charenton por otro camino cualquiera que sea.
- Ya es tarde, monseñor... estamos rodeados de gente... y detienen los caballos.

El criado no pudo continuar, porque la multitud envalentonada con las bravatas del Esqueleto y de Nicolás, rodeó el carruaje vociferando. A pesar de los esfuerzos y de las amenazas de los postillones pararon el coche, y Rodolfo no vió al nivel de las portezuelas otra cosa que rostros furiosos, horribles é insultantes, entre los cuales descollaba por su estatura el Esqueleto que se adelantó á ellas.

--Padre mio... mirad lo que haceis! exclamó Flor-Celestial echándole los brazos al cuello.

--Sois vos el señor? dijo el Esqueleto, asomando su inmundada cabeza por la ventanilla.

Semejante atrevimiento hubiera irritado á Rodolfo en otra ocasion; pero le contuvo la presencia de su hija, y respondió friamente:

--Qué quereis?..... porque me parais el coche?

--Porque nos da la gana, contestó el Esqueleto, poniendo sus manos huesosas en el borde de la portezuela.

--A cada uno le llega su san Martín... Tú atropellabas ayer la canalla... pues hoy la canalla dará fin de tí si te mueves.

--Padre mio, somos perdidos, murmuró Flor-Celestial en voz baja.

--Tranquilízate... dijo el príncipe á su hija... es el último dia de carnaval... y esas gentes estan borrachas.... voy á deshacerme de ellas.

--Es preciso que baje del coche.. y su *querida* tambien, exclamó Nicolás.

--Me parece que habeis bebido mucho, y que quereis beber mas aun; dijo Rodolfo sacando un bolsillo de dinero. Tomad... y no detengais mas el coche.

Les arrojó el bolsillo que Jorobeta cogió al vuelo.

--Tú vas de viaje, y debes llevar *trigo largo*, con que apronta dinero ó sinó te asesino... Ya

vés que cuando te pido la bolsa á la mitad del día, tendré poco que perder..... dijo el Esqueleto completamente borracho de vino y ciego de furor, abriendo bruscamente la portezuela.

La impaciencia de Rodolfo llegó á su colmo, é inquieto por Flor-Celestial, cuyo terror se aumentaba por instantes, creyó que un movimiento vigoroso contendría á aquel miserable borracho; así es que saltó del coche para coger al Esqueleto por la garganta. Este retrocedió de pronto, y sacando un puñal del bolsillo, se abalanzó hácia Rodolfo.

Flor-Celestial viendo levantado el puñal del bandido sobre su padre lanzó un grito desgarrador, se precipitó del coche y se arrojó en los brazos del príncipe.

Sabe Dios lo que hubiera sido de ella y de su padre sin el Terrible, que habiendo conocido la librea del príncipe al principio de la quimera, logró acercarse, no sin gran trabajo hácia el Esqueleto. En el momento que este bandido amenazaba al príncipe con su puñal, el Terrible le cogió el brazo con una mano, y con la otra le dió en el cuello una puñada que le hizo tambalearse. Pero el Esqueleto pudo volverse, y reconociendo al Terrible exclamó.

--El de la blusa gris de la Fuerza!... de esta si que no escapas... te asesino.

Y precipitándose enfurecido sobre el Terrible le hundió el puñal en el pecho.

El Terrible se bamboleó, pero no cayó al suelo..... por no permitirlo la muchedumbre.

-- La guardia!.. aquí está la guardia, gritaron algunos horrorizados.

A esas palabras, y á la vista del asesinato, aquella muchedumbre tan compacta temió ser comprendida en el crimen, y dispersándose como por encanto se dió á huir en todas direcciones.... El Esqueleto, Nicolas, Marcial y Jorobeta desaparecieron.

Cuando llegó la guardia guiada por el correo que habia podido escaparse, mientras el populacho rodeaba el coche del príncipe, no quedaba en el teatro de tan lúgubre escena, nadie mas que Rodolfo, su hija y el Terrible bañado en sangre.

Los dos lacayos del príncipe le habian recogido del suelo y recostado en un árbol.

Toda aquella escena habia pasado con una rapidéz indecible y á pocos pasos de la tabernilla donde habian estado el Esqueleto y su gente.

El príncipe pálido y conmovido estrechaba entre sus brazos á Flor-Celestial, mientras los postillones componian las correas que habian sido medio cortadas por la canalla.

Pronto dijo el príncipe á sus criados ocupados en socorrer al Terrible. Llevad á ese infeliz á aquella taberna... y tú, añadió dirigiéndose á su correo, toma el coche, y revienta los caballos;

pero llega á palacio y traéte al doctor David; aun le encontrateis porque no debe salir hasta las once.

Pocos momentos despues el coche marchó á toda prisa; y los dos criados trasportaron al Terrible al piso bajo donde se habia celebrado la bacanal, y donde estaban aun algunas mujeres que habian figurado ea ella.

- Hija mia, dijo Rodolfo á Flor-Celestial, voy á conduciste á uno de los cuartos de esa próxima casa, y allí me esperarás, porque no puedo abandonar á este hombre que me acaba de salvar la vida, en manos de mis criados.

--Padre mio... no me dejeis sola.... yo os lo suplico, exclamó Flor-Celestial horrorizada y abrazando á Rodolfo; no me dejeis sola..... me moriré de miedo.... Iré donde vayais, padre mio.

--Pero ese espectáculo es horroroso.

--Sí, pero gracias á ese hombre vivís, padre mio... Permittedme al menos que yo una mis esfuerzos á los vuestros para asistirle y pagarle lo que ha hecho por defenderos.

El príncipe no sabia qué hacer; pero su hija espresó tan bien el terror que le causaba quedarse sola en un cuarto de una taberna que se resignó á entrar con ella en la sala baja donde estaba el Terrible.

El amo de la tabernilla, asistido de muchas mujeres que habian quedado (entre las cuales es-

taba la hostalera de la tasca), tendió al herido sobre un colchon, y con unas servilletas le atajó la sangre.

El Terrible acababa de abrir los ojos cuando entró Rodolfo. A la vista del príncipe, sus facciones pálidas y cadavéricas se reanimaron un poco... hizo un esfuerzo para sonreirse y le dijo con voz débil.

--Ah! M. Rodolfo... qué bueno ha sido que yo me encontrase aquí!

--Valiente y generoso como siempre, le dijo el príncipe... me has salvado de nuevo.

--Yo iba á la barrera de Charenton... á veros marchar.. Afortunadamente... la muchedumbre me ha detenido aquí... lo que me ha pasado nada tiene de particular... yo tenia un presentimiento... ya se lo dije á Marcial.

--Un presentimiento!

--Sí... M. Rodolfo... Esta noche he soñado con el sargento.

--Olvidad esas cosas... vuestra herida se curará.

--Oh! No..... Ya sabe el Esqueleto lo que se hace..... pero no importa. . Razon tenia yo para decir á Marcial... que un insecto como yo, puede ser útil muchas veces á un gran señor como vos.

--Pero es la vida..... os debo la vida de nuevo.....

--Estamos pagados, M. Rodolfo... Me dijisteis

que tenia corazon y honor... y esas palabras....
Oh! Monseñor... Yo muero... sin atreverme.... á
pediros.... hacedme el honor de.. dadme la mano...
me muero.

--No.... es imposible, exclamó el príncipe acer-
cándose con interés al Terrible, y estrechando en-
tre sus manos la mano helada del moribundo... Vi-
virás... vivirás.

--Monseñor... ya veis... que bay alguna cosa allá
arriba... yo asesiné... de una puñalada... y mue-
ro de una puñalada... dijo el Terrible con voz
débil... y fijó sus ojos en Flor-Celestial á quien
no habia reconocido.

La admiracion se pintó en su cadavérico sem-
blante, y exclamó:

--Ah! Dios miol.. la Guillabaora.

--Sí... sí... es mi hija... ella te bendice porque
la has conservado su padre.

--Vuestra hija?... aquí... eso me recuerda el
principio de nuestra amistad, M. Rodolfo... y las...
puñadas... con que finalizásteis aquella noche.....
pero... esta puñalada... será tambien... el golpe final...
Yo he asesinado... y me... asesinan... es muy justo.

El Terrible lanzó un profundo suspiro, é incli-
nó su cabeza. Habia muerto.

A la parte exterior de la tabernilla sonó rui-
do de caballos; el coche de Rodolfo habia en-
contrado al de Alberto y al de David que con su
afan de reunirse al del príncipe habian precipi-
tado su marcha.

David y el Squire entraron en la sala baja.

--David, dijo Rodolfo, enjugando sus lágrimas y señalando al Terrible, no habrá esperanza?

--Ninguna, Monseñor, contestó David despues de un minuto de exámen.

Mientras el médico negro reconocia al herido, habia pasado una escena muda entre Flor-Celestial y la Hostalera... que Rodolfo no habia advertido.

Cuando el Terrible habia pronunciado á media voz el nombre de la Guillabaora, la Hostalera alzando prontamente la cabeza, habia visto á Flor-Celestial.

La horrible muger habia reconocido á Rodolfo; le llamaban Monseñor..... él llamaba hija suya á la Guillabaora..... y semejante metamorfosis sorprendia á la Hostalera que fijó con obstinacion sus ojos estúpidamente azorados sobre su antigua víctima.

Flor-Celestial descolorida y trémula quedó atónita con la mirada de la Hostalera.

La muerte del Terrible, y la aparicion de aquella muger, que la recordaba su primera degradacion, eran para Flor-Celestial de un siniestro presagio; así es que la vino en aquel instante uno de esos presentimientos que en almas como la suya ejercen muchas veces una irresistible influencia.

.....

(321)

Poco tiempo despues de tan triste suceso, Rodolfo y su hija habian abandonado á París para siempre.

EPILOGO.

CAPITULO I.

Gerolstein.

*El principe Enrique de Herhausen Oldenzaal
al conde Maximiliano Kamnetz.*

OLDENZAAL á 25 de agosto de 1840. (1)



cabo de llegar de Gerolstein donde he pasado tres meses con el gran duque y su familia; creia encontrar una carta que me anunciara vuestra llegada á Oldenzaal, mi querido Maximiliano, y ya podeis conocer cuál habrá sido mi

(1) *Haremos observar al lector que han*

sorpresa cuando en vez de esa grata satisfaccion he sabido que permanecerais aun mucho tiempo en Hungría.

Hace cuatro meses que no he podido escribir, por no saber adonde os habia de dirigir mis cartas, gracias á vuestra manera original y aventurera de viajar; sin embargo me habiais prometido formalmente en Viena, cuando nos separamos, estar el 1.^o de agosto en Oldenzaal. Me veo obligado á renunciar al placer de veros, y sin embargo, nunca he tenido mas necesidad que ahora de abriros mi corazon, apreciable Maximiliano, mi mas antiguo amigo; porque aunque jóvenes, nuestra amistad es añeja como que data de nuestra infancia.

Hace tres meses se ha obrado en mí la revolucion mas completa... Estoy próximo á uno de esos instantes que deciden de la suerte de un hombre... Figuraos qué he de hacer sin vuestra presencia y sin vuestros consejos? Pero vos no me dejareis por mucho espacio de tiempo, cualesquiera que sean los intereses que os detengan en Hungría, yo os suplico que vengais, Maximiliano, porque tendré necesidad sin duda de poderosos consuelos, y no será fácil salir á buscarlos. Mi padre, cuya salud se altera cada vez mas, me ha sacado de

pasa lo cerca de 15 meses desde el dia en que Rodolfo salió de Paris, por la barrera de Santiago despues asesinado el Terrible.

Gerolstein, y me es imposible abandonarle en el estado en que se halla.

Tengo tanto que deciros que seré prolijo; pero debo contaros la época mas variada y mas novelesca de mi vida.

Triste y estraña casualidad ha sido, que durante esa época hayamos estado fatalmente separados el uno del otro, nosotros los *inseparables*, los *dos hermanos*, los mas fervorosos apóstoles de la mas acendrada amistad! Nosotros, en fin, tan á propósito para probar que el Carlos y el Posa de nuestro Schiller no son ideales, y que como esas divinas creaciones del gran Poeta sabemos gozar las suaves delicias de una tierna y mútua adhesion.

Que no estuviéseis aquí, amigo mio! Hace tres meses que mi corazon rebosa de emociones dulces y melancólicas á la vez. Y he estado solo, y lo estoy aun!.. Vos que conoceis mi sensibilidad tan expansiva algunas veces... vos que habeis visto muchas veces asomar las lágrimas á mis ojos con solo oir contar un accion generosa, al simple aspecto del crepúsculo de la noche, ó ante la blanca claridad de la luna. Os acordais del año pasado, cuando nuestra escursion á las ruinas de Oppenfeld... al borde del gran lago?... de aquellos sueños silenciosos, en aquella magnífica noche tan llena de poesía, de silencio y de tranquilidad?

Contraste admirable!.. el de tres dias antes de

ese desafío sangriento en que no quise llevaros de segundo, porque hubiera sufrido mucho si hubiese sido herido á vuestra vista... Ese desafío en que por una querrela de juego, mi segundo ha matado miserablemente á ese jóven francés el vizconde de Saint-Remy... Y á propósito sabéis en que ha venido á parar aquella desgraciada sirena que M. de Saint-Remy trajo á Oppenfeld, y que se llamaba, si mal no me acuerdo, Cecilia David?

Os reireis tal vez de verme tan entregado á los vagos recuerdos de la vida pasada en vez de entrar en las graves confianzas que os anuncio; y es porque, á pesar mio, rehusó el hablar de esas confianzas. Conozco vuestra severidad, y temo que riñais, porque en vez de tratar con reflexion y con juicio, (juicio de veinte y un años, ay de mí), he tratado locamente, ó mas bien no he tratado, sino que me he dejado llevar ciegamente de la corriente que me arrastraba... Y únicamente desde que he vuelto de Gerolstein es cuando he despertado, por decirlo así, del sueño encantador que me ha durado tres meses... Y el haber despertado me ha sido funesto.

Amigo mio, mi buen Maximiliano, escúchame con indulgencia... que al fin me decido... empiezo bajando los ojos... no me atrevo á miraros.... porque al leer estas líneas, vuestras facciones deben permanecer graves y severas.... hombre estóico.

Sali de Viena habiendo obtenido una licencia de seis meses, y me quedé aquí algun tiempo con mi padre, que sintiéndose algo aliviado, me aconsejó que visitara á mi excelente tia, la princesa Juliana, superiora de la abadía de Gerolstein. Creo haberos dicho, amigo mio, que mi abuelo era primo hermano del abuelo del gran-duque reinante, y que este último, Gustavo Rodolfo, gracias á ese parentesco, ha querido siempre tratarnos á mi padre y á mí, como el mas afectuoso de los *primos*.

Creo que sabeis tambien que durante un largo viaje que el príncipe hizo últimamente á Francia encargó á mi padre el gobierno del gran-ducado.

Ya conoceréis, amigo mio, que no es orgullo el hablaros de estas circunstancias, sino que lo hago para explicaros los motivos de la gran intimidad que he tenido con el gran-duque y su familia mientras he permanecido en Gerolstein.

Os acordareis que el año pasado en nuestros viajes á los bordes del Rhin supimos que el príncipe habia encontrado y se habia casado en Francia *in-extremis* con la condesa Mac Gregor, á fin de legitimar el nacimiento de una hija que habia tenido despues de su primer enlace secreto; roto despues por falta de ciertas formalidades, y porque habia sido tratado contra la voluntad del gran-duque reinante.

Esa joven tan solemnemente reconocida, esa encantadora princesa Amelia (1) de quien Dudley que la habia visto en Gerolstein, nos ha hablado todo un invierno entero en Viena, con un entusiasmo que nosotros acusábamos de hiperbólico... Pero que estraña casualidad., quién me hubiera dicho entonces!.

Pero aunque os hayais penetrado poco mas ó menos de mis secretos, dejad seguir la marcha de los sucesos sin interrupcion.

El convento de San Hermenegildo, del cual es abadesa mi tia, está á medio cuarto de legua distante de Gerolstein, tanto que los jardines de la abadia llegan á los arrabales de la villa; mi tia que, me ama, como sabeis, con una ternura maternal, me mandó disponer una casa muy bonita completamente aislada del claustro.

El mismo dia que llegué, me dijo que á la mañana siguiente habia besamanos, y que el gran duque debia anunciar oficialmente su próximo enlace con la marquesa de Harville que acababa de llegar á Gerolstein, acompañada de su padre el conde de Orbigny (2)

(1) El nombre de Maria tenia para Rodolfo y para su hija tristes recuerdos, y el Principe la puso el de Amelia, uno de los nombres de su madre la gran duquesa.

(2) Recordemos al lector para la mayor verosimilitud de esta historia, que la última

Los unos afeaban al príncipe porque no era tampoco una alianza soberana este segundo enlace (la gran duquesa de que el príncipe estaba viudo, pertenecía á la casa de Babiera); otros por el contrario, y mi tia entre ellos, le felicitaban por haber preferido á miras ambiciosas, una muger jóven y amable á quien adoraban, y que pertenecía á la nobleza mas distinguida de Francia. Sabéis tambien, amigo mio, que mi tia ha tenido siempre un cariño profundo al gran duque reinante, y que mejor que nadie podia apreciar las eminentes cualidades del príncipe.

-- Querido amigo, me dijo, á propósito del besamanos solemne á donde yo debia asistir la mañana siguiente de mi llegada: querido mio, lo mas maravilloso que vereis en la corte, será sin duda la *perla de Gerolstein*.

-- A quién os referís, tia mia?

-- A la princesa Amelia.

-- La hija del gran duque? ahora me acuerdo que Lor Dudley nos habia hablado de ella en Viena con un entusiasmo que nosotros tachamos de exageracion poética.

-- A mi edad, con mi carácter, y en mi posicion, añadió mi tia, no es fácil alucinarse; si

princesa soberana de Courlande, notable tanto por la rara superioridad de su talento, como por su bello carácter, y corazon benigno, era la señorita de Medem.

reflexionais en eso, querido mio, conoceréis la imparcialidad de mi voto. Os digo que en mi vida he conocido nada mas encantador que la princesa Amelia. Yo os hablaria de su angelical belleza, sino la distinguiese un encanto inesplicable que es superior á su propia hermosura. Figuraos que su candor se hace notable por su dignidad, y su gracia por su modestia. Desde la primera vez que el duque me pre-entó á ella, sentí hacia esa jóven princesa una simpatía involuntaria. Ademas no soy yo la única que piensa de esta manera; la archiduquesa Sofía, que está en Gerolstein hace dias, es la princesa mas altiva y mas orgullosa qua yo conozco...

- Verdad es, tia mia, su ironía es terrible, y pocas personas se libran de sus sarcasmos. En Viena la temen como á una nube...

--Pues el otro dia vino á aquí, despues de haber visitado la casa-refugio establecida bajo la vigilancia de la jóven princesa, y me dijo con su briúsca franqueza. „Sabeis que á pesar de mi predisposicion á la sátira, si viviese mucho tiempo con la hija del gran-duque estoy segura de que llegaria á perder ese vicio? porque no he visto un candor mas penetrante, ni mas *contagioso*..”

--Pero en ese caso mi prima es una hechicera? dije yo á mi tia sonriendo.

--Su mayor atractivo á mis ojos, añadió mi tia, es esa mezcla de dulzura, dignidad y modestia de que os he hablado, y que dá á su an-

--Ya he visto yo al príncipe en Viena, y tengo mucho gusto de encontrarle aquí, respondió la Archiduquesa, ante la cual me incliné profundamente.

--Querida Amelia, añadió el gran duque dirigiéndose á su hija, os presento al príncipe Enrique vuestro primo, que es hijo del príncipe Pablo, uno de los mayores amigos que siento mucho no tener hoy en mi palacio de Gerolstein.

--Quereis, caballero, hacer saber al príncipe Pablo que yo participo vivamente del mismo disgusto que experimenta mi padre? Porque yo tendré siempre mucho gusto en conocer á mis verdaderos amigos, respondió mi prima con una sencillez candorosa...

Yo no habia oido nunca hablar á la princesa, y quedé sorprendido; imaginaos, amigo, el timbre mas dulce, mas fresco y mas armonioso; en fin, uno de esos acentos que hacen vibrar las cuerdas mas delicadas del alma.

--Yo espero, querido Enrique, que permaneceréis algun tiempo en casa de vuestro tío, á quien amo y respeto como á mi madre, me dijo el gran duque con amabilidad; venid á menudo á vernos á las tres de la tarde; si salimos, vendreis con nosotros; porque sabeis que os he amado siempre como á uno de los corazones mas nobles que yo conozco.

--Yo no sé cómo expresar á vuestra Alteza Real mi reconocimiento, por la bondadosa acogida que se digna hacerme.

--Pues para probarme vuestro reconocimiento, dijo el príncipe sonriendo, invitad á vuestra prima

para la segunda contradanza, porque la primera pertenece de derecho al Archiduque.

--Vuestra Alteza Real se digna concederme este favor? dije inclinándome ante la princesa Amelia.

--Llamos simplemente primo y prima según la antigua costumbre alemana; el ceremonial no está bien entre los parientes.

--Me hará la honra mi prima de bailar esta contradanza conmigo?

--Sí, primo mío, me respondió:

No sabré explicaros, amigo mío, cuál fue mi alegría con la amabilidad de mi prima, y el afecto paternal del gran duque; la confianza que me manifestaba, y la afectuosa bondad con que nos había indicado á su hija y á mí que sustituyésemos á las fórmulas de la etiqueta la familiaridad más casera, me llenó de reconocimiento; yo me reprendía muy amargamente el encanto fatal de un amor que no debía ni podía ser del gusto del príncipe.

Me propuse (y no he faltado á mi resolución) no decir nunca á mi prima una sola palabra que la hiciese sospechar el amor que yo la tenía; pero recelaba que mi emoción y mis miradas me descubrieran... Sin embargo, y bien á pesar mío, ese sentimiento mudo y oculto era en mi concepto culpable.

Mientras la princesa Amelia bailaba la primera contradanza con el archiduque Estanislao, tuve tiempo de hacerme todas esas reflexiones. Aquí, como en todas partes, el baile no es más que una es-

pecie de paseo que sigue el compás de la orquesta: nada podia hacer brillar mas el gracioso continente de mi prima.

Yo esperaba con ansia el momento de conversacion que la libertad del baile me permitiera tener con ella. Fuí bastante dueño de mí mismo para ocultar mi inquietud, hasta que fuí á buscarla junto á la marquesa de Harville.

Pensando en las circunstancias del retrato, esperaba ver á la princesa Amelia participar de mi turbacion; y no me engañè; me acuerdo casi palabra por palabra de las que dijimos en nuestra primera entrevista, y voy á referirlas para vuestra noticia.

--Vuestra alteza me permitirá, la dije, que la llame *prima mia* como el gran duque me ha encargado?

--Quién lo duda, amigo mío? respondió ella con gracia; yo tengo mucho gusto en obedecer á mi padre.

--Y yo estoy tanto mas contento de esta familiaridad, *prima mia*, cuanto que mi tia me ha enseñado á conocerlos y apreciarlos debidamente.

--Muchas veces me ha hablado mi padre de vos, primo mio, y lo que mas os estrañará, añadió con timidez, es que yo os conocia ya de vista, por decirlo asi. La superiora de San Hermenegildo, á quien tengo el mas respetuoso afecto nos enseñó un dia á mi padre y á mí un retrato.

--En el que yo estaba vestido de paje del siglo XVI?

--Sí, primo mio; mi padre tuvo la humorada de decirme que aquel retrato era de uno de nuestros antecesores, elogiando tanto el original, que nuestra familia debía felicitarle de contarle entre nuestros parientes contemporáneos.

--Yo temia, amable prima, no parecerme ni al retrato moral que el gran duque se dignó hacer de mí, ni al paje del siglo XVI.

--Os engañais, primo mio, me dijo sencillamente a princesa, porque al concluir el concierto dirigí la vista casualmente hácia la galeria, y os reconocí al momento á pesar de la diferencia de traje.

Despues queriendo cambiar sin duda una conversacion que la incomodaba, me dijo:

--Qué admirable talento tiene M. Listz, no es verdad?

--Admirable, con qué placer le escuchabais?

--Es que hay á mi parecer un encanto doble en la música sin letra, porque no solo se goza con la buena ejecucion, sino que cada cual puede aplicar su imaginacion á las melodías que escucha, y que son por decirlo asi el acompañamiento.... yo no sé si me entendéis, primo mio.

--Si por cierto. Los pensamientos son la letra que se arregla sentimentalmente á la música que se oye.

--Eso es, eso es, me habeis comprendido, dijo ella con un movimiento de graciosa satisfaccion; crei explicaros mal lo que me pasaba durante esa melodía, tan melancólica y tan elocuente.

-- Gracias á Dios, prima mia, la dije sonriéndome, no teneis nada que añadir á la tristeza de vuestro aspecto.

Sea que mi pregunta fuese indiscreta, y que quisiese evitar la conversacion, sea que no me hubiese oido la princesa Amelia, me dijo de pronto señalándome al gran duque, que dando el brazo á la archiduquesa Sofía, atravesaba entonces la galería del salon del baile.

--Primo mío, ¿veis que hermoso es mi padre? ¡Qué aspecto tan noble y tan bueno! Veis cómo se lleva las miradas de todos? yo creo que le tienen aun mas amor que respeto...

--Ah! exclamé yo, no es solamente aquí en medio de esta corte donde es querido vuestro padre! Si las bendiciones del pueblo pasasen á la posteridad, el nombre de Rodolfo de Gerolstein, seria con justicia inmortal!

Hablando así mi entusiasmo era sincero, porque ya sabeis, amigo mio, que los estados del príncipe son conocidos por el *paraiso de Alemania*.

Me seria imposible explicaros la mirada de afectuoso reconocimiento que mi prima me dirigió al oírme hablar de ese modo.

--Apreciar así á mi padre, me dijo conmovida, es ser muy digno del afecto que os tiene.

--Es que yo le amo y le admiro como nadie. Otra de las raras cualidades que constituyen los grandes soberanos, es la amabilidad que los conquista el cariño de todos.

-- Vos no sabéis cuán cierto es eso; exclamó la princesa cada vez mas conmovida.

-- Lo sé, lo sé, y todos sus vasallos lo saben como yo... le aman tanto que se afligirian viendole padecer, como se alegran de su felicidad; el afán general por venir á prestar homenaje á la marquesa de Harville aplaude á la vez la eleccion de su Alteza Real, y el valor de la futura gran duquesa.

-- La marquesa de Harville es la persona mas digna que yo conozco del aprecio de mi padre, y ese es el mas bello elogio que puedo hacer de ella.

-- Y vos podreis apreciarla con justicia, porque probablemente la habreis conocido en Francia.

Apenas hube pronunciado estas últimas palabras cuando la princesa Amelia bajó los ojos, y en menos de un segundo tomaron sus facciones una expresion melancolica que me dejó sorprendido.

Estábamos al final de la contradanza, y la última *figura*, me separó de mi prima: cuando la conduje junto á Mad. de Harville, me pareció que sus facciones estaban ligeramente alteradas.

Entonces creí, y creo aun, que mi alusion á la estancia de la princesa en Francia recordándola la muerte de su madre, la causó la impresion terrible de que acabo de hablaros.

En toda aquella noche observé una circunstancia que os parecerá tal vez pueril, pero que ha sido para mí una nueva prueba del cariño que esa jóven inspira á todos. Su sarta de perlas estaba un poco torcida, y la archiduquesa Soffa á quien

ella daba el brazo, tuvo la bondad de arreglar ella misma aquella alhaja sobre la frente de mi prima. Para quien conoce la altanería proverbial de la archiduquesa, semejante obsequio parece increíble. La princesa Amelia, á quien yo observaba con atención, quedó tan reconocida y hasta tan turbada de aquel afetuoso interés, que me pareció ver brillar una lágrima en sus ojos.

Tal fué, amigo mio, mi primer sarao en Gerolstein. Os le he referido con tantos detalles porque todas aquellas circunstancias tuvieron despues para mí sus consecuencias.

Pero abreviaré mi relación hablandoos únicamente de los principales hechos relativos á mis frecuentes entrevistas con mi prima y su padre. A la mañana siguiente de aquella fiesta, fuí de los pocos convidados á la celebracion del matrimonio del gran-duque con la marquesa de Harville. Jamas he visto la fisonomía de la princesa Amelia mas alegre ni mas serena que durante la ceremonia. Contemplaba á su padre y á la marquesa con cierto éxtasis religioso, que añadia un nuevo encanto á sus facciones; cualquiera hubiese dicho que reflejaban la inefable felicidad del príncipe y de Mad. de Harville.

Mi prima estuvo aquel dia muy contenta y muy amable. Yo la dí el brazo en un paseo que dimos despues de comer por los jardines del palacio magníficamente iluminados, y me dijo, á propósito el matrimonio de su padre:

P. ósito
d

Me parece que el bienestar de las personas á quienes apreciamos, nos es mas dulce aun que nuestra propia dicha, porque en los goces de nuestra felicidad personal hay siempre una nube de egoismo.

Os cito entre mil esa reflexion de mi prima, para que juzgueis del corazon de esa apreciable criatura, que tiene como su padre el genio de la bondad y de la dulzura. Pocos dias despues del matrimonio del gran-duque teve con él una larga conferencia: me interrogó sobre lo pasado y sobre mis proyectos futuros. Me dió los consejos mas sabios y mas lisonjeros, hablándome de sus planes de gobierno con una confianza que me halagó mucho; tanto que me ocurrió por un momento la idea mas descabellada que podeis imaginaros: creí que el príncipe habia adivinado mi amor, y que en aquella conversacion queria estudiarme y alentarme tal vez á que me declarase.

Desgraciadamente no me duró mucho mi insensata esperanza; el príncipe terminó la conversacion diciéndome que el tiempo de las grandes guerras habia concluido; que debia aprovechar mi nombre, mi parentesco, la educacion que habia recibido, y la estrecha amistad que mi padre habia contraido con el príncipe de N...*** primer ministro del emperador, para seguir la carrera de diplomático, en vez de la carrera militar, añadiendo que todas las cuestiones que se decidian antiguamente en los campos de batalla se decidirian en adelante en los congresos;

que muy pronto las tradiciones falsas y pérfidas de la antigua diplomacia se verian reemplazadas por una política estensa y humana armonizada con los intereses de los pueblos, que cada dia iban conociendo mejor sus derechos. Que un talento sublime, leal y generoso podria antes de algunos años hacer gran papel en los negocios políticos y contribuir al bienestar de los pueblos. Finalmente, me propuse interesar su soberana proteccion para facilitarme los primeros pasos de la carrera que me instaba á abrazar al momento.

Ya comprendereis, amigo mio, que si el príncipe hubiese tenido el mejor proyecto sobre mí, no me hubiera hecho semejantes ofertas; yo le di gracias vivamente reconocido, añadiendo que conocia todo el precio de sus consejos y que estaba decidido á seguirlos.

Tuve al principio la mayor reserva en mis visitas al palacio, pero á instancias del gran-duque iba casi todos los dias á las tres de la tarde. Vivian con toda la encantadora sencillez de nuestras cortes germánicas. Tenian una vida igual á la que se tiene en los grandes palacios de Inglaterra, pero mas agradable por la sencillez cordial y la dulce libertad de las costumbres alemanas. Cuando el tiempo lo permitia paseábamos á caballo con el gran-duque, la gran-duquesa, mi prima y las personas de su casa. Cuando no salíamos del palacio nos ocupábamos de la música; yo cantaba con la gran-duquesa y mi prima cuyo timbre de voz es puro, suave,

único, y no le he podido oír nunca sin sentirme interesado hasta el fondo del alma.

Otras veces visitábamos detenidamente las maravillosas colecciones de cuadros y de objetos artísticos, ó las admirables bibliotecas del príncipe, que como sabeis, es uno de los hombres mas sabios y mas ilustrados de Europa; muchas veces volvia á palacio, y los días de ópera acompañaba al teatro á la familia del gran-ducado.

Los días se me pasaban como un sueño.

Poco á poco me fue tratando mi prima con una familiaridad fraternal; no me ocultaba el placer que sentia al verme, y me confiaba cuanto la interesaba. Dos ó tres veces me suplicó que la acompañara cuando iba con la gran-duquesa á visitar á sus jóvenes huérfanas; frecuentemente me hablaba de mi porvenir con tal juicio y un interés tan sério y tan reflexivo, que me confundian en una jóven de su edad; tenia un gusto particular en informarse de las particularidades de mi infancia y en hablar de mi madre. Siempre que escribia á mi padre me encargaba que le hiciese presentes sus recuerdos. Bordaba primorosamente, y me dió un día una preciosa alfombra, en la cual habia trabajado mucho tiempo, para que se la mandara á mi padre. Dos hermanos que se encuentran despues de muchos años de separacion no hubiesen gozado una intimidad mas dulce que la nuestra. Por otra parte, cuando quedábamos solos, cosa que sucedia rara vez, la llegada de un ercero no cambiaba el objeto, ni aun el tono de

nuestra conversacion.

Tal vez, amigo mio, os estrañará esa fraternidad entre dos jóvenes, sobre todo, si pensáis en la confesion que os he hecho; pero cuanto mas confianza y franqueza me manifestaba mi prima, tanto mas me contenia yo temiendo perder tan apetecible familiaridad. Lo que mas aumentaba mi reserva era que la princesa usaba en nuestras relaciones tanta franqueza, tan noble confianza y tan poca coquetería, que estoy casi seguro de que ignoró siempre mi violenta pasion. Una ligera duda me quedó en este punto por una circunstancia que os referiré ahora mismo.

Si aquella intimidad fraternal hubiera podido durar siempre, tal vez me hubiese bastado; pero por lo mismo que gozaba mucho con aquella vida, pensé que pronto mi servicio en la nueva carrera á que el príncipe me alentaba, me llamaria á Viena ó al extranjero; y pensé tambien que el gran duque no se descuidaria en casar á su hija de una manera digna de ella... Semejantes ideas me eran tanto mas sensibles, cuanto que el momento de mi viaje se acercaba. Mi prima advirtió el cambio que habia en mí, y la vispera del dia en que me separé de ella me dijo, que hacia algun tiempo que me encontraba sombrío y preocupado. Yo traté de eludir sus preguntas atribuyendo mi tristeza á un disgusto cualquiera.

--No puedo creerlo, me dijo, mi padre os trata casi como á un hijo, todos os aprecian y seria una

ingratitude que estuviéseris triste.

Pues bien, la dije sin poder vencer mi emoción, no es un disgusto, es un pesar, sí un profundo pesar lo que siento.

--Y por qué? qué os sucede? me preguntó con interés.

--Me acabais de decir, querida prima, que vuestro padre me trata como á un hijo, que todos me aprecian.., y como muy pronto tendré que renunciar á esas gratas muestras de afecto.. me será preciso salir de Gerolsteib... os confieso que esa idea me desespera.

--Y el recuerdo de las personas á quien queremos.... no vale nada, primo mio?

--Quién lo duda?.. quién lo duda? pero los años y los sucesos traen consigo muchos cambios imprevistos.

--Pero hay afectos inmutables; el que mi padre os tiene.... el que yo siento por vos es de ese número, vos lo sabeis así, primo mio: un hermano y una hermana... no deben olvidarse nunca de su cariño, añadió levantando hácia él sus hermosos ojos azules, anegados en lágrimas.

Aquella mirada me trastornó y estuve á punto de dar al traste con mi reserva, pero afortunadamente me contuve.

--Verdad es que los afectos duran, la dije algo turbado, pero las posiciones cambian.... Creéis que cuando yo vuelva despues de algunos años de ausencia, podré trataros con esa intimidad cuyo encan-

o hace la felicidad de mi vida!

-- Por qué nó?

-- Entonces estareis casada tal vez, prima mia.... tendreis deberes distintos.... y habreis olvidado á vuestro infeliz hermano.

Nada mas la dije, amigo mio, os lo juro, ignoro aun si descubrió en mis palabras alguna confesion que la ofendiera, ó si sintió con la pesadumbre que yo esos cambios inevitables que el porvenir obraria necesariamente en nuestras relaciones. Pero en vez de responderme, quedó un momento silenciosa y abatida, y levantándose bruscamente con el rostro pálido salió despues de examioar el bordado de la jóven condesa de Oppenheim, una de sus damas de honor, que trabajaba en una de las ventanas del salon donde habiamos tenido nuestra conferencia.

Aquella misma noche recibí una carta de mi padre en que me llamaba precipitadamente á su lado. A la mañana siguiente fui á tomar órdenes del gran-duque, y me dijo que mi prima estaba algo mala, pero que él se encargaria de hacerla presente mis respetos. Me estrechó paternalmente entre sus brazos, sintiendo que mi marcha fuese tan pronta y sobre todo que la causase la enfermedad de mi padre. Me repitió con la mayor bondad sus consejos, sobre la nueva carrera á que me instaba de nuevo y añadió que siempre me veria con gusto en Gerolstein.



Afortunadamente al llegar aquí encontré algo mejor á mi padre: hoy continúa en cama y muy débil aun, pero ya no me inquieta su salud. Por desgracia ha notado mi abatimiento y mi taciturnidad tristeza; muchas veces, pero en vano, me suplica que le confie la causa de mi sombrío dolor. Yo no me atrevería, á pesar del cariño sin límites que me tiene: porque ya sabéis cuán severo es en cosas que le parecen faltas de franqueza y de lealtad.

Yo le estaba velando ayer, y creyéndole dormido no pude contener mis lágrimas, que corrían silenciosamente al pensar en los buenos días que había pasado en Gerolstein. Me vió llorar porque estaba dormitando, y yo completamente absorto en mi pena, no lo advertí, me preguntó con la mayor ternura la causa de mi tristeza, que atribuyó á la inquietud que me daba su enfermedad.

Ahora bien, querido Maximiliano..... ahora que lo sabéis todo, decidme qué he de hacer..... qué he de resolver en un caso tan desesperado?

.....

Amigo mio, no puedo deciros toda la angustia que siento en la actualidad..... Todo lo he perdido para siempre..... soy el mas desgraciado de los hombres, si mi padre no desiste de su proyecto.

Hé aquí lo que acaba de suceder:

Estaba ya para concluir esta carta cuando mi padre á quien creía acostado entró en su gabinete donde yo escribía: vió sobre su pupitre las cuatro planas primeras, y estaba en la quinta.

--A quien escribes tan largo? me preguntó sonriendo.

--A Maximiliano, padre mio.

--Oh! me dijo con una expresion de afectuosa queja, ya se que merece toda tu confianza.... *es muy afortunado!*

Y pronunció estas palabras con un tono tan doloroso y tan sencillo, que conmovido de su acento le respondí dándole mi carta sin reflexionar;

--Leed, padre mio....

La leyó toda, amigo mio y sabéis lo que me dijo despues de haber reflexionado un momento?

--Enrique, voy á escribir al gran duque todo lo que ha pasado mientras permaneciste en Gerolstein.

--Padre mio, yo os suplico que no hagais semejante cosa.

--Es verdad todo lo que escribes á Maximiliano?

--Sí, padre mio.

--En ese caso tu conducta ha sido leal hasta aquí.... el príncipe la apreciará. Pero es preciso evitar que en adelante te muestres indigno de su noble confianza.... cosa que sucederá si abusando de su ofrecimiento vuelves alguna vez á Gerolstein con intencion de hacerte amar de su hija.

--Podeis pensar, padre mio!..

--Creo que amas con pasion, y esta tarde ó temprano, es pésima consejera.

--Pues qué, padre mio, escribireis al príncipe?...

--Que estás perdido por tu prima.

--En nombre del cielo, padre mio, yo os suplico que no hagais tal cosa.

--Amas á tu prima?

--La amo con frenesí, pero.....

--En ese caso, me interrumpió mi padre, voy á escribir al gran-duque pidiendo la mano de su hija para tí.

--Pero semejante pretension es disparatada, padre mio.

--Verdad es,... Pero yo debo hacer francamente esa peticion al príncipe, esponiéndole las razones que me obligan á ello. El te acoge con la mas leal hospitalidad, te trata con la benevolencia mas paternal, y seria indigno que los dos le engañásemos. Conozco la elevacion de su alma, y creo que apreciará mi honrado proceder: si te niega la mano de su hija, como es presumible: sabra al menos que si vuelves á Gerolstein no debes tener con Amelia la misma intimidad. Tú me has enseñado libremente la carta que escribías á Maximiliano, añadió mi padre con tono bondadoso; estoy instruido de todo: es deber mio escribir al gran-duque, y lo voy á hacer ahora mismo.

Ya sabes, amigo mio, que mi padre es el mejor de los hombres, pero que es tenáz é inflexible cuando se trata de lo que mira como un deber. Figúrate cual será mi angustia y mi sobresalto. Aunque la medida que va á tomar sea franca y honrosa, no por eso me inquieta menos. Cómo acogerá el gran-duque pretension tan desca-

bellada. La princesa Amelia no sentirá que yo haya dejado tomar á mi padre una resolucíon como esa, sin su consentimiento?

Compadecedme, amigo mio: no sé que pensar, pero contemplo un abismo abierto á mis pies, y siento un vértigo que me arrastra hácia él.

Termino por fin mi difusa carta, pero pienso volver á escribirte pronto. Compadecedme, porque si la fiebre que padezco dura mucho tiempo, temo volverme loco. A dios, á dios. Siempre vuestro de corazon

ENRIQUE D' H. O.

Ahora conduciremos al lector al palacio de Gerolstein, habitado por Flor-Celeste, despues que volvió de Francia.

CAPITULO II.

La princesa Amelia.



a habitacion ocupada por Flor-Celeste (la llamaremos princesa Amelia oficialmente nada mas) en el palacio del gran ducado, habia sido amueblada bajo la direccíon de Rodolfo, con un gusto y una elegancia estremadas. Desde el balcón del

oratorio de la jóven, se descubrían á lo lejos las dos torres del convento de san Hermenegildo, que dominando frondosos prados, estaban dominadas tambien por un bosque que crecía en la elevada montaña, al pie de la cual se elevaba la abadía.

En una hermosa mañana del verano dejaba vagar Flor-Celeste sus miradas por aquel espléndido paisaje que se extendía á lo lejos. El pelo tendido sobre un ancho cuello de batista sencillo, que caía sobre una bata de linon blanco listado de azul, descubría el nudo de un ligero pañuelo de seda azul, como el cinturon de su vestido: que velaba su torneado cuello.

Sentada en un gran sillón de ébano tallado, con un elevado respaldo de terciopelo carmesí, el codo sostenido en uno de los brazos de la silla, y la cabeza inclinada sobre el pecho, apoyaba su mejilla en el reverso de su blanca mano, en la cual se trasparentaba el ligero azul de sus delicadas venas.

El abatimiento de Flor-Celeste, su palidéz, la distraccion de su mirada y la amargura de su sonrisa, revelaban una melancolía profunda.

Lanzó un suspiro profundo, horroroso, y dejando caer la mano en que apoyaba su mejilla, inclinó la cabeza sobre el pecho. Parecía que la infeliz se encorvaba bajo el peso de alguna gran desgracia.

A este tiempo una mujer de mediana edad, de fisonomía grave y vestida con elegante sencilléz, entró con silencio en el oratorio y tosió ligeramente

para llamar la atención de Flor-Celeste.

La joven princesa salió de su distracción, alzó prontamente la cabeza, y dijo saludando con un movimiento gracioso.

--Qué quereis? mi querida condesa.

--Vengo á avisar á vuestra alteza que Monseñor la suplica que le espere aquí, porque va á venir muy pronto, respondió la dama de honor de la princesa Amelia con respetuosa formalidad.

--Ya me extrañaba yo de no haber abrazado todavía á mi padre y espero con impaciencia su visita..., pero creo que el placer de veros dos dias seguidos en palacio, mi querida condesa, no es por indisposicion de la señorita d' Harnein?

--Tranquilícese vuestra alteza, porque la señorita d' Harnein me ha suplicado que la reemplazase por hoy, pero mañana tendrá el honor de volver al servicio de vuestra alteza que disimulará este cambio.

--Con mucho gusto, porque no pierdo nada en él: despues de haber tenido el placer de veros dos dias consecutivos, tendré el gusto de ver otros dos á la señorita de Harnein.

--La estremada bondad de vuestra Alteza, respondió la dama de honor inclinándose, me anima á pedirle un favor.

--Hablad.... hablad; ya conocéis los deseos que tengo de servirlos.

--Verdad es que hace mucho tiempo que vuestra Alteza me ha acostumbrado á sus bondades

pero se trata de un objeto fastidioso, y yo no tendría valor para hablaros de él, sino fuese al mismo tiempo una acción caritativa y piadosa.... Por eso me atrevo á contar con la estremada indulgencia de vuestra Alteza.

--No teneis necesidad de mi indulgencia, querida condesa; yo estoy siempre reconocida á las que me presentan ocasiones para hacer bien.

--Se trata de una pobre criatura, que desgraciadamente habia salido de Gerolstein, antes que vuestra Alteza fundase esa casa tan útil y tan caritativa para las jóvenes huérfanas abandonadas, que son víctimas muchas veces de malas pasiones.

--Y qué es lo que pedís para esa jóven?

--Su padre hombre muy aventurero, habia ido á buscar fortuna á América; dejando á su mujer y á su hija en una existencia bastante precaria. La madre murió, y la hija de edad de diez y seis años escasos, dueña de sus acciones, salió del país para seguir á Viena á un seductor que la abandonó bien pronto. Como sucede generalmente, ese primer paso en la senda del vicio, condujo á aquella desgraciada á un abismo de infamia, y en poco tiempo llegó á ser como tantas otras miserables el oprobio de su sexo.

Flor-Celeste bajó los ojos ruborizada, y no pudo ocultar un ligero estremecimiento que no pasó desapercibido á los ojos de su dama de honor. Y temiendo haber herido la casta susceptibilidad de la princesa hablándola de aquella criatura, añadió con

urh acion.

--Pido mil perdones á vuestra Alteza, á quien habré disgustado tal vez, llamando su atencion sobre una existencia envilecida... pero la desgraciada da muestras de un arrepentimiento tan sincero que he creído poder implorar vuestra piedad para esa infeliz.

--Y habeis hecho muy bien... Yo os suplico que continueis, dijo Flor-Celeste dominando su dolorosa emocion. Todos los extravios son dignos de compasion cuando son seguidos de un verdadero arrepentimiento.

--Eso es lo que ha sucedido con esta muchacha, que despues de dos años de esa vida abominable se ha arrepentido... y ha venido aquí; acongojada y sentida. La casualidad ha hecho que se haya alojado en casa de una viuda; cuya dulzura y caridad, son proverbiales. Alentada por la piadosa bondad de la viuda, la ha confesado sus faltas añadiendo que la horrorizaba su vida pasada, y que compraria á precio de la penitencia mas dura la dicha de entrar en una casa religiosa donde poder espiar sus extravíos, y merecer su perdon. La digna viuda á quien ella hizo esta confianza, sabiendo que yo tenia el honor de estar al servicio de vuestra Alteza, me ha escrito para recomendarme á esa desgraciada que por la poderosa intervencion de vuestra Alteza con la princesa Juliana superiora de la abadía, podria esperar hacerse hermana arrepentida en el convento de san Hermo-

negildo; la jóven pide como un favor que la empleen en los trabajos mas duros, para que su penitencia sea mas meritoria. Yo he querido hablar muchas veces á esa muger, antes de permitirme implorar para ella la compasion de vuestra Alteza, y estoy finalmente convencida de que su arrepentimiento será eterno. Ni la edad, ni la necesidad son la causa de su arrepentimiento: tiene diez y ocho años escasos, es bonita aun, y posee una pequeña cantidad de dinero que quiere emplear en cualquier obra piadosa, si obtiene el favor que pretende.

--Yo me encargo de vuestra protegida, dijo Flor-Celeste reprimiendo difícilmente su conmocion: tal era la semejanza que ofrecia su vida pasada con la de de la infeliz, por quien se interesaba la dama de honor. El arrepentimiento de esa desgraciada, añadió Flor-Celeste, es demasiado laudable para no alentarla á que le lleve á cabo.

--Yo no sé como espresar mi gratitud y reconocimiento á vuestra Alteza, cuando apenas me atrevía á esperar que se dignase interesarse tan caritativamente por semejante criatura.

--Ha sido culpable, y se arrepiente..., dijo Flor-Celeste con un acento de piedad y de tristeza indecible, y es justo apiadarse de ella...!Además sus remordimientos son sinceros y deben ser dolorosos, querida condesa....

--Creo oir á Monseñor, dijo la dama de honor sin advertir la emocion profunda de Flor-Celeste.

Con efecto Rodolfo entró en el salón que precedía al oratorio con un enorme ramillete de rosas en la mano.

A la vista del príncipe la condesa tuvo la discreción de retirarse, y apenas hubo desaparecido, Flor-Celeste se colgó del cuello de su padre, apoyó su frente sobre su espalda, permaneciendo callada algunos segundos.

--Buenos días... buenos días, querida mía, dijo Rodolfo estrechando á su hija con efusión entre sus brazos y sin apercibirse de su tristeza. Mira qué ramillete te traigo... he tardado en venir por traerte un ramo mejor que de ordinario... tómale.

El príncipe sin soltar el ramillete de la mano hizo un ligero movimiento para soltarse de los brazos de su hija, y viéndola deshecha en lágrimas arrojó el ramillete sobre una mesa, la agarró la mano entre las suyas y exclamó;

--Lloras, Dios mío, lloras?... Qué tienes?

--Nada..... nada.... padre mío.... Dijo Flor-Celeste enjugando sus lágrimas y queriendo sonreírse.

--Te suplico que me digas lo que tienes.... cuál es la causa de tu tristeza?

- Os aseguro, padre mío, que no hay motivo para que os inquieteis. La condesa ha venido á solicitar mi favor hácia una pobre muger tan interesante como desgraciada, y sin querer me ha enternecido su historia.

--De veras? no es mas que eso?

--Nada mas, replicó Flor-Celeste, recogiendo las

flores que Rodolfo había arrojado sobre la mesa. Cuánto me cuidais, padre mio!... añadió... que ramillete tan magífico, y todos los días me traeis uno igual, cogido por vos mismo!...

--Hija mia, dijo Rodolfo contemplando á su hija con ansiedad... tu sonrisa es dolorosa... contrainda... dime por Dios lo que te aflige.... deja el ramillete.

--Oh! el ramillete es mi alegría diaria. Ya sabéis que yo amo mucho las rosas... las he amado mucho tiempo... Os acordais, añadió, con una sonrisa sencilla, os acordais de mi pobre rosa, cuyos restos guardaba con tanto esmero?...

A tan terrible alusion de su vida pasada, exclamó Rodolfo;

--Infeliz! serán fundadas mis sospechas? Pensarás tal vez, á pesar del lujo que te rodea en aquella horrible época de tu vida?... Yo que habia creído hacértela olvidar á fuerza de ternura!...

--Perdon, perdon, padre mio.... Esas palabras se me han escapado sin querer... os aflijo....

-- Me aflijo, pobre ángel mio, dijo con tristeza Rodolfo, porque esos recuerdos de tu vida pasada deben ser horribles para tí... me aflijo porque envenenarán tu vida, si tienes la desgracia de abandonarte á ellos.

--Ha sido una casualidad.... Padre mio... desde que estamos aquí, es la primera vez.

--Es la primera vez que me hablas de ellos,... Sí... pero tal vez no sea la primera vez que te

te atormentan esas ideas... Yo habia advertido tus accesos de melancolia, y muchas veces acusaba al tiempo pasado, porque te causaba tristeza... Pero no estaba cierto, y no me atrevia á combatir la funesta influencia de esos recuerdos, mostrándote la injusticia de ellos; porque si tu dolor hubiese tenido otra causa, si el pasado hubiera sido para tí lo que debia ser, un sueño vano, yo trataria de despertar en tí las ideas terribles que ahora quiero sofocar.

--Cuán bueno sois.... y cuán bella prueba me dan esos temores de vuestra inefable ternura!

--Qué quieres... mi posicion era tan difícil, tan delicada... Yo no te decia nada, pero estaba preocupado con cuanto tenia relacion contigo... Al contraer ese matrimonio que colmaba todos mis votos, yo habia creido garantizar mas y mas tu reposo. Conocia demasiado la excesiva delicadeza de tu corazon, para esperar que pensases nunca en tu vida pasada. Pero creia que si por una casualidad te parabas á pensar en aquellos tiempos, y en el cariño maternal de la noble muger que te ha conocido y amado en lo mas profundo de tus desgracias, debias mirar tu vida pasada como suficientemente espiada por sus atroces miserias, y ser indulgente, ó mas bien justa, contigo misma; porque si mi muger tiene derecho por sus bellas prendas al respeto de todos, tú que estás considerada como su hija, como su hermana querida, no debes estar tranquila? Su afectuoso cariño no es para tí

una rehabilitacion completa? No te ha dicho ella como yo que sabe que has sido víctima inocente, y que no se puede acusar á otra cosa que á la *desgracia*.... que te ha perseguido desde que naciste? Por otra parte, caso que hubieses cometido faltas de gravedad, no hubiesen sido mil veces espiadas y borradas enteramente por el mucho bien que has hecho, y por las prendas escelentes y envidiables que te distinguen?..

--Padre mio...

--Oh! yo te suplico que me dejes acabar... puesto que una casualidad que debemos bendecir ha motivado esta conversacion. Hace largo tiempo que yo la deseaba y la buscaba con afan... quiera Dios que tenga un éxito favorable! Yo quiero hacerte olvidar tan horribles dolores. Yo debo llenar á tu lado una mision tan augusta y tan sagrada que hubiera sido capaz de sacrificar á tu reposo el amor de Mad. de Harville... y la amistad de Alberto, si hubiese creido que su presencia te habia de recordar dolorosamente los tiempos pasados.

--Y podeis creerlo, padre mio?.. La presencia de esas personas que saben... lo que *yo era*... y que sin embargo me aman tan tiernamente, no recuerda, por el contrario, el olvido y el perdón?.. En fin, padre mio, qué vida hubiese yo tenido, si hubiéseis renunciado por mí á vuestro matrimonio con Madam. de Harville?

--Oh! no hubiese sido yo solo el que deseára

ese sacrificio para asegurar tu felicidad. Tú no sabes que Clementina se hubiera impuesto voluntariamente ese mismo sacrificio... porque comprende lo mismo que yo, toda la fuerza de mis deberes para contigo.

--Vuestros deberes conmigo, Dios mio! y qué he hecho yo para merecerlos?

--Qué has hecho? pobre àngel mio. Hasta el momento en que he tenido la dicha de recobrar-te, tu vida ha sido una série de amargura, de miseria y desolacion... Yo me echo en cara tus sufrimientos pasados, como si hubiera sido la causa de ellos. Así cuando te veo satisfecha y risueña, me creo perdonado... mi único objeto, mi única ambicion es hacerte tan completamente feliz, como desgraciada has sido, elevarte tanto, cuanto has estado abatida, porque me parece que los últimos vestigios de tu vida pasada se borran cuando las personas mas eminentes y mas distinguidas te hacen los honores que te son debidos... el respeto que te mereces.

--Respeto á mi?... No... no... padre mio, eso es á mi rango, ó mas bien al que me habeis dado.

--No es tu rango lo que aman, lo que reverencian... Es á ti, lo oyen? hija querida, á tí.... á tí sola... Hay homenajes impuesto por el rango, pero los hay tambien impuesto por el atractivo. Tú no lo sabes distinguir, porque ignoras que por un prodigio de talento y de tino que me hace

tan afortunado. observas en esas relaciones ceremoniosas tan nuevas para tí, una mezcla de dignidad, de modestia, y de gracia que no pueden resistir las personas altivas...

--Me amais tanto, padre mio, y os aman tanto, que estan seguros de agradaros teniendo deferencias conmigo.

--Oiga la pícara niña, exclamó Rodolfo interrumpiendo á su hija, y abrazándola con ternura. La pícara niña que no quiere conceder ninguna satisfaccion á mi orgullo de padre.

--No esta satisfecho ese orgullo atribuyéndoos á vos solo la distincion que hacen de mí?

--No tal, señorita, dijo el príncipe sonriéndose para disipar la tristeza que aun afligia á su hija; no, señorita, no es lo mismo, porque no me está permitido tener orgullo de mí mismo, y puedo y debo tenerlo de vos... Sí, orgullo. Tú no sabes las buenas prendas que te caracterizan. ... En quince meses ha terminado maravillosamente tu educacion, y la madre mas delicada se entusiasmara contigo, y esa educacion ha aumentado la influencia casi irresistible que ejerces sobre cuantos te conocen

--Padre mio..... vuestros elogios me confunden.

--Yo digo la verdad. Nada mas que la verdad. Quieres ejemplos? hablemos francamente de u vida pasada; es un enemigo que quiero combatir cuerpo á cuerpo, y ya es preciso presentar-

le la cara. Te acuerdas tú de la Loba, de aquella valerosa muger que te ha salvado? Acuérdate de aquella escena de la cárcel que tú me contaste: un enjambre de reclusas mas estúpidas aun que infames se encarnizaban en atormentar á una de sus compañeras, débil y enferma; su caballo de batalla: llegaste tú... hablaste... y al momento aquellas furias avergonzadas de su cobardía, se mostraron tan caritativas, como infames habian sido. No fue eso así? Es verdad, sí, ó no, que tú fuiste causa de que la Loba muger indócil y altiva conociese el arrepentimiento y desease una vida laboriosa y honrada? Créeme, hija mia, la que habia dominado á la Loba y á sus turbulentas compañeras, sin mas ascendiente que su bondad unida á un alma elevada, es la misma que en otras circunstancias y en otra esfera distinta debia con la misma seduccion (no te rias de esta mezcla, hija mia,) fascinar tambien á la archiduquesa Sofía; y todo eso me satisface porque malos y buenos sufren casi siempre la influencia de las almas sublimes. Yo no quiero decir que tú hayas nacido princesa en la acepcion aristocrática de la palabra, eso seria una triste lisonja, hija mia.... Pero tú eres de ese corto número de seres privilegiados que nacen para decir á una reina lo que necesita para hacerse amar y querer de todas.. y nacen tambien para dar á la criatura pobre, envilecida y abandonada lo que necesita para ser buena, y consolarla haciéndose querer de ella.

--Por favor... padre mio.

--Oh! no tal, hace mucho tiempo que mi razon sufria y callaba. Has de conocer que la causa de no entretenerme con estas comparaciones que tanto te distinguen á mis ojos, era por no despertar en ti los recuerdos de esa vida pasada que quiero borrar y borraré para siempre de tu imaginacion. Cuántas veces nos hemos estasiado Clementina y yo al pensar en tí. y cuántas veces tan enternecida que las lágrimas la asomaban á los ojos, me ha dicho: „No es maravilloso que esta querida hija sea lo que es despues de la desgracia que la ha perseguido? No es maravilloso, añadia Clementina, que lejos de alterar el infortunio su alma noble y privilegiada, haya despertado por el contrario sus mas escelentes cualidades?„

A este tiempo se abrió la puerta del salon, y Clementina, gran-duquesa de Gerolstein, entró con una carta en la mano.

--Aqui teneis, amigo mio, dijo á Rodolfo una carta de Francis, he querido traerla yo misma, á fin de dar los buenos dias á mi perezosa hija, á quien no he visto esta mañana añadió Clementina abrazando tiernamente á Flor-Celestial.

--De molde viene esa carta, dijo con alegría Rodolfo despues de haber pasado por ella la visita, justamente estábamos hablando del tiempo pasado... de ese mónstruo que vamos á combatir sin

deseo. querida Clementina, porque amenaza al reposo y á la tranquilidad de nuestra hija.

--Será verdad, amigo mio? esos accesos de melancolía que habíamos advertido...

--No eran mas que esos diabólicos recuerdos pero afortunadamente conocemos á nuestro enemigo y triunfaremos de él.

--Pero de quien es esta carta, amigo mio? preguntó Clementina.

--De la célebre Rigolette, la muger de German.

--De Rigolette! exclamó Flor-Ceessial que gustó de tener noticias de su amada griseta.

--Amigo mio, dijo Clementina en voz baja, á Rodolfo, no temeis que esta carta... la recuerde esas ideas terribles?

--Justamente esos son los recuerdos que quiero confundir, querida Clementina; es preciso abordarlos con resolución, y estoy seguro de que la carta de Rigolette me suministrará excelentes armas para combatirlos... porque esa buca mu-chacha estima á nuestra hija y la aprecia mucho.

Rodolfo leyó en voz alta la carta siguiente:

«*Granja de Bouqueval 15 de agosto de 1841.*»

«MONSEÑOR.

«Me tomo la libertad de escribiros para no-

ticiaros la gran felicidad que nos ha ocurrido, y para pedirnos un nuevo favor, á pesar de que os debemos tantos, ó mas bien de que os debemos el verdadero paraíso en que vivimos, yo, mi German y su buena madre.

„Se trata Monseñor de que hace diez días estoy loca de gozo porque tengo una niña que es todo el retrato de German, y como mi esposo es enteramente igual á mí, nuestra querida madre Paula dice que se parece á los dos. Lo cierto es que tiene hermosos ojos azules como German y pelo rosado como yo. Pero el caso es que mi marido es injusto contra su costumbre, y quiere siempre tener á la niña en sus rodillas, mientras que yo tengo mas derecho que él, no es verdad, Monseñor?

--Escelentes muchachos, dijo Rodolfo, qué felices serán!

--Y cuán merecedora es de esa felicidad Rigolet! dijo Flor-Celestial.

--Por eso yo he bendecido siempre la casualidad que me la dió á conocer, dijo Rodolfo, y continuó la lectura.

„Perdonad, Monseñor, que os entretenga con estas puerilidades que concluyen siempre con un beso... Pero deben zumbaros mucho los oídos, porque no pasa un solo día, en que no digamos German y yo: qué felices somos! y naturalmente nuestro nombre va unido á esas palabras... Perdonad ese borron, porque habia escrito distraida *Monsieur*

y del esplendor que me rodea por todas partes... á pesar de vuestro soberano poder, mi vergüenza es incurable.. nada puede desvanecer lo pasado... Perdonadme, padre mio, os lo he ocultado hasta ahora.... pero el recuerdo de mi primera degradacion me desespera y me mata...

--Lo ois Clementina?... exclamó Rodolfo desesperado.

-- Pero decidme, pobre niña, dijo Clementina cogiendo afectuosamente la mano de Fior-Celestial entre las suyas, nuestra ternura, el afecto de cuantos os rodean, que tan merecido tenéis, todo eso no es suficiente para que veáis en lo pasado un sueño pasajero y na la más?

-- Oh! fatalidad..., fatalidad, exclamó Rodolfo. Ahora maldigo mis temores y mi silencio... esa funesta idea arraigada en su alma ha hecho á pesar nuestro muchos progresos, y ya es demasiado tarde para atajarlos... Ah! cuan sin ventura soy!

-- Valor, amigo mio, dijo Clementina á Rodolfo, vos lo deciais hace poco, vale mucho conocer el enemigo que nos amenaza... Ya sabemos la causa del pesar de nuestra hija, y triunfaremos de ella, porque tendremos de nuestra parte la razon, la justicia y nuestra ternura.

--Ademas, cuando vea que su afliccion incurable hace incurable la nuestra tambien, añadió Rodolfo, porque será cosa de desesperar de toda clase de arbitrios, si esta desgraciada no ha hecho mas que cambiar de tormentos.

Después de un largo silencio Flor-Celestial cogió con una mano la de Rodolfo y con otra la de Clementina, y les dijo profundamente alterada.

--Escuchadme, padre mio.... y vos tambien, querida madre.... este dia es muy solemne.... Dios ha querido, y yo le doy gracias, que me sea imposible ocultaros en adelante lo que padezco: antes de pocos dias os hubiera hecho la confesion que vais á escuchar, porque todo sufrimiento tiene su término, y por oculto que fuese el mio, no hubiera podido ocultárosle por mas tiempo.

--Todo lo comprendo.... exclamó Rodolfo, no hay esperanza para ella.

--Yo la tengo en el porvenir, padre mio, y eso me da fuerzas para hablaros asi.

--Y qué puedes tú esperar del porvenir, pobre niña, cuando tu suerte actual no te causa otra cosa que amargura y tristeza?

--Os lo voy á decir, padre mio.... Pero antes permitidme que os recuerde lo pasado.. Que os confiese, ante Dios que me escucha, lo que he sentido hasta el dia.

--Habla..... habla.... ya te escuchamos, dijo Rodolfo sentándose con Clementina junto á Flor-Celestial.

--Mientras estuve en Paris.... á vuestro lado, padre mio, dijo Flor-Celestial, era tan feliz, tan completamente feliz, que aquellos bellos dias no serán pagados con muchos años de sufrimiento.... Vos lo veis.... al menos he conocido la felicidad.

--Pero por unos dias solamente.

--Sí: pero una felicidad pura y sencilla! vos os tomabais por mí, como siempre, cuidados cariñosos y tiernos.... y yo me entregué sin temor al reconocimiento y al cariño que á cada instante guiaba mi corazon hácia vos.... el porvenir me destumbraba, un padre á quien adorar, y una segunda madre á quien querer doblemente, porque debia reemplazar á la mia.... que no la habia conocido nunca.... Y en fin.... debo confesarlo todo.... mi orgullo se exaltaba contra mi voluntad por la honra que recibia siendo vuestra. Cuando el reducido círculo de personas de vuestra casa, que tenia ocasion de hablarme en Paris, me daban *Alteza* no podia menos de alegrarme y envaecerme. Si entonces pensaba vagamente en mi vida pasada, era para decirme; yo antes envilecida, soy la hija de un principe soberano, á quien todos bendicen y veneran: yo antes miserable, gozo hoy toda la esplendidez del lujo, y tengo una vida casi real. Qué queréis, padre mio? mi elevacion habia sido tan imprevista... vuestro poder me daba tal esplendor, que tal vez me podia perdonar el abandono: me así tan ciegamente al orgullo.

--Perdonar?... pues qué cosa mas natural, pobre ángel mio! qué delito era que te envanecieras con un rango que era el tuyo? Por qué no habias de gozar las ventajas de la posicion que yo te habia devuelto? En ese tiempo, me acuerdo bien, estabas seductora; cuantas veces te he visto caer

en mis brazos como anegada de felicidad, y diciéndome con un acento encantador estas palabras que no he vuelto á oír desde entonces: *Padre mio... esto ya es demasiado, demasiada felicidad.* Desgraciadamente esos recuerdos me han adormecido en una confianza engañosa: y no me han causado temor los motivos de tu melancolía.

--Pero decidnos, hija mia, añadió Clementina qué cosa es la que ha podido cambiar en tristeza esa alegría tan pura, y tan legítima que sentiais antes?

--Una circunstancia bien funesta, y bien imprevista!

--Qué circunstancia?

--Os acordais, padre mio... dijo Flor Celestial con un estremecimiento de terror, os acordais de la trágica escena que precedió á nuestra salida de Paris... cuando vuestro carruaje fué detenido en la barrera?

--Sí... respondió tristemente Rodolfo. El valiente Terrible, despues de haberme salvado la vida una vez, murió... murió á nuestra vista diciendo: *el cielo es justo, he asesinado y me asesinan.*

--Pues bien... padre mio... sabéis que ví... clavar me los ojos... cuando espiraba aquel desgraciado... y aquella mirada... aquella mirada me persigue á todas horas, añadió Flor-Celestial llena de horror.

--Qué mirada? de quién hablas? exclamó Rodolfo.

-- *De la hostalera de la tasca.....* murmuró Flor-Celestial.

-- Ese monstruo ¿ la has vuelto á ver? y dónde?

- No la visteis, padre mio, en la taberna donde murió el Terrible? Pues estaba allí con varias mujeres mas.

-- Ah! ya comprendo, dijo Rodolfo con amargura..... horrorizada con la muerte del Terrible creisteis ver los juicios de la providencia en aquel espantoso encuentro!

-- Mucho que sí, padre mio, al ver á la hostalera sentí un frío mortal, y me parecia que á su vista, mi corazón poseido hasta entonces de felicidad y esperanza se helaba de pronto. Sí: encontrar aquella mujer en el momento mismo en que el Terrible moria diciendo, el cielo es justo, me pareció un aviso que Dios me daba por el orgullo con que me habia olvidado de una vida que debia espíar á fuerza de humillacion y de arrepentimiento.

-- Pero esa vida te la impusieron á despecho tuyo, y no puedes responder de ella ante Dios.

-- Fuísteis obligada, bija mia.

-- Una vez precipitada contra tu voluntad en ese profundo abismo, no podias salir de él, á pesar de tus remordimientos, de tu espanto y de tu desesperacion, gracias á la atroz indiferencia de esa sociedad de la cual eras víctima. Te veias encadenada en un oscuro é ignorado rincón, y ha sido preciso para arrancarte de él, que la casualidad te

presentase à mis ojos.

- Ya veis, hija mia, vuestro padre lo ha dicho, habeis sido víctima y no cómplice de aquella infamia... exclamó Clementina.

-- Pero..... una vez cometida, madre mia, replicó dolorosamente Flor-Celestial, nada puede borrar tan horribles recuerdos.... me persiguen sin cesar, no como otras veces en medio de los pacíficos habitantes de una quinta ó entre mis compañeras las mujeres degradadas de San Lázaro..... Si no que me persiguen hasta en este palacio... ocupado por la sociedad mas escogida de la Alemania.... Me persiguen hasta en los brazos de mi padre, hasta en los gradas de su trono.

Flor-Celestial se desbizo en llanto, y Rodolfo y Clementina mudos ante la animada expresion de aquel remordimiento invencible, lloraban tambien porque sentian la impotencia de sus consuelos.

Desde entonces, añadió Flor Celestial, enjugando sus lágrimas, á todas las horas del dia, me digo con vergonzosa amargura: las personas mas eminentes y mas venerables, me honran, me aactan y me respetan: á los ojos de toda una córte, la hermana de un emperador me ha hecho el obsequio de arreglarme el peinado y he vivido en el fau-go de la Cité, tuteada por los ladrones y asesinos... Perdonadme, padre mio, pero cuanto mas elevada es mi categoria, tanto mas siento la degradacion profunda en que estuve sumergida otro tiempo: á cada homenaje que recibo, me creo culpable de una

profanacion: pensad, Dios mio, que despues de haber sido *lo que he sido*, tengo que sufrir que se inclinen ante mí los ancianos... que las doncellas nobles, y las mujeres justamente respetadas se lisonjeen estando á mi lado..... Sufrir en fin que las princesas doblemente augustas por su edad y por su caracter sacerdotal, me colmen de elogios y de caricias eso es impio y sacrilego, y si supiéseis padre mio lo que he sufrido.... y lo que sufro al pensar diariamente el justo, pero terrible castigo que recibiria.... si Dios quisiera que se descubriese mi vida pasada.... Con qué desprecio tan merecido, tratarian á la que hoy tanto aplauden!

--Pero desgraciada niña.... mi esposa y yo conocemos tu vida pasada.... Somos dignos de nuestro rango.... y sin embargo, te queremos... te bendecimos.

--Os ciega el tierno cariño de padres...

--Y todo el bien que has hecho desde que estás aquí? Y esa útil iustitucion, ese asilo que has abierto á las pobres huérfanas y abandonadas, esos cuidados admirables que las prodigas, esa generosidad, y ese afan por llamarlas hermanas tuyas, queriendo que ellas te llamen del mismo modo, y tratándolas efectivamente como si lo fueran? Eso no basta para redimir las faltas de que no tienes culpa? Finalmente, el cariño que te muestra la digna abadesa de San Hermenegildo, que solo te conoce desde que has llegado aquí, no lo debes enteramente á la elevacion de tu alma, á tu candor

y demas virtudes ?

--Los elogios de la abadesa de San Hermenegildo se dirigen á mi conducta actual, y yo los agradezco sin escrúpulo, padre mio, pero, cuando me pone por dechado de las señoritas y nobles de la abadia, cuando esas jóvenes ven en mí un modelo ejemplar de todas las virtudes, me muero de confusion como si fuese cómplice de una mentira indigna.

Despues de un largo silencio, añadió Rodolfo con doloroso abatimiento:

--Veo que es imposible persuadirte: los razonamientos son impotentes contra una conviccion tanto mas firme, cuanto que procede de un sentimiento generoso y sublime, puesto que á cada instante meditas en lo pasado.... El contraste de esos recuerdos y de tu posicion presente debe ser para tí un suplicio continuo.... perdóname, hija mia.

--Vos padre mio.... me pedis perdon, y de qué gran Dios.

--De no haber previsto tu susceptibilidad... Conociendo la escesiva delicadeza de tu corazon debiera haber adivinado esos remordimientos, y sin embargo.... que me queda que hacer?... era deber mio reconocerte solemnemente por hija mia.... esos respetos cuyo homenaje te es tan sensible han sido necesarios... pero me he engañado... me he equivocado contigo.... Yo he querido gozar demasiado con el encanto que tu belleza, tu talento y tu carácter inspiran á cuantos te conocen.... Yo ha-

biera debido ocultar mi tesoro... vivir casi en la soledad con Clementina y contigo, y renunciar á esas fiestas, á esos días de gala en que tanto me gustaba verte brillar... creyendo locamente elevarte tanto... tanto... que lo pasado desapareciera enteramente á tus ojos... Pero me ha sucedido todo lo contrario... y como me has dicho, cuanto mas te he elevado, tanto mas sombrío y profundo te ha parecido el abismo de que te he sacado..... mia es la culpa... dijo Rodolfo enjugando sus lágrimas.. yo creía hacerte un bien con eso, pero me he engañado... La venganza de Dios no está satisfecha... Me persigue hasta en la felicidad de mi hija...

Al llegar aquí llamaron á la puerta del salon que precedia al oratorio de Flor-Celestial.

Rodolfo se levantó, entreabrió la puerta, y vió á Alberto que le dijo:

--Perdone vuestra Alteza Real que venga á distraerle, pero un correo del príncipe de Heskau-sen-Oldenaaal acaba de traer esta carta que dice ser muy importante y urgente.

--Gracias Alberto... no te alejes, le dijo Rodolfo suspirando, tengo necesidad de que hablemos á solas.

El príncipe cerró la puerta y se quedó un momento en el salon para leer la carta que Alberto le acababa de entregar.

La carta estaba concebida en estos términos:

„Podré esperar que los lazos de parentesco que me unen á vuestra Alteza Real y la amistad con que me ha favorecido constantemente, disculparán un paso que sería muy temerario si no me le impusiera el deber de hombre honrado?

„Hace quince meses, Monseñor, que volvísteis de Francia trayendo con vos una hija tanto mas querida, cuanto que la creísteis perdida para siempre, mientras que por el contrario no se había separado nunca de su madre, con quien os casásteis en París *in-extremis*, á fin de legitimar el nacimiento de la princesa Amelia, que es casi igual á otras altezas de la confederacion Germánica.

„Su nacimiento es soberano, su belleza incomparable, su corazon es tan digno de su nacimiento, como su alma digna de su belleza; así me lo ha escrito mi hermana la abadesa de san Hermenegildo que ha tenido muchas veces la honra de ver á la muy amada hija de vuestra Alteza Real.

„Pero os diré francamente el objeto de esta carta, Monseñor, puesto que desgraciadamente una enfermedad grave me detiene en Oldenzaal y me impide ir á ver á vuestra Alteza Real.

„Mientras mi hijo ha estado en Gerolstein ha visto casi todos los dias á la princesa Amelia; la ama con entusiasmo, pero siempre la ha ocultado ese amor.

«Yo he creído de mi deber instruiros de ello, Monseñor, os habeis dignado acoger paternalmente á mi hijo, haciéndole vivir en el seno de vuestra familia con esa intimidad que tan preciosa le ha sido... y yo hubiera indignamente faltado á la lealtad ocultando á vuestra Alteza Real una circunstancia que debe modificar la acogida que ha merecido mi hijo.

«Sé que sería una necesidad el que nos atreviéramos á esperar una alianza mas estrecha con la familia de vuestra Alteza Real.

«Sé que la hija que tan justamente os envanece, Monseñor, debe aspirar á enlaces mas elevados.

«Pero sé tambien que sois el mas tierno de los padres, que si juzgáseis á mi hijo digno de perteneceros, y de hacer la felicidad de la princesa Amelia, no os detendrían las graves desproporciones que nos hacen tener por imposible semejante fortuna.

«No me corresponde, hacer el elogio de Enrique, Monseñor, pero me refiero al aprecio y á los elogios que varias veces os habeis dignado hacer de él.

«No me atrevo, ni puedo deciros nada mas, Monseñor, mi emoción es demasiado profunda.

«Fignaos creer que cualquiera que sea vuestra determinacion nos someteremos con respeto á ella, y yo os seré siempre fiel á los sentimientos de profunda gratitud con los que tengo el honor de ser:

(396)

«De vuestra Alteza Real,

«El mas humilde y obediente
«servidor. «GUSTAVO PABLO,
«Principe de Hernaussen-
«Oldenzaal.»

CAPITULO IV.

Revelaciones.



Despues de leer la carta del principe padre de Enrique, Rodolfo quedó algun tiempo triste y pensativo; pero un rayo de esperanza iluminó de pronto su frente y se arrojó á su hija á quien Clementina prodigaba en vano los mas tiernos consuelos.

--Bien has dicho, hija mia, Dios ha querido que hoy fuese el dia de las esplicaciones solemnes, dijo Rodolfo á Flor-Celestial, yo no habia previsto que una circunstancia nueva é importante debia justificar tus palabras.

--De qué se trata, padre mio?

--Qué hay, amigo mio?

--Nuevos temores.

-- Por qué, padre mio?

-- Por ti.

-- Por mí?

-- Tú no nos has confesado mas que la mitad de tus penas, pobre niña.

-- Tendreis la bondad de esplicaros... padre mio, dijo Flor-Celestial ruborizada.

-- Hasta ahora no he podido hacerlo, porque ignoraba que desesperases hasta ese punto de tu suerte. Oye, hija mia, tú te crees... ó mas bien eres muy desgraciada... Al principio de nuestra conversacion... me has hablado de que te quedaban esperanzas... he comprendido el sentido de tus palabras, y mi corazon se ha destrozado porque se trataba de perderte para siempre.. de verte encerrar en un elaustro.. bajar viva al sepulcro. Tú querrias entrar en un convento?

-- Padremio...

-- Con qué es verdad, hija mia?

-- Sí... si vos me lo permitís .. respondió Flor-Celestial angustiada.

-- Abandonarnos!.. exclamó Clementinal

-- La abadía de S. Hermenegildo dista poco de Gerolstein, yo os veré muchas veces, y á mi padre tambien.

-- Reflexionad que esos votos son eternos, querida mia... No teneis aun diez y ocho años... y acaso... llegue dia...

-- Oh! no me arrepentiré nunca de la resolucion que tomo... no encontraré el reposo y el ol-

vido fuera de la soledad de un cláustro. Sí, si mi padre y vos mi segunda madre me seguís queriendo como hasta aquí...

-- Los deberes y los consuelos de la vida religiosa, podrán con efecto, dijo Rodolfo, sino curar, á lo menos calmar los dolores de su pobre alma abatida y desgarrada... Y aunque se trata de media felicidad de mi vida... puede que apruebe tu resolución... yo sé lo que sufres y no dije que el renunciar al mundo no deba ser el término fatalmente lógico de tu triste existencia.

-- Qué decís?... vos también.

-- Permittedme, amiga mia, que acabe de esplanar toda mi idea.

Después dirigiéndose á su hija añadió:

-- Pero antes de tomar esa determinacion estrema es preciso examinar si hay otro porvenir mas conforme con tus votos y con los nuestros. En ese caso no me pararé en sacrificio alguno para asegurar te ese porvenir.

Flor-Celestial y Clementina se sorprendieron y Rodolfo añadió observando con atencion á su hija.

-- Qué piensas tú.... de tu primo el príncipe Enrique?

Flor Celestial se estremeció y bajó los ojos ruborizada, arrojándose por fin en los brazos del príncipe deshecha en un mar de lágrimas.

-- Le amas, hija mia?

-- No me lo habiais preguntado nunca, padre

mio, respondió Flor-Celestial enjugando sus lágrimas.

-- Amigo mio... no nos equivocamos, dijo Clementina.

-- Con que le amas? añadió Rodolfo, cogiendo las manos de Flor-Celestial entre las suyas; le amas mucho, hija mia?

-- Oh! si supiéseis, añadió Flor-Celestial, cuánto me ha costado ocultaros ese sentimiento desde que le he descubierto en mi corazón! A la menor pregunta que me hubieseis hecho, os lo hubiera confesado todo...

-- Y crees tú que Enrique... conoce el amor que le tienes? dijo Rodolfo.

-- Gran Dios, padre mio, yo no lo pienso, si quiera exclamó Flor-Celestial asustada.

-- Y crees tú que él te ama?

-- No... padre mio... no.. yo espero que no sufrirá demasiado.

-- Y cómo te has enamorado así, angel mio?

-- Casi contra mi voluntad... Os acordáis de un retrato de page?

-- Que habia en el cuarto de la abadesa de san Hermenegildo..... y era el retrato de Enrique?

-- Sí, padre mio... en presencia vuestra y creyendo que aquella pintura era de otra época, no oculté á la superiora que me habia chocado la belleza de aquel retrato. Vos me dijisteis entonces chanceandoos, que aquel cuadro representaba uno

de nuestros antepasados, que desde joven habia mostrado gran valor y escelentes cualidades... La gracia de aquella figura, unida á lo que me digísteis del noble carácter de aquel pariente escitó mi primera impresion.. Desde aquel dia he recordado muchas veces aquel retrato sin el menor escrúpulo, creyendo que se trataba de nno de nuestros primos muerto hacia ya mucho tiempo... Poco á poco me acostumbié á pensamientos tan dulces... sabiendo que no me era permitido amar otra cosa, añadió Flor-Celestial con una espresion sencilla, y dejando correr sus lágrimas. Yo hice de aquellos sueños estraños una especie de melancólico interés, mitad sonrisa y mitad lagrimas; y miré aquel linde page de los tiempos pasados como á un novio del otro mundo.. á quien encontraré tal vez algun dia en la eternidad. Me parece que semejante amor era digno solamente de un corazon que os pertenece todo entero, padre mio.. pero perdonadme tan tristes puerilidades.

--No tal, hija mia, dijo Clementina, profundamente conmovida... eso que estás diciendo es demasiado sublime.

--Ahora comprendo, replicó Rodolfo, por qué me reprendistes un dia el que te hubiese engañado sobre el retrato.

--Sí, padre mio. Juzgad cual seria mi asombro cuando la superiora me dijo que aquel retrato era el de su sobrino, uno de nuestros parientes... entonces mi turbacion fue estremada; yo traté de

--Muy bien pensado, pero si quereis ver dos pipiolos que comen como la gangrena, dijo Nicolás, conduciéndote poco á poco hácia el banco de Frank que le volvia la espalda, mirad esos dos, capaces de tragarse ascuas, y hareis gazusa, como si acabaseis de beber un vaso de ajenos.

--Verdad es, dijo el señor Boulard.

--Eh, Claudio, exclamó Nicolás; y los dos presos volvieron la cabeza hácia su interlocutor.

El cajero se quedó atónito y con la boca abierta, reconociendo al que habia robado.

Frank tirando el pan y la carne encima del banco, saltó instantáneamente sobre el señor Boulard, agarrándole del pescuezo y gritando:

--Qué decís?... yo caballero... no me ahogueis...

--Mi dinero!

--Amigo mio... escuchadme... oid.

--Mi dinero!... y ya casi es tarde. porque tú tienes la culpa de que yo me halle aquí.

--Pero..... pero.....

--No hay pero que valga, si voy a presidio, tuya es la culpa, pues si hubiéses tenido lo que me usurpaste... no me hubiera visto obligado á robar.... Y tú tal vez saldrás libre, á ti no te se hará nada, pero tú me las pagarás.. te has de acordar de mi nombre, perro judío; tú tienes sortijas y cadenas de oro; y aun asi tienes atrevimiento para robar á los pobres.

--Socorrol Socorrol exclamó el cajero cayendo á los pies de Frank, que enfurecido le pisoteaba.

--Los demas presos indiferentes á aquella quimera hicieron corro en derredor de los dos combatientes, ó mejor aun del que pegaba y del que recibia, porque el señor Boulard asombrado y confuso, no oponia resistencia alguna, tratando de parar lo mejor posible los golpes de su adversario.

Afortunadamente el carcelero acudió á los gritos de Boulard, y le libró de las manos de Frank, pálido, trémulo y con un ojo hinchado.

El cajero no se detuvo á recoger su gorro que andaba rodando en el suelo, y exclamó corriendo en direccion á la puerta:

--Abrídme pronto, que no quiero estar aquí ni un segundo mas... Socorro..... socorro...

--Y vos, dijo el carcelero, cogiendo á Frank del cogote, seguidme al cuarto del director, que os esperan dos dias de calabozo lo menos por haber pegado á ese hombre.

--Bien, no importa, dijo Frank; ya ha llevado su merecido.

--Oyes, le dijo por lo bajo el Cojo aparentando quererle servir en cuanto ocurriera, no digas nada de lo que se trata de hacer con el *chota*.

--Descuida; si hubiese permanecido aquí, acaso hubiera sacado la cara por él; porque asesinar á un hombre por tan poca cosa, es una infamia; pero soy incapaz de delatar á nadie.

--Vamos, arriba, dijo el carcelero.

--Pues, señor, dijo Nicolás, ya estamos libres del cajero y de Frank: ahora firmes contra el *chota*.

German y Vinagrillo entraron en el patio, al mismo tiempo que salía Frank.

German no estaba conocido: su rostro triste y melancólico hasta entonces, estaba satisfecho en aquel momento; con la frente erguida tendía en derredor de sí miradas alegres y francas, sabía que le amaban.... y el horror de la cárcel desaparecía á sus ojos.

Vinagrillo detras de él, iba medio turbado y haciendo un esfuerzo, tocó ligeramente á German en el hombro antes que se acercase á los grupos de los presos que le examinaban con odiosa socarronería.

German se estremeció á pesar suyo del contacto de Vinagrillo, porque el rostro y las maneras del antiguo jugador de cubiletes, le favorecían muy poco. Pero acordándose de los consejos y de las instancias de Rigolette, y teniéndose por demasiado feliz para no estar contento se detuvo, y dijo dulcemente á Vinagrillo:

--Qué queréis?

--Daros las gracias.

--De qué?

--De lo que vuestra linda amiga quiere hacer por mi pobre hermana.

--No os comprendo, dijo German sorprendido.

--Yo os lo explicaré.... Ahora mismo acabo de encontrar al carcelero que estaba de guardia en la reja....

--Ah, sí, buen sugeto.

--Esa palabra *de buen sugeto* no es moneda cor-

riente en las cárceles.... pero el Señor Roussel la mercede... y punto concluido... Decia que hace un momento me tiró de la oreja y me dijo.

--"Vinagrillo, conocéis á M. German?"

--"Sí.... la víctima del patio, le respondí.,"

Vinagrillo interrumpió su diálogo, y dijo á German con tono muy cariñoso.

--Perdonad, que os llame la víctima.... y esperad á oír el fin de mi cuento.

--Ya os escucho.

--Sí, le respondí, conozco á M. German, la víctima del patio.

--"Y la vuestra tambien, Vinagrillo, me dijo el carcelero irritado.

--"La mia no, soy yo muy cobarde y muy bueno para tener ninguna clase de víctima, ni negra, ni blanca, y M. German menos que ningun otro, porque yo le creo muy buen muchacho, y me parece que son muy injustos con él.

--„Me alegro que esteis de parte de M. German, porque él se ha portado con Vos, cual no podeis figuraros.

--„Conmigo? pues como?"

--„Es decir, él no... y con vos tampoco; pero debeis estar muy agradecido, me respondió el señor Roussel."

--Hablad mas claro, si quereis que os entienda, dijo German sonriendo.

--Eso mismo le dije yo al carcelero y me respondió:

--„No ha sido M. German, sino su linda amiga, la que ha colmado de favores á vuestra hermana. La oyó contar sus desgracias, y cuando la pobre mujer se despidió de vos, la jóven ofreció servirle en cuanto pudiese.,,

--Pobre Rigolette! exclamó German muy enterrecido! Pues nada me ha dicho sobre ese punto.

--„En ese caso, contesté al carcelero, teneis razon para decir que M. German se ha portado bien conmigo, porque para mí, su amiga y él son una misma persona; y mi hermana Juana es como si fuese yo mismo, ó acaso mas.,,

--Pobrecita Rigolette! replicó German; pero no me admito de eso, porque tiene un corazon magnánimo y compasivo.

--„Yo, prosiguió el carcelero, lo ví todo haciéndome el distraido, y os lo digo para que advirtais á M. German de cualquier complot que quieran tramar en contra suya los demas presos. Sino lo haceis, sereis un infame rematado.

--„Pues no lo soy tal... y puesto que la amiga de M. German quiere servir á mi pobre Juana... que es una mujer honrada y muy buena, yo haré por M. German todo lo que pueda... que desgraciadamente no será mucho.,,

--„Haced todo lo que esté de vuestra parte, y con eso basta; yo os daré tambien una buena noticia que acabo de saber para M. German.,,

--Y qué era? preguntó German.

--Que mañana por la mañana habrá un aposento

vacante en los cuartelillos.

--Será verdad! Oh! qué gusto, exclamó German. Esa si qué es noticia!

--Yo tal creo, porque vos no estais en vuestro elemento con gentes de nuestra calaña, amigo mio. Dijo Vinagrillo, y aparentando bajarse como si fuese á alzar alguna cosa del suelo, añadió en voz baja: los presos nos están observando, y ya les choca que hablemos juntos.... por lo tanto os dejo, pero no os fieis de esa gente..... Si buscan jarana, haceos el desentendido; no contesteis, aunque os provoquen, porque quieren buscar un pretexto para armar quimera, y pegaros á su sabor... Sobre todo, mucho cuidado con Barbillon, que es el encargado de armar la disputa, aunque yo trataré de apartarlos de intenciones tan detestables.

--Gracias, amigo... Seré prudente y aguantaré, dijo con viveza German, separándose de su compañero.

Vinagrillo instruido únicamente del complet de por la mañana, que consistía en provocar una quimera, en la cual German llevase la peor parte, para que el director le mudase de patio, ignoraba el asesinato recientemente proyectado por el Esqueleto, y no sabia tampoco que su historia seria un ardid de que se valdrian para engañar y distraer la vigilancia del carcelero.

--Ven acá, truhan... dijo Nicolàs saliendo al encuentro de Vinagrillo; deja tu racion de carne que hay boda, y yo te convidó.

--A dónde? al canastillo frito? al Conejo Blanco?

--Calla, trapalón: á la cocinilla, la mesa se ha puesto encima de un banco; pero tenemos jamon, huevos, queso... y yo pago.

--No me parece mala la idea... pero siento perder mi racion, y desearia que mi hermana se la llevara... Ni ella ni sus hijos están acostumbrados á ver carne... como no sea colgada á las puertas de la carniceria.

--Vamos pronto, que está allí Esqueleto, y entre él y Barbillon son capaces de dejarnos *per istam*.

Nicolas y Vinagrillo entraron en la cocinilla donde el Esqueleto, montado sobre el banco donde estaban los víveres de Nicolás, juraba y maldecia esperando al anfitrión.

--Ya estás aquí, tumbon? exclamó el bandido, qué hacias ahí fuera?

--Hablar con German, dijo Nicolás, haciendo trozos el jamon.

--Con qué hablabas con German! dijo el Esqueleto, sin dejar de comer aprisa, y mirando con suma atencion á Vinagrillo.

--Sí, hablaba con él, por cierto que no ha sido de los que han inventado el jamon ni los huevos duros (legumbres que me gustan macho.) Es tonto ese German! es tonto! Yo creí que podría estorbarnos en la cárcel, pero veo que es demasiado cobarde.....

--Tú lo crees así? dijo el Esqueleto, echando una ojeada rápida y significativa á Nicolás y Barbillon.

Estoy tan seguro de ello como lo está este trozo

de jamon entre mis dientes. Y luego como diablos quereis que nos estorbe, ni que lleve y traiga chismes, si siempre está solo sin hablar con nadie? El tal hombre huye de nosotros como si tuviéramos el cólera morbo. Además, que ya se nos acaban bien pronto esos temores, porque le llevan á cuartelillos.

De veras? exclamó el Esqueleto, y cuándo?

--Mañana por la mañana que habrá un aposento vacante

--Ya ves que es preciso asesinarle pronto. Hoy únicamente duerme aquí; mañana ya será tarde.. . dijo el Esqueleto en voz baja á Nicolás, mientras Vinagrillo hablaba con Barbillon.

--Es igual, dijo Nicolás en voz alta, apatentando responder á una observacion del Esqueleto; German parece que nos desprecia.

--Al contrario, hijos míos, replicó Vinagrillo, le intimidais; se considera á vuestro lado como el último de los últimos. Sabeis lo que me decia ahora poco?

--No! Veamos.

--Pues me decia estas palabras poco mas o menos: «Qué feliz sois, Vinagrillo, en atreveros á hablar mano á mano á ese famoso Esqueleto (famoso dijo, sí); yo estoy deseando hablarle; pero me causa un respeto tal... un respeto que.... Si viera al Prefecto de policía con todo su uniforme á cuestas, quizá no me asustara tanto.»

-Te dijo eso? replicó el Esqueleto aparentando creer y ser sensible á la admiracion que causaba en German.

con toda la magestad de una desgracia incurable.

--Padre mio... hemos olvidado que antes de casarme... el príncipe Enrique debía conocer mi vida pasada...

--Yo no lo habia olvidado... debe saberlo todo... y lo sabrá.

--Y no quereis que yo muera... al verme degradada de ese modo á sus ojos?

--Pero sabrá tambien la irresistible fatalidad que te ha arrojado a ese abismo... sabrá tu arrepentimiento, tu purificacion.

--Conocerá en fin, exclamó Clementina estrechando á Flor-Celestial entre sus brazos, que cuando yo os llamo hija mia... él puede sin reparo llamaros su esposa.

--Y yo... madre mia... amo demasiado... estimo demasiado al príncipe Enrique para darle una mano que han tenido entre las suyas los bandidos de la Cité...

.....

Poco tiempo despues de esta tierna, pero dolorosa escena, se leia en la GACETA OFICIAL de Gerolstein:

«Ayer ha tenido lugar en la abadia del gran-ducado de san Hermenegildo, en presencia de su Alteza Real el gran-duque reinante, la toma del velo de la muy alta y muy poderosa princesa Su Alteza Amelia de Gerolstein.

«La novicia ha sido recibida por el ilustrísimo señor, Monseñor Carlos Maximo, arzobispo, duque de Oppenheim; Monseñor Anibal André Montano, principe de Delfet obispo de Ceuta, in partibus infidelium y nuncio apostólico, ha dado LA BENDICION PAPAL.

«El sermón ha sido pronunciado por el reverendísimo señor Alfeld, canónigo del capítulo de Colonia, conde del santo imperio romano.

VENI CREATOR OPTIME.

CAPITULO V.

La profesion.

Rodolfo á Clementina.

GEROLSTEIN 12 de enero de 1842. (1)



segurándome hoy completamente de la mejoría de vuestro padre, me haceis esperar que á fines de la semana, podreis traerle aquí. Yo habia previsto que en la residencia de Rosenfeld situada en medio de los bosques, estaría espuesto, á

(1) Seis meses escasos han trascurrido desde

pesar de todas las precauciones posibles, al rigor de nuestros frios; pero desgraciadamente su pasión por la caza ha hecho inútiles nuestros consejos. Yo os suplico, Clementina, que en cuanto vuestro padre pueda soportar el movimiento del coche abandoneis ese país salvaje habitado únicamente por los viejos Germanos, de cuerpo de hierro, cuya raza ha desaparecido.

Tiemblo que os pongais mala, porque la fatiga de ese viaje tan precipitado, los sobresaltos que habeis sufrido hasta uniros con vuestro padre, todo eso debe haberos hecho mucho efecto, y sin embargo no he podido acompañaros!

Yo os suplico, Clementina, que tengais prudencia, porque sé el cuidadoso afán con que asistís á vuestro padre, y me afligiria que vuestra salud se alterase en el viaje. Deploro mucho la enfermedad del conde, que os aleja de mí, en unas circunstancias en que tengo gran necesidad de vuestro consuelo y de vuestro cariño.

La ceremonia de la *profesion* de nuestra pobre hija, se verificará mañana... 13 de enero, época fatal... El TRECE DE ENERO saqué la espada contra mi padre.

Amiga mía... yo me habia creído perdonado muy pronto... la seductora esperanza de pasar mi

que Flor-Celestial entró de novicia en el convento de san Hermenegildo.

vida cerca de vos y de vuestra hija, me habia hecho olvidar que no era yo, sino *ella*, la que habia sido castigada hasta ahora... y que mi castigo no habia llegado aun.

Pero ha llegado ya..... desde que hace seis meses la desgraciada nos abrió su corazon confesándonos su *incurable vergiienza por lo pasado... unida á su desgraciado amor por Enrique*.

Esos dos amargos sentimientos, exaltados mutuamente, debian formar por una lógica fatal su irrevocable resolución de tomar el velo. Vos sabeis, amiga mia, que al combatir esa idea con todas las fuerzas de nuestro cariño, no podiamos disimular que su digna conducta hubicra sido la nuestra... Qué habiamos de responder á aquellas terribles palabras?

Amo demasiado al principe Enrique, para darle una mano que han tenido entre las suyas los bandidos de la Cité.

Ha debido sacrificarse á sus nobles escrúpulos, al recuerdo indestructible de su deshonra; lo ha hecho con valor.. ha renunciado á la pompa del mundo, bajando las gradas de un trono para arrodillarse vestida de lana burda sobre el pavimento de un templo. Ha cruzado sus manos sobre su pecho, inclinando su cabeza... y sus hermosos cabellos rubios, que eran mi delicia y que conservo como un tesoro... han caido al suelo á impulso de la tijera.

Ya sabeis, amiga mia, nuestra desgarradora emocion en aquel momento lúgubre y solemne; aquella emocion es ahora tan terrible como entonces. Al escribiros estas palabras lloro como un niño.

.....

La he visto esta mañana, y aunque me ha parecido menos pálida que de ordinario y aparenta no sufrir, su salud me inquieta mortalmente. Cuando bajo el velo y la toca que adornan su noble frente veo sus descarnadas lacciones, con la fria blancura del mármol, y que hacen parecer mayores sus hermosos ojos azules, no puedo menos de pensar en el brillo puro y candoroso de su belleza, antes de nuestro matrimonio. Nunca la he visto mas encantadora que entonces. Parecia que nuestra felicidad reflejaba sobre su delicioso semblante.

La he visto esta mañana, y no sabe aun que la princesa Juliana cede voluntariamente en su favor su dignidad de abadesa: mañana, dia de su profesion, nuestra hija será elegida abadesa, pues asi lo quieren por unanimidad todas las señoritas jóvenes de este convento (1).

(1) *No es la primera vez que han elevado a una religiosa a la dignidad de abadesa el mismo dia de su profesion.*--Veáse la vida de la muy alta y muy religiosa princesa Madama Carlota Flaudrine de Nassau, dignísima abadesa

Desde que empezó su noviciado no se oye otra cosa mas que elogios sobre su piedad, su caridad y su religiosa exactitud en cumplir con todas las reglas de la órden exagerando sobre todo su penitencia. En el convento ha ejercido la influencia que ejerce en todas partes, sin pretender ejercerla, é igno ando tener ese predominio, cosa que aumenta su poder... La conversacion que hemos tenido esta mañana ha venido á confirmar mis sospechas: nuestra hija no ha encontrado en la soledad del claustro, ni en la práctica severa de la vida monástica, el reposo y el olvido, y se felicita sin embargo de su resolucion, que considera como el cumplimiento de un deber imperioso; pero sufre mucho porque no ha nacido para esas contemplaciones místicas, en las que ciertas personas olvidan todos los afectos, y todos los recuerdos mundanos, perdiéndose en ascéticos éstasis.

Flor Celestial, cree, suplica, y se somete á la rigurosa observancia de su órden, y prodiga lós consuelos mas evangélicos, los cuidados mas humildes á las pobres enfermas que existen en el convento. Ha rehusado hasta la ayuda de una hermana lega; es muy modesto el mueblaje de su triste celda, fria y pobre, donde observamos con dolorosa admiracion, como os acordareis muy bien,

del real monasterio de Santa Cruz, elegida á los diez y ueve años.

amiga mía, las hojas secas de su *rosal*, colgadas al pié de un crucifijo. Finalmente es el ejemplo y el modelo venerado de la comunidad... Pero ella misma, reprendiéndose con amargura su debilidad, me ha confesado esta mañana, que no está tan absorta con la práctica y las austeridades de la vida religiosa, que deje de ver continuamente su vida pasada, no solo tal cual ha sido, sino tal cual hubiera podido ser.

--Me acuso, padre mio, me decia con esa resignacion tranquila y candorosa que sabéis, me acuso, pero no puedo menos de pensar muchas veces que si Dios me hubiera evitado la degradacion que ha herido para siempre mi porvenir, hubiera podido vivir cerca de vos, y amada de mi esposo. A pesar mio, mi vida pasa entre esos dolorosos tormentos, y los horribles recuerdos de la Cité; en vano suplico á Dios que me defienda de esa pesadilla, llenando únicamente mi corazon de su pradoso amor, y de sus santas esperanzas, para que pueda entregarme á él enteramente... El Señor desoye mis votos.... porque preocupada con las ideas terrenas, me hago indigna de semejante merced.

--Pues en ese caso, exclamé yo con una luz títua de esperanza, aun es tiempo, hoy concluye tu noviciado, pero hasta mañana no profesas; aun eres libre; renuncia esa vida austera que no te ofrece los consuelos que tú esperabas; sufrir por sufrir, ven á sufrir á nuestros brazos, y

nuestra ternura dulcificará tus penas.

Sacudiendo tristemente la cabeza, me respondió con esa inefable fuerza de razonamiento que siempre hemos admirado en ella.

--No hay duda, padre mio, en que la soledad del claustro es muy triste para mí... para mí, acostumbrada á vuestra ternura y á vuestro cariño. No hay duda en que me persiguen amargas penas, y desgarradores recuerdos, pero al menos, sé que cumplo con un deber.. sé que aunque me encuentre en una posicion falsa... aquí tengo esperanzas de espiar lo que tanto me hace sufrir... por mí... y por vos... porque yo tengo tambien orgullo. Vuestra hija será lo que debe ser, hará lo que debe hacer, y sufrirá lo que debe sufrir... Mañana podrán saber de qué fango me habeis sacado... Y si me ven arrepeotida al pie de la cruz, me perdonarán tal vez mis extravíos pasados, en gracia de mi humildad presente; pero no será lo mismo si me ven brillar como hace algunos meses, en medio del fausto de vuestra corte.. Por otra parte, satisfacer á las justas y severas exigencias del mundo, es satisfacerme á mí misma: por eso doy gracias y bendigo á Dios con toda mi alma al pensar que él solo puede ofrecer á vuestra hija un asilo y una posicion digna de ella y de vos.. Una posicion en fin, que no forme un aflictivo contraste con mi primera degradacion, y que pueda merecerme el único respeto que se me debe... El que

dar la señal para el asesinato de German, estaba junto á la puerta que se conservaba entre abierta.

--Estamos todos² preguntó Vinagrillo al Esqueleto.

--Silencio, señores..... dijo casi volviendo la cabeza; y dirigiéndose á Vinagrillo, añadió: vaya, buena pieza, que ya te escuchan.

A esas palabras siguió un profundo silencio.

CAPITULO XXVII.

Nada mas dulce, mas saludable, ni mas precioso que vuestras palabras; porque seducen, alientan, y alivian.....

(WOLFRANG, lib. 4.^o)

Laquitis y Sierabrás.



Antes de empezar el relato de Vinagrillo, recordaremos al lector que la mayoría de los presos, á pesar de su cínica perversidad, simpatizan casi siempre con los cuentos sencillos, por no decir infantes, donde segun las leyes de inexorable fa-

talidad, el oprimido vence al tirano despues de pruebas terribles y de amarguras sin cuento.

Lejos de nosotros la idea de establecer el menor paralelo entre los séres corrompidos y la gente honrada y menesterosa. ¿Pero por ventura no se saben los aplausos frenéticos con que recibe el populacho en los teatros de segundo órden las piezas en qué la víctima inocente triunfa del traidor ó del infame á quién ese mismo público llena de maldiciones vehementes?

Ordinariamente se burlan de esas pruebas inculpas de simpatía hácia lo que es bueno, débil y perseguido.... y se rien de su aversion hácia todo lo que es fuerte, injusto y cruel. Pero en nuestro juicio se engañan.

Nada hay mas desconsolador en sí mismo, que esos sentimientos de la muchedumbre.

No es cosa evidente, que esos instintos saludables podrán convertirse en principios fijos en los desgraciados á quienes la ignorancia y la pobreza esponen sin cesar á la subversiva aversion del mal?

Cómo no esperarle todo de un pueblo cuyo buen sentido moral se manifiesta con esa constancia? De un pueblo qué á pesar de las ilusiones del arte, no permitiria nunca que una obra dramática concluyese con el triunfo del malvado, y con el suplicio del justo?

Ese hecho despreciado, ridiculizado, nos parece muy considerable, en razon de las tendencias

el buen estado de su salud. Se me olvidaba decir que el pobre Enrique está mejor, y que el príncipe Pablo, á pesar de estar enfermo tambien, le asiste con el mayor cuidado; milagro de amor paternal... que no nos causa estrañeza á nosotros.

Hasta mañana... amiga mia, hasta mañana, dia siniestro y terrible para mí...

Siempre vuestro,
R.

ABADIA DE SAN HERMENEGILDO á las cuatro de la mañana.

Tranquilizaos, Clementina..... tranquilizaos, aunque la hora y el sitio donde os escribo esta carta deben asustaros.

Gracias á Dios el peligro se ha pasado, pero la crisis ha sido terrible...

Ayer despues de haberos escrito, agitado por no sé qué funesto presentimiento, recordando la palidez, la pena de mi hija, y el estado de debilidad en que se halla hace mucho tiempo, y pensando finalmente en que debia pasar casi toda la noche haciendo oracion en un templo espacioso y frio, envié á Alberto y á David al convento para pedir á la princesa Juliana el permiso de que se quedasen en la casa donde habitó Enrique.

Así mi hija podía tener socorros pronto, y yo noticias; si, como temía, la faltaban las fuerzas para cumplir aquella rigurosa... no quiero decir cruel... obligación de pasar una noche de euerro rezando con un frío tan excesivo. Escribí también á Flor-Celestial que respetando el cumplimiento de sus religiosos deberes, la suplicaba mirase por su salud, rezase en su celda y no en la iglesia. Hé aquí lo que me ha contestado:

«Os doy gracias, padre mio, de lo íntimo de mi corazón por esa nueva prueba de vuestro interés; no tengais cuidado, me creo capaz de cumplir mis deberes... Vuestra hija, padre mio, no puede manifestar ni temor ni debilidad... La regla lo manda así, y debo conformarme con ella. Si de ello me resultára algun padecimiento físico con gusto se lo ofrecería á Dios... Vos que habeis practicado vuestros deberes con tanto valor, aprobareis indudablemente mi conducta.

«Adios, padre mio adios... No os diré que voy á pedir por vos... lo hago siempre que dirijo mis oraciones á Dios, porque me es imposible no confundiros con la divinidad, á la cual me encomiando; habeis sido para mí en la tierra, lo que Dios, si lo merezco, será para mí en el cielo.

«Diguao bendecir esta noche á vuestra hija con vuestro pensamiento, padre mio... mañana será esposa de Jesucristo...

«Os besa la mano con piadoso respeto

«La hermana AMELIA.,»

La lectura de esta carta me hizo derramar abundantes lágrimas, pero me tranquilicé algo; yo debía también tener una noche siniestra.

Fuí á encerrarme en el pabellon que hebecho construir no lejos del monumento erigido á la memoria de mi padre... para esperar aquella noche fatal...

Seria la uga de la mañana cuando oí la voz de Alberto, que venia corriendo desde el convento.

Segun habia previsto, la desgraciada niña á pesar de sus esfuerzos y de su voluntad, no habia tenido resistencia para cumplir enteramente aquella costumbre bárbara de que la princesa Juliana no habia podido dispensarla, porque la regla es severa sobre ese punto.

A las ocho de la noche se arrodilló Flor-Celestial sobre la piedra fria de aquella iglesia, y habia rezado hasta mas de las doce... Pero á esta hora sucumbiendo á su debilidad, á aquel horrible frio y á su emocion, porque lloró larga y silenciosamente, cayó desmayada... dos religiosas que de orden de la princesa Juliana velaban con ella... acudieron á socorrerla y la trasportaron á su celda...

Avisaron al instante á David; Alberto tomó el coche y corrió á buscarme; yo volé al convento y me recibió la princesa Juliana. Me dijo que David temia que mi presencia impresionase vivamente á mi hija, y que su desmayo ne pre-

sentaba síntomas alarmantes y era ocasionado únicamente por su debilidad.

Me ocurrió una idea horrible... creí que querían ocultarme una desgracia mayor, ó prepararme al menos á saberla, pero la superiora me dijo:

--Yo os afirmo, Monseñor, que la priocesa Amelia está fuera de peligro. Un ligero cordial que el doctor David la ha dado, ha reanimado sus fuerzas.

Yo no podia dudar de lo que me afirmaba la abadesa; la creí y esperè noticias de mi hija con dolorosa impaciencia.

Despues de un cuarto de hora de angustia llegó David; gracias á Dios, mi hija estaba mejor... y habia querido continuar su oracion en la iglesia consintiendo únicamente en arrodillarse en un almohadon... Y como yo me incomodára y me indignára de que la superiora y él hubieran accedido á sus deseos, añadiendo que me oponia formalmente, me respondió que hubiera sido peligroso contrariar la voluntad de mi hija estando bajo la influencia de una viva emocion nerviosa, y que habia convenido con la princesa Juliana en que la pobre niña dejase la iglesia á la hora de maitines para descansar un rato y prepararse á la ceremonia.

--Está ahora en la iglesia, le pregunté?

--Sí, Monseñor... pero dentro de media hora se habrá retirado ya.

el fondo; pero terrible cuando veia que los fuertes abusaban de los mas débiles.

«Como el Decano era vecino de Fierabrás, habia oido al principio llorar á los niños á causa de los golpes que el domador de fieras les daba, y le habia dicho: si vuelvo á oír gritar á los chicos, te hago gritar de veras; y como tú tienes la voz mas fuerte que ellos, te haré callar con mas fuerza.»

--Buen Decano.... á mí me gusta el Decano! dijo el preso del gorro azul.

--A mí tambien, dijo el carcelero, acercándose al grupo.

El Esqueleto no pudo reprimir su impaciencia, y Vinagrillo continuo:

--«Gracias á las amenazas del Decano no se volvió á oír gritar á los chicos; pero era porque no gritaban aunque su amo los pegase, porque temian que los pegase mas fuerte... y en cuando á irse á quejar al Decano, jamás se les ocurrió semejante idea.

«Con los quince sueldos que cada muchacho debía recoger diariamente, los daba casa, comida y ropa.

«Uí pedazo de pan negro como el del desayuno era la comida; trajes no les daba nunca y en eso consistia el vestido; de noche los encerraba con los animales en un granero donde se subia con una cuerda, y esa era la habitacion. Cuando los animales y los niños estaban metidos

en el granero retiraba la cuerda, y cerraba la trampa con llave.

„Figuraos, ahora, qué vida, y qué alboroto tendrían allí los micos, los cochinitos de la India, las zorras, las ratas, las tortugas y los muchachos encerrados sin luz en aquel granero que era poco mas grande que el mayor de los animales que allí se encerraba. Fierabrás dormía en una alcoba debajo de aquella jaula con su Cartucho atado al pie de la cama. Cuando chillaban demasiado fuerte en el granero, él subía sin luz; tomaba un garrote, abría la trampa y descargaba á tontas y á locas como palo de ciego.

„Como tenía siempre una quincena de chicos y algunos de ellos, pobres inocentes, le llevaban hasta veinte sueldos diarios. Fierabras reunía despues de cubiertas sus primeras necesidades, cinco ó seis francos diarios, con cuyo dinero se solía emborrachar como una cuba, una vez al dia. Era régimen suyo, porque segun decia, el dia que le faltase no podría vivir. Además, y esto conviene que lo sepais, con lo que le sobraba de las turcas, solía comprar corazones de carnero á Cartucho, porque la mona grande comía carne cruda con voracidad.

„Pero me he distraído, y veo que esta respetable sociedad me pregunta ya por Raquitis, y hétele aquí, señores.,,

--Ea, veamos á Raquitis. y me voy á comer la sopa, dijo el carcelero.

la princesa Juliana, y no quereis causar á vuestras hermanas un sentimiento, renunciando á esa prueba de su confianza y de su cariño.

--No, madre nuestra, dijo Flor Celestial con una espresion que me asustó, y con una voz cada vez mas débil: *ahora* creo poder aceptar.... Pero como me siento muy fatigada y algo mala, quisiera que me permitiéseis dilatar por algunos dias la ceremonia de mi consagracion.

--Se hará como lo deseais, querida hija, pero mientras se bendice y se consagra vuestra dignidad, tomad este anillo..... ocupad vuestro asiento y nuestras queridas hermanas os rendirán homenaje segun previene nuestra regla.

La superiora puso su anillo pastoral en el dedo de Flor-Celestial, y la condujo al sillou destinado para la abadesa.

Aquella ceremonia fué sencilla, pero elocuente.

A un lado de su silla estaba la priora con la cruz de oro, y al otro la princesa Juliana. Las religiosas se fueron inclinando una á una delante de nuestra hija, y besándola respetuosamente la mano.

Yo veia aumentarse su emocion por momentos y alterarse sus facciones: aquella escena fue superior á sus fuerzas, y se desmayó antes que se acabase la procesion de las religiosas.

Juzgad de mi terror!.... La llevamos al cuarto de la abadesa, y David que no habia salido del

convento la dió los primeros socorros. Puede que me engañase el doctor, pero me aseguró que aquel nuevo accidente no tenía otra causa que una estrema debilidad, hija de la falta de sueño, y de las fatigas que mi hija se habia impuesto en su largo y austero noviciado.

Yo le creí porque las facciones angelicales de mi hija, aunque teñidas de aterradora palidez, no revelaban ninguna enfermedad, cuando volvió en sí.... Yo mismo me asombré de la serenidad que brillaba en su frente. Pero me horrorizó de nuevo aquella calma; me parecia que ocultaba la secreta esperanza de un descanso prócsimo....

La superiora volvió á la sala de capítulo para cerrar la sesion, y yo quedé solo con mi hija.

Despues de haberme mirado en silencio por algunos minutos me dijo:

--Olvidareis mi gratitud.... padre mio?... olvidareis que en el momento en que iba á hacer aquella terrible confesion me suplicásteis?.....

--Cállate.... por piedad....

--Y yo no habia reflexionado, añadió con amargura, que al confesar á la faz de todos la degradacion de que me habíais sacado, revelaba un secreto que el castigo que me teníais os habia hecho ocultar.... Era acusaros públicamente, padre mio, de un disimulo que habíais tenido para asegurarme una vida brillante y honrosa.... me perdonareis, padre mio?

Mi contestacion fué llevar mis labios á su frente y derramar lágrimas sobre las de mi hija, que despues de haberme besado las manos repetidas veces, me dijo:

--Ahora ya me encuentro mejor, padre mio... pero ahora estoy, como dice nuestra regla, muerta para el mundo.... Quisiera hacer algunas disposiciones en favor de muchas personas.... Como todo lo que poseo es vuestro, necesito vuestro permiso: me autorizaréis para ello?

--Puedes dudarlo?... Pero yo te suplico que dejes esas ideas siniestras.... No tienes tiempo de ocuparte mas adelante de esas cosas?

--Quién lo duda, padre mio?... Me queda aun mucha vida, añadió con un acento que sin saber por qué, me hizo estremecer de nuevo.

La miré detenidamente, y ni la menor alteracion de sus facciones justificaba mi inquietud.

--Sí, añadió, me queda mucho tiempo de vida... Pero no deberé ocuparme de cosas terrenales... Porque hoy día renuncio á todo cuanto me une al mundo.... Yo os suplico que no me rehuséis este favor...

--Manda.... haré cuanto quieras...

--Quisiera que mi tierna madre guardase siempre en el gabinete donde está de ordinario... mi bastidor con el bordado que tenia entre manos.....

--Tus deseos serán cumplidos. Tu habitacion está como el día en que saliste del palacio; porque todo lo que te ha pertenecido es para nosotros objeto de un singular aprecio.... Clementina agradece-

cerá mucho tu recuerdo....

--En cuanto á vos, padre mio, os suplico que tomeis mi sillón de ébano, donde he meditado y soñado tantas veces.

--Le colocaré junto al mio en mi despacho, y te veré diariamente sentada junto á mi, como te sentabas muchas veces, la dije sin poder contener mis lágrimas.

--Tambien quisiera dejar algunos recuerdos míos á los que tanto se han interesado por mí cuando era desgraciada. A la señora Paula quisiera darla el escritorio que usaba últimamente. Ese regalo es algo oportuno, añadió con dulce sonrisa, porque ella fué la que me empezó á enseñar á escribir en la granja. En cuanto al venerable cura de Bouqueval que me ha instruido en la religion, le destino el crucifijo de mi oratorio.

--Bien, hija mia.

--Quisiera tambien enviar un cintillo de perlas á mi querida Rigolette... Es una alhaja sencilla que podrá llevar sobre sus hermosos cabellos negros... Y si fuese posible, puesto que sabéis donde están Marcial y la Loba, quisiera que esa valerosa mujer que me ha salvado la vida... conservase mi cruz de oro esmaltada... Esas diferentes muestras de mi memoria, padre mio, espero que sean entregadas á aquellos á quienes las mando, *de parte de Flor-Celestial*.

--Ejecutaré tus órdenes: No te olvidas de nadie?

--Creo que no....padre mio.

--Míralo bien.... Entre los que te aman... no hay alguno tan desgraciado como tu madre..... y yo... alguno que sienta tan dolorosamente tu entrada en el convento, como nosotros?

La pobre niña me comprendió, me estrechó la mano, y un rubor coloró sus mejillas.

--Yo me adelanté para evitarla una pregunta que sin duda temia hacerme, y la dije:

--Va mejor..... No hay temor alguno por su vida....

--Y su padre?

--Mejor tambien.... animado por la mejoría de su hijo.

--Cuanto me alegro!

--Y á Enrique qué le das?..... Un recuerdo tuyo le servirá de consuelo en su desgracia.

--Padre mio.. ofrecedle mis restos... ay de mí cuántas veces bañada en lágrimas he pedido al cielo valor para olvidar á Enrique, puesto que era indigna de su amor!

--Cuán feliz será al ver que te has acordado de él!....

--En cuanto á la casa de asilo para las huérfanas y las jóvenes abandonadas de sus padres, desearia, padre mio, que.....

.....

 La carta de Rodolfo fué interrumpida por estas palabras casi ininteligibles.

Clementina.... Alberto concluirá esta carta.... yo pierdo la cabeza.... estoy loco.... Ah! el 13 de enero!.....

La conclusion de la carta era de letra de Alberto y estaba redactada en la forma siguiente:

SEÑORA.

Cumpliendo las órdenes de su Alteza Real completo esta triste relacion. Las dos cartas de Monseñor habrán preparado á vuestra Alteza Real, para la triste nueva, nueva que me queda que noticiaros.

Hace tres horas, que Monseñor estaba ocupado en escribir á vuestra Alteza Real, y esperaba yo en una pieza inmediata, que me entregase la carta para mandarla en seguida por un correo, cuando ví entrar á la princesa Juliana consternada y abatida.

--Dónde está su Alteza Real? me preguntó con voz trémula.

-Princesa, Monseñor; está escribiendo á la gran duquesa las novedades del día.

--Sir Alberto, es preciso anunciar á Monseñor un acontecimiento funesto.... Vos sois su amigo..... Dignaos instruirle de todo... El golpe será menos terrible, si vos se lo anunciáis...

Lo comprendí todo, y era prudente encargarme de tan dolorosa noticia.... La superiora añadió que

la vida de la princesa Amelia se iba estinguendo lentamente; y que Monseñor debía darse prisa para recibir los últimos suspiros de su hija: por desgraciada no me quedaba tiempo para preparar á Monseñor, y apenas entré en la sala, Su Alteza Real advirtió mi palidez.

--Tu vienes á noticiarme alguna desgracia!

--Una irreparable desgracia.... Monseñor..... valor !.....

--Ah!..... mis presentimientos! exclamó, y sin añadir una palabra corrió al claustro. Yo le seguí.

La princesa Amelia, despues de su última entrevista con Monseñor en el cuarto de la superiora, fué conducida á su celda. La religiosa que la velaba advirtió que la voz de la princesa Amelia se debilitaba y estaba cada vez mas oprimida. La religiosa fue corriendo á avisar á la superiora, y David que llegó al momento creyó remediar aquella nueva debilidad con un cordial, pero en vano, apenas la encontraba el pulso, y su respiracion era cada vez mas difícil.... El doctor se convenció de que las emociones reiteradas habian gastado probablemente las fuerzas de la princesa Amelia, no quedaba ninguna esperanza para salvarla.

Cuando llegó Monseñor, la princesa Amelia acababa de recibir los últimos sacramentos, y en una de sus manos cruzadas sobre su pecho tenia *los restos de su rosa*.

Monseñor cayó de rodillas con la cabeza sobre la almohada de su hija y sollozando.

--Hija mia.... hija de mi corazon.... exclamó con voz desgarradora.

La princesa Amelia le oyó, volvió ligeramente la cabeza hácia él, abrió los ojos... trató de sonreirse y dijo con voz apagada.

--Padre mio.... perdon.... Tambien á Enrique.. á mi buena madre.... Perdon.....

Tales fueron sus últimas palabras.

Despues de una hora de agonía tranquila, por decirlo así, entregó su alma á Dios....

Cuando su hija hubo lanzado el último suspiro, Monseñor no dijo ni una sola palabra.... Su calma y su silencio eran horribles.... Cerró los ojos de la princesa, la besó muchas veces en la frente tomó los restos del rosal y salió de la celda.

Yo le seguí, y llegando á la casa exterior del convento, y enseñándome la carta que habia empezado á escribir á vuestra Alteza Real, y en la cual en vano habia querido añadir algunas palabras porque le temblaba el pulso, me dijo:

--Me es imposible escribir..... estoy loco.... no se lo que me pasal escribe á la gran duquesa que ya no tengo hija!

He cumplido las órdenes de Monseñor.

Séame permitido como á su mas antiguo criado suplicar á vuestra Alteza Real, que apresure su vuelta en cuanto lo permita la salud del señor conde de Orbigny. La presencia de vuestra Alteza Real, será lo único que podrá calmar la desesperacion de Monseñor. Quiere velar á su hija hasta

(441)

que la sepulsen en la capilla del gran ducado.

He cumplido mi triste comision, señora; dignaos disimular la incoherencia de esta carta, y recibir la espresion del respeto con que tengo el honor de ser de vuestra Alteza Real,

el mas obediente criado

ALBERTO MURPHY.

.....
Clementina llegó á Gerolstein con su padre la noche en que se enterró la princesa Amelia.

Rodolfo no estuvo solo el dia de los funerales de Flor-Celestial.

FIN.

CARTA DE EUJENIO SUE

*AL SEÑOR REDACTOR EN JEFE DEL DIARIO
DE LOS DEBATES.*

Muy señor mío:



Los Misterios de Paris se han acabado: permitidme que os dé gracias en público por haber querido dar á esta obra desgraciadamente tan imperfecta como incompleta, la gran publicidad del *Diario de los Debates*; mi reconocimiento es tanto mas vivo, cuanto que muchas de las ideas emitidas en esta obra, difieren esencialmente de las que sosteneis con tanta energía, como por ser raro encontrar la imparcialidad que habeis tenido conmigo.

Yo invocaré esta imparcialidad en favor de una modesta publicacion fundada y exclusivamente dirigida *por los jornaleros* con el título de *COLMENA POPULAR*. Varios artesanos honrados é ins-

truidos han fundado esa tribuna popular donde esponen sus reclamaciones con tanta conveniencia como moderacion. (Citaré entre otras, una carta tan elocuente como respetuosa, dirigida al rey por M. Duquesne, impresor.) *La organizacion del trabajo, la limitacion de la concurrencia y la tarifa de los jornales* son tratadas por los mismos jornaleros, y bajo ese puoto de vista, su voz merece oirse con atencion por cuantos se ocupan de los negocios públicos.

Pero desgraciadamente se pasarán muchos años antes que se resuelvan esas grandes cuestiones de un interés tan vital para las masas. Mientrastanto cada dia se descubren nuevas miserias, y nuevos padecimientos individuales; los fundadores de la COLMENA esperan que llamando todos los meses la atencion en favor de sus mas infelices hermanos, serán tal vez escuchados de los poderosos.

Permitidme que os cite la primera página de la *Colmena popular*.

La Colmena Popular.

»Socorrer á los infelices
 »virtuosos que se quejan,
 »es un bien. Averiguar
 »quiénes son los que lu-
 »chan con honor y con
 »energía para ayudarlos,
 »algunas veces á pesar
 »suyo.....; prevenir con
 »tiempo la miseria, ó las
 »tentaciones que arras-
 »tran al crimen, es mucho
 »mejor.»

(RODOLFO en los Misterios de Paris.)



i, á nuestro parecer el pueblo no puede ser defendido ó socorrido con eficacia, por medidas legislativamente previsoras, no hay á nuestro juicio razón para despreciar ó rechazar ciegamente los donativos ofrecidos con delicadeza.,»

«El papel que M. Eugenio Sue hace desempeñar á Rodolfo en los *Misterios de Paris*, nos

ha inspirado la idea de averiguar la existencia de las familias virtuosas y desgraciadas, que por sus títulos son acreedoras á la caridad evangélica, y excitamos la compasion de los ricos; porque una obra buena basta muchas veces para apartar del mal, y salvar de la miseria, de la desesperacion y del crimen tal vez á una familia desprovista de todo... Además, las limosnas no bastan para el socorro del menesteroso, y lo que nosotros aconsejaremos principalmente, será que se procure trabajo ó destinos suficientemente dotados, que pongan al abrigo de la terrible necesidad.,,

„Nosotros tomemos muchas familias interesantes y miserables, á quienes aliviar: los bienhechores pueden dirigirse á la oficina de este periódico, donde se les darán las señas para que puedan suministrar por sí mismos sus donativos.,,

„Citaremos entre otras una familia compuesta de padre, madre y cuatro hijos, de los cuales el mayor tiene seis años. Han solicitado en vano medios de ganarse la vida; pero no los han obtenido por el mismo motivo que debería escitar mayor interés: *porque tenían una numerosa familia.*,,

„Otra de esas familias acaba de perder al jefe de ella, pintor honrado, que restaurando una casa ha caído del piso cuarto, y deja á su esposa en cinta, y muchos niños pequeños en el más profundo dolor, y sin medio alguno de subsistencia.,,

Os confieso, señor redactor, que he citado esta página donde mi nombre está escrito de un modo tan lisongero, porque me creeria recompensado con usura, si creyese haber promovido con mis escritos alguna accion generosa ó alguna idea caritativa; y de ese número me parece el pensamiento puesto en práctica por los fundadores de la *Colmena Popular*.

Las personas pudientes que quieran suscribirse á este periódico mensual (6 francos al año, en la Redaccion de *la Colmena*, calle de los cuatro Hijos, número 17), tendran noticia todos los meses de algun desgraciado responsable, cuya situacion les sea grato aliviar. Porque, con orgullo lo decimos, en Francia hay mucha caridad; pero muchas veces falta la ocasion para ejercerla de una manera provechosa al corazon, y aun *interesante* por decirlo así. Bajo este punto de vista, *la Colmena Popular* ofrece gratas noticias á las almas piadosas que ansian los goces nobles y puros.

Finalmente, os añadiré, que como vos habeis compartido conmigo el éxito de mi obra por la inmensa publicidad que la habeis dado, creo de mi deber instruiros de un acontecimiento de que os felicitareis conmigo. Me escriben de Burdeos y de Lión, que muchas personas ricas y compasivas se ocupan de realizar en ciertos pueblos un proyecto de un Banco de *préstamos gratuitos para los trabajadores que no hallan trabajo*; y aun ha

habido aquí, quien haciendo el uso mas generoso é ilustrado de una inmensa fortuna, me ha dado las mejores esperanzas sobre la fundacion de un Banco por el estilo en París.

Esperemos con ansia, señor redactor que algun legislador verdaderamente amigo del pueblo, ponga mano en las cuestiones siguientes:

Establecimientos de abogados de pobres.

Disminucion del rédito exorbitante que exige el Monte de Piedad.

Una tutela preservadora á cargo del Estado, sobre los niños de los ajusticiados, y de los sentenciados á presidio perpetuo.

Reforma del Código penal para corregir los abusos de confianza.

Asi esta obra, impugnada recientemente con tanta virulencia y amargura habrá producido al menos algun buen resultado.

Dignaos admitir, señor redactor, la expresion de mi viva gratitud, y mi afectuoso reconocimiento.

Eugenio Sue.

París 15 de octubre de 1843.

Juicio crítico sobre los Misterios de Paris estracado de varios artículos publicados sobre este objeto en el Hogar, periódico de Orleans.



La publicación de esta nueva obra de Mr. Sue, ha alarmado á toda la prensa parisiense, y salvo raras excepciones, la opinion de esa buena señora, que llaman la Prensa, no ha sido amiga de la novela. El Argot (1) la ha asustado; las escenas terribles de la Tasca la han aterrado, y ha desgranado su rosario rezando Padre-nuestros. Esa pobre señora se ha ruborizado, y ha venido al confesionario de la opinion pública, contrita y arrepentida, pidiendo absolucion por haber leído ese infame libro.

Nosotros creemos que la prensa ha hecho mal en no ocuparse detenidamente de una obra muy filosófica, á pesar de sus formas novelescas.

No entraremos en mil detalles de los *Misterios*

(1) *Es el dialecto que en esta traduccion se ha sustituido con el Caló.*

de Paris porque hay pocas personas que no los hayan leído hoy día. Nos limitaremos á examinar su parte moral.

Mr. Sue no trata de probar que los asesinos, los ladrones, las muchachas perdidas y toda la población inmunda de los presidios, de la cárcel y de los lupanares son las gentes mas honradas del mundo, cargo que se le ha hecho por algunos. M. Sue convence fácilmente de lo contrario en diferentes partes de su obra. MM. Hugo y Balzac han sufrido la misma reconveccion por folletinistas ineptos; y Sue indica tener mucho valor al entrar despues de Hugo y Balzac en esa leprosería moral y física que el púdico folletin marcaba con la cruz roja de los apestados.

Nosotros preguntaríamos á cuantos juzgan de una manera tan rígida, sino hay en las líneas siguientes, grandes verdades capaces de llamar la atención de los filántropos, y hasta diremos que de la sociedad entera.

„Para no engañar á nadie, digo que he salido
„de la cárcel hace dos meses, y que tengo ganas
„de trabajar, y me dan con la puerta en los ho-
„cicos. Pido que me den obra para trabajar en
„mi casa, y me dicen que me burlo de la so-
„ciedad, cuando solo ruego que me confien una
„camisa.”

Con efecto, en nuestra sociedad, el hombre que delinque no se purifica de su crimen, ni aun despues de haber cumplido su condena. „El culpa-

ble, como ha dicho muy bien M. Balzac, se purifica á los ojos de Dios, á los de los hombres nunca. „ ¿Y qué ha de hacer el criminal que se ve rechazado de este modo? El instinto de su propia conservacion, el hambre, esa mala consejera, abogarán en él los remordimientos y la idea del castigo, haciéndole robar de nuevo porque necesita comer. El Terrible lo dice con mucha razon.

„Pero como ha de ser! mis padres me ban juzgado una cbanza pesada al echarme al mundo... „Yo no me quejaria si me hubiesen hecho como „el *Arajai de los Arajais* (*Dios*) deberia hacer „á los infelices, es decir sin frio, ni hambre, ni „sed: eso á él no le costaria nada, y á los infelices les seria mucho mas fácil ser honrados.

Cuando el criminal despues de su condena encuentra en los oficios y en los trabajos mas terribles, únicos que le son permitidos, porque no hay quien los haga, medio de ganar un jornal de quince á veinte sueldos por dia, tiene que subvenir con ellos á todas sus necesidades y acaso á las de toda una familia... Sin embargo, el menor delito, el robo de un pan que esperan con ansia sus hijos para desayunarse con él por la noche, abre al ladron las puertas de la cárcel, y esta para él es un asilo donde refugiarse y un pedazo de pan por mañana y tarde.

„Rodolfo opinaba que el pobre que permane-

cia honrado en medio de las mas crueles privaciones era doblemente respetable, puesto que el castigo del crimen podia ser para él un recurso.,,

„Tomal en la cárcel... me daban de comer, no me pegaban, y era para mí un paraíso en comparacion del trato de la Mochuelo.,,

Esto por mas que sea triste y amargo es una verdad. Hay en el mundo miserias tan horribles y tan pesadas, que los que las sufren, prefieren la cárcel; y en efecto, la paja de un calabozo es mas caliente que el pavimento de la calle, y el pan negro de los presidios vale mas que los trabajos de la vagancia. M. Sue trata mas adelante una cuestion de gran importancia

„El hombre que vive honrado, entre personas honradas, merece interés y apoyo; pero el que, á pesar del desvio de la personas honradas, se conserva puro entre los mas abominables bandidos de la tierra, merece tambien interés y apoyo.,,

La Guillabaora, esa pobre Flor-Celestial revela una miseria mas vergonzosa aun.

„Honrada! Dios mio, y con qué quieres que sea honrada? Los vestidos que llevo son de la Hostalera, y la estoy debiendo la comida y el cuarto... No puedo marcharme de aquí, porque me harian prender como ladrona... la Hostalera manda en mí, y debo resignarme con mi suerte.,,

Esas jóvenes desgraciadas, sumidas una vez en

el fango. encuentran mil obstáculos para purificarse, porque han humillado su pudor, bajo un yugo que cada dia se les hace mas insoportable. Y aquí conviene decir, que ese olvido del pudor rara vez es efecto de la malicia: siempre le ocasiona la miseria. Han cedido al primer amor, y el padre para castigar la primera falta de su hija, la maldice y la arroja lejos de sí. Dos puertas no mas tiene abiertas: la prostitucion y el suicidio; dos crímenes: nadie quiere morir á los diez y ocho años; por oscuro que sea su destino, la ilusion desliza siempre un rayo de esperanza. Solo le queda la prostitucion, y fácilmente se sube tan infame escalera cuando se está ligada de pies y manos. Al borde del precipicio no queda mas remedio que caer en él, y las infelices criaturas no pueden hacer otra cosa que murmurar con Flor-Celestial:

«Os estrañais de que tenga vergüenza... para despues de muerta...? Ya no me queda otra cosa...»

La utilidad y el abuso de la pena de muerte han sido tan admirablemente tratados por Beccaria en su discurso sobre delitos y penas, que sin recargar nosotros esa grave cuestion haremos observar únicamente que los efectos saludables de la pena de muerte son débiles cuando menos.

«No es bueno que el pueblo vea al reo jugar con la cuchilla, chancearse con el verdugo, y reirse de la divina luz que el Criador ha dado á los

hombres.. la salvacion de una alma es un asunto muy sério. El Salvador ha dicho que todo crimen debe espíarse y ser amargamente llorado, pero es porque quiere espíacion y arrepentimiento sincero. El espacio que media desde el tribunal al cadalso es demasiado corto.,,

Estas palabras dan mucho que pensar. Orleans ha visto en un mismo año á Serein, Faiziant, la mujer de Henry y Montely. Serein, que asesinó dos niñas pequeñas, despues de haber saciado en ellas su brutal pasion; Faiziant, que envenenó á su anciano padre; la mujer de Henry, que envenenó á su marido y Montely que degolló á un medidor de granos. Y sin embargo el cadalso estaba puesto, y la justicia humana les habia castigado. El temor de la muerte, el miedo de ese castigo supremo tiene un poder muy débil, puesto que en un pueblo donde gracias al cielo son raros esos espectáculos repugnantes, se han visto renovarse cuatro veces en mucho menos de un año.

Podriamos buscar otras pruebas, sino quisiésemos llegar de pronto á la nueva moda de castigo propuesta por M. Sue, que saca los ojos al que delinque diciéndole:

«Has abusado criminalmente de tu fuerza... yo la paralizaré... Los mas vigorosos temblaban delante de tí, tú temblarás ante los mas débiles... asesino... has sepultado á las criaturas mas inocentes en una noche eterna... Las tinieblas de la

eternidad empezarán para tí en esta vida, hoy mismo... ahora... tu castigo finalmente será igual á tus crímenes; pero este castigo atroz, añadió Rodolfo con cierto aire de piedad dolorosa, te presentará al menos el horizonte sin límites de la expiación... Yo sería tan criminal como tú, si al castigarte cediese únicamente á una venganza, sobrado justa en verdad... Tu castigo lejos de ser estéril como la muerte debe ser fecundo; lejos de condenarte te salvará tal vez... Si para evitar que continúes haciendo daño, te arrebató para siempre los esplendores de la creación; si te sumerjo en una noche impenetrable con el recuerdo de tus crímenes; es para que contemples incesantemente su gravedad. Sí; aislado para siempre del mundo visible estarás reducido á contemplarte á tí mismo... y entonces espero que en tu frente bronceada por la infamia, se marque la vergüenza y la confusión.,,

Mas adelante, manifiesta el autor con una energía salvaje, los terribles resultados de ese terrible castigo. El *Dómine*, ese terror de la Cité, ese gigante, cuyo nombre solo estremece, está á la merced de una vieja y de un niño. La Mochuelo y Jorobeta abaten el orgullo de aquel hombre, tan satisfecho de su fuerza hercúlea, con chanzas infames y sanguinarias; le amenazan con abandonarle á la intemperie en una noche de invierno, y el ciego se vé obligado á ahogar la ira en su corazón, sometién dose á las humillantes condiciones, de

una vieja y un niño, á quienes en vez de pedir perdón, hubiera hecho añicos entre sus manos... Para aquel hombre fue la ceguera una pena inmensa, terrible y proporcionada á sus crímenes. La muerte del criminal no venga la sociedad, materialmente hablando, sino que la purga de un miembro corrompido. Esta desmembración es el objeto único del cadalso; la pena de muerte repugna mucho, los jueces tiemblan cuando se trata de destruir lo que Dios ha creado, y aquellos no sabrían hacer de nuevo. El miedo de un error como el que ha costado la vida á Lemaques, el miedo de soñar con la sangre inocente, injustamente vertida, y sobre todo ese sentimiento instintivo que se encuentra en todo hombre de bien, y que se despierta á la idea terrible de asesinar á una criatura de Dios, hace admitir las circunstancias atenuantes. El presidio recibe al reo, pero es raro que las rejas estén tan sólidamente cerradas, que impidan una fuga, en cuyo caso la sociedad se encuentra amenazada en sus bienes y en su existencia.

La ceguera es como el infierno del Dante, un castigo sin esperanza. Además, ofrecería el medio de reemplazar en parte, y atendido siempre el punto de vista material, las víctimas del crimen. La ceguera nos parece preferible también á la pena de muerte, porque permite que la sociedad llegue á ese término provechoso que Dios la ha señalado: el de moralizar. El hombre separado del resto de

la creacion, imposibilitado para hacer daño de nuevo, y condenado á arrastrar hasta el fin la pena de su crimen, se hará sensible tal vez al arrepentimiento. Qué triunfo y qué alegría no será para un corazon corrompido por el vicio y los malos instintos, reconquistar la virtud y los buenos sentimientos! No valdrá eso mucho mas que los castigos de un momento, que no dan tiempo para que la hora de los remordimientos suene á los oidos del criminal? Estamos profundamente convencidos de que se conocerán estas ventajas, cuando voces mas elocuentes y plumas mas hábiles, traten esta importante reforma bajo todas sus fases.

Despues de la miseria vergonzosa, hija del vicio, viene la miseria honrada, hija de la desgracia; dejamos el lodo del Conejo Blanco, y subimos á casa de Morel el lapidario. Triste y doloroso es el espectáculo de esa bohardilla: en un rincon está la abuela idiota rugiendo de hambre; en otro la pobre madre calenturienta y tendida sobre un jacon; cuatro pobres niños están acostados sin otro abrigo que el de unas pajas, y en fin, recostado sobre una meseta de yeso está el padre que no duerme, sino que dormita.

Los infelices no duermen! y sin embargo, si el sueño descendiese sobre ellos una hora solamente, esa hora les haria olvidar sus males, y ser felices.

Los infelices tienen hambre, tienen frio, y

sobre la mesa donde trabaja el jefe de la familia, hay diamantes, de los cuales el mas pequeño les daría pan y lumbre para toda su vida. Morel lo conoce así; pero la idea del robo no le ocurre siquiera. Tiene esa virtud que honra á todos los hombres, pero que santifica la pobreza, la probidad.

La resignacion del pobre es una cosa grande y sublime; la opulencia del rico bñlla á cada momento ante sus ojos, mostrándole toda la deformidad de su situacion. Desde la esquina de una calle, donde espera en vano muchas veces una limosna, ve pasar á su lado los magníficos carruajes del poderoso, y cuando á la puerta de un palacio ve cruzar las personas que van al festin, los terciopelos, las guirnaldas de flores, las guarniciones de encajes pasan ligeramente sobre sus pies descalzos, y él se inclina sin murmurar, pidiendo á Dios por el potentado que se desdeña hasta de fijar sus ojos en el mendigo. Pobre huérfano, desheredado de la felicidad terrestre, para quien la vida, ni tiene sol, ni perfume, ni resplandor, ni clara corriente, ni frutos maduros, se contenta con resignarse y con esperar.

En la parte cuarta de la novela de M. Sue, las contestaciones de Morel con su esposa sobre este particular son verdaderamente admirables.

Nosotros creemos en la resignacion de Mo-

rel, porque la hemos hallado en dos ancianos, oprimidos á la vez por todo género de miserias. Hace dos ó tres años que en la calle de los Curas, en la casa señalada con el número 1, vivía un pobre matrimonio, que pasaba del siglo. El marido, ciego hacía diez y siete años, no tenía otro apoyo que el de su muger, porque Dios, despues de haberle dado veinte y cinco hijos, los habia llamado todos á sí. No blasfemaban, ni se quejaban de su desgracia, sino que tenían esperanza.

--Si las buenas almas supiesen nuestras desgracias, se decía, las aliviarían.

--Convencido y conmovido de su resignacion, escribí algunas líneas sobre aquella miseria, y un dia al entrar en la cueva que servia de asilo á aquellos dos desgraciados, encontré una señora, á quien he visto muchas veces pasear en su coche llena de juventud y belleza, pero que nunca me ha parecido tan hermosa como esa vez, consolando á los pobres, que para darla gracias de su caridad, la bañaban las manos de lágrimas, llamándola ángel de Dios.

Morel tenía razon en decir que si los ricos supiesen ciertas desgracias, no dejarían de remediarlas, porque para ejercer la caridad es preciso buscar la miseria. La pobreza que se presenta en público á mitad del dia rara vez es honrada.

La miseria real, que no es consecuencia de

se ocultan las mas imperceptibles palpitaciones del corazon. A esa madre le es fácil romper los primeros hilos de esa trama tan frágil que llaman amor. Pero las hijas del pobre están en plena libertad, y se separan por la mañana de su madre que se va á trabajar por un lado, yéndose ellas por otro á sus talleres solas, y espuestas á las miradas insolentes, á las proposiciones impúdicas, y á los lazos que las tienden los transeuntes. Para ellas son los largos dias de trabajo, las noches de vela para ganar el pan del dia, y poner su parte en la comida de la familia; para ellas los deseos son ardientes, inmensos, é infinitos, porque no tienen nada, y su vaga esperanza puede espaciarse en las sinuosidades floridas del Eden de los ricos. En torno de la mesa donde cosen costosos vestidos para las señoras de tono, sueñan ellas tambien con bellos trajes de raso ó de terciopelo, en cambio de sus corpiños de percal; tambien apeteecen sombreros elegantes, adornados de flores y de plumas, en vez de su modesta papalina, y botitos graciosos y pequeños, que reemplacen los pesados zapatos, que deshonran sus pies. Descansan sus ojos en ese paraíso infernal del lujo y de la fortuna, y deslumbradas por las magnificencias maravillosas que descubren, comparan aquel horizonte espléndido y ardoroso con su cielo sombrío y húmedo, respirando por lo bajo, y deseando entregarse á la moticie sobre lechos de flores al ruido de las cascadas que llo-

ran dulcemente en las conchas espumosas, ó al canto de los pájaros perdidos en el follaje. La senda de su vida es tan estéril, y su vida tan triste que fácilmente se las perdonan esos sueños insensatos. Las infelices no tienen otra riqueza que sus diez y seis años, sus frescos colores, su blanca frente, y el trabajo que desfigura sus gracias. Si la seducción llega al oído de esas jóvenes con sus palabras dulces y armoniosas cuando se van aviejando, y se encuentran demudadas y pálidas; si hay quien las tienda una mano para conducir las de su desierto al paraíso mágico, se dejan ir, cayendo de un precipicio en otro hasta consumir el crimen. Crimen sin disculpa, irremisible, como dice Sue con punzante ironía:

Esto es muy exacto, lógico y ordinario; la infeliz que seducida llega à ser madre, es por lo común tratada con vilipendio, sin hacerse caso de la ignorancia, y de la pobreza, que en cierto modo disculpan su grave falta. Sin embargo la maternidad es muy digna de aprecio. Verdad es que los primeros movimientos del niño que hacen radiar de alegría el rostro de la esposa, cubren de vergüenza su frente; verdad es que esa pobre muchacha, envuelta en los últimos restos de su pudor ha reprimido esos ímpetus, que podrían revelar su debilidad á los ojos de todos; verdad es que, por espacio de nueve meses, ha sufrido las mayores angustias y los mayores tormentos; verdad es, que los labios que mancharon su corazón influyeron para

vergonzosa, la del dinero, y que el pobre solo por serlo se encuentra fuera de nuestras instituciones y de nuestras leyes? La imájen que nos dà el estatuario de la justicia es completamente falsa para los pobres. La venda que cubre sus ojos no es para ellos emblema de la imparcialidad: porque tiene ojos para no verlos, oídos para no oírlos, y lábios para no contestarlos. Los platillos de su balanza no están en equilibrio; en el uno hay un saco de oro muy pesado, y tan implacable como el machete de Breno en la balanza romana, y cualquiera que sea la inscripcion grabada en el zócalo, el pobre no puede leer otra cosa que esta: *Væ miseris!*

Las reflexiones que añade el autor sobre los gastos enormes que cuesta el divorcio, no admiten tampoco contestacion, y la infeliz mujer que tiene la desgracia de que su esposo se haga holgazan é infame, está sujeta á las consecuencias dolorosas de aquellos extravíos, sin poderse quejar del jefe de la familia.

M. Sue que cuenta en la suya dos cirujanos ilustres, discípulos de Devaux y de Verdier, practicó por algunos años el arte quirúrgico, pero abandonó despues el escalpelo por la pluma, prefiriendo curar las llagas morales á las materiales: á imitacion de Herder y de Schiller de quienes dijo Juan-Pablo. «Herder y Schiller quisieron hacerse cirujanos en su juventud; pero reflexionando que existen heridas mas profundas que las del cuerpo,

se dedicaron á escribir, con intencion de curarlas.

El autor de los *Misterios de Paris* ha combatido las verdades sociales mas secas y árduas con su rica imaginacion de poeta, acusando con energía la culpable indulgencia de la ley sobre los funcionarios públicos que faltan al mas estricto de los deberes, á la probidad.

Con efecto, esa ley tan severa y tan implacable para todos, se torna benigna y condescendiente cuando se trata de un escribano. Rígida para los unos y tolerante para los otros, castiga sin compasion á los primeros, y amonesta con blandura á los segundos.

Un muchacho que robe con maña un reloj, ó un bolsillo; ó un miserable que se introduzca de noche, en alguna casa, y violente una cerradura, esponiendo su vida, serán castigados por la justicia, con la mayor dureza.

Un escribano, depositario de la confianza y de la fortuna de todos, que no ejerce un oficio, sino que desempeña una comision honorífica, y que falta descaradamente á esa confianza que la sociedad tiene en él; un hombre que por su ilustracion no puede alegar ignorancia de lo que mandan las leyes, es considerado y atendido, por que al cabo y al fin no ha descerrajado cofres, ni violentado gavetas.

Hace poco tiempo hemos presenciado una escena que no hay espresiones con que ponderar-

la. Una pobre mujer septuagenaria y enferma, llorando á la puerta de un escribano, que acababa de hacer bancarota, pedia su dinero. Aquella mujer se encontraba en la miseria por seiscientos francos; seiscientos francos, suma bien mezquina en la apariencia, pero aquella miseria era un capital para la desgraciada mujer, era el fruto de *cincuenta años* de economía. Aquella mujer no tenia otra industria que *vender ensalada por las calles*. A las dos horas de esperar en vano que la oyesen siquiera, se retiró llorando, y exigiendo sus intereses. Diez minutos despues salia el escribano de su casa con la escopeta al hombro, para irse á cazar á una quinta, *propiedad* de su esposa.

«Cuanto mas graves son los crímenes, cuanto mas comprometen la existencia de las familias, cuanto mas atentan á la moralidad y seguridad públicas..... son menos castigados. De suerte, que cuanto mas ilustrados son los criminales, y mas conocimientos tienen de la justicia, tanto mas indulgente se muestra la ley con ellos. Herid al pobre implacablemente, si atenta contra el bienestar ageno; pero herid implacablemente tambien al funcionario público que atenta contra la fortuna de sus clientes.,»

Sí; herid á esos lobos carniceros que desgarran impunemente; esponed á la vergüenza pública á todos esos *San Vicentes de Paul* que asesinan, no á un hombre, sino á cien familias. Si

la justicia debe ser indulgente, que lo sea en buen hora con los pobres, cuya ignorancia es digna de disimulo: que haya piedad para el que ha cogido fruta del jardín vecino, porque no tenía acaso con que apagar la sed, enhorabuena, porque su delito indica que no aprecia el derecho de la propiedad. Pero castíguese implacablemente al hombre público que falta á su encargo, porque ese hombre no tiene hambre ni sed, y sabe demasiado bien lo que se hace. Que no haya para él la menor indulgencia, porque cometiendo el mayor de los crímenes, no se avergüenza de sacrificar la confianza que en él deposita la sociedad, y se cree absuelto de su delito con esta perversa máxima: El oro lava cualquier deshonra.

.....

Uno de nuestros suscritores nos ha dirigido una difusa carta, preguntándonos cómo habíamos podido comparar á un malvado escribano con San Vicente de Paul, y hé aqui nuestra contestacion: San Francisco de Sales ha dicho de San Vicente de Paul que „no conocia en la iglesia un sacerdote mas digno,„ y citamos esas palabras porque esplican muy bien nuestro juicio acerca del religioso de San Lázaro. Nadie venera como nosotros al santo limosnero que tomó el grillete y trabajó de presidiario para aliviar la miseria de su familia. En tiempos anteriores á San Vicente de Paul, se vendian los niños perdidos á *franco por pieza* en la calle Saint-Landry, y el noble religio-

so, conmovido de aquel tráfico infame, y despues de haber agotado todos sus recursos en favor de los inocentes huérfanos que habia ido recogiendo, convocó una asamblea de señoras caritativas, y las espresó con tal elocuencia la miserable posicion de sus protegidos, que el mismo dia, en el mismo acto, y en la misma iglesia se recogió de una vez lo bastante para fundar y dotar el hospital de niños desamparados. Hé abí un acto demasiado sublime que el corazon recuerda gozoso. Nosotros creemos con San Francisco de Sales, que San Vicente de Paul, fuè uno de los sacerdotes mas dignos que ha conocido „la iglesia y la humanidad puede contarle en el número de sus bienhechores ilustres,, segun la espresion exacta del cardenal Mauri.

Nosotros dijimos *el San Vicente de Paul de la curia* en memoria de Lehon, que ocultaba el robo como el Ferrand pintado en esta novela, bajo las apariencias de una piedad austérra, y á quien su abogado al hacer su defensa llamó sió reparo el San Vicente de Paul de la curia.

.....

En la parte octava se vale el autor de las mismas palabras de Jesucristo „amémonos los unos á los otros,, para desenvolver un admirable sistema que, puesto en práctica, confundiria la caridad y la fraternidad, virtudes fundamentales del cristianismo.

Sí; *el establecimiento de un Banco para*

artesanos sin trabajo, es una idea noble y muy generosa.

Figuraos un Banco creado bajo esas bases, y convendreis en que la suerte del pobre jornalero se mejorará infinito: reducido á la inaccion, ya por la falta de trabajo, ya por estar enfermo, no tendrá que pedir á los judíos de nuestra época que le presten una corta cantidad de dinero á un rédito exorbitante.

.....

Despues se dirige M. Sue á un hospital donde revela misterios que nadie sospecharia. Muchos médicos, y no queremos hablar de los que se llaman *principes de la ciencia*, tienen la funesta manía de ensayar los nuevos métodos curativos en los desgraciados que la miseria lleva á los hospitales. Cegados por el amor de la ciencia, olvidan todos los respetos que se merecen los hombres, y como si los enfermos fuesen propiedad suya, hacen y deshacen ensayos y mas ensayos, sin reparar que el experimento puede producir la muerte al sér débil que eligen para víctima. Yo creo que los médicos, á imitacion de Benvenuto, que dió una puñalada á su modelo, haciendo un crucifijo en el palacio Pitti, no ven mas que la ciencia, y creen concienzudamente que la vida de un hombre vale poco en comparacion de un descubrimiento.

Abre [en seguida el autor las rejas de Bictre, y nos presenta un patio lleno de flores, donde

brilla el sol, cantan los pájaros, y no hay nada que entristezca el alma.

„Bicetre, dice con mucha razon M. Sue, seria el sueño dorado del artesano, viudo ó celibato, que tras una larga vida de privaciones, de trabajos y de probidad, encontraria en ese retiro el bien estar que no ha conocido jamás.,,

.....

En Francia no se sabe lo que es caridad. En Inglaterra los pobres tienen hospicios donde refugiarse. Existe particularmente en dicho pais un establecimiento de que carecemos nosotros, que deseariamos otro igual.

Es una especie de hospedería comun donde los forasteros pobres son admitidos y alimentados gratuitamente. Ese recurso por pequeño que parezca, es un socorro inmenso para los pobres viajeros que encuentran de balde de jornada en jornada lo que no pueden pagar por sí; habitacion y sustento.

A instancia nuestra se establecerán dos camas co este objeto, y los pobres peregrinos tendran certez de encontrar *gratis* en nuestro pueblo un cuarto donde pasar la noche, y una mesa en que se les sirva la cena.

.....

M. Sue, se vé obligado á ocuparse de nuevo de grave cuestion de la pena capital, y cita á la España donde la ejecucion es en verdad imponente, y muy propósito para que el pueblo sienta un temor saludable ante aquel lúgubre y aterrador espectáculo.

Nosotros estamos persuadidos de que las escenas del patíbulo no moralizan nada, y de que no hay cosa mas despreciable ni mas mezquina á la vez que una ejecucion. El pueblo se agita inquieto en derredor del carruaje, dentro del cual va el sacerdote y el reo, y detras un verdugo sentado en un cesto. Al llegar al cadalso, el reo abraza por última vez al sacerdote, y todo pasa en un momento: la muchedumbre se dispersa, y solo quedan algunos muchachos que se divierten en jugar sobre la guillotina hasta que viene el carpintero á desmontarla. No hay cosa mas despreciable ni mas mezquina, repetimos. En Francia el verdugo conduce al reo como el matachin lleva los bueyes al matadero. No hay mas diferencia que en la cosa paciente. En España es donde puede ser provechosa la pena capital.

.....

La empresa que nos habiamos propuesto se ha concluido. M. Sue ha dado cima á su hermoso libro! De nuevo le damos la enhorabuena por escitar con sus piadosas teorías la discusion de los vicios orgánicos de la sociedad. Tenemos un placer en oír los elogios que diariamente se hacen de la obra de M. Sue, y el orgullo de haber sido los primeros en seguir al autor por las magníficas mejoras que ha trazado á sus gobernantes. Y mientras M. Sue nos proporciona otra ocupacion, tan agradable como la que hemos terminado, le diremos con Fenelon. «Dichosos los que se instruyen divirtiéndose.»

FIN.



